CONFESIONES

San Agustín de Hipona





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

Confesiones

San Agustín de Hipona

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Índice

1. Nota de esta edición
2. Libro primero
3. Libro segundo
4. Libro tercero
5. Libro cuarto
6. Libro quinto
7. Libro sexto
8. Libro séptimo
9. Libro octavo
10. Libro noveno
11. Libro décimo
12. Libro undécimo
13. Libro duodécimo
14. Libro decimotercero

Nota de esta edición

Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix, hecha directamente del latín de las *Confessiones* de san Agustín, según el texto de la edición de James J. O'Donnell (1992), publicado en The Latin Library. En los pasajes dudosos se cotejó con la traducción inglesa de E. B. Pusey (1838), de dominio público.

Los trece libros van completos. La división en libros y capítulos es la tradicional; el número romano al comienzo de cada sección indica el capítulo. Las citas de la Escritura se traducen desde la versión latina que cita Agustín, que a veces difiere de las Biblias actuales. Siguiendo la costumbre de Fénix, los pronombres que se refieren a Dios van con mayúscula.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial, se cotejó párrafo por párrafo con el original latino y se revisó en sus pasajes doctrinales contra el Catecismo de la Iglesia Católica. Si encuentra un error, puede avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

Traducción de Proyecto Fénix, 2026. Se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro, bajo la licencia Creative Commons BY-NC-SA 4.0.

Libro primero

I

Grande eres, Señor, y muy digno de alabanza. Grande es Tu poder, y de Tu sabiduría no hay número. Y quiere alabarte el hombre, una pequeña porción de Tu creación, el hombre que lleva consigo su mortalidad, que lleva consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que Tú resistes a los soberbios; y con todo, quiere alabarte el hombre, una pequeña porción de Tu creación. Tú lo mueves a que se deleite en alabarte, porque nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti. Concédeme, Señor, saber y entender si es primero invocarte o alabarte, y si es primero conocerte o invocarte. Pero ¿quién Te invoca sin conocerte? Porque quien no Te conoce podría invocar una cosa por otra. ¿O más bien eres invocado para ser conocido? Mas «¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán sin que haya quien predique?». Y «alabarán al Señor los que Le buscan», porque los que buscan Le encuentran, y los que Le encuentran Le alabarán. Te buscaré, Señor, invocándote, y Te invocaré creyendo en Ti, pues has sido predicado a nosotros. Te invoca, Señor, mi fe, la que me diste, la que me inspiraste por la humanidad de Tu Hijo, por el ministerio de Tu predicador.

II

¿Y cómo invocaré a mi Dios, a mi Dios y Señor, si al invocarlo lo llamaré, sin duda, a mi interior? ¿Y qué lugar hay en mí adonde venga mi Dios, adonde Dios venga a mí, Dios que hizo el cielo y la tierra? ¿Es así, Señor Dios mío? ¿Hay algo en mí que Te pueda contener? ¿O acaso el cielo y la tierra, que hiciste y en los cuales me hiciste a mí, Te contienen? ¿O bien, porque sin Ti no existiría nada de lo que existe, su-

cede que todo lo que existe Te contiene? Y puesto que yo también existo, ¿para qué pido que vengas a mí, que no sería si Tú no estuvieras en mí? Pues no estoy yo ahora en los abismos, y con todo, también allí estás, porque «si descendiere al infierno, allí estás presente». No sería, pues, Dios mío, no sería en absoluto, si no estuvieras en mí. ¿O más bien no sería yo si no estuviera en Ti, de quien, por quien y en quien son todas las cosas? Así es, Señor, así es. ¿Adónde Te invoco, si estoy en Ti? ¿O de dónde vendrías a mí? Pues ¿adónde me retiraría, fuera del cielo y de la tierra, para que de allí viniera a mí mi Dios, que dijo: «Yo lleno el cielo y la tierra»?

III

¿Te contienen, entonces, el cielo y la tierra, porque Tú los llenas? ¿O los llenas y Te sobra, porque no Te contienen? Y lo que de Ti queda después de llenar el cielo y la tierra, ¿adónde lo derramas? ¿O no necesitas ser contenido en parte alguna, Tú que contienes todas las cosas, puesto que lo que llenas, lo llenas conteniéndolo? Pues los vasos que están llenos de Ti no Te dan estabilidad, porque, aunque se quiebren, no Te derramas. Y cuando Te derramas sobre nosotros, no caes Tú, sino que nos levantas; ni Te dispersas Tú, sino que nos reúnes. Pero las cosas todas que llenas, las llenas con Tu ser entero. ¿O acaso, como todas las cosas no pueden contenerte entero, contienen una parte de Ti, y todas a la vez contienen esa misma parte? ¿O contienen cada una una parte distinta, las mayores una mayor y las menores una menor? ¿Hay, entonces, en Ti una parte mayor y otra menor? ¿O estás entero en todas partes, y ninguna cosa Te contiene entero?

IV

¿Qué eres, pues, Dios mío? ¿Qué, pregunto, sino el Señor Dios? Porque ¿quién es Señor fuera del Señor? ¿O quién es Dios fuera de nuestro Dios? Altísimo, excelentísimo, potentísimo, omnipotentísimo, mise-

ricordiosísimo y justísimo, ocultísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable e incomprensible, inmutable que todo lo mudas, nunca nuevo, nunca viejo, que todo lo renuevas y llevas a la vejez a los soberbios sin que lo sepan. Siempre obrando, siempre en reposo, recogiendo sin necesitar, sosteniendo, llenando y protegiendo, creando, alimentando y perfeccionando, buscando aunque nada Te falta. Amas sin arder, sientes celos y estás tranquilo, Te arrepientes y no Te duele, Te airas y sigues sereno, cambias Tus obras sin cambiar Tu designio, recibes lo que encuentras sin haberlo perdido nunca. Nunca necesitado, y Te gozas en las ganancias; nunca avaro, y exiges intereses; se Te da de más para que quedes deudor: ¿y quién tiene algo que no sea Tuyo? Pagas deudas sin deber a nadie, perdonas deudas sin perder nada. Y ¿qué hemos dicho, Dios mío, vida mía, dulzura mía santa? ¿O qué dice alguien cuando habla de Ti? Y ¡ay de los que callan acerca de Ti!, pues los más locuaces son mudos.

V

¿Quién me dará descansar en Ti? ¿Quién me concederá que vengas a mi corazón y lo embriagues, para que olvide mis males y abrace mi único bien, que eres Tú? ¿Qué eres para mí? Ten misericordia para que yo hable. ¿Qué soy yo para Ti, para que me mandes que Te ame y, si no lo hago, Te enojes conmigo y me amenaces con ingentes miserias? ¿Acaso es poca miseria el no amarte? ¡Ay de mí! Dime, por Tus misericordias, Señor Dios mío, qué eres para mí. Di a mi alma: «Yo soy tu salvación». Dilo de modo que yo oiga. Mira, Señor, los oídos de mi corazón están ante Ti. Ábrelos y di a mi alma: «Yo soy tu salvación». Correré tras esta voz y Te alcanzaré. No me ocultes Tu rostro: muera yo, para no morir, con tal de verlo.

Estrecha es la casa de mi alma para que vengas a ella: ensánchala Tú. Está en ruinas: repárala. Tiene cosas que ofenden Tus ojos: lo confieso y lo sé. Pero ¿quién la limpiará? ¿O a quién otro fuera de Ti cla-

maré: «De mis pecados ocultos límpiame, Señor, y de los ajenos perdona a Tu siervo»? Creo, y por eso hablo, Señor: Tú lo sabes. ¿No Te he confesado contra mí mis delitos, Dios mío, y Tú perdonaste la impiedad de mi corazón? No litigo en juicio contigo, que eres la verdad, y yo no quiero engañarme a mí mismo, para que mi iniquidad no se mienta a sí misma. No litigo, pues, en juicio contigo, porque «si miras las iniquidades, Señor, Señor, ¿quién resistirá?».

VI

Pero, con todo, déjame hablar ante Tu misericordia, a mí, tierra y ceniza, déjame hablar con todo. Pues mira que es Tu misericordia, y no un hombre que se burla de mí, a quien hablo. Y Tú quizá Te burlas de mí, pero, vuelto hacia mí, tendrás compasión. Porque ¿qué quiero decir, Señor, sino que no sé de dónde vine acá, a esta, digo, vida mortal, o muerte vital? No lo sé. Y me recibieron los consuelos de Tus misericordias, como oí de los padres de mi carne, de quien y en quien me formaste en el tiempo: pues yo no lo recuerdo. Me recibieron, pues, los consuelos de la leche humana, y ni mi madre ni mis nodrizas se llenaban los pechos por sí mismas, sino que Tú, por medio de ellas, me dabas el alimento de la infancia, conforme a Tu ordenación y a las riquezas dispuestas hasta el fondo de las cosas. Tú me concedías también no querer más de lo que me dabas, y a las que me criaban querer darme lo que Tú les dabas: pues querían darme, por un afecto ordenado, aquello de que abundaban gracias a Ti. Porque era un bien para ellas el bien que yo recibía de ellas, el cual no venía de ellas, sino por medio de ellas. Pues de Ti proceden todos los bienes, Dios, y de mi Dios me viene toda salud. Esto lo advertí más tarde, cuando Tú me lo clamabas por estos mismos dones que otorgas dentro y fuera de nosotros. Porque entonces solo sabía mamar y descansar en los placeres, y llorar ante las molestias de mi carne, nada más.

Después comencé también a reír, primero durmiendo, luego des-

pierto. Esto me lo han contado de mí, y lo creí, porque así vemos que hacen otros niños: pues de eso no me acuerdo. Y poco a poco iba sintiendo dónde estaba, y quería manifestar mis deseos a quienes podían cumplirlos, y no podía, porque ellos estaban dentro y los otros fuera, y por ningún sentido suyo podían entrar en mi alma. Así que agitaba los miembros y daba voces, señales semejantes a mis deseos, las pocas que podía, las que podía: pues en verdad no eran semejantes. Y cuando no se me obedecía, ya porque no me entendían, ya por no hacerme daño, me indignaba de que los mayores no se me sometieran y de que personas libres no me sirvieran, y me vengaba de ellos llorando. Que los niños son así lo aprendí de los que pude observar, y que yo fui así me lo mostraron más quienes me criaban sin saberlo que sabiéndolo.

Y he aquí que mi infancia murió hace tiempo, y yo vivo. Pero Tú, Señor, que vives siempre y en quien nada muere, porque antes de los orígenes de los siglos, y antes de todo cuanto pueda decirse «antes», Tú eres, y eres Dios y Señor de todo lo que creaste, y en Ti están firmes las causas de todas las cosas inestables, y de todas las cosas mudables permanecen inmutables los orígenes, y de todas las cosas irracionales y temporales viven sempiternas las razones, dime a mí, Tu suplicante, Dios, y, misericordioso, dime a mí, Tu miserable, si mi infancia sucedió a alguna edad mía ya muerta. ¿O es acaso aquella que pasé en el seno de mi madre? Pues también de esa algo se me ha contado, y yo mismo he visto mujeres encintas. ¿Y qué hubo antes de esta, dulzura mía, Dios mío? ¿Estuve en algún lugar, o fui alguien? Pues no tengo quién me lo diga: ni mi padre ni mi madre pudieron, ni la experiencia de otros ni mi propia memoria. ¿O Te ríes de mí por preguntar estas cosas, y me mandas que Te alabe por lo que sé y que Te confiese?

Te confieso, Señor del cielo y de la tierra, y Te alabo por los comienzos de mi vida y por mi infancia, que no recuerdo. Y concediste al hombre que por otros conjeture lo que fue, y que por la autoridad aun de mujercillas crea muchas cosas de sí mismo. Porque yo era y vivía entonces también, y ya al final de la infancia buscaba las señales

con que dar a conocer a otros lo que sentía. ¿De dónde viene tal animal sino de Ti, Señor? ¿O alguien podrá ser artífice de sí mismo? ¿O corre de otra parte alguna vena por la que el ser y el vivir fluyan hacia nosotros, fuera de que Tú nos haces, Señor, para quien el ser y el vivir no son cosas distintas, porque ser en grado sumo y vivir en grado sumo son una misma cosa? Pues eres supremo y no cambias, ni en Ti se consume el día de hoy, y sin embargo en Ti se consume, porque en Ti están también todas esas cosas: pues no tendrían vías por donde pasar, si Tú no las contuvieras. Y porque Tus años no se acaban, Tus años son un día de hoy. Y ¡cuántos de nuestros días y de los de nuestros padres han pasado por Tu hoy, y de él recibieron su medida y de algún modo existieron, y otros pasarán aún y recibirán y de algún modo existirán! Mas Tú eres el mismo, y todas las cosas de mañana y de más allá, y todas las de ayer y de más atrás, hoy las harás, hoy las hiciste. ¿Qué me importa si alguien no lo entiende? Alégrese también él, diciendo: «¿Qué es esto?». Alégrese también así, y ame más hallarte sin hallar que hallar sin hallarte.

VII

Escucha, Dios. ¡Ay de los pecados de los hombres! Y el hombre dice esto, y Tú Te compadeces de él, porque Tú lo hiciste y no hiciste en él el pecado. ¿Quién me recuerda el pecado de mi infancia, puesto que nadie está limpio de pecado ante Ti, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra? ¿Quién me lo recuerda? ¿Acaso cualquier pequeñuelo de ahora, en quien veo lo que de mí no recuerdo? ¿Qué pecaba yo, entonces? ¿Acaso en que lloraba ávido de los pechos? Pues si ahora lo hiciera, no ya de los pechos, sino del alimento propio de mis años, con igual avidez, se burlarían de mí y me reprenderían con toda justicia. Hacía entonces cosas reprensibles, pero como no podía entender al que me reprendía, ni la costumbre ni la razón permitían que se me reprendiera: pues al crecer arrancamos y desechamos esas cosas. Y

no he visto a nadie que, al limpiar, tire las cosas buenas. ¿O eran buenas, para aquel tiempo, incluso estas cosas: pedir llorando aun lo que podía dañar, indignarse con violencia contra personas libres y mayores que no se sometían, y contra aquellos de quienes uno ha nacido, y contra muchos otros más prudentes que no obedecían al capricho de la voluntad, y esforzarse por herirlos y hacerles daño cuanto se puede, porque no se obedecen órdenes que sería pernicioso obedecer? Así, es inocente la debilidad de los miembros infantiles, no el ánimo de los niños. Yo vi y experimenté a un pequeñuelo celoso: aún no hablaba, y miraba, pálido y con amarga mirada, a su hermano de leche. ¿Quién ignora esto? Dicen las madres y las nodrizas que lo expían con no sé qué remedios. A menos que también esto sea inocencia: no tolerar, en una fuente de leche que mana copiosa y abundante, a un compañero muy necesitado de ayuda y que vive de ese único alimento. Pero estas cosas se toleran con indulgencia, no porque sean nulas o pequeñas, sino porque con el avance de la edad han de desaparecer. Lo cual puedes comprobar, pues esas mismas cosas no pueden soportarse con ánimo sereno cuando se descubren en alguien de más años.[1]

Así pues, Señor Dios mío, Tú que diste la vida al niño y un cuerpo, que, como vemos, dotaste de sentidos, compaginaste con miembros, adornaste con una figura, y para su integridad y conservación infundiste en él todos los impulsos del ser vivo, me mandas que Te alabe por estas cosas y Te confiese y cante salmos a Tu nombre, Altísimo, porque eres Dios omnipotente y bueno, aunque no hubieras hecho sino esto, que nadie más puede hacer sino Tú, Uno, de quien procede toda medida, hermosísimo, que das forma a todas las cosas y con Tu ley todo lo ordenas. Esta edad, pues, Señor, que no recuerdo haber vivido, de la cual me fié de otros y que deduje haber pasado por lo que vi en otros niños, aunque esta conjetura sea muy fiable, me da pena contarla en esta vida mía que vivo en este siglo. Porque, en cuanto a las tinieblas de mi olvido, es igual a la que viví en el vientre de mi madre. Y si «fui concebido en la iniquidad y en pecados me crio mi madre en su se-

no», ¿dónde, Te lo ruego, Dios mío, dónde, Señor, yo, Tu siervo, dónde o cuándo fui inocente? Pero mira, dejo ese tiempo: ¿y qué tengo ya que ver con él, del cual no conservo ni rastro?

VIII

¿No es verdad que, avanzando desde la infancia, llegué a la niñez? ¿O más bien ella vino a mí y sucedió a la infancia? Y aquella no se fue: pues ¿adónde habría ido? Y sin embargo ya no existía. Porque yo ya no era un infante que no hablaba, sino un niño que hablaba. Y esto lo recuerdo, y cómo aprendí a hablar lo advertí después. Porque no me enseñaban los mayores, presentándome las palabras con algún orden de enseñanza, como poco después las letras, sino que yo mismo, con la mente que me diste, Dios mío, cuando quería expresar los sentimientos de mi corazón con gemidos y voces varias y con diversos movimientos de los miembros, para que se obedeciera a mi voluntad, y no lograba expresar todo lo que quería ni a todos los que quería, lo retenía en la memoria. Cuando ellos nombraban alguna cosa y, conforme a esa voz, movían el cuerpo hacia algo, yo lo veía y retenía que aquella cosa era llamada con el sonido que emitían cuando querían señalarla. Y que ellos lo querían se manifestaba por el movimiento del cuerpo, como por palabras naturales de todas las gentes, que se forman con el rostro, el gesto de los ojos, la acción de los demás miembros y el sonido de la voz, que indican la disposición del ánimo al pedir, tener, rechazar o evitar las cosas. Así, oyendo con frecuencia las palabras puestas en su lugar en diversas frases, iba deduciendo poco a poco de qué cosas eran señales, y una vez adiestrada mi boca en esos signos, expresaba por ellos mis voluntades. De este modo comuniqué a aquellos entre quienes vivía las señales para expresar los deseos, y entré más hondamente en la borrascosa sociedad de la vida humana, dependiendo de la autoridad de mis padres y del gesto de los mayores.

IX

Dios, Dios mío, ¡qué miserias y burlas experimenté allí!, puesto que se me proponía como vivir recto, siendo niño, el obedecer a los que me amonestaban, para florecer en este siglo y sobresalir en las artes de la palabra, que sirven al honor de los hombres y a las falsas riquezas. De ahí fui puesto en la escuela para aprender las letras, cuya utilidad ignoraba yo, miserable. Y con todo, si era perezoso en aprender, me azotaban. Pues esto lo aprobaban los mayores, y muchos antes de nosotros, al llevar esta vida, habían trazado caminos de aflicción, por los cuales éramos obligados a pasar, con trabajo y dolor multiplicados para los hijos de Adán. Pero hallamos, Señor, a hombres que Te rogaban, y aprendimos de ellos, pensando, como podíamos, que Tú eres alguien grande que puedes, aun sin aparecer a nuestros sentidos, escucharnos y socorrernos. Así, siendo niño, comencé a rogarte, a Ti, mi auxilio y mi refugio, y al invocarte rompía los nudos de mi lengua, y Te rogaba, pequeño, con no pequeño afecto, que no me azotaran en la escuela. Y cuando no me escuchabas, lo cual no era para mi necedad, los mayores, hasta mis propios padres, que no querían que me sucediera ningún mal, se reían de mis azotes, que eran entonces un gran y grave mal para mí.

¿Hay alguien, Señor, de ánimo tan grande, unido a Ti con un afecto tan extraordinario, hay alguien, digo (pues esto lo hace también cierta necedad: lo hay, pues), que, unido piadosamente a Ti, esté tan grandemente dispuesto que estime en tan poco los potros y los garfios y otros tormentos de esta clase (para escapar de los cuales se Te suplica por todas las tierras con gran temor), amando a quienes los temen con extremo horror, como se reían nuestros padres de los tormentos con que éramos afligidos los niños por los maestros? Porque no los temíamos menos ni menos Te suplicábamos para librarnos de ellos, y sin embargo pecábamos, escribiendo, leyendo o pensando en las letras menos de lo que se nos exigía. Pues no nos faltaba, Señor, memoria ni ingenio,

que quisiste que tuviéramos en medida suficiente para aquella edad, pero nos gustaba jugar, y nos castigaban quienes, desde luego, hacían cosas semejantes. Mas las frivolidades de los mayores se llaman negocios, y las de los niños, siendo iguales, son castigadas por los mayores, y nadie se compadece de los niños, ni de los mayores, ni de unos y otros. A menos que algún buen juez de las cosas apruebe que me azotaran porque, siendo niño, jugaba a la pelota y ese juego me impedía aprender con rapidez las letras con las que, ya mayor, jugaría de manera más deshonrosa. ¿O hacía otra cosa el mismo que me azotaba, que, si en alguna cuestioncilla era vencido por un colega suyo, se atormentaba con más bilis y envidia que yo cuando, en un partido de pelota, me superaba mi compañero de juego?

X

Y sin embargo pecaba, Señor Dios, ordenador y creador de todas las cosas naturales, y de los pecados solo ordenador, Señor Dios mío, pecaba haciendo lo contrario de los preceptos de mis padres y de aquellos maestros. Porque podía después hacer buen uso de las letras, que ellos querían que aprendiera, con cualquier intención que los míos tuvieran. Pues no desobedecía por elegir cosas mejores, sino por amor al juego, amando en las contiendas las victorias soberbias y que me rascaran los oídos con falsas fabulillas, para que les picaran con más ardor, mientras la misma curiosidad brillaba cada vez más en mis ojos ante los espectáculos, juegos de los mayores. Y sin embargo, quienes los ofrecen alcanzan tal dignidad que casi todos desean eso mismo para sus pequeños, a los cuales, sin embargo, toleran de buena gana que sean azotados si tales espectáculos los estorban en el estudio con el que desean que lleguen a ofrecerlos. Mira estas cosas, Señor, con misericordia, y líbranos ya a los que Te invocamos, libra también a los que aún no Te invocan, para que Te invoquen y Tú los libres.

XI

Yo había oído, siendo aún niño, de la vida eterna que se nos prometió por la humildad del Señor Dios nuestro, que descendía hasta nuestra soberbia, y era ya marcado con el signo de Su cruz y sazonado con Su sal desde el vientre de mi madre, que esperó mucho en Ti. Viste, Señor, cuando aún era niño y un día, por una opresión del estómago, ardí de pronto en fiebre, casi a punto de morir, viste, Dios mío, pues Tú eras ya mi guardián, con qué movimiento del ánimo y con qué fe pedí el bautismo de Tu Cristo, Dios y Señor mío, a la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, Tu Iglesia. Y mi madre carnal, turbada, porque con corazón casto en Tu fe daba a luz con más cariño mi salvación sempiterna, se habría apresurado, solícita, a que yo fuera iniciado y lavado con los sacramentos salvadores, confesándote a Ti, Señor Jesús, para el perdón de los pecados, si yo no me hubiera repuesto al punto. Se difirió, pues, mi purificación, como si fuera necesario que aún me manchara si vivía, porque, claro está, después de aquel baño la culpa sería mayor y más peligrosa en las manchas de los delitos. Así creía ya yo, y ella, y toda la casa, excepto solo mi padre, el cual, sin embargo, no prevaleció sobre el derecho de la piedad materna en mí, de modo que no creyera yo en Cristo, como él todavía no había creído. Porque ella procuraba que Tú fueras mi padre, Dios mío, más bien que él, y en esto la ayudabas, para que venciera al marido, a quien ella, siendo mejor, servía, porque también en esto Te servía a Ti, que así lo mandabas.[2]

Te pregunto, Dios mío: quisiera saber, si Tú también quisieras, con qué designio se difirió que no fuera yo bautizado entonces, si para mi bien se me aflojaron, por decirlo así, las riendas del pecado. ¿O no se aflojaron? ¿De dónde viene, entonces, que aun ahora suene por todas partes en nuestros oídos, a propósito de unos y otros: «Déjalo, que haga: pues aún no está bautizado»? Y sin embargo, tratándose de la salud del cuerpo, no decimos: «Déjalo que se hiera más: pues aún no es-

tá sano». ¡Cuánto mejor, entonces, habría sido que yo sanara pronto, y que mis padres y yo mismo nos dedicáramos a ello con diligencia, para que la salud recobrada de mi alma estuviera segura bajo Tu tutela, que me la habrías dado! Mejor, de veras. Pero cuántas y cuán grandes olas de tentaciones parecían amenazar después de la niñez, ya las conocía aquella madre, y quería exponer a ellas la tierra de que luego sería formado, más bien que la imagen ya acabada.

XII

Sin embargo, en esa misma niñez, de la cual se temía por mí menos que de la adolescencia, no amaba las letras y odiaba que se me apremiara a ellas, y con todo se me apremiaba, y eso me hacía bien. Y no obraba yo bien (pues no aprendería si no me obligaran; y nadie obra bien contra su voluntad, aunque sea bueno lo que hace), ni obraban bien los que me apremiaban, sino que el bien me venía de Ti, Dios mío. Porque ellos no atendían a para qué empleaba yo lo que me obligaban a aprender, fuera de saciar los apetitos insaciables de una abundante pobreza y de una gloria vergonzosa. Pero Tú, para quien están contados nuestros cabellos, Te servías del error de todos los que me apremiaban para que aprendiera, en provecho mío, y del mío propio, pues yo no quería aprender, Te servías para mi castigo, del cual no era yo indigno, siendo tan pequeño niño y tan gran pecador. Así, por medio de los que no obraban bien, Tú me hacías bien, y por medio de mí mismo, pecador, me dabas justa retribución. Pues Tú lo has mandado, y así es, que todo ánimo desordenado sea para sí mismo su castigo.

XIII

Pero ¿cuál era la causa de que odiara las letras griegas, con las que fui imbuido siendo niñito? Ni aun ahora lo tengo del todo claro. Porque yo había amado las latinas, no las que enseñan los primeros maestros, sino las que enseñan los llamados gramáticos. Pues aquellas primeras,

en que se aprende a leer, escribir y contar, no las tenía por menos onerosas y penosas que todas las griegas. ¿De dónde viene también esto sino del pecado y de la vanidad de la vida, por la cual era carne y espíritu que va y no vuelve? Pues sin duda eran mejores, por más seguras, aquellas primeras letras por las cuales se iba formando en mí, y quedó formado, y todavía lo tengo, el poder leer si encuentro algo escrito, y escribir yo mismo lo que quiero, que aquellas con las que se me obligaba a retener los errores de no sé qué Eneas, olvidado de mis propios errores, y a llorar a Dido muerta porque se mató por amor, mientras yo, entretanto, miserabilísimo, soportaba con ojos secos mi propia muerte lejos de Ti en esas cosas, Dios, vida mía.

Porque ¿qué hay más miserable que un miserable que no se compadece de sí mismo y llora la muerte de Dido, que se produjo por amar a Eneas, y no llora su propia muerte, que se producía por no amarte a Ti, Dios, luz de mi corazón, pan de la boca interior de mi alma, y fuerza que desposa mi mente y el seno de mi pensamiento? No Te amaba, y fornicaba lejos de Ti, y a quien fornicaba le resonaba por todas partes: «¡Bien! ¡Bien!». Porque la amistad de este mundo es fornicación lejos de Ti, y se dice «¡Bien! ¡Bien!» para que se avergüence quien no sea así. Y yo no lloraba esto, y lloraba a Dido muerta, que siguió con el hierro su fin extremo, siguiendo yo mismo, tras abandonarte, las últimas de Tus criaturas, tierra que iba hacia la tierra. Y si se me prohibiera leer esas cosas, me dolería, porque no leería lo que me doliera. Con tal demencia se tienen por más honestas y más ricas esas letras que aquellas con que aprendí a leer y escribir.

Pero ahora clame en mi alma mi Dios, y Tu verdad me diga: «No es así, no es así». Sin duda es mejor aquella primera enseñanza. Pues mira, estoy más dispuesto a olvidar los errores de Eneas y todas las cosas de esa clase que a olvidar escribir y leer. Es cierto que cuelgan velos a las puertas de las escuelas de gramática, pero estos no significan tanto el honor del secreto cuanto el encubrimiento del error. No clamen contra mí los que ya no temo, mientras Te confieso lo que mi alma quiere,

Dios mío, y descanso en la reprensión de mis malos caminos para amar Tus buenos caminos; no clamen contra mí los vendedores de gramática ni los compradores, porque, si les propongo, preguntando, si es verdad lo que dice el poeta, que Eneas llegó alguna vez a Cartago, los menos instruidos responderán que no lo saben, y los más instruidos incluso negarán que sea verdad. Pero si pregunto con qué letras se escribe el nombre de Eneas, todos los que han aprendido estas cosas me responden la verdad, conforme a aquel pacto y convención por el cual los hombres han fijado entre sí esos signos. Igualmente, si pregunto cuál de las dos cosas se olvidaría con mayor perjuicio para la vida presente, leer y escribir o aquellas ficciones poéticas, ¿quién no ve lo que responderá, si no se ha olvidado por completo de sí mismo? Pecaba, pues, siendo niño, cuando por amor anteponía aquellas vaciedades a estas cosas más útiles, o más bien cuando odiaba estas y amaba aquellas. Y en verdad, «uno y uno, dos; dos y dos, cuatro» era para mí una cantinela odiosa, y el espectáculo más dulce de la vanidad, el caballo de madera lleno de hombres armados, el incendio de Troya y la sombra misma de Creúsa.

XIV

¿Por qué, entonces, odiaba también la gramática griega, que canta tales cosas? Pues también Homero es hábil en tejer tales fabulillas y es dulcísimamente vano, y sin embargo me era amargo siendo niño. Creo que también para los niños griegos será así Virgilio, cuando se los obliga a aprenderlo como a mí a Homero. Sin duda la dificultad, la dificultad de aprender a fondo una lengua extranjera rociaba como con hiel todas las suavidades griegas de las narraciones fabulosas. Pues yo no conocía ninguna de aquellas palabras, y se me urgía con fieros terrores y castigos para que las conociera. Porque también las latinas, siendo infante, no conocía ninguna, y sin embargo las aprendí poniendo atención, sin ningún miedo ni tormento, entre las caricias de las nodrizas,

las bromas de los que reían conmigo y las alegrías de los que jugaban conmigo. Y las aprendí sin la carga penosa de quienes me apremiaban, porque me apremiaba mi propio corazón a dar a luz sus concepciones, y no habría podido hacerlo si no hubiera aprendido algunas palabras, no de los que enseñaban sino de los que hablaban, en cuyos oídos yo también daba a luz todo lo que sentía. De aquí resulta bastante claro que tiene mayor fuerza para aprender estas cosas la curiosidad libre que la necesidad temerosa. Pero esta refrena aquel flujo con Tus leyes, Dios, con Tus leyes, desde las férulas de los maestros hasta las pruebas de los mártires, pues Tus leyes tienen poder para mezclar amarguras saludables que nos llaman de vuelta a Ti desde la dulzura pestífera por la cual nos alejamos de Ti.

XV

Escucha, Señor, mi súplica, para que mi alma no desfallezca bajo Tu disciplina ni desfallezca yo en confesarte Tus misericordias, con las cuales me sacaste de todos mis pésimos caminos, para que Te hagas dulce para mí sobre todas las seducciones que seguía, y yo Te ame con todas mis fuerzas, y estreche Tu mano con todas mis entrañas, y me libres de toda tentación hasta el fin. Pues mira, Señor, rey mío y Dios mío, que Te sirva todo lo útil que aprendí siendo niño, que Te sirva lo que hablo, escribo, leo y cuento, porque cuando aprendía cosas vanas Tú me dabas disciplina, y en esas vanidades me perdonaste los pecados de mis deleites. Pues aprendí en ellas muchas palabras útiles, pero también pueden aprenderse en cosas no vanas, y ese es el camino seguro por el cual deberían andar los niños.

XVI

Pero ¡ay de ti, río de la costumbre humana! ¿Quién te resistirá? ¿Hasta cuándo no te secarás? ¿Hasta cuándo arrastrarás a los hijos de Eva hacia el mar grande y temible, que apenas pasan los que han subido a

un leño? ¿No leí yo en ti a Júpiter tonante y adúltero? Y desde luego no podía ser ambas cosas, pero se hizo que tuviera autoridad para imitar un verdadero adulterio, haciendo de alcahueta un falso trueno. Pero ¿quién de los maestros de capa lo escucha con oído sobrio cuando, del mismo polvo, un hombre exclama y dice: «Esto lo fingía Homero y trasladaba a los dioses lo humano: yo preferiría que trasladara a nosotros lo divino»? Pero es más verdadero decir que aquel, en efecto, fingía estas cosas, pero atribuyendo lo divino a hombres infames, para que los crímenes no se tuvieran por crímenes y para que quien los cometiera no pareciera imitar a hombres perdidos, sino a dioses celestiales.

Y sin embargo, oh río del Tártaro, se arrojan en ti los hijos de los hombres con sus pagas para aprender estas cosas, y se tiene por gran asunto cuando esto se hace públicamente en el foro, a la vista de las leyes que decretan salarios por encima de la paga, y golpeas tus rocas y resuenas diciendo: «De aquí se aprenden palabras, de aquí se adquiere la elocuencia, necesarísima para persuadir y exponer las ideas». ¿Es que, entonces, no conoceríamos estas palabras: «lluvia de oro», «regazo», «engaño», «templos del cielo» y otras que en aquel lugar están escritas, si Terencio no presentara a un joven perdido que se pone a Júpiter como ejemplo de lujuria, mientras mira cierta pintura en la pared, donde estaba esta imagen, de Júpiter que, según dicen, envió en otro tiempo a Dánae, en su regazo, una lluvia de oro, engañando a la mujer? Y mira cómo se excita a la lujuria como con una enseñanza celestial: «¡Y qué dios!, dice, el que con gran estruendo sacude los templos del cielo. ¿Y yo, hombrecillo, no iba a hacerlo? Yo, en verdad, lo hice, y de buena gana». No es por esta torpeza como mejor se aprenden esas palabras, sino que por esas palabras se comete con más desenvoltura esa torpeza. No acuso las palabras, como vasos escogidos y preciosos, sino el vino del error que en ellas nos servían unos maestros ebrios, y si no bebíamos nos azotaban, y no se nos permitía apelar a ningún juez sobrio. Y sin embargo yo, Dios mío, en cuya presencia ya está

tranquilo mi recuerdo, aprendí de buena gana estas cosas, y me deleitaba en ellas, miserable, y por eso se me llamaba niño de buena esperanza.

XVII

Déjame, Dios mío, decir algo también de mi ingenio, don Tuyo, y de los desvaríos en que lo desgastaba. Pues se me proponía una tarea, bien inquietante para mi alma por el premio de la alabanza y el temor de la deshonra o de los azotes: que dijera las palabras de Juno airada y dolida de no poder apartar de Italia al rey de los teucros, palabras que yo jamás había oído que Juno dijera. Pero éramos obligados a seguir, extraviados, las huellas de las ficciones poéticas, y a decir en prosa algo como lo que el poeta había dicho en verso. Y era más alabado aquel en quien, según la dignidad del personaje representado, resaltaba un afecto más semejante de ira y de dolor, vistiendo las ideas con palabras apropiadas. ¿Para qué me servía aquello, oh vida verdadera, Dios mío, que, al recitar yo, se me aclamaba por encima de muchos compañeros de mi edad y de estudios? ¿No es todo aquello, mira, humo y viento? ¿No había, pues, otra cosa en que ejercitar mi ingenio y mi lengua? Tus alabanzas, Señor, Tus alabanzas, por medio de Tus Escrituras, habrían sostenido el sarmiento de mi corazón, y no habría sido arrebatado por las vaciedades de las bagatelas, torpe presa de las aves. Pues no se sacrifica de una sola manera a los ángeles transgresores.

XVIII

¿Y qué tiene de extraño que yo me dejara llevar así hacia las vanidades y me fuera lejos de Ti, Dios mío, cuando se me proponían como modelo a imitar hombres que, si al narrar alguna acción suya no mala cometían un barbarismo o un solecismo, eran reprendidos y quedaban confundidos, mientras que, si narraban sus pasiones con palabras ínte-

gras y correctamente ordenadas, con abundancia y elegancia, eran alabados y se gloriaban? Ves esto, Señor, y callas, paciente y muy misericordioso y veraz. ¿Callarás siempre? Y ahora sacas de este horrendo abismo al alma que Te busca y tiene sed de Tus deleites, y cuyo corazón Te dice: «He buscado Tu rostro». Tu rostro, Señor, buscaré: pues estar lejos de Tu rostro es estar en un afecto tenebroso. Porque no se va a Ti ni se vuelve a Ti con los pies ni por distancias de lugares, ni aquel hijo Tuyo menor buscó caballos o carros o naves, ni voló con ala visible, ni caminó moviendo la rodilla, para disipar, viviendo pródigo en una región lejana, lo que Tú le habías dado al partir, dulce padre porque se lo habías dado, y más dulce para el que volvía necesitado: es en el afecto libidinoso, que es lo mismo que tenebroso, donde se está lejos de Tu rostro.

Mira, Señor Dios, y mira con paciencia, como miras, mira con cuánta diligencia observan los hijos de los hombres las normas de las letras y de las sílabas recibidas de los antiguos hablantes, y descuidan las normas eternas de salvación perpetua recibidas de Ti, de modo que quien guarde o enseñe aquellas viejas convenciones de los sonidos, si dice «hombre» sin aspirar la primera sílaba, contra la disciplina gramatical, desagrada más a los hombres que si, contra Tus preceptos, odia a un hombre siendo él hombre. Como si pudiera sentir a cualquier enemigo como más dañino que el odio mismo con el cual se irrita contra él, o alguien devastara a otro, persiguiéndolo, más gravemente que como devasta su propio corazón enemistándose. Y ciertamente no hay ciencia de las letras más interior que la conciencia, escrita en él, de que está haciendo a otro lo que no querría padecer. ¡Qué oculto eres Tú, que habitas en lo alto en silencio, Dios único grande, que con ley infatigable esparces ceguedades penales sobre los apetitos ilícitos!, cuando un hombre que busca fama de elocuencia, ante un hombre que es juez, rodeado por una multitud de hombres, persiguiendo a su enemigo con un odio salvajísimo, se cuida con la mayor vigilancia de no decir, por un error de la lengua, «*inter hominibus*», y no se cuida de

quitar, por el furor de su mente, a un hombre de entre los hombres.

XIX

Yo, siendo niño, yacía, miserable, en el umbral de estas costumbres, y aquella era la palestra de esta arena, donde temía más cometer un barbarismo que me cuidaba, si lo cometía, de no envidiar a los que no lo cometían. Digo esto y Te lo confieso, Dios mío, en cosas por las cuales era alabado por aquellos a quienes agradar era entonces para mí vivir honestamente. Porque no veía el abismo de torpeza al cual había sido arrojado lejos de Tus ojos. Pues ¿qué había más repugnante que yo en aquellas cosas, cuando desagradaba incluso a tales personas engañando con innumerables mentiras al pedagogo, a los maestros y a los padres, por amor al juego, por afán de ver espectáculos fútiles y por la inquietud de imitar cosas de burla? También robaba de la despensa de mis padres y de la mesa, ya por mandarlo la gula, ya para tener qué dar a los niños, que me vendían su juego, del cual, sin embargo, también ellos gozaban por igual. En ese mismo juego, vencido yo por un vano deseo de sobresalir, cazaba con frecuencia victorias fraudulentas. Y ¿qué cosa no quería yo tanto padecer, y reprendía con atroz dureza, si la descubría, como aquello mismo que yo hacía a los demás? Y, si descubierto era reprendido, prefería enfurecerme antes que ceder. ¿Es esta la inocencia pueril? No lo es, Señor, no lo es. Te lo ruego, Dios mío: pues estas mismas cosas son las que, de los pedagogos y maestros, de las nueces, pelotillas y pajarillos, pasan a los gobernadores y reyes, al oro, a las posesiones, a los esclavos, estas mismas, sin duda, al suceder las edades mayores, así como a las férulas suceden castigos mayores. Por tanto, como señal de humildad aprobaste, rey nuestro, la estatura de la niñez, cuando dijiste: «De los tales es el reino de los cielos».

XX

Pero con todo, Señor, a Ti, excelentísimo y óptimo creador y rector del universo, Dios nuestro, gracias, aunque hubieras querido que yo fuera solo un niño. Porque yo era también entonces, vivía y sentía, y cuidaba de mi integridad, huella de la secretísima unidad de la cual provenía, y guardaba con el sentido interior la integridad de mis sentidos, y en mis pequeños pensamientos sobre cosas pequeñas me deleitaba en la verdad. No quería ser engañado, tenía viva la memoria, me instruía en el lenguaje, me alegraba la amistad, huía del dolor, de la humillación, de la ignorancia. ¿Qué hay en tal ser vivo que no sea admirable y digno de alabanza? Pero todas estas cosas son dones de mi Dios. Yo no me las di a mí mismo, y son buenas, y todas ellas soy yo. Bueno es, pues, el que me hizo, y Él mismo es mi bien, y ante Él exulto por todos los bienes con que era yo también niño. Pues en esto pecaba: en que no en Él, sino en Sus criaturas, en mí mismo y en las demás, buscaba los placeres, las grandezas, las verdades, y así me precipitaba en dolores, confusiones y errores. Gracias a Ti, dulzura mía, honor mío y confianza mía, Dios mío, gracias a Ti por Tus dones: pero consérvamelos Tú. Pues así me conservarás a mí, y se aumentarán y perfeccionarán los que me diste, y yo mismo estaré Contigo, porque también el que yo sea Tú me lo diste.

---

1. N. del E.: Agustín ve en la avidez y los celos del niño los efectos del pecado original. La Iglesia enseña que es un pecado «contraído», «no cometido» (CEC 404), que no tiene en nadie «un carácter de falta personal» (CEC 405): el niño no peca personalmente.

2. N. del E.: en tiempos de Agustín muchos diferían el bautismo hasta la edad adulta, costumbre que él mismo critica en el párrafo siguiente. La Iglesia pide bautizar a los niños poco después de su nacimiento (CEC 1250). La señal de la cruz y la sal eran ritos del ingreso al catecumenado.

Libro segundo

I

Quiero recordar mis torpezas pasadas y las corrupciones carnales de mi alma, no porque las ame, sino para amarte a Ti, Dios mío. Por amor a Tu amor lo hago, repasando mis caminos perversísimos en la amargura de mi recuerdo, para que Tú me seas dulce, dulzura que no engaña, dulzura feliz y segura, que me recoges de la dispersión en que fui despedazado trozo a trozo, cuando, apartado de Ti, el único, me desvanecí en muchas cosas. Pues ardí un día en deseos de saciarme de las cosas de abajo en mi adolescencia, y me atreví a volverme selva en amores varios y sombríos, y se marchitó mi hermosura, y me pudrí ante Tus ojos, complaciéndome a mí mismo y deseando agradar a los ojos de los hombres.

II

¿Y qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado? Pero no se guardaba la medida de alma a alma, hasta donde llega el límite luminoso de la amistad, sino que de la limosa concupiscencia de la carne y del borbotar de la pubertad se exhalaban nieblas que anublaban y ofuscaban mi corazón, de modo que no se distinguía la serenidad del cariño de la bruma de la lujuria. Ambas cosas hervían confundidas y arrebataban mi frágil edad por los despeñaderos de los deseos y la sumergían en el torbellino de las infamias. Tu ira se había hecho fuerte sobre mí, y yo no lo sabía. Me había quedado sordo por el estrépito de la cadena de mi mortalidad, castigo de la soberbia de mi alma, y me alejaba más de Ti, y lo permitías; y me agitaba, y me derramaba, y me desleía, y bullía en mis fornicaciones, y callabas. ¡Oh, gozo mío tardío! Callabas entonces, y yo me iba cada vez más lejos de Ti, hacia más y

más semillas estériles de dolores, con humillación soberbia y cansancio inquieto.

¿Quién habría dado cadencia a mi desventura y habría convertido en provecho las fugaces bellezas de las cosas postreras, poniendo un límite a sus dulzuras, para que las olas de mi edad llegaran a romper, hirviendo, hasta la orilla del matrimonio? Si en ellas no podía haber sosiego, contento con el fin de engendrar hijos (como lo prescribe Tu ley, Señor, que formas también la descendencia de nuestra muerte, poderoso para poner una mano suave que temple las espinas excluidas de Tu paraíso; pues no está lejos de nosotros Tu omnipotencia, aun cuando nosotros estamos lejos de Ti), o al menos si yo hubiera atendido con más vigilancia al estruendo de Tus nubes: «Los tales tendrán tribulación en la carne, pero yo se la ahorro»; y «bueno es para el hombre no tocar mujer»; y «el que no tiene mujer piensa en las cosas de Dios, en cómo agradar a Dios; mas el que está unido en matrimonio piensa en las cosas del mundo, en cómo agradar a su mujer». Habría escuchado, pues, estas voces con más vigilancia, y, hecho eunuco por el reino de los cielos, habría esperado más feliz Tus abrazos.[1]

Pero yo, miserable, hervía de pasión, siguiendo el ímpetu de mi corriente y dejándote a Ti; y traspasé todos Tus preceptos y no escapé a Tus azotes. Porque ¿quién de los mortales lo logra? Pues Tú estabas siempre presente, misericordiosamente severo, rociando con amarguísimas penas todos mis placeres ilícitos, para que así buscara un gozo sin pena, y que, allí donde pudiera lograrlo, no hallara nada fuera de Ti, Señor, fuera de Ti, que ordenas el dolor como enseñanza, y hieres para sanar, y nos das muerte para que no muramos lejos de Ti. ¿Dónde estaba yo? ¡Y cuán lejos vivía desterrado de las delicias de Tu casa en aquel año decimosexto de la edad de mi carne, cuando empuñó el cetro sobre mí (y le entregué ambas manos) la locura de la lujuria, permitida por la desvergüenza humana, pero ilícita según Tus leyes! Los míos no se preocuparon de recogerme en el matrimonio cuando me precipitaba; su única preocupación fue que aprendiera a hacer el me-

jor discurso posible y a persuadir con la palabra.

III

Y aquel año, ciertamente, se habían interrumpido mis estudios, pues, vuelto de Madaura, ciudad vecina adonde había ido a estudiar letras y oratoria, se preparaban los gastos de mi viaje más lejano a Cartago, más por el empeño que por los recursos de mi padre, ciudadano de Tagaste de muy escasa fortuna. ¿A quién cuento esto? Porque no a Ti, Dios mío, sino que ante Ti se lo cuento a mi especie, al género humano, por pequeña que sea la parte que pueda dar con estas páginas mías. ¿Y para qué esto? Para que yo y todo el que lea esto pensemos de cuán hondo hay que clamar a Ti. ¿Y qué hay más cercano a Tus oídos que un corazón que confiesa y una vida que vive de la fe? Pues ¿quién no ensalzaba entonces con alabanzas a mi padre, porque gastaba en su hijo, por encima de las fuerzas de su hacienda, todo lo que hiciera falta para unos estudios incluso en un largo viaje? Porque muchos ciudadanos mucho más acomodados no hacían nada semejante por sus hijos; y entretanto ese mismo padre no se preocupaba de cómo crecía yo ante Ti ni de cuán casto era, con tal de que fuera elocuente, o más bien yermo, privado de Tu cultivo, Dios, que eres el único Señor verdadero y bueno de Tu campo, mi corazón.

Pero cuando, en aquel mismo año decimosexto, interrumpido el estudio por la necesidad doméstica, empecé a vivir con mis padres, libre de toda escuela, crecieron sobre mi cabeza los zarzales de las pasiones, y no había mano que los arrancara. Más aún, cuando aquel padre me vio en los baños, ya adolescente y revestido de una juventud inquieta, como si de ahí ya anhelara tener nietos, se lo contó a mi madre muy contento, contento con esa embriaguez en la que este mundo Te olvidó a Ti, su Creador, y amó a la criatura en lugar de a Ti, por el vino invisible de su voluntad torcida e inclinada a lo más bajo. Pero en el pecho de mi madre ya habías comenzado Tu templo y el principio de Tu

santa morada, pues aquel todavía era catecúmeno, y hacía poco. Así que ella se sobresaltó con piadosa turbación y temblor y, aunque yo aún no era fiel, temió sin embargo aquellos caminos torcidos por los que andan los que Te dan la espalda y no el rostro.

¡Ay de mí! ¿Y me atrevo a decir que callabas, Dios mío, cuando me alejaba más de Ti? ¿De veras callabas entonces para mí? ¿Y de quién eran, sino Tuyas, aquellas palabras que por medio de mi madre, Tu fiel, cantaste en mis oídos? Y nada de ello bajó al corazón para que lo pusiera en práctica. Pues ella quería, y recuerdo que me lo advirtió en secreto con inmensa solicitud, que no cometiera fornicación, y sobre todo que no fuera a adulterar con la mujer de nadie. Esas advertencias me parecían cosas de mujeres, a las que me habría dado vergüenza obedecer. Mas eran Tuyas, y yo no lo sabía, y pensaba que Tú callabas y que ella hablaba, cuando por ella Tú no callabas conmigo, y en ella eras despreciado por mí, por mí, hijo suyo, hijo de Tu sierva, siervo Tuyo. Pero yo no lo sabía, y me precipitaba con tanta ceguera que, entre mis compañeros de edad, me avergonzaba de ser menos desvergonzado, porque los oía jactarse de sus infamias y gloriarse tanto más cuanto más torpes eran, y me placía hacerlo no solo por el gusto de la acción, sino también por el de la alabanza. ¿Qué merece reproche sino el vicio? Yo, para no ser reprochado, me hacía más vicioso, y cuando no había nada con que igualarme a los perdidos, fingía haber hecho lo que no había hecho, para no parecer más abyecto cuanto más inocente era, y para no ser tenido por más vil cuanto más casto.

Mira con qué compañeros andaba yo por las plazas de Babilonia, y me revolcaba en su cieno como en canela y ungüentos preciosos. Y para que me aferrara más tenazmente a su centro, me pisoteaba el enemigo invisible y me seducía, porque yo era fácil de seducir. Porque tampoco ella, la madre de mi carne, que ya había huido de en medio de Babilonia, aunque andaba más lenta en lo demás, así como me había exhortado a la castidad, se ocupó de igual modo de lo que había oído de mí a su marido, ni procuró contener dentro del límite del afecto

conyugal lo que ya sentía pestilente y peligroso para el futuro, si no podía cortarse hasta lo vivo. No se ocupó de esto, porque temía que mi esperanza se viera impedida por el grillete de la esposa; no aquella esperanza que mi madre tenía puesta en Ti para el siglo futuro, sino la esperanza de las letras, que ambos padres deseaban en exceso que yo aprendiera: él, porque de Ti casi nada pensaba, y de mí, cosas vanas; ella, porque estimaba que aquellos estudios usuales de la doctrina no solo no serían de ningún perjuicio, sino incluso de alguna ayuda para alcanzarte. Así lo conjeturo, recordando como puedo el carácter de mis padres. También se me soltaban las riendas para el juego, más allá de la justa medida de la severidad, hasta la disolución de afectos varios, y en todo había una niebla que me cerraba, Dios mío, la serenidad de Tu verdad, y mi iniquidad brotaba como de la grosura.

IV

Ciertamente el hurto lo castiga Tu ley, Señor, y la ley escrita en los corazones de los hombres, que ni la misma iniquidad borra. Pues ¿qué ladrón soporta con ánimo sereno a otro ladrón? Ni el rico al empujado por la pobreza. Y yo quise cometer un hurto y lo cometí, sin que me forzara necesidad alguna, sino la falta y el hastío de justicia y el exceso de iniquidad. Pues robé lo que yo tenía en abundancia, y mucho mejor, y no quería gozar de aquello que anhelaba con el hurto, sino del hurto mismo y del pecado. Había un peral cerca de nuestra viña, cargado de frutos que no tentaban ni por la forma ni por el sabor. Para sacudirlo y llevárnoslos fuimos, jovenzuelos perversísimos, a deshoras de la noche (pues hasta entonces, según nuestra pestilente costumbre, habíamos prolongado el juego en las eras), y de allí sacamos cargas enormes, no para nuestros banquetes, sino para tirarlas a los cerdos, aunque algo comimos, con tal de que hiciéramos lo que nos gustaba precisamente porque no estaba permitido. He aquí mi corazón, Dios, he aquí mi corazón, del que Te compadeciste en lo hondo del abismo. Dí-

gate ahora mi corazón, he aquí mi corazón, qué buscaba allí, para que yo fuera malo de balde y no hubiera otra causa de mi malicia sino la malicia. Era fea, y la amé. Amé perderme, amé mi caída, no aquello hacia lo que caía, sino mi caída misma amé, alma torpe que se desprendía de Tu firmamento hacia la ruina, no buscando algo por medio de la deshonra, sino buscando la deshonra misma.

V

Pues hay hermosura en los cuerpos bellos, y en el oro y la plata y en todas las cosas, y en el contacto de la carne vale muchísimo la conveniencia, y para cada uno de los demás sentidos hay una proporción de cuerpos adecuada a él. También tienen su gracia el honor temporal y el poder de mandar y de vencer, de donde nace además el afán de venganza, y sin embargo, para alcanzar todas estas cosas no hay que salir de Ti, Señor, ni desviarse de Tu ley. Y la vida que aquí vivimos tiene su atractivo por cierta medida de su propia belleza y por su armonía con todas estas bellezas ínfimas. También la amistad de los hombres es dulce, con un lazo querido, por la unidad de muchas almas. Por todas estas cosas y las de este tipo se comete el pecado, cuando, por una inclinación inmoderada hacia ellas, que son bienes de rango último, se abandonan los mejores y los supremos: Tú, Señor Dios nuestro, y Tu verdad y Tu ley. Pues también estas cosas bajas tienen sus deleites, pero no como mi Dios, que lo hizo todo, porque en Él se deleita el justo, y Él es la delicia de los rectos de corazón.

Así, cuando se pregunta por qué causa se cometió un crimen, no suele creerse, a no ser que aparezca que pudo haber el apetito de alcanzar alguno de aquellos bienes que hemos llamado ínfimos, o el miedo de perderlo. Pues son hermosos y bellos, aunque, comparados con los bienes superiores y beatificantes, resultan viles y rastreros. Alguien cometió un homicidio. ¿Por qué lo cometió? Codició a la mujer de aquel o su heredad, o quiso despojarlo para vivir de ello, o temió per-

der algo así por su causa, o, herido, ardió en deseos de vengarse. ¿Acaso habría cometido un homicidio sin causa, deleitándose en el homicidio mismo? ¿Quién lo creería? Pues también de aquel de quien se dijo que, hombre insensato y en exceso cruel, era malo y cruel más bien gratuitamente, se declaró sin embargo la causa: «Para que», dice, «por el ocio no se entorpeciera la mano o el ánimo». Pregunta también esto: «¿Por qué así?». Evidentemente, para que, ejercitado en aquellos crímenes, una vez tomada la ciudad, alcanzara honores, mandos y riquezas, y se librara del miedo a las leyes y de la dificultad de sus asuntos por «la escasez de su hacienda y la conciencia de sus crímenes». Ni siquiera el propio Catilina amó, pues, sus crímenes, sino ciertamente otra cosa por cuya causa los cometía.

VI

¿Qué amé yo en ti, miserable de mí, oh hurto mío, oh aquel mi crimen nocturno del año decimosexto de mi edad? Porque no eras hermoso, siendo hurto. ¿O acaso eres algo, para que yo hable contigo? Hermosas eran aquellas peras que robamos, porque eran criatura Tuya, hermosísimo entre todos, Creador de todo, Dios bueno, Dios sumo bien y mi verdadero bien. Hermosas eran aquellas peras, pero mi alma miserable no las codició a ellas. Pues yo tenía otras mejores en abundancia, y aquellas las arranqué solo para robar. Pues las arrancadas las tiré, banqueteándome allí solo con la iniquidad, de la que gozaba alegrándome. Pues aun si alguna de aquellas peras entró en mi boca, el condimento allí era el crimen. Y ahora, Señor Dios mío, busco qué me deleitó en el hurto, y he aquí que no hay hermosura alguna: no digo como la hay en la equidad y la prudencia, sino ni como la hay en la mente del hombre, en la memoria, en los sentidos y en la vida que vegeta, ni como son hermosos los astros y bellos en sus lugares, y la tierra y el mar llenos de crías que, al nacer, suceden a las que se van; ni siquiera esa hermosura defectuosa y sombría que hay en los vicios en-

gañosos.

Pues también la soberbia imita la altura, siendo Tú el único Dios excelso sobre todas las cosas. Y la ambición ¿qué busca sino honores y gloria, siendo Tú el único digno de ser honrado sobre todos y glorioso por la eternidad? Y la crueldad de los poderosos quiere ser temida: pero ¿quién ha de ser temido sino el único Dios? ¿Y qué puede arrebatarse o sustraerse a Su poder, cuándo, dónde, adónde o por quién? Y las caricias de los lascivos quieren ser amadas: pero nada hay más suave que Tu caridad ni se ama nada más saludable que Tu verdad, hermosa y luminosa sobre todas las cosas. Y la curiosidad aparenta afán de saber, siendo Tú quien todo lo conoces en grado sumo. También la ignorancia misma y la necedad se cubren con el nombre de sencillez y de inocencia, porque nada se halla más sencillo que Tú. ¿Y qué más inocente que Tú, puesto que a los malos sus propias obras les son enemigas? Y la pereza parece desear el reposo: pero ¿qué reposo seguro hay fuera del Señor? La lujuria quiere llamarse saciedad y abundancia: pero Tú eres la plenitud y la copia inagotable de una suavidad incorruptible. La prodigalidad aparenta liberalidad: pero Tú eres el dispensador generosísimo de todos los bienes. La avaricia quiere poseer muchas cosas: y Tú posees todas. La envidia disputa por la excelencia: ¿qué hay más excelente que Tú? La ira busca la venganza: ¿quién vengará con más justicia que Tú? El temor se horroriza ante lo insólito y repentino, que se opone a las cosas amadas, mientras se previene para la seguridad: pues ¿qué hay para Ti de insólito? ¿Qué de repentino? ¿O quién Te separa de lo que amas? ¿O dónde hay firme seguridad sino junto a Ti? La tristeza se consume por la pérdida de las cosas en que se deleitaba la codicia, porque querría que nada se le quitase, así como a Ti nada puede quitársele.

Así fornica el alma, cuando se aparta de Ti y busca fuera de Ti lo que puro y limpio no halla sino cuando vuelve a Ti. Perversamente Te imitan todos los que se alejan de Ti y se levantan contra Ti. Pero incluso imitándote así, declaran que eres el Creador de toda la naturaleza,

y que por eso no hay adónde se pueda huir de Ti por completo. ¿Qué amé, pues, en aquel hurto, y en qué imité yo, aunque viciosa y perversamente, a mi Señor? ¿Acaso me plació obrar contra la ley, al menos con engaño, porque con poder no podía, para imitar, cautivo, una libertad mutilada, haciendo impunemente lo que no estaba permitido, con una tenebrosa semejanza de la omnipotencia? He aquí al siervo que huye de su señor y alcanza una sombra. ¡Oh podredumbre, oh monstruo de vida y abismo de muerte! ¿Pudo gustarme lo que no era lícito, no por otra cosa sino porque no era lícito?

VII

¿Qué daré al Señor porque mi memoria recuerda estas cosas y mi alma no se espanta de ello? Te amaré, Señor, y Te daré gracias y confesaré Tu nombre, porque me has perdonado tantos males y obras mías nefandas. A Tu gracia y a Tu misericordia atribuyo que hayas deshecho mis pecados como hielo. A Tu gracia atribuyo también cuantos males no hice. Pues ¿qué no pude hacer yo, que amé incluso un crimen gratuito? Y confieso que todo me ha sido perdonado, tanto los males que hice por mi propia voluntad como los que, guiándome Tú, no hice. ¿Quién de los hombres, pensando en su debilidad, se atreve a atribuir a sus fuerzas su castidad y su inocencia, de modo que Te ame menos, como si le hubiera sido menos necesaria Tu misericordia, con la cual perdonas los pecados a los que se convierten a Ti? Pues quien, llamado por Ti, siguió Tu voz y evitó lo que lee que yo recuerdo y confieso de mí mismo, no se burle de mí porque, estando enfermo, sane por obra de aquel médico por quien se le concedió a él no enfermar, o más bien enfermar menos, y por eso Te ame otro tanto, o más bien más, porque Aquel por quien me ve librado de tan grandes dolencias de mis pecados es el mismo por quien se ve a sí mismo no envuelto en tan grandes dolencias de pecados.

VIII

¿Qué fruto tuve yo, miserable, entonces en aquellas cosas que ahora, al recordarlas, me hacen enrojecer, sobre todo en aquel hurto, en que amé el hurto mismo y nada más, siendo él mismo nada, y por eso mismo yo más miserable? Y sin embargo yo solo no lo habría hecho (así recuerdo que era entonces mi ánimo), solo no lo habría hecho en absoluto. Amé, pues, allí también la compañía de aquellos con quienes lo hice. ¿No es verdad, entonces, que amé algo más que el hurto? No, nada más, porque también aquello es nada. ¿Qué es en verdad? (¿Quién me lo enseñará, sino el que ilumina mi corazón y discierne sus sombras?). ¿Qué es? Lo que me vino a la mente investigar, discutir y considerar es que, si yo amara entonces aquellas peras que robé y deseara gozarlas, podría hacerlo también solo; si bastara cometer aquella iniquidad para llegar a mi placer, no encendería el picor de mi codicia con el roce de ánimos cómplices. Pero, como en aquellas peras no estaba mi placer, estaba en el crimen mismo, y lo producía la compañía de los que pecaban juntos.

IX

¿Qué era aquel sentimiento del ánimo? Era, sin duda, muy torpe, y ¡ay de mí, que lo tenía! Pero ¿qué era, a pesar de todo? «¿Quién entiende los delitos?». Era una risa, como si se nos cosquilleara el corazón, porque engañábamos a quienes no pensaban que nosotros hiciéramos esto y lo rechazaban con vehemencia. ¿Por qué, entonces, me deleitaba en ello el no hacerlo yo solo? ¿Acaso porque también nadie ríe fácilmente solo? Nadie, en efecto, fácilmente; pero sin embargo la risa vence a veces incluso a hombres solos y aislados, cuando no hay nadie más presente, si algo en exceso ridículo se ofrece a los sentidos o al ánimo. Pero yo aquello solo no lo habría hecho, no lo habría hecho en absoluto solo. He aquí, ante Ti, Dios mío, el recuerdo vivo de mi alma. Solo no habría cometido aquel hurto, en el cual no me gustaba lo que robaba,

sino el hecho de robar; cosa que, de haberla hecho yo solo, no me habría gustado en absoluto, y no la habría hecho. ¡Oh amistad enemiga en exceso, seducción inescrutable de la mente, avidez de dañar por juego y por broma, y apetito del daño ajeno sin ganancia mía, sin deseo alguno de venganza! Pero basta que se diga: «Vamos, hagámoslo», y da vergüenza no ser desvergonzado.

X

¿Quién desatará este nudo tan retorcido y enmarañado? Es feo; no quiero fijar la atención en él, no quiero verlo. A Ti Te quiero, justicia e inocencia, hermosa y bella con honestos resplandores y saciedad insaciable. Hay en Ti reposo grande y vida imperturbable. Quien entra en Ti entra en el gozo de su Señor, y no temerá, y se hallará muy bien en el sumo Bien. Me desprendí de Ti yo y me extravié, Dios mío, desviado en exceso de Tu estabilidad en la adolescencia, y me convertí para mí en región de penuria.

---

1. N. del E.: Agustín no desprecia el matrimonio: lamenta no haber encauzado su juventud ni en él ni en la continencia. La Iglesia enseña que el matrimonio y la virginidad por el Reino «vienen del Señor mismo» (CEC 1620) y que el matrimonio tiene un doble fin, el bien de los esposos y la transmisión de la vida (CEC 2363).

Libro tercero

I

Vine a Cartago, y por todas partes me rodeaba el chisporroteo de una sartén de amores impuros. Todavía no amaba, y amaba el amar, y con una indigencia más secreta me odiaba por no ser más indigente. Buscaba qué amar, enamorado del amar, y odiaba la seguridad y el camino sin trampas, porque tenía dentro de mí hambre de aquel alimento interior, de Ti mismo, Dios mío; y con esa hambre no sentía apetito, sino que estaba sin deseo de alimentos incorruptibles, no porque estuviera lleno de ellos, sino que cuanto más vacío, más desdeñoso. Y por eso mi alma no estaba sana, y, llagada, se arrojaba fuera, miserablemente ávida de ser rascada por el contacto de las cosas sensibles. Pero si estas no tuvieran alma, no serían amadas, por cierto. Amar y ser amado me era dulce, más aún si además gozaba del cuerpo de quien me amaba. Así enturbiaba el manantial de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia, y ensombrecía su blancura con el vaho infernal de la lujuria; y, con todo, torpe y deshonesto como era, me afanaba por parecer elegante y refinado, con una vanidad desbordante. Caí también en el amor por el cual deseaba ser cautivado. Dios mío, misericordia mía, ¡con cuánta hiel rociaste para mí aquella dulzura, y qué bueno fuiste en ello! Porque fui amado, y llegué en secreto al vínculo del goce, y me dejaba atar, feliz, con lazos llenos de aflicción, para ser azotado con las varas ardientes de hierro de los celos, las sospechas, los temores, las iras y las riñas.

II

Me arrebataban los espectáculos teatrales, llenos de imágenes de mis miserias y de combustible para mi fuego. ¿Por qué quiere el hombre

sentir dolor allí, cuando contempla escenas luctuosas y trágicas, que sin embargo él mismo no querría padecer? Y, con todo, el espectador quiere sentir dolor a causa de ellas, y ese dolor mismo es su placer. ¿Qué es esto sino una admirable locura? Pues cada uno se conmueve tanto más con ellas cuanto menos sano está de tales afectos, aunque, cuando uno mismo los padece, suele llamarse miseria, y cuando se comparte con otros, misericordia. Pero ¿qué clase de misericordia es la que se tiene ante cosas fingidas y escénicas? Porque al oyente no se le provoca a socorrer, sino que solo se le invita a dolerse, y favorece tanto más al actor de esas imágenes cuanto más dolor siente. Y si aquellas calamidades de los hombres, antiguas o inventadas, se representan de modo que el que mira no sienta dolor, se va de allí disgustado y criticando; si, en cambio, siente dolor, permanece atento y llora gozoso.

Así pues, también los dolores se aman. Es cierto que todo hombre quiere gozar. ¿O acaso, como a nadie le agrada ser miserable, nos agrada en cambio ser misericordiosos, y porque esto no es sin dolor, por esta única causa se aman los dolores? También esto procede de aquel manantial de la amistad. Pero ¿adónde va? ¿Adónde fluye? ¿Para qué se despeña en un torrente de pez hirviente, en las inmensas marejadas de lujurias repugnantes, en las cuales ella misma se muda y se transforma, desviada y precipitada de la serenidad celestial por su propia voluntad? ¿Hay que rechazar, entonces, la misericordia? De ningún modo. Que se amen, pues, a veces los dolores; pero guárdate de la inmundicia, alma mía, bajo la tutela de mi Dios, Dios de nuestros padres, digno de alabanza y sobreexaltado por todos los siglos; guárdate de la inmundicia. Y no es que ahora no sienta misericordia, pero entonces, en los teatros, me alegraba con los amantes cuando gozaban uno del otro en sus amores infames, aunque lo hicieran solo en imagen, en el juego del espectáculo. Y cuando se perdían el uno al otro, me entristecía como si fuera misericordioso, y sin embargo ambas cosas me deleitaban. Ahora, en cambio, compadezco más al que goza en la infamia que al que, como si sufriera algo duro, padece el detrimento de un placer per-

nicioso y la pérdida de una miserable felicidad. Esta es ciertamente la misericordia más verdadera, pero en ella no deleita el dolor. Pues aunque se apruebe, como deber de caridad, que alguien se duela del miserable, con todo preferiría que no hubiera nada de qué dolerse el que es misericordioso de veras. Porque si existiera una benevolencia malévola, lo cual no puede ser, también podría el que se compadece con verdad y sinceridad desear que haya miserables para poder compadecerse. Hay, pues, algún dolor que debe aprobarse, ninguno que deba amarse. Porque Tú, Señor Dios, que amas las almas, Te compadeces de ellas de un modo mucho más alto y más puro que nosotros, y más incorruptible, pues ningún dolor Te hiere. Y para estas cosas, ¿quién es idóneo?

Pero yo, entonces, miserable, amaba dolerme, y buscaba que hubiera algo de qué dolerme, cuando en la desdicha ajena, fingida y representada en pantomima, me agradaba más la actuación del histrión y me atraía con más fuerza la que me sacaba las lágrimas. ¿Y qué tiene de extraño, siendo yo una oveja infeliz, descarriada de Tu rebaño e impaciente de Tu custodia, que me afeara una sarna repugnante? Y de ahí venían los amores a los dolores, no a aquellos que me penetraran más hondo (pues no amaba padecer lo que contemplaba), sino a los que, oídos e inventados, me rasparan como en la superficie. A los cuales, sin embargo, como a las uñas de los que se rascan, seguían una hinchazón ardiente, la podredumbre y un pus horrible. Una vida así, Dios mío, ¿era acaso vida?

III

Y desde lejos revoloteaba sobre mí, fiel, Tu misericordia. ¡En cuántas iniquidades me consumí, y qué curiosidad sacrílega seguí, que, mientras yo Te abandonaba, me condujo a los abismos de la infidelidad y a los servicios engañosos de los demonios, a quienes inmolaba mis malas acciones! Y en todas ellas me azotabas. Me atreví incluso, en la ce-

lebración de Tus solemnidades, dentro de las paredes de Tu Iglesia, a desear y a llevar adelante un negocio para procurar frutos de muerte. Por eso me castigaste con graves penas, pero nada en comparación con mi culpa, oh Tú, misericordia mía, inmensa, Dios mío, refugio mío frente a los terribles enemigos entre los cuales anduve errante, con el cuello soberbio, alejándome mucho de Ti, amando mis caminos y no los Tuyos, amando una libertad de fugitivo.

También aquellos estudios que se llamaban honestos tenían su rumbo puesto en los foros litigiosos, para que en ellos yo sobresaliera, tanto más digno de alabanza cuanto más fraudulento. ¡Tal es la ceguera de los hombres, que hasta se glorían de su ceguera! Y ya era el mayor en la escuela del retórico, y me gozaba con soberbia y me hinchaba de arrogancia, aunque, Señor, Tú lo sabes, mucho más sosegado, y del todo ajeno a los «trastornos» que hacían los «trastornadores» (pues este nombre siniestro y diabólico es como una insignia de buen tono), entre los cuales vivía con un pudor impúdico, porque yo no era como ellos. Y estaba con ellos y a veces me deleitaba en su amistad, aunque siempre aborrecía sus hechos, es decir, esos «trastornos» con que acosaban con descaro el pudor de los desconocidos, a quienes perturbaban burlándose de ellos sin motivo y alimentando con eso sus malévolas alegrías. Nada hay más parecido que ese acto a los actos de los demonios. ¿Qué nombre, pues, más verdadero que el de «trastornadores», si ellos mismos fueron antes trastornados y pervertidos del todo, pues los espíritus engañadores se burlan de ellos y los seducen en secreto en aquello mismo en que se complacen en reírse de otros y engañarlos?

IV

Entre estos aprendía yo, en aquella edad débil, los libros de elocuencia, en la cual deseaba sobresalir con un fin condenable y vano, por los gozos de la vanidad humana. Y, siguiendo el orden usual de estudios, había llegado al libro de un tal Cicerón, cuya lengua admiran ca-

si todos, no así su corazón. Pero ese libro contiene una exhortación suya a la filosofía, y se llama «Hortensio». Aquel libro, en verdad, cambió mi afecto, y hacia Ti mismo, Señor, cambió mis plegarias, y transformó mis votos y deseos. De pronto se me envileció toda esperanza vana, y con un ardor increíble del corazón codiciaba la inmortalidad de la sabiduría, y había comenzado a levantarme para volver a Ti. Pues no era para afilar la lengua, cosa que parecía yo comprar con los dineros de mi madre, cuando corría el decimonoveno año de mi edad, habiendo muerto mi padre dos años antes; no era, pues, para afilar la lengua para lo que me servía de aquel libro, ni me había persuadido su manera de hablar, sino lo que decía.

¡Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía por remontar el vuelo desde lo terreno hacia Ti, y no sabía qué hacías conmigo! Pues en Ti está la sabiduría. Y el amor de la sabiduría tiene un nombre griego, filosofía, con la cual me encendían aquellas letras. Hay quienes seducen por medio de la filosofía, disfrazando y maquillando sus errores con un nombre grande, halagüeño y honesto; y casi todos los que fueron así, en aquellos tiempos y en los anteriores, son señalados y puestos en evidencia en ese libro, y allí se manifiesta aquella saludable advertencia de Tu Espíritu por medio de Tu siervo bueno y piadoso: «Miren que nadie los engañe por la filosofía y por una vana seducción, según la tradición de los hombres, según los elementos de este mundo y no según Cristo, porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad». Y yo, en aquel tiempo, Tú lo sabes, luz de mi corazón, pues aún no me eran conocidas estas cosas apostólicas, me deleitaba, sin embargo, solo en esto de aquella exhortación: que yo amara, buscara, alcanzara, retuviera y abrazara con fuerza no esta o aquella secta, sino la sabiduría misma, fuera cual fuere; con aquel discurso me sentía excitado, encendido y ardía, y una sola cosa me enfriaba en tan gran llama: que allí no estaba el nombre de Cristo, porque este nombre, conforme a Tu misericordia, Señor, este nombre de mi Salvador, Hijo Tuyo, mi tierno corazón lo había bebido piadosamente con la leche misma de

mi madre y lo conservaba muy hondo, y todo lo que estuviera sin este nombre, aunque fuera erudito, pulido y veraz, no me arrebataba por entero.

V

Así que me propuse volver el ánimo a las Escrituras santas y ver cómo eran. Y he aquí que veo algo no descubierto a los soberbios ni desnudado a los niños, humilde en la entrada, excelsa a medida que se avanza en ella y velada de misterios. Y yo no era tal que pudiera entrar en ella o inclinar la cerviz ante sus pasos. Pues no sentí entonces como hablo ahora, cuando me fijé en aquella Escritura, sino que me pareció indigna de compararla con la dignidad de Cicerón. Mi hinchazón rehuía su sencillez y mi agudeza no penetraba en su interior. Mas ella era tal que crecía con los pequeñitos, pero yo desdeñaba ser pequeñito y, henchido de orgullo, me parecía grande.

VI

Así que caí entre hombres de soberbio delirio, carnales en exceso y habladores, en cuya boca había lazos del diablo y liga confeccionada con la mezcla de las sílabas de Tu nombre y del de nuestro Señor Jesucristo y del Paráclito, nuestro Consolador, el Espíritu Santo. Estos nombres no se apartaban de su boca, pero solo hasta el sonido y el estrépito de la lengua; en lo demás, su corazón estaba vacío de verdad. Y decían: «La verdad, la verdad», y me la decían mucho, y en ninguna parte estaba en ellos, sino que decían falsedades, no solo acerca de Ti, que eres de verdad la Verdad, sino también acerca de estos elementos de este mundo, criatura Tuya, sobre los cuales, aun cuando dijeran cosas verdaderas, debí pasar por encima de los filósofos por amor a Ti, Padre mío, sumo bien, hermosura de todas las cosas hermosas. ¡Oh Verdad, Verdad, cuán íntimamente suspiraban ya entonces por Ti las entrañas de mi alma, cuando ellos me hacían resonar Tu nombre con

frecuencia y de muchas maneras, solo con la voz y con muchos y enormes libros! Y esos eran los platos en los que a mí, hambriento de Ti, se me servían en lugar de Ti el sol y la luna, hermosas obras Tuyas, pero obras Tuyas al fin, no Tú, ni siquiera las primeras. Pues Tus obras espirituales son anteriores a estas corpóreas, aunque sean luminosas y celestes. Pero yo no tenía hambre y sed de aquellas primeras, sino de Ti mismo, Verdad, en quien no hay mudanza ni sombra de variación. Y se me seguían sirviendo en aquellos platos fantasmas resplandecientes, en comparación con los cuales era ya mejor amar a este sol, verdadero al menos para estos ojos, que aquellas cosas falsas, para un alma engañada por los ojos. Y sin embargo, porque pensaba que eran Tú, comía, no con avidez, porque no me sabías en la boca como eres (pues Tú no eras aquellas ficciones vacías), ni me nutría con ellas, sino que me agotaba más. El alimento en sueños es muy semejante al de los que velan, pero con él no se alimentan los que duermen, pues duermen. Aquellas cosas, en cambio, no se parecían de ningún modo a Ti, como ahora me has hablado, porque eran fantasmas corporales, cuerpos falsos, y más ciertos que ellos son estos cuerpos verdaderos que vemos con la vista de la carne, sean celestes o terrestres, junto con las bestias y las aves. Los vemos, y son más ciertos que cuando los imaginamos. Y a su vez los imaginamos con más certeza que lo que, a partir de ellos, conjeturamos como otras cosas más grandes e infinitas, que no existen en absoluto. De tales vaciedades me alimentaba yo entonces, y no me alimentaba. Pero Tú, amor mío, por quien desfallezco para ser fuerte, no eres estos cuerpos que vemos aunque sea en el cielo, ni aquellos que no vemos allí, porque Tú creaste estos y no los cuentas entre Tus creaturas más altas. ¡Cuán lejos estás, pues, de aquellos fantasmas míos, fantasmas de cuerpos que no existen en absoluto! Más ciertas que ellos son las imágenes de los cuerpos que existen, y más ciertos que estas, los cuerpos, que tampoco son Tú. Pero tampoco eres el alma, que es la vida de los cuerpos (y por eso la vida de los cuerpos es mejor y más cierta que los cuerpos), sino que Tú eres la vida de las almas, vida de

las vidas, que vives por Ti misma y no cambias, vida de mi alma.

¿Dónde estabas, pues, entonces para mí, y a qué distancia? Y lejos peregrinaba yo de Ti, excluido incluso de las algarrobas de los cerdos, a los que alimentaba con algarrobas. ¡Cuánto mejores que aquella trampa son las fábulas de los gramáticos y de los poetas! Pues el verso y el poema y Medea volando son ciertamente más útiles que los cinco elementos diversamente disfrazados para los cinco antros de tinieblas, que no existen en absoluto y matan al que cree en ellos. Pues el verso y el poema los transformo incluso en verdadero alimento; en cuanto a Medea volando, aunque la cantaba, no la afirmaba, y aunque oía que se cantaba, no la creía. Pero aquellas cosas sí las creí. ¡Ay, ay! ¡Por qué escalones fui bajando hasta lo profundo del infierno, fatigado, por cierto, y abrasado por la falta de verdad, cuando a Ti, Dios mío (pues a Ti me confieso, que tuviste misericordia de mí aun cuando todavía no me confesaba), cuando a Ti Te buscaba no según la inteligencia de la mente, con la cual quisiste que yo aventajara a las bestias, sino según el sentido de la carne! Pero Tú eras más interior que lo más íntimo mío y más alto que lo más alto mío. Me topé con aquella mujer audaz, escasa de prudencia, enigma de Salomón, sentada en una silla a la puerta y diciendo: «Coman con gusto panes ocultos, y beban agua dulce robada». Ella me sedujo, porque me halló habitando fuera, en el ojo de mi carne, y rumiando en mi interior tales cosas como las que por él había devorado.

VII

Pues no conocía aquella otra realidad que verdaderamente es, y era movido, como con cierta agudeza, a dar la razón a los necios engañadores cuando me preguntaban de dónde viene el mal, y si Dios estaba limitado por una forma corpórea y tenía cabellos y uñas, y si debían tenerse por justos los que tenían a la vez muchas mujeres y mataban hombres y sacrificaban animales. Ignorante de estas cosas, me turba-

ba, y, alejándome de la verdad, me parecía ir hacia ella, porque no sabía que el mal no es sino la privación del bien, hasta llegar a lo que no es absolutamente nada. (¿Y cómo iba yo a verlo, si con los ojos mi ver no llegaba más allá del cuerpo, y con el alma no pasaba del fantasma?) Y no sabía que Dios es espíritu, no uno que tenga miembros extendidos en largo y ancho, ni al que le corresponda ser una mole, porque una mole es menor en una parte que en su todo, y si es infinita, es menor en una parte limitada a un espacio determinado que en el infinito, y no está toda en todas partes como el espíritu, como Dios. Y qué hay en nosotros según lo cual somos, y con razón se dice en la Escritura que somos a imagen de Dios, lo ignoraba por completo.

Y no conocía la verdadera justicia interior, que no juzga por costumbre, sino por la rectísima ley de Dios omnipotente, por la cual se formaban las costumbres de las regiones y de los días según las regiones y los días, siendo ella misma en todas partes y siempre, no una en un lugar y otra en otro, ni de un modo en un tiempo y de otro en otro, según la cual eran justos Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David y todos aquellos alabados por boca de Dios. Pero estos son juzgados inicuos por los ignorantes, que juzgan desde un día humano y miden todas las costumbres del género humano por una parte de su propia costumbre; como si alguien, ignorando en una armería qué cosa conviene a qué miembro, quisiera cubrirse la cabeza con las grebas y calzarse con el yelmo, y se quejara de que no se ajustan bien; o como si, declarado un día de suspensión de los negocios desde el mediodía, alguien se irritara de que no se le permite poner algo en venta, porque por la mañana sí se permitió; o como si en una misma casa viera que un siervo toca con las manos algo que no se permite hacer al que sirve las copas, o que se hace detrás de los pesebres algo que está prohibido delante de la mesa, y se indignara de que, siendo una sola morada y una sola familia, no se conceda lo mismo en todas partes y a todos. Así son los que se indignan cuando oyen que en aquel siglo les fue lícito a los justos algo que en este no les es lícito, y que a aquellos Dios les mandó

una cosa y a estos otra por causas temporales, aunque unos y otros hayan servido a la misma justicia; cuando ven que en un solo hombre, en un solo día y en una sola casa una cosa conviene a un miembro y otra a otro, y que lo que poco antes era lícito, pasada una hora no lo es, que algo se permite o se manda en aquel rincón y en este, junto a él, se prohíbe y se castiga. ¿Acaso la justicia es variable y mudable? No, pero los tiempos, a los que ella preside, no transcurren por igual; pues son tiempos. Y los hombres, cuya vida sobre la tierra es breve, como no son capaces, por el sentido, de enlazar las causas de los siglos anteriores y de otras naciones, que no han experimentado, con las que sí han experimentado, mientras que en un solo cuerpo, o día, o casa, pueden ver fácilmente qué conviene a qué miembro, en qué momentos, a qué partes o personas, se ofenden por aquellas y a estas se someten.[1]

Estas cosas, pues, las ignoraba entonces y no las advertía, y por todas partes me herían los ojos, y no las veía. Y componía versos, y no me era lícito poner cualquier pie en cualquier lugar, sino que en un metro y en otro, de manera diversa, y en un solo verso no el mismo pie en todos los lugares. Y el arte mismo con que componía no tenía una cosa aquí y otra allá, sino todo a la vez. Y no consideraba que la justicia, a la que sirven los hombres buenos y santos, contiene a la vez, de modo mucho más excelente y sublime, todo cuanto prescribe, sin variar en ninguna parte, y sin embargo, en los diversos tiempos, no lo prescribe todo a la vez, sino que distribuye y ordena lo propio de cada uno. Y yo, ciego, reprendía a los piadosos padres, no solo porque usaban de las cosas presentes como Dios les mandaba e inspiraba, sino también porque anunciaban las futuras como Dios se las revelaba.

VIII

¿Acaso es injusto alguna vez o en algún lugar amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente, y amar al prójimo como a uno mismo? Por eso los pecados que son contra la naturaleza de-

ben ser detestados y castigados siempre y en todas partes, como lo fueron los de los sodomitas. Si todas las naciones los cometieran, quedarían bajo el mismo reato de crimen según la ley divina, que no hizo a los hombres para que usaran así de sí mismos. Pues se viola la sociedad misma que debemos tener con Dios cuando la misma naturaleza, de la cual Él es autor, se mancha con la perversión de la lujuria. Pero los pecados que son contra las costumbres de los hombres deben evitarse según la diversidad de las costumbres, de modo que un pacto entre ellos, afirmado por la costumbre o por la ley de una ciudad o de una nación, no sea violado por el capricho de ningún ciudadano o forastero. Porque es torpe toda parte que no armoniza con su todo. Pero cuando Dios manda algo contra la costumbre o el pacto de cualesquiera, aunque nunca se hubiera hecho allí, ha de hacerse, y si se había omitido, ha de restablecerse, y si no estaba instituido, ha de instituirse. Pues si a un rey le es lícito mandar en la ciudad en que reina algo que nadie antes de él ni él mismo había mandado jamás, y no se obedece contra la sociedad de su ciudad, sino que, por el contrario, no obedecer es ir contra la sociedad (porque es pacto general de la sociedad humana obedecer a los propios reyes), cuánto más a Dios, regidor de toda Su creación, hay que servirle sin duda alguna en lo que haya mandado. Pues así como en las potestades de la sociedad humana la potestad mayor se antepone a la menor para ser obedecida, así Dios a todos.

Del mismo modo en los crímenes, donde hay deseo de dañar, sea por afrenta, sea por injuria, y ambos o bien por venganza, como un enemigo contra su enemigo, o bien por conseguir algún provecho de fuera, como el bandido contra el viajero, o bien por evitar un mal, como contra aquel a quien se teme, o bien por envidia, como el más miserable contra el más feliz, o el que ha prosperado en algo contra aquel a quien teme que se le iguale o se duele de que ya se le iguale, o bien por el solo placer del mal ajeno, como los espectadores de los gladiadores o los que se burlan o se mofan de cualesquiera. Estas son las

cabezas de la iniquidad que brotan del deseo de dominar, de ver y de sentir, o de uno solo de ellos, o de dos, o de todos a la vez, y se vive mal contra los tres y los siete, salterio de diez cuerdas, Tu decálogo, Dios altísimo y dulcísimo. Pero ¿qué pecados hay contra Ti, que no Te corrompes? ¿O qué crímenes contra Ti, a quien no se puede dañar? Pero Tú castigas lo que los hombres perpetran contra sí mismos, porque aun cuando pecan contra Ti, obran impíamente contra sus almas, y la iniquidad se miente a sí misma, ya corrompiendo y pervirtiendo su naturaleza, que Tú hiciste y ordenaste, ya usando sin moderación de las cosas permitidas, ya ardiendo por las no permitidas hacia un uso que es contra la naturaleza. O se hacen reos en el ánimo y en las palabras, enfureciéndose contra Ti y dando coces contra el aguijón, o, rotos los límites de la sociedad humana, se alegran, audaces, en uniones o rupturas privadas, según lo que a cada cual deleite u ofenda. Y esto sucede cuando Tú eres abandonado, fuente de vida, que eres el único y verdadero Creador y Rector del universo, y por soberbia privada se ama en una parte un falso uno. Por eso, con humilde piedad se vuelve a Ti, y Tú nos purificas de la mala costumbre, y eres propicio a los pecados de los que se confiesan, y escuchas los gemidos de los encadenados, y nos sueltas de las ataduras que nos hicimos, con tal de que ya no alcemos contra Ti los cuernos de una falsa libertad, por la avaricia de tener más y el daño de perderlo todo, amando más lo propio nuestro que a Ti, bien de todos.

IX

Pero entre los pecados vergonzosos y los crímenes y tantas iniquidades están los pecados de los que van progresando, que los que juzgan bien reprenden según la regla de la perfección y alaban por la esperanza del fruto, como la hierba del sembrado. Y hay algunas cosas semejantes a un pecado vergonzoso o a un crimen que no son pecados, porque ni Te ofenden a Ti, Señor Dios nuestro, ni a la convivencia social, cuan-

do se procuran ciertas cosas para el uso de la vida, convenientes al tiempo, y es incierto si por deseo de tener; o se castiga con celo de corregir, por una potestad legítima, y es incierto si por deseo de dañar. Así, muchas acciones que a los hombres parecerían reprobables fueron aprobadas por Tu testimonio, y muchas alabadas por los hombres son condenadas, siendo Tú testigo, porque a menudo el aspecto del hecho es una cosa, y otra el ánimo del que lo hace y la coyuntura de un tiempo oculto. Pero cuando Tú, de repente, mandas algo insólito e imprevisto, aunque lo hayas prohibido alguna vez, aunque ocultes por un tiempo la causa de Tu mandato y aunque vaya contra el pacto de la sociedad de algunos hombres, ¿quién dudaría de que ha de hacerse, si es justa aquella sociedad de los hombres que Te sirve? Pero bienaventurados los que saben que Tú lo has mandado. Pues todo lo hacen los que Te sirven, ya para exhibir lo que es necesario para el presente, ya para anunciar lo futuro.

X

Yo, sin saberlo, me burlaba de aquellos santos siervos y profetas Tuyos. ¿Y qué hacía yo al burlarme de ellos, sino ser yo burlado por Ti, conducido poco a poco y paso a paso hasta esas necedades de creer que la higuera llora cuando se le arranca el higo, y que su madre, el árbol, derrama lágrimas lácteas? Higo que, sin embargo, si algún santo de ellos lo comiera, arrancado, eso sí, por crimen ajeno y no suyo, lo mezclaría con sus entrañas y exhalaría de él ángeles, más aún, partículas de Dios, gimiendo en la oración y eructando. Partículas del Dios sumo y verdadero que habrían quedado atadas en aquel fruto, si los santos elegidos no las desataran con el diente y el vientre. Y yo, miserable, llegué a creer que había que mostrar más misericordia a los frutos de la tierra que a los hombres, por quienes nacían. Pues si alguien con hambre, que no fuera maniqueo, pidiera, parecería que merece pena capital el bocado si se le diera.

XI

Y extendiste Tu mano desde lo alto y sacaste mi alma de esta profunda tiniebla, cuando por mí lloraba a Ti mi madre, fiel sierva Tuya, más de lo que lloran las madres la muerte corporal de sus hijos. Pues ella veía mi muerte desde la fe y el espíritu que tenía de Ti, y la escuchaste, Señor. La escuchaste y no despreciaste sus lágrimas; cuando, brotando a raudales, regaban la tierra bajo sus ojos en todo lugar de su oración, la escuchaste. Pues ¿de dónde, si no, aquel sueño con que la consolaste, de modo que consintió en vivir conmigo y en tener conmigo la misma mesa en casa? (Cosa que había empezado a no querer, rehuyendo y detestando las blasfemias de mi error.) Se vio, en efecto, de pie sobre una regla de madera, y que se le acercaba un joven resplandeciente, alegre y sonriente, mientras ella estaba afligida y consumida de pena. Y que este, tras preguntarle las causas de su tristeza y de sus lágrimas cotidianas, no para aprender, sino para enseñar, como suele hacerse, y respondiéndole ella que lloraba mi perdición, le mandó (para que estuviera tranquila) y le advirtió que prestara atención y viera que donde estaba ella, allí estaba también yo. Y en cuanto ella prestó atención, me vio junto a sí, de pie sobre la misma regla. ¿De dónde esto, sino de que Tus oídos estaban atentos a su corazón, oh Tú, bueno y omnipotente, que cuidas de cada uno de nosotros como si cuidaras de uno solo, y de todos como de cada uno?

¿De dónde también esto: que, cuando me hubo contado aquella visión, y yo me esforzaba por llevarla a que más bien no desesperara de que ella llegaría a ser lo que yo era, al punto, sin vacilación alguna, dijo: «No, pues no se me dijo “donde él, allí también tú”, sino “donde tú, allí también él”»? Te confieso, Señor, mi recuerdo, tal como lo recuerdo, y a menudo no lo he callado: que Tu respuesta, dada por mi madre vigilante, que no se turbó por la falsedad de una interpretación tan verosímil y vio tan pronto lo que había que ver (lo cual yo, desde luego, antes de que lo dijera, no había visto), me conmovió entonces más aún

que el sueño mismo, por el cual a aquella mujer piadosa se le anunció, mucho tiempo antes, un gozo que habría de venir tanto después, para consuelo de su angustia de entonces. Pues siguieron casi nueve años en los cuales yo me revolqué en el cieno de lo profundo y en las tinieblas de la falsedad, esforzándome muchas veces por levantarme y cayendo con más fuerza, mientras que aquella viuda casta, piadosa y sobria, como Tú las amas, ya más alegre en la esperanza, pero no menos solícita en el llanto y el gemido, no dejaba de llorar por mí ante Ti a todas las horas de sus oraciones, y sus plegarias entraban en Tu presencia, y sin embargo me dejabas todavía revolverme y envolverme en aquella oscuridad.

XII

Y diste entre tanto otra respuesta, que recuerdo. Pues omito muchas cosas, porque me apresuro hacia las que más me urgen a confesarte, y muchas no las recuerdo. Diste, pues, otra por medio de un sacerdote Tuyo, cierto obispo criado en la Iglesia y ejercitado en Tus libros. A este, cuando aquella mujer le rogó que se dignara conversar conmigo y refutar mis errores, desenseñarme lo malo y enseñarme lo bueno (pues lo hacía con aquellos que por casualidad hallaba idóneos), no quiso, con prudencia por cierto, según comprendí más tarde. Respondió, en efecto, que yo todavía era indócil, por estar engreído con la novedad de aquella herejía y haber ya agitado a muchos ignorantes con algunas cuestioncillas, como ella le había contado. «Pero», dijo, «déjalo estar. Solo ruega por él al Señor. Por sí mismo, leyendo, descubrirá cuál es ese error y cuánta impiedad». Contó también al mismo tiempo que él mismo, siendo pequeño, había sido entregado a los maniqueos por su madre, seducida, y que no solo había leído, sino también copiado casi todos sus libros, y que se le hizo evidente, sin que nadie disputara en contra ni lo convenciera, cuánto había que huir de aquella secta; y así huyó. Cuando él hubo dicho esto, y ella no quería conformarse, sino

que insistía más, suplicando y llorando abundantemente, para que me viera y dialogara conmigo, él, ya algo molesto por el fastidio, dijo: «Vete ya, así Dios te guarde: no es posible que se pierda el hijo de estas lágrimas». Y ella, en sus conversaciones conmigo, recordaba a menudo que lo había recibido como si hubiera sonado desde el cielo.

---

1. N. del E.: Agustín no enseña que la moral cambie con las épocas: la justicia es, dice, la misma «en todas partes y siempre». La ley natural es inmutable (CEC 1958); la poligamia de los patriarcas se entiende dentro de la pedagogía de la Ley antigua, bajo la cual se desarrolló la conciencia de la unidad del matrimonio (CEC 1610).

Libro cuarto

I

Durante ese mismo lapso de nueve años, desde los diecinueve de mi edad hasta los veintiocho, éramos seducidos y seducíamos, engañados y engañando, en variadas codicias: en público por las doctrinas que llaman liberales, en secreto bajo el falso nombre de religión; aquí soberbios, allí supersticiosos, en todas partes vanos. Por un lado perseguíamos la vaciedad de la gloria popular, hasta los aplausos de los teatros, los certámenes de versos, la porfía por coronas de heno, las fruslerías de los espectáculos y la intemperancia de las pasiones; por otro, deseando purificarnos de esas inmundicias, llevábamos alimentos a los que se llamaban elegidos y santos, para que en el taller de su vientre nos fabricaran, a partir de ellos, ángeles y dioses por quienes fuésemos liberados. Yo seguía esas cosas y las practicaba con mis amigos, engañados por mí y conmigo. Que se rían de mí los arrogantes, los que todavía no han sido postrados y abatidos por Ti para su salud, Dios mío; yo, con todo, Te confesaré mis vergüenzas en alabanza Tuya. Déjame, Te lo suplico, y concédeme recorrer con la memoria presente los rodeos pasados de mi error e inmolarte una hostia de júbilo. Pues ¿qué soy yo para mí sin Ti, sino un guía hacia el precipicio? ¿O qué soy, cuando me va bien, sino un niño que mama Tu leche o que goza de Ti, alimento que no se corrompe? ¿Y quién es el hombre, cualquier hombre, siendo solo hombre? Pero que se rían de nosotros los fuertes y poderosos; nosotros, débiles y menesterosos, confesémonos a Ti.

II

En aquellos años enseñaba el arte de la retórica y, vencido por la codicia, vendía una locuacidad que da la victoria. Prefería, sin embargo,

Señor, Tú lo sabes, tener discípulos buenos, de los que se llaman buenos, y a ellos les enseñaba sin dolo artimañas que no habían de usar contra la vida del inocente, sino a veces en favor de la del culpable. Y Tú, Dios, viste desde lejos cómo resbalaba en terreno escurridizo y cómo chispeaba entre mucho humo mi fe, la que mostraba en aquel magisterio, compañero de quienes amaban la vanidad y buscaban la mentira. En aquellos años tenía una mujer, no unida a mí en lo que se llama legítimo matrimonio, sino hallada por un ardor errante y falto de prudencia; con todo, una sola, y a ella también le guardaba fidelidad de lecho. Con ella, ciertamente, pude experimentar en mi propio caso cuánta diferencia hay entre la medida de un pacto conyugal, contraído por razón de la generación, y el convenio de un amor lascivo, donde la prole nace incluso contra el deseo, aunque, una vez nacida, obliga a que se la ame.

Recuerdo también que, cuando me había parecido bien entrar en un certamen de versos teatrales, cierto arúspice me mandó preguntar qué paga quería darle para vencer; y que yo, detestando y abominando aquellos ritos inmundos, respondí que, aunque la corona fuera de oro imperecedero, no permitiría que se matara una mosca para mi victoria. Pues él iba a matar animales en sus sacrificios y, con esos honores, me parecía que iba a invitar a los demonios a favorecerme con su voto. Pero tampoco rechacé ese mal por castidad hacia Ti, Dios de mi corazón. Porque no sabía amarte, yo, que no sabía pensar sino en resplandores corpóreos. Pues un alma que suspira por tales ficciones, ¿no se prostituye lejos de Ti, y confía en lo falso, y apacienta vientos? Pero es claro que yo no quería que se sacrificara por mí a los demonios, a quienes con aquella superstición me sacrificaba yo mismo. Pues ¿qué otra cosa es apacentar vientos sino apacentarlos a ellos, es decir, al errar, serles motivo de placer y de burla?

III

Por eso no dejaba de consultar sin reparo a aquellos impostores que llaman matemáticos, porque, al parecer, en ellos no había sacrificio alguno ni se dirigían plegarias a ningún espíritu para adivinar. Y sin embargo la piedad cristiana y verdadera, con toda coherencia, lo rechaza y lo condena. Pues es bueno confesarse a Ti, Señor, y decir: «Ten piedad de mí; sana mi alma, porque he pecado contra Ti», y no abusar de Tu indulgencia para tener licencia de pecar, sino recordar la palabra del Señor: «Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te suceda algo peor». Toda esa salud intentan destruir ellos cuando dicen: «Del cielo te viene una causa inevitable de pecar», y «Venus hizo esto, o Saturno, o Marte», para que el hombre, carne y sangre y soberbia podredumbre, quede sin culpa, y sea culpable el creador y ordenador del cielo y de los astros. ¿Y quién es este sino nuestro Dios, suavidad y origen de la justicia, que retribuirás a cada uno según sus obras y no desprecias el corazón contrito y humillado?

Había en aquel tiempo un hombre sagaz, muy perito en el arte de la medicina y en ella ilustrísimo, que, siendo procónsul, había puesto con su propia mano aquella corona del certamen sobre mi cabeza enferma, aunque no como médico. Pues de esa enfermedad el médico eres Tú, que resistes a los soberbios y a los humildes das gracia. ¿Acaso, sin embargo, también por medio de aquel anciano me faltaste, o dejaste de sanar mi alma? Pues, como me había hecho más familiar suyo y me mantenía asiduo y pendiente de sus conversaciones (que, sin adorno de palabras, eran agradables y graves por la viveza de sus pensamientos), cuando por mi charla supo que yo estaba entregado a los libros de los genetlíacos, me aconsejó con bondad y de modo paternal que los arrojara y no malgastara en vano, en aquella vanidad, el cuidado y el esfuerzo que son necesarios para cosas útiles. Decía que él las había aprendido de tal modo que, en los primeros años de su edad, había querido hacer de ellas su profesión para vivir, y que, si había entendido a Hipócrates, también habría podido entender esas letras; y que, sin embargo, no por otra causa las había dejado después para de-

dicarse a la medicina, sino porque las había hallado falsísimas y, siendo hombre serio, no quería ganarse el sustento engañando a los hombres. «Pero tú», dijo, «te sostienes entre los hombres con la retórica, y esta falacia la sigues por libre estudio, no por necesidad de tu hacienda familiar. Por eso debes creerme más a mí en este punto, que me esforcé por aprenderla tan perfectamente como quien quería vivir solo de ella». Yo le pregunté entonces cuál era la causa de que de ella se anunciaran muchas cosas verdaderas, y él respondió como pudo que lo hacía la fuerza de la suerte, difundida por doquier en la naturaleza de las cosas. Pues si, de las páginas de un poeta cualquiera que canta y pretende algo muy distinto, cuando alguien lo consulta por casualidad, sale a menudo un verso admirablemente acorde con el asunto, no había que maravillarse, decía, de que desde el alma humana, por algún instinto superior que ignora lo que ocurre en ella, no por arte sino por suerte, resonara algo que concordara con los asuntos y hechos del que pregunta.

Y esto, en verdad, Tú me lo procuraste por medio de aquel hombre, y grabaste en mi memoria lo que yo mismo había de buscar después. Pero entonces ni él ni mi queridísimo Nebridio, joven muy bueno y muy casto, que se burlaba de todo aquel género de adivinación, pudieron persuadirme de que lo abandonara, porque me movía más la autoridad de los autores mismos, y todavía no había hallado ninguna prueba cierta, como la que buscaba, por la cual me apareciera sin ambigüedad que lo verdadero que se decía a los que los consultaban se debía a la suerte o a la casualidad, y no al arte de quienes observaban los astros.

IV

En aquellos años, cuando por primera vez empecé a enseñar en el municipio en que nací, me había ganado un amigo, muy querido por la comunión de estudios, de mi misma edad y en plena flor, como yo, de

la juventud. Había crecido conmigo desde niño, juntos habíamos ido a la escuela y juntos habíamos jugado. Pero todavía no era tan amigo como después, aunque ni siquiera entonces lo fue como lo es la verdadera amistad, porque no hay amistad verdadera sino cuando Tú la unes entre los que se adhieren a Ti por la caridad difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Con todo, era muy dulce, cocida al fervor de estudios compartidos. Pues yo lo había desviado de la fe verdadera, que él no profesaba de modo cabal y profundo, siendo adolescente, hacia fábulas supersticiosas y perniciosas, por las cuales mi madre lloraba por mí. Ya erraba conmigo en el alma aquel hombre, y mi alma no podía estar sin él. Y he aquí que Tú, que acechas de cerca la espalda de Tus fugitivos, Dios de venganzas y fuente de misericordias a la vez, que nos conviertes a Ti de modos admirables, he aquí que lo sacaste de esta vida cuando apenas había cumplido un año en mi amistad, suave para mí por encima de todas las suavidades de aquella vida mía.

¿Quién enumera, él solo, todas Tus alabanzas, las que ha experimentado en sí mismo? ¿Qué hiciste entonces, Dios mío, y qué insondable abismo son Tus juicios? Pues cuando él estaba enfermo de fiebres, yació largo tiempo sin sentido, en un sudor mortal, y, cuando ya se desesperaba de él, fue bautizado sin saberlo, sin que yo me preocupara, pues presumía que su alma retendría más bien lo que de mí había recibido que lo que se hacía en el cuerpo de quien no lo sabía. Pero era muy distinto. Porque se repuso y quedó sano, y enseguida, apenas pude hablar con él (y pude tan pronto como él pudo, pues yo no me apartaba y dependíamos demasiado el uno del otro), intenté burlarme con él, como si también él fuera a burlarse conmigo del bautismo que había recibido estando ausentísimo de mente y de sentidos, aunque ya se había enterado de que lo había recibido. Pero él me miró con tal horror, como a un enemigo, y con admirable y repentina libertad me advirtió que, si quería ser su amigo, dejara de decirle tales cosas. Yo, atónito y turbado, aplacé todos mis impulsos, para que primero convale-

ciera y recobrara las fuerzas de la salud, y entonces tratar con él lo que yo quisiera. Pero fue arrebatado a mi demencia, para ser guardado junto a Ti para mi consuelo. Pocos días después, estando yo ausente, le volvieron las fiebres y murió.

Con ese dolor se entenebreció mi corazón, y todo lo que miraba era muerte. Mi patria era un suplicio para mí, y la casa paterna una desdicha extraordinaria, y todo lo que había compartido con él, sin él se me había vuelto un tormento inmenso. Mis ojos lo buscaban por todas partes, y no se les daba. Y odiaba todas las cosas, porque no lo tenían, ni podían ya decirme «ya vendrá», como cuando estaba vivo y se hallaba ausente. Me había convertido yo mismo en una gran pregunta para mí, e interrogaba a mi alma sobre por qué estaba triste y por qué me conturbaba tanto, y no sabía responderme nada. Y si yo le decía «espera en Dios», con justicia no obedecía, porque era más verdadero y mejor el hombre que había perdido, tan querido, que el fantasma en el que se le mandaba esperar. Solo el llanto me era dulce, y había sucedido a mi amigo en las delicias de mi ánimo.

V

Y ahora, Señor, aquello ya pasó, y con el tiempo se ha aliviado mi herida. ¿Puedo oír de Ti, que eres la verdad, y acercar el oído de mi corazón a Tu boca, para que me digas por qué es dulce el llanto a los desdichados? ¿O es que Tú, aunque estás presente en todas partes, has arrojado lejos de Ti nuestra miseria, y Tú permaneces en Ti mismo, mientras nosotros somos zarandeados por las pruebas? Y sin embargo, si no llorásemos a Tus oídos, nada quedaría de nuestra esperanza. ¿De dónde se recoge, pues, tan suave fruto de la amargura de la vida: gemir, llorar, suspirar y quejarse? ¿Acaso es dulce en esto porque esperamos que Tú nos escuches? Con razón es así en las plegarias, porque tienen deseo de llegar a Ti. ¿Lo es también en el dolor por una cosa perdida y en el duelo que entonces me cubría? Pues yo no esperaba que aquel re-

viviera ni pedía eso con mis lágrimas, sino que solo me dolía y lloraba. Porque era desdichado y había perdido mi gozo. ¿O es que también el llanto es cosa amarga y, por el hastío de las cosas de que antes gozábamos y que entonces aborrecemos, deleita?

VI

Pero ¿por qué digo estas cosas? Porque no es ahora tiempo de preguntar, sino de confesarme a Ti. Yo era desdichado, y es desdichada toda alma atada por la amistad de las cosas mortales, y se desgarra cuando las pierde, y entonces siente la miseria con que ya era desdichada aun antes de perderlas. Así estaba yo entonces, y lloraba amarguísimamente, y descansaba en la amargura. De ese modo era desdichado y tenía por más querida que aquel amigo mío la vida misma, que era desdichada. Pues aunque quisiera cambiarla, me resistía más a perderla a ella que a él, y no sé si querría perderla siquiera por él, como se cuenta, si no es ficción, de Orestes y Pílades, que querían morir el uno por el otro o juntos, pues para ellos era peor que la muerte no vivir juntos. Pero en mí había nacido no sé qué afecto muy contrario a este: un hastío de vivir gravísimo y un miedo a morir. Creo que cuanto más lo amaba, tanto más odiaba y temía a la muerte, que me lo había arrebatado, como a una atrocísima enemiga, y pensaba que consumiría de repente a todos los hombres, porque pudo con él. Así estaba yo del todo, lo recuerdo. He aquí mi corazón, Dios mío, he aquí mi interior. Mira, porque lo recuerdo, esperanza mía, que me limpias de la inmundicia de tales afectos, dirigiendo mis ojos hacia Ti y sacando de la red mis pies. Pues me admiraba de que los demás mortales vivieran, porque aquel a quien yo había amado como si no hubiera de morir estaba muerto, y más me admiraba de que yo viviera, estando muerto él, porque yo era su otro yo. Bien dijo alguien de su amigo: «mitad de su alma». Pues yo sentí que mi alma y la suya habían sido una sola alma en dos cuerpos, y por eso me era horrible la vida, porque no quería vivir

a medias, y por eso quizá temía morir, para que no muriera por entero aquel a quien tanto había amado.

VII

¡Oh demencia, que no sabe amar humanamente a los hombres! ¡Oh hombre necio, que sufre sin medida las cosas humanas! Eso era yo entonces. Así me agitaba, suspiraba, lloraba, me turbaba, y no había descanso ni consejo. Pues llevaba mi alma despedazada y sangrante, impaciente de ser llevada por mí, y no hallaba dónde ponerla. No en bosques amenos, no en juegos y cantos, ni en lugares de suave aroma, ni en banquetes bien dispuestos, ni en el placer del lecho y del cubil, ni, en fin, en los libros y en los versos hallaba reposo. Todo me causaba horror, hasta la luz misma, y todo lo que no era lo que él era me resultaba malo y odioso, salvo el gemido y las lágrimas: pues solo en ellos había un poquito de descanso. Pero cuando mi alma era apartada de allí, me cargaba con un gran peso de miseria. A Ti, Señor, debía ser elevada y curada, lo sabía, pero ni quería ni podía, tanto más cuanto que, cuando pensaba en Ti, no eras para mí algo sólido y firme. Pues no eras Tú, sino un vano fantasma y mi error era mi dios. Si intentaba ponerla allí para que descansara, se deslizaba por el vacío y de nuevo caía sobre mí, y yo me había quedado para mí mismo como un lugar infeliz, donde ni podía estar ni podía retirarme. Pues ¿adónde huiría mi corazón de mi corazón? ¿Adónde huiría yo de mí mismo? ¿Adónde no me seguiría yo? Y sin embargo huí de la patria. Pues mis ojos lo buscaban menos donde no solían verlo, y de la ciudad de Tagaste vine a Cartago.

VIII

Los tiempos no están ociosos ni pasan inactivos por nuestros sentidos: hacen en el alma obras admirables. He aquí que venían y pasaban de día en día, y al venir y pasar me infundían otras esperanzas y otros re-

cuerdos, y poco a poco me restauraban con los antiguos géneros de deleites, ante los cuales cedía aquel dolor mío; pero le sucedían no ciertamente otros dolores, sino las causas de otros dolores. Pues ¿por qué aquel dolor había penetrado tan fácilmente en mí y hasta lo más íntimo, sino porque había derramado mi alma sobre la arena, amando a quien había de morir como si no hubiera de morir? Sobre todo me reparaban y recreaban los consuelos de otros amigos, con quienes amaba lo que amaba en lugar de Ti, y esto era una enorme fábula y una larga mentira, cuyo adulterino roce corrompía nuestra mente, con prurito en los oídos. Pero aquella fábula no moría para mí si moría alguno de mis amigos. Otras eran las cosas que en ellos cautivaban más el ánimo: conversar y reír juntos, y servirse mutuamente con benevolencia, leer juntos libros de dulce lenguaje, bromear juntos y juntos ponerse serios, disentir a veces sin odio, como uno consigo mismo, y con esa rarísima disensión sazonar los muchos acuerdos, enseñarse algo unos a otros o aprender unos de otros, echar de menos con molestia a los ausentes, recibir con alegría a los que llegan: con estas señales y otras semejantes, que proceden del corazón de los que aman y son amados, por la boca, por la lengua, por los ojos y mil movimientos gratísimos, se encienden las almas como con yesca y de muchas se hace una sola.

IX

Esto es lo que se ama en los amigos, y se ama de tal modo que la conciencia humana se tiene por culpable si no ama a quien la ama o si no corresponde al que la ama, sin buscar de su cuerpo nada más que las señales de benevolencia. De ahí aquel luto cuando alguno muere, y las tinieblas de los dolores, y, cambiada la dulzura en amargura, el corazón empapado, y de la vida perdida de los que mueren la muerte de los que viven. Dichoso el que Te ama a Ti, y al amigo en Ti, y al enemigo por Ti. Pues solo no pierde a ningún querido el que tiene queridos a todos en Aquel que no se pierde. ¿Y quién es este sino nuestro Dios,

Dios que hizo el cielo y la tierra y los llena, porque al llenarlos los hizo? A Ti nadie Te pierde sino el que Te deja, y porque Te deja, ¿adónde va o adónde huye sino de Ti, propicio, a Ti, airado? Pues ¿dónde no halla Tu ley en su castigo? Y Tu ley es la verdad, y la verdad eres Tú.

X

Dios de las virtudes, conviértenos y muéstranos Tu rostro, y seremos salvos. Pues hacia donde quiera que se vuelva el alma del hombre, se clava en dolores fuera de Ti, aunque se clave en cosas hermosas fuera de Ti y fuera de sí. Las cuales, con todo, nada serían si no fuesen de Ti. Ellas nacen y mueren, y al nacer empiezan como a ser, y crecen para perfeccionarse, y perfectas envejecen y perecen: y no todas envejecen, pero todas perecen. Así, cuando nacen y tienden a ser, cuanto más rápidamente crecen para ser, tanto más se apresuran a no ser: tal es su modo. Tanto les diste, porque son partes de las cosas, que no existen todas a la vez, sino que, retirándose y sucediéndose, componen todas el universo, del que son partes. (Mira, así se cumple también nuestro discurso por signos sonoros. Pues el discurso no será entero si una palabra no se retira, una vez que ha sonado sus partes, para que le suceda otra.) Que Te alabe por ellas mi alma, Dios, creador de todas las cosas, pero que no se pegue a ellas con el engrudo del amor por los sentidos del cuerpo. Pues van adonde iban, para no ser, y la desgarran con deseos pestilentes, porque ella quiere ser y ama descansar en las cosas que ama. Pero en ellas no hay dónde, porque no se detienen: huyen, y ¿quién las sigue con el sentido de la carne? ¿O quién las aprehende, aun cuando están presentes? Pues es lento el sentido de la carne, porque es sentido de la carne: ese es su modo. Basta para aquello para lo cual fue hecho, pero no basta para esto, para retener las cosas que transcurren desde el comienzo debido hasta el fin debido. Pues en Tu Verbo, por el cual son creadas, allí oyen: «desde aquí» y «hasta

aquí».

XI

No seas vana, alma mía, ni ensordezcas el oído de tu corazón con el tumulto de tu vanidad. Escucha tú también: el Verbo mismo clama que vuelvas, y allí está el lugar de quietud imperturbable, donde el amor no es abandonado si él no abandona. Mira, aquellas cosas se retiran para que otras les sucedan, y con todas sus partes se mantenga el universo más bajo. «¿Acaso me retiro yo a alguna parte?», dice el Verbo de Dios. Allí fija tu morada, allí encomienda todo lo que de allí tienes, alma mía; siquiera cansada de engaños, encomienda a la verdad todo lo que te viene de la verdad, y no perderás nada, y reflorecerá lo podrido en ti, y serán sanadas todas tus dolencias, y lo tuyo que se escurre será reformado y renovado y se unirá estrechamente a ti, y no te arrastrará hacia donde desciende, sino que permanecerá contigo y durará hasta el Dios que siempre permanece y dura.

¿Para qué sigues, perversa, a tu carne? Que ella te siga a ti, convertida. Todo lo que sientes por ella es en parte, y ignoras el todo de que estas son partes, y sin embargo te deleitan. Pero si el sentido de tu carne fuera idóneo para abarcar el todo, y no hubiera recibido también él, para tu castigo, una medida justa en una parte del universo, querrías que pasara cuanto existe en el presente, para que todo te agradara más. Pues también lo que hablamos lo oyes por el mismo sentido de la carne, y no quieres, desde luego, que las sílabas se detengan, sino que vuelen, para que vengan otras y oigas el conjunto. Así es siempre con todas las cosas de que consta algo uno (y no existen a la vez todas aquellas de que consta): deleitan más todas que cada una, si pudieran sentirse todas. Pero mucho mejor que estas es el que hizo todas las cosas, y Él es nuestro Dios, y no se retira, porque nadie Le sucede.

XII

Si te agradan los cuerpos, alaba a Dios por ellos y devuelve el amor a su artífice, para que en lo que te agrada no desagrades tú. Si te agradan las almas, ámense en Dios, porque también ellas son mudables y en Él fijas se estabilizan: de otro modo se irían y perecerían. Ámense, pues, en Él, y arrebata hacia Él contigo a las que puedas, y diles: «Amémoslo a Él: Él hizo estas cosas y no está lejos. Pues no las hizo y se fue, sino que son de Él y en Él. Miren dónde está, donde se saborea la verdad: está muy dentro del corazón, pero el corazón se ha alejado de Él. Vuelvan, prevaricadores, al corazón, y adhiéranse a Aquel que los hizo. Estén con Él y estarán firmes, descansen en Él y estarán tranquilos. ¿Adónde van por lo áspero? ¿Adónde van? El bien que aman viene de Él, pero en cuanto está referido a Él, es bueno y suave; mas será amargo con justicia, porque injustamente se ama lo que viene de Él, abandonándolo a Él. ¿Para qué quieren andar todavía y otra vez por caminos difíciles y fatigosos? No hay descanso donde lo buscan. Busquen lo que buscan, pero no está donde lo buscan. Buscan la vida bienaventurada en la región de la muerte: no está allí. Pues ¿cómo puede haber vida bienaventurada donde ni siquiera hay vida?

»Tomó nuestra muerte y la mató con la abundancia de Su vida, y tronó, clamando que volvamos de aquí a Él, a aquel secreto de donde vino hasta nosotros, al primer seno virginal, donde se desposó con Él la criatura humana, la carne mortal, para no ser siempre mortal. Y de allí, como esposo que sale de su tálamo, se alegró como un gigante para recorrer su camino. Pues no se demoró, sino que corrió, clamando con dichos, con hechos, con muerte, con vida, con descenso, con ascenso, clamando que volvamos a Él; y se alejó de nuestros ojos, para que volvamos a Él. Y se alejó de nuestros ojos, para que volvamos al corazón y Lo encontremos. Pues se marchó, y he aquí que está aquí. No quiso estar mucho con nosotros, y no nos dejó. Pues se marchó allá de donde nunca se apartó, porque el mundo fue hecho por Él, y en este mundo estaba, y vino a este mundo a salvar a los pecadores. A Él se confiesa mi alma, y Él la sana, porque pecó contra Él. Hijos de los

hombres, ¿hasta cuándo serán duros de corazón? ¿Acaso aun después del descenso de la Vida no quieren ascender y vivir? Pero ¿adónde ascienden, cuando están en lo alto y han puesto en el cielo su boca? Desciendan, para ascender, y ascender hasta Dios. Pues cayeron al ascender contra Dios». Diles estas cosas, para que lloren en el valle de las lágrimas, y así arrebátalos contigo hacia Dios, porque por Su Espíritu les dices estas cosas, si se las dices ardiendo en el fuego de la caridad.

XIII

Esto no lo sabía yo entonces, y amaba las cosas bellas inferiores y me iba al abismo, y decía a mis amigos: «¿Acaso amamos algo que no sea lo bello? ¿Qué es, pues, lo bello? ¿Y qué es la belleza? ¿Qué es lo que nos atrae y nos une a las cosas que amamos? Pues si no hubiera en ellas gracia y hermosura, de ningún modo nos moverían hacia sí». Y observaba y veía que en los cuerpos mismos una cosa es como un todo, y por eso bello, y otra lo que resulta decoroso porque se ajusta convenientemente a otra cosa, como una parte del cuerpo a su conjunto, o el calzado al pie, y cosas semejantes. Y esta consideración brotó en mi alma desde lo más hondo de mi corazón, y escribí unos libros «Sobre lo bello y lo apto» (creo que dos o tres: Tú lo sabes, Dios, pues se me ha olvidado). Pues no los tenemos, sino que se han extraviado de nosotros no sé cómo.

XIV

Pero ¿qué fue lo que me movió, Señor Dios mío, a dedicar aquellos libros a Hierio, orador de la ciudad de Roma? No lo conocía de vista, pero había amado al hombre por la fama de su doctrina, que era brillante en él, y había oído algunas palabras suyas y me habían gustado. Pero me gustaba sobre todo porque gustaba a otros y lo ensalzaban con alabanzas, asombrados de que, siendo hombre sirio, instruido primero en la elocuencia griega, hubiera llegado a ser después un admirable

orador también en la lengua latina y fuera sapientísimo en las cosas pertenecientes al estudio de la sabiduría. Se alaba a un hombre y se lo ama estando ausente. ¿Acaso entra ese amor desde la boca del que alaba hasta el corazón del que escucha? ¡Jamás! Más bien, de uno que ama se enciende otro. Pues por eso se ama al que es alabado, porque se cree que el que lo alaba lo celebra con corazón sincero, es decir, cuando lo alaba uno que lo ama.

Pues así amaba yo entonces a los hombres según el juicio de los hombres, no según el Tuyo, Dios mío, en quien nadie se engaña. Pero con todo, ¿por qué no como a un famoso auriga o a un cazador celebrado por la afición del pueblo, sino de muy otro modo y con seriedad, y de la manera en que yo también quería ser alabado? Pues no querría ser alabado y amado como los cómicos, aunque yo mismo los alabara y amara, sino que preferiría ocultarme antes que ser así conocido, y ser incluso odiado antes que amado de ese modo. ¿Dónde se distribuyen en una sola alma esos pesos de amores variados y diversos? ¿Qué es lo que amo en otro, que, si a mi vez no lo odiara, no lo detestaría yo ni lo rechazaría, siendo ambos hombres? Pues no sucede como con un buen caballo, que es amado por quien no querría ser caballo aunque pudiera. Lo mismo hay que decir del cómico, que es compañero de nuestra naturaleza. ¿Amo, pues, en el hombre lo que odio ser yo, siendo hombre? Gran abismo es el hombre mismo, cuyos cabellos Tú, Señor, tienes contados y no disminuyen en Ti; y sin embargo sus cabellos son más fáciles de contar que sus afectos y los movimientos de su corazón.

Pero aquel retor era del género de aquellos a quienes yo amaba hasta querer ser como ellos. Y erraba por soberbia y era llevado por todo viento, y era gobernado por Ti muy ocultamente. ¿Y por qué lo sé, y por qué Te confieso con certeza que yo había amado a aquel hombre más por el amor de los que lo alababan que por las cosas mismas por las que era alabado? Porque si esos mismos, en vez de alabarlo, lo vituperaran, y vituperándolo y despreciándolo contaran esas mismas co-

sas, yo no me encendería por él ni me excitaría, y ciertamente las cosas no serían otras ni el hombre mismo otro, sino solamente otro el afecto de los que cuentan. Mira dónde yace el alma enferma, que todavía no se adhiere a la solidez de la verdad: según soplen las brisas de las lenguas desde los pechos de los que opinan, así es llevada y vuelta, torcida y retorcida, y se le nubla la luz y no se discierne la verdad, y mira, está ante nosotros. Y era para mí algo grande que mi discurso y mis estudios llegaran a conocimiento de aquel varón. Si los aprobara, yo ardería más; si los desaprobara, se heriría mi corazón vano y vacío de Tu solidez. Y sin embargo aquello bello y apto, sobre lo cual le había escrito, lo revolvía con gusto en mi ánimo ante los ojos de mi contemplación, y sin nadie que lo alabara conmigo, me admiraba de ello.

XV

Pero el quicio de tan gran asunto, que está en Tu arte, no lo veía todavía, Omnipotente, Tú que solo haces maravillas, y mi espíritu iba por formas corpóreas, y definía y distinguía lo bello, que lo es por sí mismo, y lo apto, que es decoroso por estar ajustado a alguna cosa, y lo reforzaba con ejemplos corpóreos. Y me volví a la naturaleza del alma, y la falsa opinión que yo tenía sobre las cosas espirituales no me dejaba discernir lo verdadero. Y la fuerza misma de la verdad se abalanzaba sobre mis ojos, y yo apartaba la mente palpitante de la realidad incorpórea hacia los contornos y los colores y las magnitudes abultadas, y, como no podía verlas en el alma, pensaba que no podía ver el alma. Y como en la virtud amaba la paz y en el vicio odiaba la discordia, en aquella notaba unidad y en este una especie de división, y en aquella unidad me parecía que estaban la mente racional y la naturaleza de la verdad y del sumo bien, y en esta división, en cambio, no sé qué sustancia de vida irracional y la naturaleza del sumo mal, que no solo sería sustancia sino vida en absoluto, y que sin embargo no venía de Ti, Dios mío, de quien proceden todas las cosas; así lo pensaba yo, desdi-

chado. Y a aquella la llamaba «mónada», como una mente sin sexo alguno, y a esta «díada», que era la ira en las fechorías y la lujuria en los desenfrenos, sin saber lo que decía. Pues no había conocido ni aprendido que el mal no es sustancia alguna, ni que nuestra mente misma no es el sumo e inmutable bien.

Pues así como las fechorías lo son si es vicioso aquel movimiento del ánimo en que hay ímpetu y se agita con insolencia y turbulencia, y los desenfrenos, si es inmoderada aquella afección del alma con la que se beben los placeres carnales, así los errores y las falsas opiniones contaminan la vida, si la mente racional misma es viciosa, como lo era entonces en mí, que no sabía que debía ser iluminada por otra luz para ser partícipe de la verdad, porque ella misma no es la naturaleza de la verdad, pues Tú iluminarás mi lámpara, Señor. Dios mío, iluminarás mis tinieblas, y de Tu plenitud todos hemos recibido. Pues Tú eres la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, porque en Ti no hay cambio ni sombra de mudanza.

Pero yo me esforzaba hacia Ti y era rechazado por Ti, para que gustara la muerte, porque resistes a los soberbios. ¿Y qué hay más soberbio que sostener, con admirable demencia, que yo era por naturaleza lo que Tú eres? Pues siendo yo mudable, y siéndome esto manifiesto, porque precisamente por eso deseaba ser sabio, para pasar de peor a mejor, prefería, con todo, pensar que también Tú eras mudable antes que admitir que yo no era lo que Tú eres. Así era rechazado, y resistías a mi cerviz hinchada de viento, e imaginaba formas corpóreas, y siendo carne acusaba a la carne, y espíritu que va de camino no volvía todavía a Ti, y caminando caminaba hacia las cosas que no son, ni en Ti ni en mí ni en el cuerpo, y no me eran creadas por Tu verdad, sino que eran fingidas por mi vanidad a partir del cuerpo. Y decía a Tus pequeños fieles, mis conciudadanos, de quienes yo, sin saberlo, estaba desterrado, les decía, charlatán e inepto: «¿Por qué, pues, yerra el alma que Dios hizo?». Y no quería que se me dijera a mí: «¿Por qué, pues, yerra Dios?». Y sostenía que Tu sustancia inmutable era forzada

a errar, más bien que mi sustancia mudable se había desviado por su gusto, y confesaba que erraba como castigo.

Y tendría yo de edad unos veintiséis o veintisiete años, cuando escribí aquellos volúmenes, revolviendo en mí ficciones corporales que resonaban con estrépito en los oídos de mi corazón, los cuales tendía, dulce Verdad, hacia Tu melodía interior, pensando en lo bello y lo apto, y deseando detenerme y escucharte y gozar con gozo por la voz del esposo, y no podía, porque era arrastrado afuera por las voces de mi error y caía a lo hondo por el peso de mi soberbia. Pues no dabas a mi oído gozo y alegría, ni exultaban los huesos que no habían sido humillados.

XVI

¿Y de qué me servía que, teniendo casi veinte años, cuando cayeron en mis manos ciertos libros de Aristóteles, que llaman las diez categorías (con cuyo nombre, cuando mi maestro, el retor de Cartago, y otros tenidos por doctos los mencionaban con las mejillas reventando de soberbia, yo quedaba suspenso y boquiabierto, como ante algo grande y divino), los leí yo solo y los entendí? Y cuando hablé de ellos con quienes decían que apenas los habían entendido con maestros eruditísimos, que no solo hablaban sino que dibujaban muchas cosas en el polvo, nada me pudieron decir de ellos que yo, leyendo solo conmigo mismo, no hubiera conocido ya. Y me parecía que hablaban con bastante claridad de las sustancias, como es el hombre, y de lo que hay en ellas, como la figura del hombre, cómo es, y su estatura, de cuántos pies es, y su parentesco, de quién es hermano, o dónde está situado o cuándo nació, o si está de pie o sentado, o si está calzado o armado, o si hace algo o padece algo, y todo cuanto se encuentra, innumerable, en estos nueve géneros, de los que he puesto algunos como ejemplo, o en el género mismo de la sustancia.

¿De qué me servía esto, cuando incluso me perjudicaba, ya que,

pensando que todo lo que existe estaba comprendido en aquellas diez categorías, intentaba entenderte también a Ti, Dios mío, admirablemente simple e inmutable, como si Tú estuvieras sujeto a Tu grandeza o a Tu hermosura, de modo que ellas estuvieran en Ti como en un sujeto, igual que en un cuerpo, siendo que Tu grandeza y Tu hermosura son Tú mismo, mientras que un cuerpo no es grande y hermoso por ser cuerpo, pues aunque fuera menos grande y menos hermoso, sería igualmente cuerpo? Pues era falsedad lo que yo pensaba de Ti, no verdad, y ficciones de mi miseria, no fundamentos de Tu bienaventuranza. Pues habías mandado, y así sucedía en mí, que la tierra me produjera espinas y abrojos y que con trabajo llegara a mi pan.

¿Y de qué me servía que todos los libros de las artes que llaman liberales, siendo yo entonces un nequísimo esclavo de malas codicias, los leyera por mí mismo y los entendiera, todos los que pude leer? Y me gozaba en ellos, y no sabía de dónde procedía todo lo que allí había de verdadero y cierto. Pues tenía la espalda vuelta a la luz y el rostro hacia las cosas iluminadas, por lo cual mi rostro mismo, con el que veía lo iluminado, no era iluminado. Todo lo que hay sobre el arte de hablar y de discutir, sobre las dimensiones de las figuras, la música y los números, lo entendí sin gran dificultad, sin que ningún hombre me lo enseñara. Tú sabes, Señor Dios mío, que la rapidez para entender y la agudeza para discernir son un don Tuyo. (Pero no Te ofrecía de ello sacrificio; y así me servía no para provecho sino más bien para perdición, porque me afané por tener bajo mi poder una parte tan buena de mi sustancia y no guardaba para Ti mi fortaleza, sino que me alejé de Ti a una región lejana, para disiparla en codicias de prostituta.) Pues ¿de qué me servía una cosa buena a quien no la usaba bien? Pues no me daba cuenta de que aquellas artes son entendidas con muchísima dificultad incluso por estudiosos e ingeniosos, sino cuando intentaba explicárselas a ellos, y el más excelente entre ellos era el que no tardaba más en seguirme cuando las exponía.

Pero ¿de qué me servía esto, pensando que Tú, Señor Dios, verdad,

eras un cuerpo luminoso e inmenso y yo un pedazo de aquel cuerpo? ¡Qué enorme perversidad! Pero así era yo, y no me avergüenzo, Dios mío, de confesarte Tus misericordias para conmigo e invocarte, yo que no me avergoncé entonces de profesar ante los hombres mis blasfemias y de ladrar contra Ti. ¿De qué me servía, pues, entonces un ingenio ágil para aquellas doctrinas y tantos libros nudosísimos desenredados sin ayuda de magisterio humano, cuando erraba de modo deforme y con sacrílega torpeza en la doctrina de la piedad? ¿O en qué perjudicaba tanto a Tus pequeñuelos un ingenio mucho más tardo, siendo que no se apartaban lejos de Ti, para que, seguros en el nido de Tu Iglesia, echaran plumas y nutrieran las alas de la caridad con el alimento de la fe sana? Oh Señor Dios nuestro, en el abrigo de Tus alas esperemos, y protégenos y llévanos. Tú nos llevarás, tanto de pequeños como hasta las canas Tú nos llevarás, porque nuestra firmeza, cuando eres Tú, entonces es firmeza, pero cuando es nuestra, es flaqueza. Vive junto a Ti siempre nuestro bien, y porque de allí nos hemos apartado, nos hemos pervertido. Volvamos ya, Señor, para no ser derribados, porque vive junto a Ti, sin defecto alguno, nuestro bien, que eres Tú mismo, y no tememos que no haya adonde volver, porque de allí hemos caído. Pero estando nosotros ausentes, no se derrumba nuestra casa, Tu eternidad.

Libro quinto

I

Acepta el sacrificio de mis confesiones de la mano de mi lengua (que Tú formaste y despertaste para que confiese Tu nombre), y sana todos mis huesos, y que digan: «Señor, ¿quién como Tú?». Porque quien se confiesa a Ti no Te enseña lo que sucede en su interior, ya que un corazón cerrado no excluye Tu mirada ni la dureza de los hombres rechaza Tu mano, sino que Tú la ablandas cuando quieres, ya con misericordia, ya con castigo, y no hay quien se esconda de Tu calor. Que Te alabe, pues, mi alma, para que Te ame, y que confiese Tus misericordias, para que Te alabe. No cesa ni calla Tus alabanzas toda Tu creación, ni todo espíritu, por su boca vuelta hacia Ti, ni los animales y los cuerpos por la boca de quienes los contemplan, para que nuestra alma se levante de su cansancio hacia Ti, apoyándose en las cosas que hiciste y pasando de ellas a Ti, que las hiciste de manera admirable. Y allí está el descanso y la verdadera fortaleza.

II

Que se vayan y huyan de Ti los inicuos inquietos. Pero Tú los ves y distingues sus sombras, y mira, todo es hermoso junto a ellos y ellos son los feos. ¿Y en qué Te han dañado? ¿O en qué han deshonrado Tu imperio, justo e íntegro desde los cielos hasta lo más ínfimo? Pues ¿adónde huyeron cuando huían de Tu rostro? ¿O dónde no los encuentras? Pero huyeron para no verte a Ti, que los ves, y, cegados, tropezar contra Ti, porque no abandonas nada de lo que hiciste; los injustos tropezarían contra Ti y serían justamente castigados, sustrayéndose a Tu mansedumbre, chocando contra Tu rectitud y cayendo sobre Tu aspereza. Es que ignoran que estás en todas partes, Tú, a quien ningún lugar

circunscribe, y que solo Tú estás presente aun para quienes se alejan de Ti. Que se conviertan, pues, y Te busquen, porque no has abandonado a Tu criatura como ellos abandonaron a su Creador: que se conviertan ellos. Y mira, allí estás, en su corazón, en el corazón de los que se confiesan a Ti, de los que se arrojan en Ti y lloran en Tu seno después de sus caminos difíciles. Y Tú, benigno, enjugas sus lágrimas, y ellos lloran más y se gozan en el llanto, porque Tú, Señor, no un hombre cualquiera, carne y sangre, sino Tú, Señor, que los hiciste, los reparas y los consuelas. ¿Y dónde estaba yo cuando Te buscaba? Tú estabas delante de mí, pero yo me había alejado incluso de mí mismo y no me encontraba: ¡cuánto menos a Ti!

III

Hablaré en presencia de mi Dios de aquel año vigésimo noveno de mi edad. Había llegado ya a Cartago cierto obispo de los maniqueos, de nombre Fausto, gran lazo del diablo, y muchos se enredaban en él por el atractivo de su dulce elocuencia. Aunque yo ya la alababa, la distinguía sin embargo de la verdad de las cosas que ansiaba aprender, y no miraba en qué clase de vasito de palabras, sino qué alimento de ciencia me servía para comer aquel Fausto tan renombrado entre ellos. Pues la fama se me había adelantado diciendo de él que era peritísimo en todas las doctrinas honestas y excelentemente instruido en las disciplinas liberales. Y como yo había leído muchas cosas de los filósofos y las conservaba confiadas a la memoria, comparaba algunas de ellas con las largas fábulas de los maniqueos, y me parecía más probable lo que habían dicho aquellos que pudieron llegar tan lejos como para juzgar acerca del mundo, aunque no hayan hallado en absoluto a su Señor. Porque Tú eres grande, Señor, y miras a los humildes, pero a los altivos los conoces desde lejos, y no Te acercas sino a los quebrantados de corazón ni Te dejas hallar por los soberbios, ni aunque ellos, con curiosa pericia, cuenten las estrellas y la arena, midan las regiones

siderales y rastreen los caminos de los astros.

Descubrieron y predijeron, muchos años antes, los eclipses de los luminares, el Sol y la Luna: qué día, a qué hora, en qué medida iban a producirse, y el cálculo no los engañó. Y sucedió tal como predijeron, y escribieron las reglas que habían investigado, y se leen hoy, y por ellas se anuncia en qué año, en qué mes del año, en qué día del mes, a qué hora del día y en qué parte de su luz va a eclipsarse la Luna o el Sol: y así será como se anuncia. Y se admiran de esto los hombres que lo ignoran y quedan estupefactos, y se alegran y se engríen los que lo saben, y, apartándose por una soberbia impía y faltando a Tu luz, prevén con tanta anticipación el eclipse futuro del Sol y no ven el suyo presente (pues no buscan con religiosidad de dónde les viene el ingenio con que investigan esto), y, hallando que Tú los hiciste, no se entregan a Ti para que conserves lo que hiciste, ni, tal como ellos se habían hecho, se inmolan a Ti, ni degüellan sus exaltaciones como aves, ni sus curiosidades como peces del mar con que recorren los senderos secretos del abismo, ni sus lujurias como ganado del campo, para que Tú, Dios, fuego devorador, consumas sus afanes muertos y los recrees para la inmortalidad.

Pero no conocieron el camino, Tu Verbo, por quien hiciste las cosas que cuentan, y a los mismos que las cuentan, y el sentido con que perciben lo que cuentan y la mente con que lo cuentan: y de Tu sabiduría no hay número. Y Tu Unigénito mismo se hizo para nosotros sabiduría, justicia y santificación, y fue contado entre nosotros y pagó tributo al César. No conocieron este camino por el cual descender de sí mismos hasta Él y por Él ascender hasta Él. No conocieron este camino, y se creen elevados y luminosos como los astros, y mira, se precipitaron a tierra y se oscureció su corazón insensato. Y dicen muchas verdades acerca de la criatura, pero a la Verdad, artífice de la criatura, no la buscan con piedad, y por eso no la encuentran, o si la encuentran, conociendo a Dios no Le honran como a Dios ni Le dan gracias, sino que se desvanecen en sus pensamientos, y dicen que son sabios atribuyén-

dose lo que es Tuyo, y por eso mismo se empeñan, con la más perversa ceguera, en atribuirte también a Ti lo que es suyo, achacando, claro está, mentiras a Ti, que eres la Verdad, y cambiando la gloria del Dios incorruptible por una semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de serpientes, y convierten Tu verdad en mentira, y veneran y sirven a la criatura antes que al Creador.

Con todo, retenía muchas verdades dichas por ellos a partir de la misma criatura, y me venía a la mente la razón por los números, el orden de los tiempos y los testimonios visibles de los astros, y lo confrontaba con los dichos de Manes, quien escribió muchísimo y con gran abundancia, delirando, sobre estas materias, y no me venía a la mente razón alguna ni de los solsticios y equinoccios, ni de los eclipses de los luminares, ni de nada semejante de lo que había aprendido en los libros de la sabiduría profana. Pero allí se me mandaba creer, y eso no concordaba con aquellas razones comprobadas con los números y con mis propios ojos, y era muy diferente.

IV

Señor, Dios de la verdad, ¿acaso agrada ya a Tus ojos quien sabe todas esas cosas? Desdichado el hombre que las sabe todas, pero a Ti no Te conoce; dichoso, en cambio, el que Te conoce, aunque las ignore. Y el que Te conoce a Ti y también aquellas cosas, no es más dichoso por ellas, sino que es dichoso solo por Ti, si, conociéndote, Te glorifica como a Dios y Te da gracias, y no se desvanece en sus pensamientos. Pues así como es mejor quien sabe poseer un árbol y da gracias a Ti por su uso, aunque ignore cuántos codos de alto tiene o cuánta anchura abarca, que aquel que lo mide y cuenta todas sus ramas y ni lo posee ni conoce ni ama a su Creador, así el hombre fiel, que tiene por riqueza el mundo entero y que, como quien nada tiene, lo posee todo por estar unido a Ti, a quien sirven todas las cosas, aunque ni siquiera conozca los giros de la Osa Mayor, sería necio dudar de que es, sin du-

da, mejor que el medidor del cielo, el contador de los astros y el pesador de los elementos que se olvida de Ti, que dispusiste todas las cosas con medida, número y peso.

V

Pero ¿quién pedía a no sé qué Manes que escribiera también sobre esas cosas, sin cuya ciencia se podía aprender la piedad? Pues dijiste al hombre: «he aquí que la piedad es la sabiduría». Aquel podía ignorarla aunque conociera a la perfección esas cosas; y como no las conocía, y se atrevía con la mayor desvergüenza a enseñarlas, de ninguna manera podía conocer aquella. Porque es vanidad profesar esas cosas mundanas, aun conocidas, pero piedad es confesarse a Ti. Por eso, extraviado, habló mucho de ellas con este fin: que, refutado por quienes las hubieran aprendido de veras, se conociera claramente cuál era su criterio en las demás cuestiones, que son más recónditas. Pues no quiso ser tenido en poco, sino que intentó persuadir de que el Espíritu Santo, consolador y enriquecedor de Tus fieles, estaba personalmente en él con plena autoridad. Así, cuando fue sorprendido en falsedades sobre el cielo y las estrellas y sobre los movimientos del Sol y de la Luna, aunque esas materias no pertenezcan a la doctrina de la religión, quedó bastante patente que su atrevimiento era sacrílego, pues decía cosas no solo ignoradas sino también falsas con tan insensata vanidad de soberbia que se esforzaba por atribuirlas a sí mismo como a una persona divina.

Pues cuando oigo que algún hermano cristiano ignora esto o aquello y toma una cosa por otra, contemplo con paciencia al hombre que opina, y no veo que le perjudique, mientras no crea nada indigno de Ti, Señor, creador de todas las cosas, aunque acaso ignore el sitio y la disposición de la criatura corporal. Perjudica, en cambio, si piensa que eso pertenece a la forma misma de la doctrina de la piedad y se atreve a afirmar con más obstinación lo que ignora. Pero aun tal flaqueza es

sostenida por la caridad, como una madre, en la cuna de la fe, hasta que el hombre nuevo se levante hasta el varón perfecto y no pueda ser llevado de acá para allá por todo viento de doctrina. Mas en aquel que se atrevió a presentarse como doctor, autor, guía y príncipe de aquellos a quienes persuadía de esas cosas, de modo que los que lo seguían creyeran seguir no a un hombre cualquiera sino a Tu Espíritu Santo, ¿quién no juzgaría que tamaña demencia, si en algún punto se le probara que ha dicho falsedades, es digna de detestación y de ser arrojada lejos? Sin embargo, yo aún no había averiguado con claridad si, aun conforme a sus palabras, podían explicarse la sucesión de días y noches más largos y más cortos, la noche y el día mismos, los eclipses de los luminares y cualquier otra cosa de este género que hubiera leído en otros libros, de modo que, si acaso podía explicarse, me quedara ciertamente la duda de si las cosas eran así o asá, pero yo apoyara mi fe en la autoridad de aquel por la santidad que se le atribuía.

VI

Y durante casi los nueve años en que, errante de ánimo, los escuché, esperaba la llegada de ese Fausto con un deseo demasiado tenso. Pues los demás de ellos con quienes yo había tropezado por casualidad, que se quedaban cortos cuando les planteaba cuestiones de tales asuntos, me lo prometían a él, con cuya llegada y en cuya conversación se me resolverían con toda facilidad y con la mayor claridad estas dudas y las mayores que acaso planteara. Así pues, cuando llegó, hallé a un hombre agradable y ameno en sus palabras, que decía con mucha más gracia las mismas cosas que ellos suelen decir. Pero ¿qué me importaba a mí, que tenía sed, un elegantísimo escanciador de copas preciosas? Mis oídos ya estaban saciados de tales cosas, y no me parecían mejores por estar mejor dichas, ni verdaderas por estar bien habladas, ni sabia el alma por tener el rostro conveniente y el lenguaje decoroso. Pero los que me lo prometían no eran buenos estimadores de las cosas,

y por eso les parecía prudente y sabio, porque les deleitaba cuando hablaba. Yo había notado, en cambio, que hay otra clase de hombres que incluso tienen por sospechosa la verdad y no quieren asentir a ella si se presenta con un lenguaje pulido y abundante. Pero a mí ya me habías enseñado, Dios mío, por caminos admirables y ocultos (y por eso creo que me enseñaste Tú, porque es verdad, y nadie fuera de Ti es maestro de lo verdadero, dondequiera y de dondequiera que resplandezca), a mí, pues, ya me habías enseñado que no debe parecer verdadero algo por decirse con elocuencia, ni falso por sonar sin orden los signos de los labios; y a su vez, que no es verdadero por enunciarse sin pulimento, ni falso por ser espléndido el discurso, sino que la sabiduría y la necedad son como los alimentos útiles e inútiles, y las palabras adornadas y sencillas, como vasijas finas y rústicas, en las que pueden servirse unos y otros alimentos.

Así pues, mi avidez, con la que había esperado tanto tiempo a aquel hombre, se deleitaba ciertamente con el movimiento y el afecto del que disputaba y con las palabras apropiadas que acudían con facilidad a vestir sus pensamientos. Me deleitaba, y con muchos, y aun más que muchos, lo alababa y exaltaba, pero me molestaba que en la muchedumbre de los oyentes no se me permitiera plantearle y compartir con él las preocupaciones de mis cuestiones, conversando familiarmente y recibiendo y devolviendo palabra. Cuando pude, y empecé a ocupar su oído junto con mis amigos y en un momento en que no resultaba inconveniente dialogar por turnos, y le expuse algunas cosas que me inquietaban, comprobé primero que era un hombre ajeno a las disciplinas liberales, salvo la gramática, y esta solo en el modo corriente. Y como había leído algunos discursos de Cicerón, poquísimos libros de Séneca, algunas obras de los poetas y los volúmenes de su secta que estaban escritos en latín y con arte, y como contaba con el ejercicio cotidiano de la conversación, de ahí le venía la elocuencia, que se hacía más aceptable y más seductora por el buen gobierno de su ingenio y cierta gracia natural. ¿No es así, como lo recuerdo, Señor Dios mío,

juez de mi conciencia? Delante de Ti está mi corazón y mi recuerdo, Tú que entonces me conducías por el secreto escondido de Tu providencia y ya ponías ante mi rostro mis vergonzosos errores, para que los viera y los odiara.

VII

Pues después que me resultó bastante claro que era inexperto en aquellas artes en las que yo había creído que sobresalía, empecé a desesperar de que pudiera exponerme y resolverme las cosas que me inquietaban; ignorante de ellas podía, ciertamente, poseer la verdad de la piedad, pero con tal de no ser maniqueo. Pues sus libros están llenos de larguísimas fábulas sobre el cielo, los astros, el Sol y la Luna; y ya no pensaba que él pudiera explicarme con sutileza esas materias, como yo deseaba con todas mis ansias, cotejándolas con los cálculos numéricos que yo había leído en otra parte, para saber si eran más bien como se contenían en los libros de Manes, o si al menos de allí podía darse una razón igual. Cuando las propuse para que las considerara y discutiera, él, con toda modestia, no se atrevió siquiera a cargar con ese peso. Sabía, en efecto, que no conocía esas cosas, y no se avergonzó de confesarlo. No era de los que yo había soportado en gran número, charlatanes que intentaban enseñarme y no decían nada. Este tenía corazón, aunque no recto hacia Ti, pero tampoco demasiado incauto respecto de sí mismo. No era del todo ignorante de su propia ignorancia, y no quiso meterse temerariamente, disputando, en un terreno del cual no tendría salida alguna ni fácil regreso: también por esto me agradó más. Pues es más hermosa la templanza de un alma que confiesa que aquello que yo deseaba conocer. Y así lo hallaba en todas las cuestiones más difíciles y sutiles.

Así, pues, enfriado el afán que había puesto en las letras de Manes, y desesperando más aún de los demás doctores de ellos, cuando en muchas de las cosas que me inquietaban se mostró así aquel hombre tan

renombrado, comencé a ocupar mi vida con él en lo que era su afición, pues ardía por las letras que yo enseñaba entonces a los jóvenes como retórico en Cartago, y a leer con él, ya lo que él deseaba oír, ya lo que yo juzgaba apropiado a un ingenio como el suyo. Por lo demás, todo mi esfuerzo con el que había resuelto progresar en aquella secta desapareció por completo al conocer a ese hombre, no para separarme de ellos del todo sino que, como quien no encuentra nada mejor, había decidido contentarme entretanto con aquello en lo que ya de cualquier modo me había lanzado, a no ser que por casualidad brillara algo que mereciera más ser elegido. Así aquel Fausto, que para muchos fue lazo de muerte, había empezado ya a soltar el mío en que yo estaba preso, sin querer ni saberlo. Pues Tus manos, Dios mío, en lo oculto de Tu providencia no abandonaban mi alma, y de la sangre del corazón de mi madre, por sus lágrimas, día y noche se Te ofrecía un sacrificio por mí, y obraste conmigo de maneras admirables. Tú lo hiciste, Dios mío, pues del Señor son dirigidos los pasos del hombre, y Él querrá su camino. ¿O qué cuidado de la salvación hay fuera de Tu mano, que repara lo que hiciste?

VIII

Obraste, pues, conmigo de modo que se me persuadiera de ir a Roma y de enseñar allí, en lugar de Cartago, lo que enseñaba. Y no omitiré confesarte por qué se me persuadió, porque también en esto hay que pensar y proclamar Tus designios más hondos y Tu misericordia, tan presente para con nosotros. No quise ir a Roma porque los amigos que me lo aconsejaban me prometieran mayores ganancias y mayor dignidad (aunque también esto arrastraba entonces mi ánimo), sino que la causa máxima y casi única era que oía decir que allí los jóvenes estudiaban más tranquilos y se mantenían sosegados con una disciplina más ordenada, de modo que no irrumpen en tropel y con descaro en la escuela de un maestro que no es el suyo, ni se los admite en absoluto

sin permiso de este. En cambio, en Cartago es fea y desmedida la licencia de los estudiantes. Irrumpen sin vergüenza y, con frente casi furiosa, perturban el orden que cada uno ha establecido para sus discípulos con miras al progreso. Cometen muchas injusticias con asombrosa estupidez, que serían punibles por las leyes si la costumbre no fuera su patrona, la cual los muestra tanto más miserables cuanto que hacen, como si fuera lícito, lo que por Tu ley eterna nunca será lícito, y creen hacerlo impunemente, cuando son castigados por la ceguera misma de hacerlo y sufren incomparablemente peores males de los que causan. Así que las costumbres que no quise hacer mías cuando estudiaba, me veía obligado a soportarlas ajenas cuando enseñaba. Y por eso me agradaba ir adonde, según indicaban todos los que lo sabían, no sucedían tales cosas. Pero Tú, esperanza mía y porción mía en la tierra de los vivientes, para que cambiara de tierra por la salvación de mi alma, aplicabas en Cartago aguijones con que arrancarme de allí, y en Roma me proponías halagos con que atraerme, por medio de hombres que aman la vida muerta, haciendo unos locuras aquí, prometiendo otros vanidades allá, y para enderezar mis pasos Te servías ocultamente de la perversidad de ellos y de la mía. Pues los que perturbaban mi sosiego estaban ciegos de feo furor, y los que me invitaban a lo otro solo gustaban de lo terreno, y yo, que detestaba aquí la verdadera miseria, buscaba allí la falsa felicidad.

Pero por qué me iba de aquí y me dirigía allá, lo sabías Tú, Dios, y no me lo indicabas a mí ni a mi madre, que lloró atrozmente mi partida y me siguió hasta el mar. Pero la engañé, pues me retenía con violencia para hacerme volver o venirse conmigo. Y fingí que no quería abandonar a un amigo hasta que, levantado el viento, zarpara, y mentí a mi madre, ¡y a qué madre! Y escapé, porque también esto me lo perdonaste con misericordia, guardándome de las aguas del mar, lleno como estaba yo de execrables inmundicias, hasta el agua de Tu gracia, con la cual, lavado yo, se secaran los ríos de los ojos de mi madre, con los cuales por mí regaba cada día la tierra ante Ti, bajo su rostro. Y sin

embargo, como se negaba a volver sin mí, apenas la persuadí de que pasara aquella noche en un lugar próximo a nuestra nave, la memoria del bienaventurado Cipriano. Pero esa noche partí yo a escondidas, y ella no; se quedó orando y llorando. ¿Y qué Te pedía, Dios mío, con tantas lágrimas, sino que no me dejaras navegar? Pero Tú, con altísimo consejo y escuchando el fondo de su deseo, no Te ocupaste de lo que entonces pedía, para hacer de mí lo que siempre pedía. Sopló el viento e hinchó nuestras velas y quitó de nuestra vista la orilla, en la que ella por la mañana enloquecía de dolor, y con quejas y gemidos llenaba Tus oídos, que desdeñaban todo aquello, pues me arrebatabas con mis propias pasiones para acabar con esas mismas pasiones, y el deseo carnal de ella era azotado con el justo látigo de los dolores. Pues amaba tener mi presencia a su lado como suelen las madres, pero mucho más que muchas, y no sabía cuántos gozos Tú le ibas a deparar con mi ausencia. No lo sabía, y por eso lloraba y se lamentaba, y con aquellos tormentos se descubría en ella la herencia de Eva, pues con gemidos buscaba lo que con gemidos había dado a luz. Y sin embargo, después de acusar mis engaños y mi crueldad, volvió de nuevo a rogarte por mí y se fue a sus quehaceres de costumbre, y yo a Roma.

IX

Y he aquí que allí me alcanza el azote de una enfermedad corporal, y ya iba camino de los infiernos cargando todos los males que había cometido contra Ti, contra mí y contra otros, muchos y graves, además de la cadena del pecado original por el que todos morimos en Adán. Pues nada de ello me habías perdonado en Cristo, ni Él había desatado en Su cruz las enemistades que yo había contraído Contigo por mis pecados. En efecto, ¿cómo las desataría en la cruz de un fantasma, que era lo que yo había creído de Él? Así como me parecía falsa la muerte de Su carne, así era verdadera la de mi alma; y así como era verdadera la muerte de Su carne, así era falsa la vida de mi alma, que no lo

creía. Y al agravarse las fiebres, ya me iba y perecía. Pues ¿adónde habría ido, si entonces me hubiera ido de aquí, sino al fuego y a los tormentos dignos de mis obras, según la verdad de Tu orden? Y esto ella lo ignoraba, y sin embargo oraba por mí desde lejos; pero Tú, presente en todas partes, donde ella estaba la escuchabas, y donde yo estaba tenías misericordia de mí, para que recobrara la salud del cuerpo, aún loco de corazón sacrílego. Pues no deseaba Tu bautismo en aquel tan grande peligro, y era mejor de niño, cuando lo pedí con insistencia a la piedad de mi madre, como ya he recordado y confesado. Pero había crecido para mi deshonra, y en mi demencia me burlaba de los designios de Tu medicina, Tú que no permitiste que yo muriera así dos veces. Si esa herida hubiera traspasado el corazón de mi madre, nunca habría sanado. Pues no puedo expresar bastante lo que sentía hacia mí, ni con cuánta mayor solicitud me paría en el espíritu que me había dado a luz en la carne.

Así pues, no veo cómo habría sanado, si una muerte así mía hubiera traspasado las entrañas de su amor. ¿Y dónde estarían tan grandes plegarias, tan frecuentes y sin interrupción? En ninguna parte sino ante Ti. ¿Acaso Tú, Dios de las misericordias, ibas a despreciar el corazón contrito y humillado de una viuda casta y sobria, que daba limosnas con frecuencia, que atendía y servía a Tus santos, que no dejaba pasar un solo día sin su ofrenda en Tu altar, que dos veces al día, por la mañana y por la tarde, venía sin falta a Tu iglesia, no para oír vanas fábulas y habladurías de viejas, sino para escucharte a Ti en Tus sermones y para que Tú la escucharas a ella en sus oraciones? ¿Habrías de despreciar y rechazar de Tu auxilio las lágrimas de esta mujer, con las que no Te pedía oro ni plata, ni bien alguno mudable o pasajero, sino la salvación del alma de su hijo, Tú, por cuyo don ella era así? De ninguna manera, Señor. Antes bien, estabas presente, y la escuchabas, y obrabas en el orden en que habías predestinado que debía obrarse. Lejos de Ti engañarla en aquellas visiones y respuestas Tuyas, que ya he mencionado y que no he mencionado, que ella conservaba en su pecho

fiel y, orando siempre, Te presentaba como si fueran pagarés Tuyos. Pues Te dignas, porque Tu misericordia es para siempre, hacerte también deudor por Tus promesas de aquellos a quienes perdonas todas sus deudas.

X

Me restableciste, pues, de aquella enfermedad y sanaste entonces, por de pronto en el cuerpo, al hijo de Tu sierva, para que hubiera a quien dar una salud mejor y más segura. Y entonces, en Roma, me unía aún a aquellos falsos y engañosos santos, no solo a sus oyentes, de cuyo número era también aquel en cuya casa había enfermado y convalecido, sino también a los que llaman elegidos. Pues todavía me parecía que no éramos nosotros los que pecamos, sino que no sé qué otra naturaleza pecaba en nosotros, y mi soberbia se deleitaba en estar fuera de culpa y, cuando había hecho algún mal, en no confesar que lo había hecho, para que sanaras mi alma, ya que pecaba contra Ti, sino que prefería excusarme y acusar a no sé qué otra cosa que estaba conmigo y que yo no era. Pero en verdad todo era yo, y mi impiedad me había dividido contra mí mismo, y este era un pecado más incurable, el de que no me tenía por pecador, y una iniquidad execrable el preferir, Dios omnipotente, que Tú fueras vencido en mí para mi perdición, antes que ser yo vencido por Ti para mi salvación. Aún no habías puesto, pues, guarda a mi boca y puerta de continencia en torno a mis labios, para que no se inclinara mi corazón a palabras malas, a excusar excusas en los pecados con los hombres que obran la iniquidad, y por eso todavía me relacionaba con sus elegidos, aunque ya desesperaba de poder progresar en aquella falsa doctrina, y las mismas cosas con las que había resuelto contentarme si no encontraba nada mejor, las retenía ya con más desgana y descuido.

Pues también me vino a la mente el pensamiento de que aquellos filósofos que llaman académicos habían sido más prudentes que los de-

más, porque habían juzgado que se debía dudar de todo y habían decretado que el hombre no puede comprender verdad alguna. Pues así me parecía a mí con claridad que habían opinado, como comúnmente se los tiene, aunque yo aún no entendía su verdadera intención. Y no dejé de reprimir en ese mismo huésped mío la excesiva confianza que noté que tenía en las cosas fabulosas de que están llenos los libros de los maniqueos. Con todo, usaba de la amistad de ellos con más familiaridad que de la de los demás hombres que no hubieran estado en aquella herejía. Y no la defendía con el antiguo ardor, pero sin embargo la familiaridad con ellos (pues Roma oculta a muchos) me hacía más remiso en buscar otra cosa, sobre todo desesperando de que en Tu Iglesia, Señor del cielo y de la tierra, creador de todas las cosas visibles e invisibles, pudiera hallarse la verdad, de la que ellos me habían apartado; y me parecía muy vergonzoso creer que Tú tuvieras figura de carne humana y fueras limitado por los contornos corporales de nuestros miembros, y puesto que, cuando quería pensar en mi Dios, no sabía pensar sino en masas corporales (pues no me parecía que existiera nada que no fuera así), esta era la causa máxima y casi única de mi inevitable error.

De ahí, pues, creía yo que también el mal era cierta sustancia de esa índole, con su propia mole horrenda, deforme y espesa, a la que llamaban tierra, o bien tenue y sutil, como es el cuerpo del aire, que imaginan como una mente maligna que se arrastra a través de aquella tierra. Y puesto que cierta piedad, fuera cual fuera, me obligaba a creer que el Dios bueno no había creado ninguna naturaleza mala, ponía frente a frente dos moles, ambas infinitas, pero la mala más estrecha, la buena más grande, y de este principio pestilente me seguían los demás sacrilegios. Pues cuando mi alma intentaba volver a la fe católica, era rechazado, porque no era la fe católica lo que yo pensaba que era. Y me parecía más piadoso creerte infinito, Dios mío, a quien se confiesan por mi boca Tus misericordias, al menos por las demás partes, aunque por una, en la que se Te oponía la mole del mal, me viera

obligado a confesarte finito, que opinar que por todas partes estabas limitado por la forma del cuerpo humano. Y me parecía mejor creer que no habías creado mal alguno (que a mí, que no sabía, me parecía no solo alguna sustancia sino además corpórea, porque tampoco sabía pensar la mente sino como un cuerpo sutil que, con todo, se difundía por los espacios del lugar) que creer que de Ti procedía la naturaleza del mal tal como yo la imaginaba. Y a nuestro mismo Salvador, Tu Unigénito, lo pensaba como extendido para nuestra salvación desde la masa de Tu luminosísima mole, de modo que no creía de Él nada más que lo que podía imaginar en mi vanidad. Juzgaba, pues, que una naturaleza tal no podía nacer de la Virgen María sin mezclarse con la carne. Y no veía cómo pudiera mezclarse y no mancharse lo que yo me figuraba así. Temía, por tanto, creer que había nacido en la carne, para no verme obligado a creer que se había manchado por la carne. Ahora Tus espirituales me reirán con dulzura y amor, si leen estas confesiones mías, pero tal era yo.

XI

Además, no pensaba que pudiera defenderse lo que ellos habían censurado en Tus Escrituras, pero a veces deseaba de veras conferir cada punto con alguno de los más doctos en aquellos libros y comprobar qué opinaba de ello. Pues ya en Cartago habían empezado a conmoverme los discursos de un tal Elpidio, que hablaba y disputaba cara a cara contra esos mismos maniqueos, cuando aducía de las Escrituras razones a las que no era fácil resistir. Y me parecía endeble la respuesta de ellos, que no la daban fácilmente en público sino a nosotros en secreto, cuando decían que las Escrituras del Nuevo Testamento habían sido falsificadas por no sé quiénes, que quisieron injertar la ley de los judíos en la fe cristiana, y ellos mismos no presentaban ningún ejemplar incorrupto. Pero me tenían sobre todo cautivo y de algún modo sofocado, oprimiéndome, aquellas moles, cuando pensaba en cosas corpora-

les, bajo las cuales, jadeante, no podía respirar el aire límpido y sencillo de Tu verdad.

XII

Me puse, pues, con empeño a hacer aquello por lo que había venido: enseñar en Roma el arte retórica, y primero a reunir en casa a algunos, a quienes y por medio de quienes empezaba a darme a conocer. Y he aquí que descubro que en Roma ocurren otras cosas que no había padecido en África. Pues, en efecto, se me hizo patente que allí no ocurrían aquellos desórdenes de jóvenes perdidos: «pero de repente», dicen, «para no pagar el salario al maestro, se conjuran muchos jóvenes y se pasan a otro, desertores de la fe, para quienes, por el amor al dinero, la justicia es vil». También a estos los odiaba mi corazón, aunque no con odio perfecto. Pues lo que iba a padecer de ellos lo odiaba quizá más que el hecho de que hicieran cosas ilícitas contra cualquiera. Con todo, son sin duda viles tales hombres y fornican lejos de Ti, amando los juegos fugaces de los tiempos y la ganancia de lodo, que al tomarla mancha la mano, y abrazando el mundo que huye, despreciándote a Ti, que permaneces, que llamas y perdonas al alma humana, meretriz que vuelve a Ti. Y ahora odio a tales hombres, perversos y torcidos, aunque los amo en cuanto deben corregirse, para que antepongan al dinero la doctrina misma que aprenden, y a esta, a Ti, Dios, la verdad y la abundancia del bien cierto y la paz castísima. Pero entonces era mayor mi deseo de no tener que soportarlos malos, por mí, que mi deseo de que se hicieran buenos, por Ti.

XIII

Así, después que se envió de Milán a Roma, al prefecto de la ciudad, el encargo de proveer a aquella ciudad de un maestro de retórica, con el uso, además, de la posta pública, yo mismo hice gestiones por medio de aquellos mismos ebrios de vanidades maniqueas (me iba precisa-

mente para librarme de ellas, aunque ni ellos ni yo lo sabíamos), para que, propuesto un discurso, el prefecto de entonces, Símaco, me aprobara y me enviara. Y vine a Milán, al obispo Ambrosio, conocido en el mundo entero como de los mejores, piadoso siervo Tuyo, cuyas palabras administraban entonces con esmero a Tu pueblo la flor de Tu trigo, la alegría de Tu aceite y la sobria embriaguez de Tu vino. A él era conducido por Ti sin saberlo, para que por él fuera conducido a Ti sabiéndolo. Me acogió paternalmente aquel hombre de Dios y amó, con cariño muy episcopal, mi condición de forastero. Y empecé a amarlo, al principio no como a un maestro de la verdad, que desesperaba por completo de hallar en Tu Iglesia, sino como a un hombre benigno conmigo. Y lo escuchaba con empeño cuando disertaba al pueblo, no con la intención que debía, sino como explorando su facundia, para ver si respondía a su fama o si fluía mayor o menor de lo que se pregonaba, y quedaba suspenso, atento, de sus palabras, pero despreocupado y desdeñoso de las cosas. Y me deleitaba la suavidad de su discurso, aunque más erudito, menos jovial y halagador, sin embargo, que el de Fausto en lo que toca al modo de decir. Por lo demás, en cuanto a las cosas mismas no había comparación: pues el uno se extraviaba por las falacias maniqueas, y el otro enseñaba muy saludablemente la salvación. Pero lejos está la salvación de los pecadores, como el que yo era entonces, y sin embargo me acercaba poco a poco y sin saberlo.

XIV

Pues como no me afanaba por aprender lo que decía, sino solo por oír cómo lo decía (pues me había quedado ese vano cuidado, ya desesperado de que hubiera para el hombre camino abierto hacia Ti), entraban en mi espíritu, junto con las palabras que amaba, también las cosas que descuidaba, pues no podía separarlas. Y mientras abría el corazón para recibir cuán elocuentemente hablaba, entraba al mismo tiempo cuán verdaderamente hablaba, aunque gradualmente. Pues primero

empezaron a parecerme defendibles también esas mismas cosas, y la fe católica, a favor de la cual había pensado que nada podía decirse frente a los maniqueos que la atacaban, ya me parecía que podía sostenerse sin descaro, sobre todo después de oír resolver una y otra vez, y con frecuencia, algún enigma de los escritos antiguos, en los cuales, cuando los tomaba al pie de la letra, me moría. Así, expuestos espiritualmente muchos pasajes de aquellos libros, ya reprochaba mi desesperación, aquella al menos con que había creído que no se podía resistir en absoluto a quienes detestaban y ridiculizaban la ley y los profetas. Pero no por eso sentía yo ya que debiera seguir el camino católico, porque también este podía tener sus doctos defensores que refutaran con abundancia y no sin razón lo que se objetaba, ni que debiera condenarse lo que yo seguía, porque las partes de la defensa se igualaban. Pues la católica no me parecía vencida, pero tampoco aparecía todavía vencedora.

Entonces, sí, apliqué con fuerza el ánimo, por si de algún modo podía convencer de falsedad a los maniqueos con algunas pruebas ciertas. Si yo pudiera pensar una sustancia espiritual, al instante todos aquellos artificios se desharían y serían arrojadas de mi alma; pero no podía. Con todo, considerando y comparando cada vez más, juzgaba que muchos filósofos habían opinado cosas mucho más probables acerca del cuerpo mismo de este mundo y de toda la naturaleza que alcanza el sentido de la carne. Así pues, a la manera de los académicos, tal como se los entiende, dudando de todo y fluctuando entre todo, decidí que había que dejar a los maniqueos, pensando que no debía permanecer, en el mismo tiempo de mi duda, en aquella secta a la que ya anteponía a algunos filósofos. Pero a esos filósofos, por estar sin el nombre salvador de Cristo, me negaba por completo a confiarles la curación de la enfermedad de mi alma. Resolví, pues, ser catecúmeno en la Iglesia católica, que mis padres me habían recomendado, hasta que brillara algo cierto hacia lo cual dirigir mi rumbo.

Libro sexto

I

Esperanza mía desde mi juventud, ¿dónde estabas para mí y a dónde Te habías retirado? ¿No fuiste Tú quien me hizo y me distinguió de los cuadrúpedos y de las aves del cielo, haciéndome más sabio que ellos? Y yo andaba por tinieblas y resbaladeros, y Te buscaba fuera de mí, y no encontraba al Dios de mi corazón. Había llegado a lo profundo del mar, y desconfiaba y desesperaba de hallar la verdad. Ya había venido a mí mi madre, fuerte por su piedad, siguiéndome por tierra y por mar, y segura de Ti en todos los peligros. Pues hasta en los riesgos de la travesía consolaba a los propios marineros, de quienes suelen recibir consuelo los viajeros inexpertos del abismo cuando se turban, prometiéndoles un arribo feliz, porque Tú se lo habías prometido en una visión. Y me encontró en grave peligro, por la desesperanza de dar con la verdad; pero cuando le indiqué que ya no era maniqueo, aunque todavía no era cristiano católico, no se sobresaltó de alegría como si hubiera oído algo inesperado, pues ya estaba tranquila por esa parte de mi miseria en la que me lloraba ante Ti como a un muerto, pero que había de resucitar, y me ofrecía en el féretro de su pensamiento para que dijeras al hijo de la viuda: «Joven, a ti te digo, levántate», y reviviera, y empezara a hablar, y se lo entregaras a su madre. Así, su corazón no se estremeció con exultación turbulenta alguna cuando oyó que ya se había cumplido en tan gran parte lo que cada día Te pedía llorando que se cumpliera: que yo no había alcanzado aún la verdad, pero ya había sido arrancado de la falsedad. Más aún: como estaba cierta de que Tú, que lo habías prometido todo, darías lo que faltaba, me respondió con gran placidez y con el pecho lleno de confianza que creía en Cristo que, antes de partir de esta vida, me vería fiel católico.

Esto me dijo a mí. Pero a Ti, fuente de las misericordias, Te dirigía oraciones y lágrimas más copiosas, para que apresuraras Tu auxilio e iluminaras mis tinieblas; y corría con más empeño a la iglesia y estaba suspendida de los labios de Ambrosio, junto a la fuente del agua que brota para la vida eterna. Amaba a aquel hombre como a un ángel de Dios, porque por medio de él sabía que yo había sido llevado entretanto a aquella vacilación incierta, por la cual daba por seguro que yo pasaría de la enfermedad a la salud, tras un peligro más agudo que sobrevendría como un acceso, de los que los médicos llaman críticos.

II

Así pues, cuando llevó a los sepulcros de los santos, como solía hacerlo en África, gachas, pan y vino puro, y el portero se lo prohibió, apenas supo que lo había vedado el obispo, lo acató con tanta piedad y obediencia que yo mismo me admiraba de cuán fácilmente pasó a ser más acusadora de su costumbre que censora de aquella prohibición. Porque no la dominaba el vicio del vino ni la estimulaba al odio de la verdad el amor al vino, como les ocurre a muchísimos hombres y mujeres, que ante el canto de la sobriedad sienten náusea, como ante una bebida aguada tras haberse embriagado; ella, en cambio, cuando llevaba su canasto con las viandas rituales para probarlas y repartirlas, no ponía más que una copita, templada según su paladar, que era muy sobrio, y de la cual tomaba un sorbo por cortesía. Y si eran muchos los sepulcros que, según esa costumbre, debían honrar la memoria de los difuntos, llevaba de un lugar a otro esa misma copita, que ponía en todas partes, y que ya no solo estaba aguadísima, sino también tibia, y la compartía con los presentes en pequeños sorbitos, porque allí buscaba la piedad, no el placer. Así, cuando supo que aquel ilustre predicador y prelado de la piedad había mandado que esas cosas no se hicieran, ni siquiera por quienes las hacían con sobriedad, para no dar ocasión de hartarse a los borrachos, y porque aquellas especies de ofren-

das por los antepasados se parecían muchísimo a la superstición de los gentiles, se abstuvo de buen grado; y en lugar de un canasto lleno de frutos terrenos, aprendió a llevar a los sepulcros de los mártires un pecho lleno de deseos más puros, para dar lo que pudiera a los necesitados, y para que así se celebrara allí la comunión del cuerpo del Señor, a imitación de cuya pasión fueron inmolados y coronados los mártires. Y, sin embargo, me parece, Señor Dios mío (y así lo ve mi corazón en Tu presencia acerca de este asunto), que quizá mi madre no habría cedido con facilidad en abandonar esta costumbre si se lo hubiera prohibido otro a quien no amara como a Ambrosio. A él lo amaba sobre todo por mi salvación; y él a ella, por su vida tan religiosa, con el cual, tan fervorosa de espíritu en las buenas obras, frecuentaba la iglesia, de modo que muchas veces, al verme, prorrumpía en alabanzas de ella, felicitándome por tener tal madre, sin saber qué clase de hijo tenía ella en mí, que dudaba de todo aquello y no creía en absoluto que pudiera hallarse el camino de la vida.

III

Ya no gemía yo orando para que me socorrieras, sino que mi ánimo estaba atento a la búsqueda e inquieto por discutir; y al mismo Ambrosio lo tenía por un hombre feliz según el mundo, puesto que tan grandes potestades lo honraban; solo su celibato me parecía penoso. Pero qué esperanza albergaba él, qué lucha sostenía contra las tentaciones de su propia excelencia, qué consuelo tenía en las adversidades, y qué sabrosas alegrías saboreaba, rumiando Tu pan, en esa boca oculta que tenía en el corazón, no podía yo imaginarlo ni lo había experimentado; ni él conocía mis ardores ni el foso de mi peligro. Porque no podía preguntarle lo que quería, como lo quería, pues me apartaban de su oído y de su palabra multitudes de hombres atareados, a cuyas flaquezas él servía. Y cuando no estaba con ellos, lo cual era muy poco tiempo, reparaba el cuerpo con el sustento necesario o el espíritu con la lectu-

ra. Pero cuando leía, sus ojos recorrían las páginas y su corazón escudriñaba el sentido, mientras la voz y la lengua descansaban. Muchas veces, estando presentes (pues a nadie se le impedía entrar, ni era costumbre anunciarle a quien llegaba), lo vimos leer así, en silencio, y nunca de otro modo; y tras sentarnos en un largo silencio (pues ¿quién se atrevería a molestar a alguien tan absorto?), nos retirábamos, y conjeturábamos que en aquel poco tiempo que conseguía para reponer su mente, libre del estruendo de los asuntos ajenos, no quería que lo distrajeran a otra cosa, y que quizá se guardaba de que, estando suspenso y atento un oyente, si el autor que leía hubiera dejado algo demasiado oscuro, fuera necesario también explicarlo o discutir algunas cuestiones más difíciles, y que, gastando el tiempo en ello, desenrollara menos volúmenes de los que quería; aunque también el cuidado de conservar la voz, que se le enronquecía con muchísima facilidad, podía ser una razón más justa para leer en silencio. Con cualquier intención que lo hiciera, en todo caso aquel hombre lo hacía con buen fin.

Pero ciertamente a mí no se me daba oportunidad alguna de consultar lo que deseaba a ese santísimo oráculo Tuyo, que era su pecho, salvo cuando bastaba oír algo brevemente. Mis ardores, en cambio, requerían que él estuviera muy desocupado para derramarse en él, y nunca lo hallaban así. Lo oía, sin embargo, cada domingo, exponiendo ante el pueblo con acierto la palabra de la verdad, y se me confirmaba más y más que se podían desatar todos los nudos de las astutas calumnias que aquellos engañadores nuestros tramaban contra los libros divinos. Pero cuando además supe que aquello de que el hombre fue hecho por Ti a Tu imagen, no lo entendían Tus hijos espirituales, a quienes regeneraste por la gracia en el seno de la madre católica, de modo que creyeran y pensaran que Tú estabas limitado por la forma del cuerpo humano (aunque cómo fuera la sustancia espiritual no lo sospechaba yo ni siquiera tenue y enigmáticamente), me avergoncé, pero con gozo, de haber ladrado durante tantos años no contra la fe católica, sino contra ficciones de pensamientos carnales. Pues había sido temerario e im-

pío en esto: lo que debía haber aprendido preguntando, lo había dicho acusando. Porque Tú, altísimo y cercanísimo, el más secreto y el más presente, que no tienes miembros unos mayores y otros menores, sino que estás todo entero en todas partes y no estás en ningún lugar, no eres, desde luego, esta forma corpórea; y, sin embargo, hiciste al hombre a Tu imagen, y he aquí que él, de la cabeza a los pies, está en un lugar.

IV

Como yo ignoraba, pues, cómo subsistía esta imagen Tuya, debía haber llamado a la puerta preguntando cómo había que creerlo, y no haber objetado con insolencia como si se creyera de aquel modo. Tanto más agudo, entonces, me roía por dentro el cuidado de saber qué podía retener como cierto, cuanto más me avergonzaba de haber sido burlado y engañado tanto tiempo con la promesa de certezas, y de haber parloteado, con error pueril y apasionamiento, tantas cosas inciertas como si fueran ciertas. Que eran falsas, me quedó claro después; pero era cierto que eran inciertas y que yo las había tenido en otro tiempo por ciertas, cuando acusaba a Tu Iglesia católica con ciegas contiendas, la cual, aunque todavía no se me había mostrado como maestra de verdades, tampoco enseñaba aquello de lo que yo la acusaba con tanta dureza. Así, me confundía y me convertía, y me alegraba, Dios mío, de que la Iglesia única, cuerpo de Tu Único, en la cual se me puso de niño el nombre de Cristo, no gustara de simplezas infantiles ni tuviera en su sana doctrina la de encerrarte a Ti, Creador de todas las cosas, en un espacio de lugar, por sumo y amplio que fuese, pero limitado por todas partes por la figura de los miembros humanos.

Me alegraba también de que los antiguos escritos de la ley y de los profetas ya no se me propusieran para leerlos con aquel ojo con que antes me parecían absurdos, cuando argüía contra Tus santos como si sintieran así, siendo que no sentían así. Y oía con gozo que Ambrosio,

como quien recomienda con sumo cuidado una regla, repetía a menudo en sus sermones al pueblo: «La letra mata, pero el espíritu vivifica», cuando, quitado el velo místico, abría espiritualmente lo que, tomado al pie de la letra, parecía enseñar perversidad, sin decir nada que me ofendiera, aunque dijera cosas de las que yo todavía ignoraba si eran verdaderas. Pues yo retenía mi corazón de todo asentimiento, por miedo al precipicio, y con esa suspensión me mataba más aún. Quería, en efecto, estar tan seguro de las cosas que no veía como lo estaba de que siete y tres son diez. Porque no era tan insensato como para pensar que ni siquiera esto pudiera comprenderse; pero quería tener tan claras como esta las demás cosas, ya corporales, que no estaban presentes ante mis sentidos, ya espirituales, en las que yo no sabía pensar sino de modo corporal. Y podía sanar creyendo, de manera que la mirada de mi mente, más purificada, se dirigiera de algún modo hacia Tu verdad, que siempre permanece y en nada desfallece. Pero, como suele ocurrir que quien ha tenido un mal médico teme confiarse incluso a uno bueno, así era la salud de mi alma, que, no pudiendo sanar sino creyendo, rehusaba curarse por no creer cosas falsas, resistiendo a Tus manos, Tú que preparaste los remedios de la fe, los esparciste sobre las enfermedades del orbe de la tierra y les diste tanta autoridad.

V

Con todo, desde entonces, anteponiendo ya la doctrina católica, sentía que ella mandaba con más modestia y sin engaño alguno que se creyera lo que no se demostraba (ya fuese algo, aunque quizá no para quien lo oía, ya no fuese nada), mientras que allá, entre ellos, se burlaban de la credulidad con una temeraria promesa de ciencia, y luego se mandaba creer muchísimas cosas fabulosísimas y absurdísimas, porque no podían demostrarse. Luego, poco a poco, Tú, Señor, con mano mansísima y misericordiosísima, tocando y componiendo mi corazón, me hiciste considerar cuántas cosas innumerables creía yo sin haberlas visto ni

haber estado presente cuando ocurrían: tantas en la historia de las naciones, tantas acerca de lugares y ciudades que no había visto, tantas dichas por amigos, por médicos, por unos hombres y por otros, que, si no se creyeran, no haríamos absolutamente nada en esta vida; y, por último, con qué firmeza inquebrantable retenía por la fe de qué padres había nacido, cosa que no podría saber si no hubiera creído al oírlo. Así me persuadiste de que no eran de culpar los que creían en Tus libros, que has establecido con tanta autoridad en casi todas las naciones, sino los que no creían, y de que no había que escuchar a quienes acaso me dijeran: «¿Cómo sabes que esos libros fueron dados al género humano por el Espíritu del único Dios verdadero y veracísimo?». Pues esto mismo era lo que más había que creer, ya que ninguna pugnacidad de cuestiones calumniosas, entre tantas cosas como había leído de filósofos que se contradicen entre sí, pudo arrancarme el no creer alguna vez que Tú eres, fueras lo que fueras, cosa que yo ignoraba, o que el gobierno de las cosas humanas Te pertenece.

Pero esto lo creía unas veces con más fuerza y otras con más debilidad; siempre, sin embargo, creí que Tú eres y que cuidas de nosotros, aunque ignoraba qué debía pensarse de Tu sustancia o cuál camino conduce o devuelve a Ti. Y así, siendo nosotros débiles para hallar la verdad con razón clara, y necesitando por ello la autoridad de las santas Escrituras, había empezado ya a creer que de ningún modo habrías concedido a aquella Escritura una autoridad tan eminente por todas las tierras si no hubieras querido que por ella se creyera en Ti y por ella se Te buscara. Pues ya la absurdidad que solía ofenderme en esas letras, habiendo oído muchas de ellas explicadas de modo probable, la refería a la altura de los misterios; y tanto más venerable y más digna de fe sagrada me parecía esa autoridad, cuanto que estaba al alcance de todos para leerla y, a la vez, guardaba la dignidad de su secreto en un entendimiento más profundo, ofreciéndose a todos con palabras clarísimas y en un género de lenguaje humildísimo, y ejercitando la atención de los que no son ligeros de corazón, para acoger a todos en su se-

no popular y hacer pasar a unos pocos hacia Ti por angostos orificios; muchos más, con todo, que si no se elevara con tan alta cumbre de autoridad ni atrajera a las multitudes al regazo de su santa humildad. Esto pensaba, y Tú estabas conmigo; suspiraba, y Tú me oías; fluctuaba, y Tú me gobernabas; iba por el ancho camino del siglo, y no me abandonabas.

VI

Ansiaba honores, ganancias, matrimonio, y Tú Te reías. Sufría en esos deseos las más amargas dificultades, y Tú me eras propicio tanto más cuanto menos permitías que me resultara dulce lo que no eras Tú. Mira mi corazón, Señor, Tú que quisiste que yo recordara esto y Te lo confesara. Ahora, que se adhiera a Ti mi alma, a la que arrancaste de una liga tan tenaz de muerte. ¡Qué miserable era! Y Tú punzabas la sensibilidad de su herida, para que, dejándolo todo, se volviera a Ti, que estás sobre todas las cosas y sin quien todas las cosas no serían nada; para que se volviera y sanara. ¡Cuán miserable era yo, entonces, y de qué modo hiciste que sintiera mi miseria, el día en que, preparándome para recitar un panegírico al emperador, en el que había de mentir mucho y, mintiendo, ser aplaudido por quienes lo sabían, y mientras mi corazón jadeaba por esas preocupaciones y ardía con las fiebres de pensamientos consumidores, al pasar por una calle de Milán me fijé en un mendigo pobre, ya saciado, creo, que bromeaba y estaba alegre! Y gemí, y hablé con los amigos que iban conmigo de los muchos dolores de nuestras locuras, porque en todos nuestros esfuerzos, como los que yo entonces afrontaba, arrastrando, bajo el aguijón de las pasiones, el fardo de mi infelicidad y agravándolo al arrastrarlo, no queríamos otra cosa sino llegar a una alegría segura, a la cual aquel mendigo ya se nos había adelantado, y a la que quizá nosotros nunca llegaríamos. Pues lo que él ya había obtenido con unas pocas monedillas mendigadas, yo lo perseguía por rodeos y vueltas tan trabajosos: la alegría, es

decir, de una felicidad temporal. Porque él no tenía el gozo verdadero, pero yo, con aquellas ambiciones, buscaba otro mucho más falso. Y ciertamente él estaba alegre, yo ansioso; él tranquilo, yo inquieto. Y si alguien me preguntara si prefería regocijarme o temer, respondería: «regocijarme»; y si de nuevo me preguntara si prefería ser como él o como yo era entonces, me elegiría a mí mismo, agotado de cuidados y temores, pero por perversidad, ¿acaso por verdad? Pues no debía yo anteponerme a él por ser más docto, ya que no me alegraba de ello, sino que buscaba con ello agradar a los hombres, no para enseñarles, sino solo para agradarles. Por eso también Tú quebrabas mis huesos con el bastón de Tu disciplina.

Que se aparten, pues, de mi alma los que le dicen: «Importa de dónde venga el gozo. Aquel mendigo se alegraba con la embriaguez; tú deseabas alegrarte con la gloria». ¿Con qué gloria, Señor, que no está en Ti? Porque así como aquel gozo no era verdadero, tampoco lo era esa gloria, y trastornaba aún más mi mente. Y aquel esa misma noche habría de digerir su borrachera, mientras yo había dormido con la mía y me había levantado y habría de dormir y levantarme de nuevo; ¡mira cuántos días! Importa, es cierto, de dónde venga el gozo, lo sé, y el gozo de la esperanza fiel dista incomparablemente de aquella vanidad; pero entonces también había distancia entre nosotros. Sin duda él era más feliz, no solo porque se bañaba en la hilaridad mientras a mí me destripaban los cuidados, sino también porque él había conseguido el vino deseándolo con buenas palabras, mientras yo buscaba la vanagloria mintiendo. Dije entonces muchas cosas en este sentido a mis queridos amigos, y con frecuencia observaba en estas cosas cómo me iba a mí, y descubría que me iba mal, y me dolía, y duplicaba ese mismo mal; y, si algo próspero me sonreía, me daba pereza asirlo, porque casi se escapaba antes de que se lo tuviera.

VII

Gemíamos juntos por estas cosas los que vivíamos amigablemente, y de ellas conversaba yo muy especialmente y con la mayor familiaridad con Alipio y Nebridio. De ellos, Alipio era del mismo municipio que yo, hijo de padres principales del lugar, y menor que yo en edad. Pues había estudiado conmigo cuando comencé a enseñar en nuestro pueblo, y después en Cartago, y me quería mucho porque le parecía que yo era bueno y docto, y yo a él por la gran índole de su virtud, que a su corta edad destacaba bastante. Sin embargo, el torbellino de las costumbres cartaginesas, en las cuales hierven los frívolos espectáculos, lo había absorbido hasta la locura del circo. Pero mientras se revolcaba miserablemente en ella, yo, que enseñaba retórica allí, con escuela pública, él aún no me escuchaba como a su maestro, a causa de cierta enemistad surgida entre su padre y yo. Y yo había averiguado que amaba el circo de manera funesta, y me angustiaba gravemente porque me parecía que iba a perder, o ya había perdido, una esperanza tan grande. Pero no tenía oportunidad de advertirlo ni de hacerlo volver por alguna coerción, ni por la benevolencia de la amistad ni por el derecho de maestro. Pues pensaba que él sentía de mí lo mismo que su padre; pero él no era así. Y así, dejando de lado en este asunto la voluntad de su padre, había comenzado a saludarme, viniendo a mi auditorio, y a escuchar algo y marcharse.

Pero se me había ido de la memoria hablar con él, para que no echara a perder un ingenio tan bueno con el ciego y precipitado afán de los juegos vanos; Tú, en cambio, Señor, que presides el timón de todo lo que creaste, no Te habías olvidado de que él sería entre Tus hijos un obispo de Tu sacramento y, para que su corrección Te fuera atribuida con claridad, la obraste por medio de mí, pero sin que yo lo supiera. Porque un día, estando yo sentado en mi lugar acostumbrado y teniendo delante a los discípulos, llegó, saludó, se sentó y puso su atención en lo que se trataba. Y por casualidad tenía yo entre manos un texto, y mientras lo exponía me pareció oportuno emplear la comparación de los juegos del circo, para que lo que insinuaba resultara más

agradable y más claro, con burla mordaz de quienes aquella locura había cautivado. Tú sabes, Dios nuestro, que entonces yo no pensaba en sanar a Alipio de aquella peste. Pero él lo tomó para sí, y creyó que yo no lo había dicho sino por causa suya; y lo que otro habría tomado para enojarse conmigo, lo tomó aquel joven honrado para enojarse consigo mismo y amarme más ardientemente. Porque Tú habías dicho ya hace tiempo, y lo habías entretejido en Tus Escrituras: «Reprende al sabio, y te amará». Yo, sin embargo, no lo había reprendido; pero Tú, que Te sirves de todos, los que saben y los que no saben, según el orden que conoces (y ese orden es justo), hiciste de mi corazón y de mi lengua brasas ardientes, con las que cauterizaras y sanaras su mente, que, aunque de buena esperanza, se consumía. Que calle Tus alabanzas quien no considera Tus misericordias, que Te confiesan desde lo más hondo de mis entrañas. Pues en verdad él, tras aquellas palabras, se arrancó de un foso tan profundo, en el cual se hundía de buen grado y se cegaba con admirable deleite, y sacudió su ánimo con fuerte templanza, y todas las inmundicias del circo saltaron lejos de él, y no volvió a acercarse más a ellas. Luego venció la resistencia de su padre para que me tuviera por maestro; el padre cedió y consintió. Y al empezar a oírme de nuevo, quedó envuelto conmigo en aquella superstición, amando en los maniqueos la ostentación de continencia, que él creía verdadera y genuina. Pero esa continencia era insensata y seductora, y cautivaba almas preciosas que aún no sabían alcanzar la altura de la virtud y que eran fáciles de engañar por la superficie, pero de una virtud solo sombreada y simulada.

VIII

Sin abandonar, por cierto, el camino terreno que sus padres le habían cantado al oído como un encantamiento, había ido por delante a Roma para estudiar derecho, y allí fue arrebatado de modo increíble por una increíble pasión por los espectáculos de gladiadores. Pues, como

él los aborrecía y detestaba, algunos de sus amigos y condiscípulos, con quienes se topó por casualidad cuando volvían de almorzar, lo llevaron, aunque se negaba con vehemencia y se resistía, con una violencia amistosa, al anfiteatro, en los días de aquellos crueles y funestos juegos, mientras él decía estas palabras: «Si arrastran mi cuerpo a ese lugar y allí lo colocan, ¿acaso pueden también dirigir mi alma y mis ojos a esos espectáculos? Estaré ausente estando presente, y así los venceré a ustedes y a ellos». Oído esto, ellos no por eso dejaron de llevarlo consigo, deseando quizá comprobar justamente si podría lograrlo. Cuando llegaron y se colocaron en los asientos que pudieron, todo hervía de las más feroces voluptuosidades. Él, cerrando las puertas de los ojos, prohibió a su alma que se adentrara en tan grandes males. ¡Ojalá se hubiera tapado también los oídos! Porque en cierto lance de la lucha, cuando un inmenso clamor de todo el pueblo lo golpeó con violencia, vencido por la curiosidad y como preparado para despreciar y vencer, fuera lo que fuese, incluso viéndolo, abrió los ojos. Y fue herido en el alma con una herida más grave que aquel en el cuerpo, a quien deseó mirar, y cayó más miserablemente que aquel por cuya caída se produjo el clamor. Este entró por sus oídos y le abrió los ojos, para que hubiera por dónde fuera herido y abatido un ánimo todavía más audaz que fuerte, y tanto más débil cuanto había presumido de sí lo que debía presumir de Ti. Pues, apenas vio aquella sangre, bebió a la vez la crueldad, y no se apartó, sino que fijó la mirada y absorbía furias, y no lo sabía, y se deleitaba en la maldad del combate y se embriagaba con el placer sangriento. Y ya no era el que había venido, sino uno de la turba a la que había venido, y verdadero compañero de aquellos por quienes había sido llevado. ¿Qué más? Miró, gritó, se encendió, y se llevó de allí consigo una locura que lo estimulaba a volver, no solo con aquellos por quienes fue primero arrastrado, sino incluso delante de ellos, y arrastrando a otros. Y, sin embargo, de allí lo sacaste Tú con mano poderosísima y misericordiosísima, y le enseñaste a no tener confianza en sí, sino en Ti; pero mucho después.

Sin embargo, ya esto se guardaba en su memoria para una futura medicina. Pues también aquello de que, cuando todavía estudiaba en Cartago y ya me oía, y al mediodía meditaba en el foro lo que iba a recitar, como suelen ejercitarse los estudiantes, permitiste que lo apresaran los guardianes del foro como a un ladrón, no creo que lo hayas permitido, Dios nuestro, por otra causa sino para que aquel que había de ser un hombre tan grande empezara ya a aprender cuán poco conviene que un hombre sea condenado por otro en el examen de las causas, con temeraria credulidad. Paseaba, en efecto, solo ante el tribunal con sus tablillas y su estilo, cuando he aquí que un joven del número de los estudiantes, ladrón de verdad, llevando a escondidas un hacha, entró sin que él lo notara hasta las rejas de plomo que sobresalen por encima de la calle de los cambistas, y comenzó a cortar el plomo. Pero al oír el ruido del hacha, los cambistas que estaban debajo se pusieron a murmurar y enviaron a quienes apresaran al que encontraran por casualidad. Al oír sus voces, aquel dejó la herramienta y se marchó, temiendo ser apresado con ella. Alipio, que no había visto entrar al ladrón, lo sintió salir y lo vio alejarse con rapidez y, deseando saber la causa, entró en el lugar y, hallada el hacha, se quedó de pie mirándola con asombro, cuando he aquí que los que habían sido enviados lo encuentran solo, con el hierro cuyo sonido los había atraído. Lo prenden, lo arrastran, y, reunidos los moradores del foro, se jactan de haber capturado a un ladrón manifiesto, y de allí era conducido para ser presentado ante los jueces.

Pero hasta ahí debía llegar su lección. Pues enseguida, Señor, socorriste su inocencia, de la cual Tú solo eras testigo. Cuando lo llevaban a la cárcel o al suplicio, les sale al encuentro cierto arquitecto, que tenía a su cargo el cuidado principal de las obras públicas. Se alegran de que justamente se les hubiera cruzado él, a quien solían tener bajo sospecha por las cosas sustraídas que habían desaparecido del foro, como

si así por fin supiera quiénes las cometían. Pero aquel hombre había visto muchas veces a Alipio en casa de cierto senador a quien iba a saludar con frecuencia, y, reconociéndolo al instante, lo tomó de la mano, lo apartó de la muchedumbre y, preguntando la causa de tan gran mal, oyó lo ocurrido, y ordenó que todos los que estaban allí alborotados y bramando amenazas fueran con él. Y llegaron a la casa de aquel joven que había cometido el hecho. Había un niño ante la puerta, y era tan pequeño que, sin temer nada por ello para su amo, podía fácilmente declararlo todo; había estado, en efecto, con él en el foro como su criadito. Cuando Alipio lo reconoció, se lo hizo saber al arquitecto. Este mostró el hacha al niño y le preguntó de quién era. Y él enseguida dijo: «Nuestra»; después, interrogado, descubrió lo demás. Así, trasladada la causa a aquella casa, y confundidas las turbas que ya habían comenzado a triunfar sobre él, el que había de ser dispensador de Tu palabra y examinador de muchas causas en Tu Iglesia se marchó más experimentado e instruido.

X

A este, pues, lo había encontrado yo en Roma, y se unió a mí con un fortísimo vínculo, y partió conmigo a Milán, para no abandonarme y para ejercer algo del derecho que había aprendido, más según el deseo de sus padres que según el suyo. Y ya había actuado tres veces como asesor, con una integridad que admiraba a los demás, mientras él se admiraba más de los que anteponían el oro a la inocencia. Su índole fue puesta a prueba no solo con el aliciente de la codicia, sino también con el aguijón del temor. En Roma asistía al conde del tesoro de Italia. Había en aquel tiempo cierto senador poderosísimo, a quien muchos estaban obligados por sus beneficios y sometidos por el terror. Quiso permitirse no sé qué, conforme a su costumbre de poder, que era ilícito por las leyes; Alipio se opuso. Se le prometió un premio; lo despreció en su ánimo. Se le presentaron amenazas; las pisoteó, entre la ad-

miración de todos ante un alma tan inusitada, que ni deseaba como amigo ni temía como enemigo a un hombre tan grande, celebrado con enorme fama por los innumerables modos que tenía de favorecer y de dañar. El propio juez de quien era consejero, aunque tampoco él quería que se hiciera, no se negaba abiertamente, sino que, trasladando la causa a este, afirmaba que era él quien no se lo permitía, porque en verdad, si el juez lo hacía, este se marcharía. Solo por una cosa casi había sido ya seducido, por su afición a las letras: que mandase copiar para sí códices a precios de pretorianos; pero, consultada la justicia, cambió su deliberación a mejor, juzgando más útil la equidad que lo impedía que el poder que lo permitía. Es poca cosa, pero el que es fiel en lo poco es fiel también en lo mucho, y de ningún modo será vano lo que salió de la boca de Tu verdad: «Si no fueron fieles en el injusto dinero, ¿quién les confiará el verdadero? Y si no fueron fieles en lo ajeno, ¿quién les dará lo que les pertenece?». Tal era él entonces cuando se unía a mí y vacilaba conmigo en el consejo sobre cuál modo de vida habría que seguir.

También Nebridio, que había dejado su patria, vecina a Cartago, y la propia Cartago, donde había vivido la mayor parte del tiempo, y había dejado la excelente heredad paterna, y la casa, y a una madre que no lo seguiría, por ninguna otra causa había venido a Milán sino para vivir conmigo en un ardentísimo estudio de la verdad y de la sabiduría; suspiraba igualmente, igualmente fluctuaba, ardiente indagador de la vida feliz y agudísimo escrutador de las cuestiones más difíciles. Y éramos tres bocas de necesitados que se comunicaban unos a otros su indigencia con ansia y esperaban de Ti que les dieras el alimento a su tiempo. Y en toda la amargura que, por Tu misericordia, seguía a nuestros afanes mundanos, cuando mirábamos el fin por el cual los padecíamos, nos salían al paso las tinieblas, y nos apartábamos gimiendo y decíamos: «¿Hasta cuándo esto?». Lo decíamos con frecuencia, y mientras lo decíamos no abandonábamos aquellas cosas, porque no brillaba nada cierto que pudiéramos asir una vez dejadas.

XI

Y yo me asombraba sobre todo, afanándome y recordando cuán largo tiempo había pasado desde el año decimonoveno de mi edad, en el que había empezado a arder en el estudio de la sabiduría, resuelto, una vez hallada, a abandonar todas las vanas esperanzas de los deseos vacíos y las locuras mentirosas. Y he aquí que ya tenía treinta años, atascado en el mismo barro, con ansia de disfrutar de lo presente, que huía y me disipaba, mientras decía: «Mañana encontraré. He aquí que se mostrará con claridad, y lo tendré. He aquí que vendrá Fausto y lo explicará todo. ¡Oh, grandes hombres, los académicos! Nada cierto puede comprenderse para orientar la vida. Más bien, busquemos con más diligencia y no desesperemos. He aquí que ya no son absurdas en los libros eclesiásticos las cosas que parecían absurdas, y pueden entenderse de otro modo y con dignidad. Fijaré mis pies en el peldaño en que me pusieron de niño mis padres, hasta que se encuentre la verdad con claridad. Pero ¿dónde se buscará? ¿Cuándo se buscará? Ambrosio no tiene tiempo; no tenemos tiempo para leer. ¿Dónde buscamos los propios códices? ¿De dónde o cuándo los conseguimos? ¿A quiénes se los pedimos? Que se asignen tiempos, que se distribuyan las horas para la salvación del alma. Ha surgido una gran esperanza: la fe católica no enseña lo que pensábamos y, vanos, le achacábamos. Sus doctos tienen por sacrilegio creer que Dios está limitado por la figura del cuerpo humano. ¿Y dudamos en llamar, para que se abra lo demás? Las horas de la mañana las ocupan los discípulos: ¿qué hacemos en las otras? ¿Por qué no hacemos esto? Pero ¿cuándo saludamos a los amigos mayores, de cuyo favor tenemos necesidad? ¿Cuándo preparamos lo que compren los estudiantes? ¿Cuándo nos reparamos a nosotros mismos, aflojando el ánimo de la tensión de los cuidados?

Perezca todo, y dejemos estas cosas vanas y vacías: dediquémonos a la sola búsqueda de la verdad. La vida es miserable, la muerte incierta. Si de pronto sobreviene, ¿cómo saldremos de aquí? ¿Y dónde habre-

mos de aprender lo que aquí descuidamos? ¿Y no más bien habremos de pagar los castigos de esta negligencia? ¿Y si la muerte misma corta y termina todo cuidado junto con el sentido? Entonces también esto hay que indagar. Pero no sea así. No es en vano ni vacío que tan eminente cumbre de autoridad de la fe cristiana se difunda por todo el orbe. Nunca se harían por nosotros tales y tantas cosas por obra divina si con la muerte del cuerpo se consumiera también la vida del alma. ¿Por qué titubeamos, pues, en dejar la esperanza del siglo y entregarnos enteros a buscar a Dios y la vida feliz? Pero espera: también estas cosas son agradables, tienen su dulzura no pequeña; no hay que apartar con facilidad de ellas la atención, porque es vergonzoso volver de nuevo a ellas. Mira qué poco cuesta ya conseguir algún cargo honroso. ¿Y qué más hay que desear en ellos? Nos sobra abundancia de amigos mayores: aunque no hiciéramos otra cosa y nos apresuráramos mucho, hasta una presidencia de provincia puede dársenos. Y hay que casarse con una mujer que tenga algún dinero, para que no grave nuestro gasto, y ese será el límite de mi deseo. Muchos grandes hombres, y dignísimos de imitación, se dedicaron al estudio de la sabiduría estando casados».

Mientras decía esto, y estos vientos se alternaban y empujaban mi corazón de aquí para allá, pasaban los tiempos y yo tardaba en convertirme al Señor, y aplazaba de día en día el vivir en Ti, y no aplazaba cada día el morir en mí mismo. Amando la vida feliz, la temía en su propia sede, y huyendo de ella la buscaba. Pensaba, en efecto, que sería demasiado miserable si me veía privado de los abrazos de una mujer, y no pensaba en la medicina de Tu misericordia para sanar esa misma enfermedad, porque no la había experimentado, y creía que la continencia era cuestión de las propias fuerzas, de las cuales no tenía conciencia, siendo tan necio que ignoraba lo que está escrito: que nadie puede ser continente si Tú no se lo das. Ciertamente me lo habrías dado, si yo hubiera golpeado Tus oídos con gemido interior y hubiera arrojado en Ti mi cuidado con fe sólida.

XII

Alipio, por cierto, me disuadía de casarme, repitiéndome que de ningún modo podríamos vivir juntos, con ocio seguro, en el amor de la sabiduría, como hacía tiempo lo deseábamos, si yo hacía eso. Pues él mismo era entonces castísimo en este asunto, tanto que era motivo de admiración, porque en el umbral de su adolescencia había tenido experiencia del trato carnal, pero no se había apegado a ello, sino que más bien le dolió y lo despreció, y desde entonces vivía con suma continencia. Yo, en cambio, le resistía con los ejemplos de quienes, siendo casados, habían cultivado la sabiduría, agradado a Dios y guardado fielmente y querido a sus amigos. De la grandeza de alma de estos estaba yo, por cierto, muy lejos y, atado por la enfermedad de la carne, con su mortífera suavidad arrastraba mi cadena, temiendo ser desatado y, como si me sacudieran una herida, rechazaba las palabras de quien me aconsejaba bien, como la mano de quien me desataba. Además, por medio de mí hablaba la serpiente al propio Alipio, y por mi lengua entretejía y esparcía dulces lazos en su camino, con los que se enredaran sus pies, honestos y libres.

Pues, como él se admiraba de mí, a quien no tenía en poca estima, de que estuviera tan pegado a la liga de aquel placer que, cada vez que de eso conversábamos, yo afirmaba que de ningún modo podría vivir una vida célibe, y que así me defendía, al ver que él se admiraba, diciéndole que había mucha diferencia entre lo que él había experimentado de prisa y a escondidas, que casi ya ni recordaba y que por eso despreciaba fácilmente sin molestia alguna, y los deleites de mi costumbre, a los cuales, si se añadiera el nombre honesto del matrimonio, no debería él extrañarse de que yo no pudiera despreciar aquella vida, comenzó él también a desear el matrimonio, no vencido en modo alguno por el deseo de tal placer, sino por la curiosidad. Decía, en efecto, que deseaba saber qué era aquello sin lo cual mi vida, que a él tanto le agradaba, a mí no me parecía vida, sino pena. Pues su ánimo,

libre de aquel vínculo, se asombraba de mi servidumbre y, asombrándose, avanzaba hacia el deseo de experimentar, para llegar a la propia experiencia y caer quizá desde ella en aquella servidumbre que le asombraba, puesto que quería hacer un pacto con la muerte, y el que ama el peligro caerá en él. Ninguno de los dos, en efecto, estimaba sino muy tenuemente lo que hay de decoro conyugal en el deber de regir el matrimonio y de recibir hijos. A mí, en cambio, en gran parte y con vehemencia, me atormentaba, cautivo, la costumbre de saciar una concupiscencia insaciable; a él lo arrastraba, a punto de ser cautivado, la admiración. Así estábamos, hasta que Tú, altísimo, que no abandonas nuestra tierra, Te compadeciste de nuestra miseria y nos socorriste de modos admirables y ocultos.

XIII

Y se me insistía sin descanso para que me casara. Ya pedía yo la mano, ya se me prometía, poniendo especial empeño mi madre, para que, una vez casado, me lavara el bautismo saludable, para el cual se alegraba de verme disponerme día a día, y advertía que sus votos y Tus promesas se cumplían en mi fe. Cuando ella, a mi ruego y por su propio deseo, con fuerte clamor del corazón Te suplicaba cada día que le mostraras algo en una visión sobre mi futuro matrimonio, nunca quisiste. Y veía ciertas cosas vanas y fantásticas, a las que la llevaba el impulso del espíritu humano afanado en este asunto, y me las contaba no con la confianza que solía cuando Tú se las mostrabas, sino despreciándolas. Decía, en efecto, que discernía, por no sé qué sabor que no podía explicar con palabras, qué diferencia había entre que Tú le revelaras algo y que su alma soñara. Se insistía, sin embargo, y se pedía a la joven, a la que le faltaban casi dos años para la edad núbil, y como ella agradaba, se esperaba.

XIV

Y muchos amigos habíamos estado dándole vueltas en el ánimo y, conversando y detestando las turbulentas molestias de la vida humana, casi habíamos ya decidido vivir apartados de las turbas, en ocio, planeando ese ocio de modo que, si pudiéramos tener algo, lo pusiéramos en común y de todos formáramos un solo patrimonio, de manera que, por la sinceridad de la amistad, no hubiera lo de uno y lo de otro, sino que lo que se hiciera de todos fuera uno solo y perteneciera enteramente a cada uno, y todo a todos, pues nos parecía que podíamos ser unos diez hombres en la misma sociedad, y había entre nosotros riquísimos, sobre todo Romaniano, conciudadano nuestro, a quien entonces los graves ardores de sus negocios habían llevado a la corte, amigo mío íntimo desde el comienzo de su edad. Él insistía en este proyecto más que nadie y tenía gran autoridad para persuadir, porque su amplio patrimonio superaba mucho al de los demás. Y habíamos resuelto que dos de nosotros, cada año, como magistrados, se ocuparan de todo lo necesario, quedando tranquilos los demás. Pero cuando empezó a considerarse si lo permitirían las mujercillas, que algunos de nosotros ya tenían y que nosotros queríamos tener, todo aquel acuerdo, que formábamos tan bien, se deshizo entre las manos, y fue quebrado y desechado. De ahí volvimos a los suspiros y gemidos y a seguir los anchos y trillados caminos del siglo, porque muchos eran los pensamientos en nuestro corazón, pero Tu consejo permanece para siempre. Conforme a ese consejo Te reías de lo nuestro y preparabas lo Tuyo para nosotros, para darnos el alimento a su tiempo, y abrir la mano, y llenar nuestras almas de bendición.

XV

Entretanto se multiplicaban mis pecados, y, arrancada de mi lado la mujer con quien solía acostarme, como si fuera un impedimento para el matrimonio, mi corazón, que estaba pegado a ella, quedó cortado y herido, y arrastraba sangre. Ella había regresado a África, haciéndote

voto de no conocer a otro hombre, y dejó conmigo al hijo natural que yo había tenido de ella. Pero yo, infeliz, que no imité a la mujer, impaciente ante la demora, como si fuera a recibir pasados dos años a la que pedía, porque no era amante del matrimonio sino esclavo de la libido, me procuré otra, no esposa desde luego, para que mi enfermedad del alma fuera sostenida y llevada, intacta o aun aumentada, bajo la escolta de una costumbre persistente, hasta el reino conyugal. Y no se sanaba aquella mi herida, que había sido hecha por el corte de la primera, sino que, tras un fervor y un dolor muy agudos, se pudría, y dolía de modo como más frío pero más desesperado.

XVI

¡A Ti la alabanza, a Ti la gloria, fuente de las misericordias! Yo me hacía más miserable, y Tú más cercano. Ya, ya estaba presente Tu diestra para arrebatarme del cieno y lavarme, y yo lo ignoraba. Y nada me hacía retroceder del abismo más profundo de los placeres carnales sino el miedo a la muerte y a Tu juicio futuro, que, a través de diversas opiniones, nunca se apartó, sin embargo, de mi pecho. Y discutía con mis amigos Alipio y Nebridio sobre los fines de los bienes y de los males: que Epicuro habría llevado la palma en mi ánimo, si yo no hubiera creído que tras la muerte queda para el alma una vida y una retribución de los méritos, cosa que Epicuro no quiso creer. Y preguntaba, si fuéramos inmortales y viviéramos en perpetuo placer del cuerpo sin terror alguno de perderlo, por qué no seríamos felices o qué otra cosa buscaríamos, sin saber que a la gran miseria pertenecía justamente esto: que, tan hundido y ciego, no pudiera pensar en la luz de la honestidad y de la hermosura que se ha de abrazar gratuitamente, que no ve el ojo de la carne y se ve desde lo íntimo. Y, miserable, no consideraba de qué vena me manaba que estas mismas cosas, torpes como eran, las conversara dulcemente con mis amigos, ni que no podía ser feliz sin amigos, ni siquiera según el sentir que entonces tenía, en cualquier

abundancia de placeres carnales. A estos amigos, desde luego, los amaba gratuitamente, y sentía que ellos a su vez me amaban gratuitamente. ¡Oh caminos tortuosos! ¡Ay del alma audaz que esperó que, si se apartaba de Ti, tendría algo mejor! Vuelta y revuelta sobre la espalda, sobre los costados, sobre el vientre, todo es duro, y Tú solo eres el descanso. Y he aquí que estás presente y nos libras de los miserables errores, y nos pones en Tu camino, y nos consuelas, y dices: «Corran, yo los llevaré, yo los conduciré hasta el final, y allí también yo los llevaré».

Libro séptimo

I

Ya había muerto mi adolescencia, mala y nefanda, y entraba en la juventud, tanto más torpe en vanidad cuanto mayor en edad, pues no podía pensar en ninguna sustancia sino en la que suele verse por estos ojos. No Te pensaba, Dios, con figura de cuerpo humano; desde que empecé a oír algo de la sabiduría, siempre huí de esto, y me alegraba de haberlo hallado en la fe de nuestra madre espiritual, Tu Iglesia católica; pero no se me ocurría qué otra cosa pensar de Ti. Y yo, hombre, y qué hombre, intentaba pensarte a Ti, sumo, único y verdadero Dios; y desde lo más hondo de mi ser Te creía incorruptible, inviolable e inmutable, porque, sin saber de dónde ni cómo, veía sin embargo con claridad y estaba cierto de que lo que puede corromperse es inferior a lo que no puede, y lo que no puede ser violado lo anteponía sin vacilar a lo violable, y lo que no sufre mutación lo juzgaba mejor que lo que puede mudarse. Clamaba con violencia mi corazón contra todos mis fantasmas, y con este único golpe intentaba ahuyentar la turba de inmundicia que revoloteaba en torno a la mirada de mi mente, y apenas apartada en un abrir y cerrar de ojos, he aquí que de nuevo se hallaba apiñada, y se arrojaba sobre mi vista y la nublaba, de modo que, aunque no con la forma de un cuerpo humano, me veía forzado a pensar algo corpóreo en la extensión de los lugares, ya infundido en el mundo, ya difundido incluso fuera del mundo por lo infinito; y así pensaba incluso aquello mismo incorruptible, inviolable e inmutable que anteponía a lo corruptible, violable y mudable, porque todo cuanto privaba de tales espacios me parecía ser nada, pero nada en absoluto, ni siquiera vacío, como si se quitara un cuerpo de un lugar y el lugar quedara vaciado de todo cuerpo, terreno, húmedo, aéreo y celeste, y con

todo fuera un lugar vacío, como una nada espaciosa.

Así que yo, embotado el corazón y sin verme con claridad ni siquiera a mí mismo, juzgaba que no era absolutamente nada cuanto no se extendiera o difundiera o condensara o se hinchara por algunos espacios, o admitiera o pudiera admitir algo semejante. Pues por las formas por las que suelen ir mis ojos, por tales imágenes iba mi corazón, y no veía que esta misma atención con que formaba aquellas imágenes no era algo de esa clase, ella que no las formaría si no fuera algo grande. Así también a Ti, vida de mi vida, Te pensaba grande, penetrando por espacios infinitos toda la mole del mundo y, fuera de ella, por todas partes, a través de lo inmenso sin término, de modo que Te tuviera la tierra, Te tuviera el cielo, Te tuvieran todas las cosas, y ellas tuvieran su límite en Ti, y Tú en ninguna parte. Y así como al resplandor del sol no se opondría el cuerpo del aire, de este aire que está sobre la tierra, impidiendo que lo atravesara penetrándolo, no rompiéndolo ni cortándolo sino llenándolo todo, así pensaba que el cuerpo no solo del cielo, del aire y del mar, sino también de la tierra, era para Ti transitable y penetrable en todas sus partes, las mayores y las menores, para recibir Tu presencia, que con oculta inspiración, por dentro y por fuera, gobierna todo cuanto creaste. Así lo suponía, porque no podía pensar otra cosa; pero era falso. Pues de ese modo una parte mayor de la tierra tendría una parte mayor de Ti, y una menor, menor, y así todas las cosas estarían tan llenas de Ti que el cuerpo de un elefante recibiría más de Ti que el de un gorrión, en la medida en que es más grande que este y ocupa mayor lugar, y de este modo harías presentes Tus partes grandes en las partes grandes del mundo, y breves en las breves, por pedazos. Pero no es así; mas todavía no habías iluminado mis tinieblas.

II

Me bastaba, Señor, contra aquellos engañados engañadores y mudos

charlatanes, pues de ellos no sonaba Tu palabra; me bastaba, digo, aquello que ya desde hacía tiempo, desde Cartago, solía proponer Nebridio, y todos los que lo oímos quedamos conmovidos: ¿qué Te habría hecho no sé qué raza de tinieblas, que suelen oponer como una mole adversa, si Tú no hubieras querido combatir con ella? Pues si se respondiera que habría podido dañarte, serías violable y corruptible. Y si se dijera que no pudo dañarte en nada, no se aportaría ninguna causa para combatir, y para combatir de tal modo que cierta porción Tuya y miembro Tuyo, o prole de Tu misma sustancia, se mezclara con potestades adversas y con naturalezas no creadas por Ti, y fuera corrompida por ellas y cambiada a peor hasta ser vuelta de la bienaventuranza a la miseria, y necesitara auxilio con que pudiera ser rescatada y purificada; y que esta sería el alma, a la cual, sierva, Tu Verbo vendría en socorro, libre a la esclavizada, puro a la contaminada, íntegro a la corrompida, pero también Él corruptible, por ser de una y la misma sustancia. Así que, si dijeran que Tú, cualquiera que seas, esto es, Tu sustancia por la que eres, eres incorruptible, falso sería todo aquello y execrable; y si corruptible, eso mismo ya sería falso y abominable desde la primera palabra. Bastaba, pues, esto contra ellos, que debían ser vomitados de todos modos desde la opresión del pecho, porque no tenían por dónde salir sin horrible sacrilegio de corazón y de lengua, al sentir y decir tales cosas de Ti.

III

Pero también yo, aunque decía y sentía firmemente que nuestro Dios, Dios verdadero, que hiciste no solo nuestras almas sino también los cuerpos, y no solo nuestras almas y cuerpos sino a todos y todas las cosas, era incontaminable, inconvertible y por ninguna parte mudable, no tenía aún explicada y desentrañada la causa del mal. Cualquiera que fuese, la veía como algo que había de buscarse de tal modo que no me viera obligado por ella a creer mudable al Dios inmutable, para

no llegar yo mismo a ser lo que buscaba. Así la buscaba con seguridad, y cierto de que no era verdad lo que decían aquellos de quienes huía con toda el alma, porque veía que, al indagar de dónde viene el mal, estaban llenos de malicia, por la cual opinaban que es Tu sustancia la que padece el mal, y no la suya la que lo comete.

Y me esforzaba por discernir lo que oía: que el libre albedrío de la voluntad es la causa de que obremos mal, y Tu recto juicio, de que padezcamos; y no lograba verla con claridad. Así, al intentar sacar del profundo la mirada de mi mente, me hundía de nuevo, y a menudo, intentándolo, me hundía una y otra vez. Pues me levantaba hacia Tu luz el saber que tenía voluntad con la misma certeza con que sabía que vivía. Así, cuando quería o no quería algo, estaba certísimo de que no era otro que yo quien quería y no quería, y ya, ya advertía que allí estaba la causa de mi pecado. En cambio, lo que hacía contra mi voluntad, veía que más bien lo padecía que lo hacía, y lo juzgaba no culpa sino pena, y pensando que Tú, justo, no me castigabas injustamente, pronto lo confesaba. Pero de nuevo decía: «¿quién me hizo? ¿No fue mi Dios, no solo bueno sino el Bien mismo? ¿De dónde, pues, que yo quiera el mal y no quiera el bien? ¿Para que hubiera motivo de pagar justamente mis penas? ¿Quién puso esto en mí y sembró en mí un vivero de amargura, si todo yo había sido hecho por mi dulcísimo Dios? Si el autor es el diablo, ¿de dónde el diablo mismo? Y si él mismo, por perversa voluntad, de ángel bueno se hizo diablo, ¿de dónde también en él la voluntad mala por la que se hiciera diablo, si todo él había sido hecho ángel por un Creador sumamente bueno?». Con estos pensamientos era de nuevo abatido y sofocado, pero no era arrastrado hasta aquel infierno del error donde nadie Te confiesa, mientras se piensa que eres Tú quien padece el mal, y no el hombre quien lo comete.

IV

Pues me esforzaba por hallar lo demás como ya había hallado que es

mejor lo incorruptible que lo corruptible, y por eso confesaba que Tú, fueras lo que fueras, eras incorruptible. Pues jamás pudo ni podrá alma alguna pensar algo que sea mejor que Tú, que eres el sumo y óptimo Bien. Y como con toda verdad y certeza se antepone lo incorruptible a lo corruptible, como ya yo lo anteponía, podría ya con el pensamiento alcanzar algo que fuese mejor que mi Dios, si Tú no fueras incorruptible. Allí, pues, donde veía que lo incorruptible ha de preferirse a lo corruptible, allí debía buscarte y de allí advertir dónde está el mal, es decir, de dónde viene la corrupción misma, por la cual Tu sustancia de ningún modo puede ser violada. Pues de ningún modo absolutamente viola la corrupción a nuestro Dios, ni por voluntad, ni por necesidad, ni por caso imprevisto, porque Él mismo es Dios, y lo que quiere para Sí es bueno, y Él mismo es ese mismo bien; y el corromperse no es bueno. Ni eres forzado contra Tu voluntad a nada, porque Tu voluntad no es mayor que Tu poder. Sería mayor si Tú fueras mayor que Tú mismo: pues la voluntad y el poder de Dios es Dios mismo. ¿Y qué hay imprevisto para Ti, que lo conoces todo? Y no hay naturaleza alguna sino porque Tú la conoces. ¿Y para qué decimos tanto sobre por qué no es corruptible la sustancia que es Dios, cuando, si lo fuera, no sería Dios?

V

Y buscaba de dónde viene el mal, y lo buscaba mal, y no veía el mal que había en mi búsqueda misma. Y ponía ante la vista de mi espíritu toda la creación, cuanto en ella podemos discernir, como son la tierra y el mar y el aire y los astros y los árboles y los animales mortales, y cuanto en ella no vemos, como el firmamento del cielo por encima y todos los ángeles y todo lo espiritual de ella; pero también esto, como si fueran cuerpos, mi imaginación lo distribuyó en sus lugares, aquí y allá. E hice una sola masa grande, diferenciada por géneros de cuerpos, creación Tuya, ya fueran realmente cuerpos, ya los que yo mismo

había imaginado en lugar de espíritus, y la hice grande, no cuanto era, lo cual no podía saber, sino cuanto quise, finita sin duda por todos lados, y a Ti, Señor, rodeándola y penetrándola por toda parte, pero infinito por doquier, como si hubiera por todas partes y de todos lados, a través de lo inmenso, un mar infinito, solo mar, y tuviera dentro de sí una esponja, tan grande como se quiera, pero finita, la cual estaría toda llena, en cada una de sus partes, del mar inmenso. Así pensaba Tu creación finita llena de Ti, el infinito, y decía: «he aquí a Dios y he aquí lo que Dios creó, y Dios es bueno y las supera con mucho en excelencia; y, siendo bueno, creó cosas buenas, y he aquí cómo las rodea y las llena. ¿Dónde está, pues, el mal, y de dónde viene, y por dónde se coló aquí? ¿Cuál es su raíz y cuál su semilla? ¿O no existe en absoluto? ¿Por qué, entonces, tememos y evitamos lo que no existe? O si lo tememos en vano, ciertamente el temor mismo es un mal, con que sin motivo es aguijoneado y atormentado el corazón, y mal tanto más grave cuanto que no hay nada que temer y, sin embargo, tememos. Por tanto, o existe el mal que tememos, o es mal el hecho de que tememos. ¿De dónde viene, pues, si Dios, que es bueno, hizo todas estas cosas buenas? El Bien mayor y sumo hizo bienes menores, pero, con todo, tanto el que crea como lo creado, todo es bueno. ¿De dónde viene el mal? ¿O acaso la materia de que las hizo era alguna materia mala, y la formó y ordenó, pero dejó en ella algo que no convirtió en bien? ¿Por qué también esto? ¿O era impotente para convertirla y cambiarla toda de modo que no quedara nada de mal, siendo omnipotente? Por último, ¿por qué quiso hacer algo de ella y no más bien, con la misma omnipotencia, hizo que no existiera en absoluto? ¿O podía acaso existir contra Su voluntad? O si era eterna, ¿por qué la dejó estar así tanto tiempo por espacios infinitos de tiempos hacia atrás, y tanto después Le agradó hacer algo de ella? O ya, si quiso obrar algo de repente, ¿por qué no hizo más bien, siendo omnipotente, que ella no existiera y que Él solo fuera todo el verdadero, sumo e infinito Bien? O si no estaba bien que quien era bueno no fabricara y creara también algo bue-

no, ¿por qué, suprimida y reducida a nada la materia que era mala, no instituyó Él mismo una buena de donde creara todas las cosas? Pues no sería omnipotente si no pudiera crear algo bueno sino ayudado por una materia que Él mismo no había creado». Tales cosas revolvía en mi pecho miserable, preñado de inquietudes mordacísimas por el temor de la muerte y por no haber hallado la verdad; con todo, se mantenía firmemente en mi corazón, en la Iglesia católica, la fe de Tu Cristo, Señor y Salvador nuestro, en muchas cosas ciertamente aún informe y fluctuante fuera de la norma de la doctrina, pero mi ánimo no la abandonaba, antes bien la bebía cada día más y más.

VI

Ya había rechazado también las falaces adivinaciones de los matemáticos y sus impíos desvaríos. ¡Que Te confiesen también por esto, desde lo más íntimo de las entrañas de mi alma, Tus misericordias, Dios mío! Pues Tú, Tú absolutamente (¿quién otro, en efecto, nos retira de la muerte de todo error, sino la vida que no sabe morir, y la sabiduría que ilumina las mentes necesitadas, sin necesitar luz alguna, por la que el mundo es gobernado hasta las hojas voladoras de los árboles?), Tú pusiste remedio a mi pertinacia, con la que porfié contra Vindiciano, anciano agudo, y contra Nebridio, joven de alma admirable, afirmando aquel con vehemencia, y este con alguna duda, pero con todo repitiendo a menudo, que no existe tal arte de prever lo futuro, y que las conjeturas de los hombres tienen con frecuencia fuerza de suerte, y que, a fuerza de hablar mucho, se dicen muchas cosas que han de suceder, sin saberlo quienes las dicen, sino tropezando con ellas por no callar. Tú, pues, me procuraste un hombre amigo, no ciertamente remiso consultor de los matemáticos ni versado en esas letras, sino, como dije, consultor curioso, y sin embargo sabedor de algo que decía haber oído de su padre, sin saber cuánto valdría para derribar la opinión sobre aquel arte. Este hombre, pues, de nombre Firmino, educado en las

artes liberales y cultivado en elocuencia, como me consultara, por ser yo muy querido para él, sobre ciertos asuntos suyos, en que se había hinchado su esperanza mundana, qué me parecía según las que llaman sus constelaciones, y yo, que ya había empezado a inclinarme en este asunto a la opinión de Nebridio, no me negara a conjeturar y decir lo que se me ocurría, vacilante, pero añadiera que ya estaba casi persuadido de que aquellas cosas eran ridículas y vanas, entonces él me contó que su padre había sido curiosísimo de tales libros y había tenido un amigo que los seguía por igual y a la par. Estos, con igual afán y en común, soplaban en esas fruslerías el fuego de su corazón, hasta el punto de observar también los momentos de nacimiento de los animales mudos, si alguno paría en casa, y anotar en ellos la posición del cielo, para reunir de allí los experimentos de aquella especie de arte. Así decía haber oído de su padre que, cuando la madre estaba encinta del mismo Firmino, también una criada de aquel amigo de su padre crecía igualmente en el vientre, cosa que no pudo ocultarse al señor, que cuidaba de conocer con diligencia exactísima hasta los partos de sus perras; y así sucedió que, mientras este contaba con cautelosísima observación los días y las horas y las fracciones menores de las horas de su esposa, y aquel los de su sierva, ambas dieron a luz a la vez, de modo que se veían obligados a trazar las mismas constelaciones hasta en las mismas minucias para cada uno de los recién nacidos, este para su hijo, aquel para su siervecito. Pues cuando las mujeres empezaron a estar de parto, se avisaron mutuamente de lo que ocurría en la casa de cada uno, y dispusieron mensajeros para enviarse el uno al otro, a fin de que se anunciara a cada uno el nacimiento en cuanto ocurriera; lo cual lograron fácilmente que se anunciara de inmediato, como en su propio reino. Y así decía que los enviados por uno y otro se encontraron entre sí a distancias tan iguales de las casas, que ninguno de ellos pudo anotar otra posición de los astros ni otras partículas de momentos. Y con todo, Firmino, nacido en alto lugar entre los suyos, corría por los caminos más brillantes del siglo, crecía en riquezas, era eleva-

do en honores; en cambio aquel siervo, sin aflojarse en nada el yugo de su condición, servía a sus señores, según lo declaraba quien lo conocía.

Oídas y creídas estas cosas (pues quien las contaba era tal), toda aquella resistencia mía se deshizo y cayó, y primero intenté apartar al mismo Firmino de aquella curiosidad, diciéndole que, inspeccionadas sus constelaciones para pronunciar cosas verdaderas, habría debido yo ver en ellas, sin duda, que sus padres eran de los primeros entre los suyos, familia noble de su propia ciudad, de nacimiento libre, con educación honesta y estudios liberales; pero que si aquel siervo me hubiera consultado por esas mismas constelaciones (pues también serían las suyas), para decirle igualmente cosas verdaderas, habría debido ver en ellas, por el contrario, una familia ínfima, condición servil y todo lo demás muy ajeno y muy distante de lo anterior. Y del hecho de que, mirando las mismas constelaciones, si decía la verdad tenía que decir cosas distintas, y si decía las mismas, decía falsedades, deduje con total certeza que lo verdadero que se dice tras considerar las constelaciones no se dice por arte sino por suerte, y lo falso, no por impericia del arte sino por el engaño de la suerte.

De ahí, habiendo recibido una entrada, rumiando conmigo tales cosas, para que ninguno de aquellos mismos desvariados que seguían tal lucro, a quienes ya, ya deseaba atacar y refutar burlándolos, me resistiera como si Firmino o su padre me hubieran narrado cosas falsas, dirigí mi consideración a los que nacen gemelos, la mayoría de los cuales salen del vientre tan seguidos que aquel intervalo mínimo de tiempo, por mucha fuerza que pretendan atribuirle en la naturaleza, no puede sin embargo ser recogido por observación humana, ni anotarse de modo alguno en las tablas que el matemático ha de inspeccionar para pronunciar cosas verdaderas. Y no serán verdaderas, porque, inspeccionando las mismas tablas, debió decir lo mismo de Esaú y de Jacob; pero no les sucedió lo mismo a ambos. Diría, pues, falsedades, o, si dijera verdades, no diría lo mismo; y sin embargo inspeccionaría lo mis-

mo. No diría, pues, la verdad por arte sino por suerte. Pues Tú, Señor, justísimo moderador del universo, obras con oculto instinto, sin que lo sepan consultantes ni consultados, para que, al consultar cada uno, oiga lo que le conviene oír, según los ocultos méritos de las almas, desde el abismo de Tu justo juicio. A él no le diga el hombre: «¿qué es esto?», «¿para qué esto?». No lo diga, no lo diga; pues es hombre.

VII

Ya, pues, ayudador mío, me habías soltado de aquellas ataduras, y buscaba de dónde viene el mal, y no había salida. Pero no me dejabas arrebatar por oleaje alguno de pensamiento lejos de aquella fe por la que creía que Tú existes, y que Tu sustancia es inmutable, y que hay cuidado de los hombres y juicio Tuyo, y que en Cristo, Tu Hijo, Señor nuestro, y en las santas Escrituras, que la autoridad de Tu Iglesia católica recomendaba, pusiste el camino de la salvación humana hacia aquella vida que ha de haber tras esta muerte. Salvas, pues, estas cosas y firmemente robustecidas en mi alma, buscaba, ardiente, de dónde viene el mal. ¡Qué tormentos aquellos de mi corazón en parto, qué gemidos, Dios mío! Y allí estaban Tus oídos, sin que yo lo supiera. Y cuando en silencio buscaba con fuerza, eran grandes voces hacia Tu misericordia las silenciosas contriciones de mi alma. Tú sabías lo que padecía, y ningún hombre. Pues ¡cuán poco era lo que de ello se vertía por mi lengua en los oídos de mis amigos más íntimos! ¿Acaso todo el tumulto de mi alma, para el cual no bastaban ni el tiempo ni mi boca, les sonaba a ellos? Todo, sin embargo, iba a Tu oído, lo que rugía por el gemido de mi corazón, y ante Ti estaba mi deseo, y la luz de mis ojos no estaba conmigo. Pues estaba dentro, y yo fuera, y aquella luz no estaba en lugar alguno. Pero yo me aplicaba a las cosas que se contienen en lugares, y no hallaba allí lugar donde descansar, ni esas cosas me recibían para que dijera: «basta, y está bien», ni me dejaban volver donde me bastara estar bien. Porque yo era superior a ellas, pero

inferior a Ti, y Tú eres el gozo verdadero para mí, sometido a Ti, y Tú me habías sometido lo que creaste por debajo de mí. Y este era el justo equilibrio y la región media de mi salvación, que permaneciera a Tu imagen y, sirviéndote a Ti, dominara el cuerpo. Pero como me alzara soberbiamente contra Ti y corriera contra el Señor con la gruesa cerviz de mi escudo, también estas cosas ínfimas se pusieron sobre mí y me oprimían, y en ninguna parte había desahogo ni respiro. Ellas me salían al paso por todas partes, en montón y apiñadas, a mí que miraba, y cuando pensaba, las imágenes mismas de los cuerpos se me oponían al querer volver, como si se dijera: «¿adónde vas, indigno y sucio?». Y esto había crecido de mi herida, porque humillaste al soberbio como a un herido, y por mi hinchazón me separaba de Ti, y mi rostro demasiado inflado me cerraba los ojos.

VIII

Pero Tú, Señor, permaneces eternamente y no Te airarás eternamente contra nosotros, porque tuviste misericordia de la tierra y la ceniza. Y Te agradó, ante Tus ojos, reformar mis deformidades, y con aguijones internos me agitabas para que no tuviera sosiego hasta que, por la mirada interior, estuviera cierto de Ti. Y mi hinchazón iba cediendo por la mano oculta de Tu medicina, y la mirada turbada y entenebrecida de mi mente se iba sanando de día en día con el colirio acre de dolores saludables.

IX

Y primero, queriendo mostrarme cuánto resistes a los soberbios y das gracia a los humildes, y con cuánta misericordia Tuya fue mostrado a los hombres el camino de la humildad, porque Tu Verbo se hizo carne y habitó entre los hombres, procuraste para mí, por medio de cierto hombre hinchado de inmensísimo orgullo, algunos libros de los platónicos, traducidos del griego al latín, y allí leí, no ciertamente con estas

palabras, pero sí sostenido enteramente lo mismo con muchas y variadas razones, que «en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada fue hecho. Lo que fue hecho en Él es vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz en las tinieblas brilla, y las tinieblas no la comprendieron». Y que el alma del hombre, aunque da testimonio de la luz, no es ella la luz, sino que el Verbo, Dios, es la luz verdadera, «que ilumina a todo hombre que viene a este mundo». Y que «en este mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no Lo conoció». Pero que «vino a lo suyo propio, y los suyos no Lo recibieron, mas a cuantos Lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en Su nombre», eso no lo leí allí.

Asimismo leí allí que el Verbo, Dios, «no de la carne, no de la sangre, no de la voluntad de varón ni de la voluntad de la carne, sino de Dios nació»; pero que «el Verbo se hizo carne y habitó en nosotros», eso no lo leí allí. Rastreando aquellos escritos, hallé, en efecto, que se dice de varias maneras y de muchos modos que el Hijo, «en la forma del Padre, no juzgó rapiña ser igual a Dios», porque lo es por naturaleza; pero que «se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres y hallado en el porte como hombre, se humilló hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por lo cual Dios Lo exaltó de entre los muertos y Le dio el nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los celestiales, terrestres e infernales, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre», eso no lo tienen aquellos libros. Pues que antes de todos los tiempos y sobre todos los tiempos permanece inmutablemente Tu Hijo unigénito, coeterno contigo, y que de Su plenitud reciben las almas para ser bienaventuradas, y que por participación de la sabiduría que permanece en Sí se renuevan para ser sabias, eso está allí; pero que según el tiempo murió por los impíos, y que a Tu Hijo único no perdonaste, sino que Lo entregaste por

todos nosotros, eso no está allí. Pues escondiste estas cosas a los sabios y las revelaste a los pequeños, para que vinieran a Él los que trabajan y están cargados y los aliviara, porque es manso y humilde de corazón, y dirige a los mansos en el juicio y enseña a los dóciles Sus caminos, viendo nuestra humildad y nuestro trabajo y perdonando todos nuestros pecados. Mas los que, encaramados en el coturno de una doctrina que tienen por más sublime, no oyen al que dice: «aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas», aunque conocen a Dios, no Lo glorifican como Dios ni Le dan gracias, sino que se desvanecen en sus pensamientos y se oscurece su corazón insensato; diciéndose sabios, se hicieron necios.

Y por eso leía allí también que fue cambiada la gloria de Tu incorrupción en ídolos y variados simulacros, en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves y cuadrúpedos y serpientes, a saber, el alimento egipcio con que Esaú perdió su primogenitura, pues el pueblo primogénito honró en vez de a Ti la cabeza de un cuadrúpedo, vuelto de corazón a Egipto e inclinando Tu imagen, su alma, ante la imagen de un becerro que come heno. Hallé esto allí y no lo comí. Pues Te agradó, Señor, quitar a Jacob el oprobio de ser el menor, para que el mayor sirviera al menor, y llamaste a las gentes a Tu heredad. Y yo había venido a Ti desde las gentes, y puse mi atención en el oro que quisiste que Tu pueblo se llevara de Egipto, porque era Tuyo, dondequiera que estuviera. Y dijiste a los atenienses por medio de Tu apóstol que en Ti vivimos y nos movemos y somos, como también algunos de los suyos dijeron, y sin duda de allí eran aquellos libros. Y no atendí a los ídolos de los egipcios, a quienes servían con Tu oro los que cambiaron la verdad de Dios en mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador.

X

Y advertido desde allí de volver a mí mismo, entré en lo más íntimo

de mí bajo Tu guía, y pude, porque Te hiciste mi ayudador. Entré y vi, con cualquiera que fuese el ojo de mi alma, por encima de ese mismo ojo de mi alma, por encima de mi mente, la luz inmutable, no esta vulgar y visible a toda carne, ni como de la misma especie, solo que mayor, como si esta brillara mucho y mucho más claramente y lo ocupara todo con su magnitud. No era esto aquella, sino otra cosa, muy otra que todas estas. Ni estaba así por encima de mi mente como el aceite sobre el agua, ni como el cielo sobre la tierra, sino superior, porque ella me hizo, y yo inferior, porque fui hecho por ella. Quien conoce la verdad, conoce esa luz, y quien la conoce, conoce la eternidad; la caridad la conoce. ¡Oh eterna verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad, Tú eres mi Dios, por Ti suspiro día y noche! Y cuando por primera vez Te conocí, me elevaste para que viera que había algo que ver, y que yo todavía no era capaz de verlo. Y rebatiste la flaqueza de mi mirada, resplandeciendo sobre mí con fuerza, y temblé de amor y de horror. Y hallé que estaba lejos de Ti, en región de desemejanza, como si oyera Tu voz desde lo alto: «alimento soy de los grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al alimento de tu carne, sino que tú serás mudado en mí». Y conocí que por la iniquidad corregiste al hombre, e hiciste que mi alma se consumiera como una araña, y dije: «¿acaso la verdad no es nada, puesto que ni por espacios finitos ni infinitos de lugares está difundida?». Y clamaste desde lejos: «antes bien, yo soy el que soy». Y lo oí, como se oye en el corazón, y no había absolutamente motivo de duda, y más fácilmente dudaría de que vivo que de que existe la verdad, la cual, comprendida por medio de las cosas hechas, se deja ver.

XI

Y examiné las demás cosas por debajo de Ti y vi que ni existen del todo ni del todo no existen: existen, ciertamente, porque son de Ti, pero no existen, porque no son lo que Tú eres. Pues verdaderamente es lo

que permanece inmutablemente. Y para mí, adherirme a Dios es el bien, porque si no permanezco en Él, tampoco podré permanecer en mí. Él, en cambio, permaneciendo en Sí, renueva todas las cosas, y Tú eres mi Señor, porque no necesitas de mis bienes.

XII

Y se me manifestó que son buenas las cosas que se corrompen, las cuales ni si fueran sumos bienes ni si no fueran buenas podrían corromperse; porque si fueran sumos bienes, serían incorruptibles, y si no fueran buenas en absoluto, no habría en ellas qué corromper. Pues la corrupción daña y, si no disminuyera un bien, no dañaría. O bien, pues, la corrupción no daña en nada, lo cual no puede ser, o, lo que es certísimo, todas las cosas que se corrompen son privadas de bien. Y si quedaran privadas de todo bien, no existirían en absoluto. Pues si existieran y ya no pudieran corromperse, serían mejores, porque permanecerían incorruptibles. ¿Y qué más monstruoso que decir que, perdido todo bien, se hicieron mejores? Por tanto, si quedaran privadas de todo bien, no serían nada en absoluto: luego mientras son, son buenas. Luego cuanto existe es bueno, y aquel mal que buscaba de dónde viniera no es sustancia, porque si fuera sustancia, sería bien. Pues sería o una sustancia incorruptible, ciertamente gran bien, o una sustancia corruptible, que si no fuera buena no podría corromperse. Así vi, y se me manifestó, que Tú hiciste todas las cosas buenas y que no hay en absoluto sustancias que Tú no hayas hecho. Y porque no hiciste todas iguales, por eso existen todas, porque cada una es buena, y todas juntas muy buenas, porque nuestro Dios hizo todas las cosas muy buenas.

XIII

Y para Ti no existe el mal en absoluto, y no solo para Ti, sino tampoco para Tu creación entera, porque fuera de ella no hay nada que irrumpa y corrompa el orden que le impusiste. En sus partes, en cambio, al-

gunas cosas, porque no convienen a otras, son tenidas por malas; y esas mismas convienen a otras y son buenas, y en sí mismas son buenas. Y todas estas cosas que no se convienen entre sí convienen a la parte inferior de las cosas, que llamamos tierra, que tiene su cielo nuboso y ventoso, adecuado a ella. Y lejos de mí decir ya: «¡ojalá no existieran estas cosas!», porque aunque solo estas viera, desearía ciertamente cosas mejores, pero ya incluso por estas solas debería alabarte, puesto que desde la tierra los dragones y todos los abismos, el fuego, el granizo, la nieve, el hielo, el espíritu de tempestad, que cumplen Tu palabra, los montes y todos los collados, los árboles frutales y todos los cedros, las bestias y todos los ganados, los reptiles y las aves aladas, muestran que debes ser alabado. Los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra, los jóvenes y las vírgenes, los ancianos con los más jóvenes, alaben Tu nombre. Y como también desde los cielos Te alaban, Te alaben, Dios nuestro, en las alturas todos Tus ángeles, todas Tus potestades, el sol y la luna, todas las estrellas y la luz, los cielos de los cielos y las aguas que están sobre los cielos: alaben Tu nombre. Ya no deseaba cosas mejores, porque pensaba en todas; y, con juicio más sano, ponderaba que las superiores son ciertamente mejores que las inferiores, pero que todas juntas son mejores que las superiores solas.

XIV

No están sanos aquellos a quienes desagrada algo de Tu creación, como no lo estaba yo cuando me desagradaban muchas cosas que hiciste. Y como mi alma no osaba que le desagradara mi Dios, no quería que fuera Tuyo cuanto le desagradaba. Y de ahí había ido a la opinión de dos sustancias, y no descansaba, y hablaba cosas ajenas. Y de ahí, volviendo, se había hecho un dios por espacios infinitos de todos los lugares, y había pensado que ese eras Tú, y lo había colocado en su corazón, y se había hecho de nuevo templo de su ídolo, abominable para

Ti; pero después de que acariciaste la cabeza del que no sabía y cerraste mis ojos para que no vieran la vanidad, cesé un poco de mí, y se adormeció mi insania, y desperté en Ti y Te vi infinito de otra manera, y esta visión no se derivaba de la carne.

XV

Y miré las demás cosas, y vi que Te deben el ser y que todas tienen su término en Ti, pero de otro modo, no como en un lugar, sino porque Tú lo tienes todo en la mano, en la verdad, y todas las cosas son verdaderas en cuanto son, y la falsedad no es nada, sino cuando se piensa que es lo que no es. Y vi que no solo a los lugares convienen las cosas propias de cada uno, sino también a los tiempos, y que Tú, que solo eres eterno, no empezaste a obrar tras innumerables espacios de tiempos, porque todos los espacios de tiempos, así los que pasaron como los que pasarán, ni se irían ni vendrían si Tú no obraras y permanecieras.

XVI

Y experimenté que no es extraño que al paladar enfermo sea castigo hasta el pan que al sano es suave, y que a los ojos enfermos sea odiosa la luz que es amable a los puros. Y Tu justicia desagrada a los inicuos, cuánto más la víbora y el gusanillo, que creaste buenos, adecuados a las partes inferiores de Tu creación, a las cuales también los mismos inicuos están adaptados cuanto más desemejantes son a Ti, y adaptados a las superiores cuanto más semejantes se vuelven a Ti. Y busqué qué era la iniquidad y no hallé una sustancia, sino la perversidad de una voluntad desviada de Ti, Dios, la suma sustancia, hacia lo ínfimo, que arroja sus entrañas y se hincha por fuera.

XVII

Y me admiraba de que ya Te amaba a Ti, no un fantasma en lugar de Ti, y no me quedaba a gozar de mi Dios, sino que era arrebatado hacia Ti por Tu hermosura y luego era arrancado de Ti por mi peso, y caía en estas cosas con gemido; y este peso era la costumbre carnal. Pero conmigo estaba la memoria de Ti, y de ningún modo dudaba de que existía Aquel a quien adherirme, pero yo aún no era capaz de adherirme a Él, porque el cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrena abate el sentido que piensa muchas cosas, y estaba certísimo de que lo invisible de Ti, desde la constitución del mundo, se deja ver, comprendido por medio de las cosas hechas, y también Tu eterno poder y divinidad. Pues buscando con qué criterio aprobaba la belleza de los cuerpos, celestes o terrestres, y qué tenía a mano para juzgar con integridad sobre cosas mudables y decir: «esto debe ser así, aquello no así», buscando esto, pues, de dónde juzgaba cuando así juzgaba, había hallado la inmutable y verdadera eternidad de la verdad por encima de mi mente mudable. Y así, gradualmente, pasé de los cuerpos al alma que siente por el cuerpo, y de allí a su fuerza interior, a la cual los sentidos del cuerpo anunciaban lo exterior, y hasta donde pueden las bestias, y de allí de nuevo a la potencia raciocinante, a la cual se remite, para que lo juzgue, lo que se recibe de los sentidos del cuerpo. La cual, hallándose también ella mudable en mí, se elevó hacia su propia inteligencia y apartó el pensamiento de la costumbre, sustrayéndose a las turbas contradictorias de fantasmas, para hallar con qué luz era bañada cuando proclamaba sin duda alguna que lo inmutable ha de preferirse a lo mudable, y de dónde conocía lo inmutable mismo (que si de algún modo no lo conociera, de ningún modo lo antepondría con certeza a lo mudable), y llegó a aquello que es, en el golpe de una mirada trémula. Entonces ciertamente vi lo invisible de Ti, comprendido por medio de las cosas hechas, pero no pude fijar la mirada, y, rechazada mi flaqueza, devuelto a lo de costumbre, no llevaba conmigo sino una memoria amante y, como de manjares olfateados, el deseo de lo que aún no podía comer.

XVIII

Y buscaba el camino de adquirir la fuerza que fuera idónea para gozar de Ti, y no lo hallaba hasta que abracé al mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, que llama y dice: «yo soy el camino y la verdad y la vida», y mezcla con la carne el alimento que yo, débil, no podía tomar, porque el Verbo se hizo carne para que Tu sabiduría, por la cual creaste todas las cosas, se hiciera leche para nuestra infancia. Pues no me aferraba yo, humilde, al humilde Jesús, mi Dios, ni sabía de qué cosa sería maestra Su flaqueza. Porque Tu Verbo, verdad eterna, que sobresale sobre las partes superiores de Tu creación, eleva hacia Sí a los sometidos, y en las inferiores se edificó una humilde casa de nuestro barro, por la cual abatiera a los que habían de someterse, apartándolos de sí mismos y llevándolos hacia Sí, sanando la hinchazón y nutriendo el amor, para que no avanzaran más lejos por confianza en sí, sino que más bien se debilitaran, viendo a sus pies la divinidad debilitada por participar de nuestra túnica de piel[1], y cansados se postraran en ella, y ella, levantándose, los levantara.

XIX

Pero yo pensaba otra cosa y sentía de mi Señor Cristo tanto como de un varón de excelente sabiduría, a quien nadie podría igualarse, sobre todo porque, nacido admirablemente de una virgen, como ejemplo de despreciar lo temporal por alcanzar la inmortalidad, parecía haber merecido, por divino cuidado de nosotros, tan grande autoridad de magisterio. Pero qué misterio encerraba «el Verbo se hizo carne», ni siquiera podía sospecharlo. Solo había conocido, por lo que de Él se transmitía escrito, que comió y bebió, durmió, caminó, se alegró, se entristeció, conversó, y que aquella carne no se había unido a Tu Verbo sino con alma y mente humana. Esto lo sabe todo el que conoce la inmutabilidad de Tu Verbo, que yo ya conocía, cuanto podía, y de ello no duda-

ba en absoluto. Pues ahora mover los miembros del cuerpo por la voluntad, ahora no moverlos, ahora ser afectado por algún afecto, ahora no serlo, ahora proferir por signos sentencias sabias, ahora estar en silencio, son propiedades de la mutabilidad del alma y de la mente. Si fueran falsas las cosas escritas de Él, todas las cosas correrían peligro por la mentira y en aquellos escritos no quedaría salud de fe alguna para el género humano. Y así, porque lo escrito es verdadero, reconocía al hombre entero en Cristo, no solo el cuerpo de un hombre, o un ánimo sin mente con el cuerpo, sino al hombre mismo; pero juzgaba que no por ser la persona de la Verdad, sino por cierta gran excelencia de la naturaleza humana y por más perfecta participación de la sabiduría, era preferido a los demás. Alipio, en cambio, pensaba que los católicos creen en un Dios revestido de carne, de modo que, aparte de Dios y la carne, no hubiera en Cristo alma ni mente de hombre, y no estimaba que se predicara que las hubiera en Él. Y como tenía bien persuadido que las cosas que de Él se han consignado en memoria no se hacen sin una criatura vital y racional, se movía con más lentitud hacia la fe cristiana misma. Pero luego, conociendo que este error es de los herejes apolinaristas, se alegró con la fe católica y se conformó con ella. Yo, en cambio, confieso haber aprendido algo más tarde cómo, en lo de que «el Verbo se hizo carne», la verdad católica se distingue de la falsedad de Fotino. Pues la reprobación de los herejes hace destacar lo que siente Tu Iglesia y lo que tiene la sana doctrina. Porque era necesario que hubiera también herejías, para que los probados se hicieran manifiestos entre los débiles.

XX

Pero entonces, leídos aquellos libros de los platónicos, después de que, advertido por ellos de buscar la verdad incorpórea, vi lo invisible de Ti, comprendido por medio de las cosas hechas, y, rechazado, sentí qué era lo que, por las tinieblas de mi alma, no se me dejaba contem-

plar, cierto de que Tú existes y eres infinito, sin con todo difundirte por lugares finitos o infinitos, y de que verdaderamente eres Tú, que siempre eres el mismo, sin ser en parte alguna ni por movimiento alguno otro o de otro modo, y de que todas las demás cosas son de Ti, con esta sola prueba firmísima: que existen, estaba cierto en estas cosas, pero demasiado débil para gozar de Ti. Parloteaba, sin duda, como un perito y, si no hubiera buscado Tu camino en Cristo, nuestro Salvador, no habría sido perito sino perdido. Pues ya había comenzado a querer parecer sabio, lleno de mi pena, y no lloraba, y además me hinchaba con la ciencia. Pues ¿dónde estaba aquella caridad que edifica desde el cimiento de la humildad, que es Cristo Jesús? ¿O cuándo me la enseñarían aquellos libros? Creo que quisiste que diera con ellos antes de meditar Tus Escrituras precisamente para que se imprimiera en mi memoria cómo había sido afectado por ellos y, cuando después, amansado en Tus libros y tocadas mis heridas por Tus dedos curadores, discerniera y distinguiera qué diferencia hay entre la presunción y la confesión, entre los que ven adónde se ha de ir pero no ven por dónde, y el camino que conduce a la patria bienaventurada, no solo para divisarla sino para habitarla. Pues si hubiera sido formado primero por Tus santas letras y me hubieras hecho dulce su familiaridad, y luego hubiera caído en aquellos volúmenes, quizá o me habrían arrancado del cimiento de la piedad, o, si hubiera persistido en el afecto saludable que había bebido, habría pensado que también de aquellos libros podía concebirse ese afecto, si alguien los hubiera estudiado solos.

XXI

Así pues, tomé con avidísimo afán el venerable cálamo de Tu Espíritu, y, antes que a los demás, al apóstol Pablo, y desaparecieron aquellas cuestiones en las que alguna vez me pareció que se contradecía y que el texto de su discurso no concordaba con los testimonios de la ley y de los profetas, y se me mostró un solo rostro de los castos oráculos, y

aprendí a regocijarme con temblor. Y comencé, y hallé que cuanto allá había leído de verdadero, aquí se dice con encarecimiento de Tu gracia, para que quien ve no se gloríe como si no hubiera recibido no solo lo que ve, sino aun el ver (pues ¿qué tiene que no haya recibido?), y para que no solo sea advertido de verte a Ti, que eres siempre el mismo, sino sanado también para tenerte, y quien no puede ver de lejos, ande sin embargo el camino por el que llegue y vea y tenga, porque, aunque el hombre se deleite en la ley de Dios según el hombre interior, ¿qué hará con la otra ley en sus miembros, que repugna a la ley de su mente y lo lleva cautivo en la ley del pecado que está en sus miembros? Porque eres justo, Señor, y nosotros pecamos, obramos inicuamente, nos portamos impíamente, y se agravó sobre nosotros Tu mano, y justamente fuimos entregados al antiguo pecador, que preside la muerte, porque persuadió a nuestra voluntad la semejanza de su voluntad, por la cual no permaneció en Tu verdad. ¿Qué hará el hombre miserable? ¿Quién lo librará de este cuerpo de muerte, sino Tu gracia por Jesucristo nuestro Señor, a quien engendraste coeterno y creaste en el principio de Tus caminos[2], en quien el príncipe de este mundo no halló nada digno de muerte, y Lo mató? Y fue anulado el quirógrafo que nos era contrario. Esto no lo tienen aquellos escritos: no tienen aquellas páginas el rostro de esta piedad, las lágrimas de la confesión, Tu sacrificio, el espíritu atribulado, el corazón contrito y humillado, la salvación del pueblo, la ciudad esposa, las arras del Espíritu Santo, la copa de nuestro precio. Nadie canta allí: «¿acaso no estará sometida a Dios mi alma? Pues de Él viene mi salvación: pues Él mismo es mi Dios y mi salvador, mi defensor: no vacilaré más». Nadie oye allí al que llama: «vengan a mí, los que trabajan». Desdeñan aprender de Él que es manso y humilde de corazón. Pues escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Y una cosa es ver desde la cima de un monte boscoso la patria de la paz y no hallar el camino hacia ella, y esforzarse en vano por lugares intransitables, mientras acechan y asedian en derredor los fugitivos desertores con su prín-

cipe, el león y el dragón, y otra cosa es tener el camino que allí conduce, guarnecido por el cuidado del celeste Emperador, donde no merodean los que desertaron de la milicia celeste; pues la evitan como un suplicio. Estas cosas se me metían en las entrañas de modos admirables cuando leía al más pequeño de Tus apóstoles, y había considerado Tus obras y me había estremecido.

---

1. N. del E.: Agustín atribuye a la persona del Verbo lo propio de la naturaleza humana que asumió. La divinidad en sí no se debilita: el Hijo de Dios se hizo hombre «sin dejar de ser Dios» (CEC 469).

2. N. del E.: Agustín cita Pr 8, 22 en la antigua versión latina («me creó en el principio de Sus caminos») y lo refiere a la humanidad que asumió el Verbo, no a Su divinidad, que acaba de llamar coeterna. El Hijo, en cuanto Dios, es «engendrado, no creado, consubstancial al Padre» (CEC 242).

Libro octavo

I

Dios mío, que yo recuerde con acción de gracias y confiese Tus misericordias para conmigo. Que mis huesos se empapen de Tu amor y digan: «Señor, ¿quién como Tú?». Rompiste mis cadenas: quiero ofrecerte sacrificio de alabanza. Cómo las rompiste lo contaré, y dirán todos los que Te adoran, al oírlo: «Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra; grande y admirable es Su nombre». Se habían adherido a mis entrañas Tus palabras, y por todas partes me veía cercado por Ti. De Tu vida eterna estaba seguro, aunque la había visto en enigma y como en un espejo; con todo, me había sido quitada toda duda acerca de la sustancia incorruptible, de que de ella procede toda sustancia, y no deseaba estar más cierto de Ti, sino más firme en Ti. Pero en cuanto a mi vida temporal, todo vacilaba, y había que limpiar el corazón de la levadura vieja. Me agradaba el camino, el Salvador mismo, y aún me pesaba andar por sus estrecheces. Y pusiste en mi mente, y me pareció bueno a mis ojos, ir a ver a Simpliciano, que me parecía un buen siervo Tuyo y en quien resplandecía Tu gracia. Había oído también que desde su juventud vivía para Ti con la mayor devoción; ya entonces había envejecido y, en tan larga edad, empeñado en un propósito tan bueno como seguir Tu camino, me parecía hombre de mucha experiencia y de mucha enseñanza: y así era en verdad. Por eso quería que me dijera, conversando yo con él sobre mis agitaciones, cuál sería el modo adecuado para quien se hallaba en el estado en que yo estaba, de andar por Tu camino.

Veía, en efecto, la Iglesia llena, y que uno iba por un camino y otro por otro; a mí, en cambio, me desagradaba lo que hacía en el siglo y me era una carga muy pesada, pues ya no me inflamaban, como so-

lían, los deseos con la esperanza de honores y de dinero para soportar una servidumbre tan grave. Ya no me deleitaban aquellas cosas ante Tu dulzura y la belleza de Tu casa, que amé; pero todavía me tenía fuertemente atado la mujer, y el Apóstol no me prohibía casarme, aunque exhortaba a algo mejor, deseando sobre todo que todos los hombres fueran como él. Pero yo, más débil, elegía el lugar más blando, y solo por esto andaba revuelto, lánguido en todo lo demás y consumido por cuidados marchitos, porque en otras cosas que no quería sufrir me veía obligado a avenirme con la vida conyugal, a la que, entregado, quedaba sujeto. Había oído de la boca de la Verdad que hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos, pero «quien pueda entenderlo, dice, que lo entienda». Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no está el conocimiento de Dios, y que a partir de los bienes visibles no pudieron hallar al que es. Pero yo ya no estaba en esa vanidad. La había trascendido y, con el testimonio de toda la creación, Te había hallado a Ti, nuestro Creador, y a Tu Verbo, Dios junto a Ti y un solo Dios contigo, por quien creaste todas las cosas. Y hay otro género de impíos, que, conociendo a Dios, no Lo glorificaron como a Dios ni Le dieron gracias. También en esto había caído, y Tu diestra me recogió y, sacado de allí, me pusiste donde pudiera sanar, porque dijiste al hombre: «Mira que la piedad es la sabiduría», y: «no quieras parecer sabio, porque los que se dicen sabios se volvieron necios». Y ya había encontrado la buena perla, y vendiendo todo lo que tenía había que comprarla, y yo dudaba.

II

Fui, pues, a ver a Simpliciano, que había sido padre del entonces obispo Ambrosio cuando este recibió la gracia, y a quien Ambrosio amaba verdaderamente como a un padre. Le conté los rodeos de mi error. Pero cuando le mencioné que había leído algunos libros de los platónicos, que Victorino, antiguo retórico de la ciudad de Roma, que había

muerto cristiano, según yo había oído, había traducido a la lengua latina, se alegró conmigo de que no hubiera dado con los escritos de otros filósofos, llenos de falacias y engaños según los elementos de este mundo, mientras que en estos se insinúan de todos los modos Dios y Su Verbo. Luego, para exhortarme a la humildad de Cristo, escondida a los sabios y revelada a los pequeños, me recordó al propio Victorino, a quien había tratado con la mayor familiaridad cuando estaba en Roma, y me contó de él algo que no callaré. Contiene, en efecto, una gran alabanza de Tu gracia, que debe confesarse ante Ti: cómo aquel doctísimo anciano, peritísimo en todas las disciplinas liberales, que había leído y juzgado tantas obras de filósofos, maestro de tantos nobles senadores, que además, por el insigne mérito de su ilustre magisterio, que los ciudadanos de este mundo estiman extraordinario, había merecido y recibido una estatua en el Foro romano, hasta aquella edad veneraba a los ídolos y participaba en los ritos sacrílegos de los que entonces casi toda la nobleza romana respiraba hinchada, entre portentos de dioses de toda especie y Anubis el ladrador, que en otro tiempo habían empuñado armas contra Neptuno, Venus y Minerva, y a los que Roma, después de vencerlos, suplicaba ahora; esos dioses que aquel anciano Victorino había defendido tantos años con voz que atronaba, no se avergonzó de ser niño de Tu Cristo e infante de Tu fuente, con la cerviz sometida al yugo de la humildad y la frente domada ante el oprobio de la cruz.

Oh Señor, Señor, que inclinaste los cielos y descendiste, tocaste los montes y humearon, ¿por qué medios Te insinuaste en aquel pecho? Leía, según decía Simpliciano, la Sagrada Escritura, e investigaba y escudriñaba con el mayor empeño todas las letras cristianas, y decía a Simpliciano, no en público sino en secreto y con confianza: «Sepa usted que ya soy cristiano». Y aquel respondía: «No lo creeré ni lo contaré entre los cristianos mientras no lo vea en la Iglesia de Cristo». Y el otro se burlaba, diciendo: «¿Entonces las paredes hacen cristianos?». Y esto lo decía a menudo, que ya era cristiano, y Simpliciano a menudo

respondía aquello, y a menudo volvía el otro con su burla de las paredes. Temía, en efecto, ofender a sus amigos, soberbios adoradores de demonios, de cuya cumbre de dignidad babilónica, como de los cedros del Líbano que el Señor aún no había quebrado, pensaba que caerían gravemente sobre él sus enemistades. Pero después que, leyendo y anhelando, cobró firmeza, y temió ser negado por Cristo ante los santos ángeles si temía confesarlo ante los hombres, y se vio a sí mismo reo de un gran crimen por avergonzarse de los misterios de la humildad de Tu Verbo y no avergonzarse de los ritos sacrílegos de los demonios soberbios, que como soberbio imitador había recibido, perdió la vergüenza ante la vanidad y se sonrojó ante la verdad, y de pronto, inesperadamente, dijo a Simpliciano, según este mismo contaba: «Vamos a la iglesia: quiero hacerme cristiano». Y él, sin poder contener su alegría, fue con él. Y apenas fue instruido en los primeros misterios de la enseñanza, no mucho después dio también su nombre para ser regenerado por el bautismo, entre el asombro de Roma y el gozo de la Iglesia. Los soberbios lo veían y se irritaban, rechinaban los dientes y se consumían. Pero Tu siervo tenía al Señor Dios por esperanza, y no volvía la mirada a las vanidades ni a las locuras engañosas.

Por fin, cuando llegó la hora de hacer la profesión de fe, que en Roma suelen pronunciar, desde un lugar más elevado, a la vista del pueblo fiel, quienes están por acercarse a Tu gracia, con palabras determinadas, concebidas y retenidas de memoria, contaba que los presbíteros ofrecieron a Victorino que la hiciera en privado, como se acostumbraba ofrecer a algunos que parecían a punto de turbarse por la vergüenza; pero que él prefirió profesar su salvación a la vista de la santa multitud. Pues no era salvación lo que enseñaba en la retórica, y sin embargo la había profesado en público. ¡Cuánto menos debía, pues, temer a Tu manso rebaño al pronunciar Tu palabra, él que no temía en sus palabras a turbas de insensatos! Así, cuando subió para hacerla, todos, unos a otros, según cada cual lo conocía, hicieron resonar su nombre con rumor de felicitación (¿y quién allí no lo conocía?), y corrió

en voz baja por la boca de todos los que se alegraban con él: «Victorino, Victorino». Pronto resonaron de júbilo, porque lo veían, y pronto callaron de atención, para oírlo. Pronunció él la fe verdadera con luminosa confianza, y todos querían arrebatarlo hacia dentro, a su corazón. Y lo arrebataban amando y gozando: esas eran las manos que lo arrebataban.

III

Dios bueno, ¿qué sucede en el hombre, que se alegra más por la salvación de un alma desesperada y librada de un peligro mayor que si siempre hubiera tenido esperanza o el peligro hubiera sido menor? Pues también Tú, Padre misericordioso, Te alegras más por un solo pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no la necesitan. Y nosotros escuchamos con gran deleite cómo la oveja extraviada es devuelta sobre los hombros jubilosos del pastor, y cómo la dracma es llevada de nuevo a Tus tesoros entre el regocijo de las vecinas de la mujer que la encontró; y la alegría de la solemnidad de Tu casa hace brotar las lágrimas cuando en Tu casa se lee de Tu hijo menor que «estaba muerto y revivió, se había perdido y fue hallado». Te alegras, en efecto, en nosotros y en Tus ángeles, santos por santa caridad. Porque Tú eres siempre el mismo, y las cosas que no siempre ni del mismo modo son, Tú las conoces todas siempre del mismo modo.

¿Qué sucede, pues, en el alma cuando se deleita más con las cosas que ama, halladas o recobradas, que si las hubiera tenido siempre? También lo demás da testimonio, y todo está lleno de testimonios que claman: «Así es». Triunfa el general victorioso, y no habría vencido si no hubiera combatido, y cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto mayor es la alegría en el triunfo. La tempestad zarandea a los navegantes y amenaza con el naufragio: todos palidecen ante la muerte que se avecina; se serenan el cielo y el mar, y se alegran en exceso, porque temieron en exceso. Está enfermo un ser querido y su pulso anuncia lo

peor: todos los que desean su salud enferman a la vez en el ánimo; mejora, y aún no camina con sus fuerzas de antes, y ya se da una alegría como no la hubo cuando antes caminaba sano y fuerte. Y esos mismos placeres de la vida humana los adquieren los hombres también mediante molestias no imprevistas ni que irrumpen contra su voluntad, sino buscadas y voluntarias. No hay placer en comer y beber si no precede la molestia del hambre y de la sed. Y los borrachos comen cosas algo saladas, para que se produzca un ardor molesto que, al apagarlo la bebida, se vuelve deleite. Y está establecido que las novias ya prometidas no se entreguen de inmediato, para que el marido no tenga en poco a la que se le da, si no la anheló el novio durante la espera.

Esto sucede en la alegría torpe y execrable, esto en la que es concedida y lícita, esto en la más sincera honestidad de la amistad, esto en aquel que estaba muerto y revivió, se había perdido y fue hallado: en todas partes, una alegría mayor es precedida por una molestia mayor. ¿Qué es esto, Señor Dios mío, siendo Tú para Ti mismo gozo eterno, y habiendo ciertos seres que, de Ti y en torno a Ti, gozan siempre? ¿Por qué esta parte de las cosas alterna entre defecto y progreso, entre ofensas y reconciliaciones? ¿Acaso es esa su medida, y eso es lo que les diste, cuando, desde lo más alto de los cielos hasta lo más bajo de la tierra, desde el principio hasta el fin de los siglos, desde el ángel hasta el gusanillo, desde el primer movimiento hasta el último, ubicabas cada género de bienes y todas Tus obras justas, cada una en su lugar, y las realizabas, cada una en su tiempo? ¡Ay de mí, qué excelso eres en lo excelso y qué profundo en lo profundo! Y nunca Te apartas, y apenas volvemos a Ti.

IV

Vamos, Señor, obra, despiértanos y llámanos de vuelta, enciéndenos y arrebátanos, quema, hazte dulce: amemos, corramos. ¿No son muchos los que, desde un tártaro de ceguera más profundo que el de Victori-

no, vuelven a Ti, se acercan y son iluminados, recibiendo la luz? Y los que la reciben, reciben de Ti el poder de llegar a ser hijos Tuyos. Pero si son menos conocidos por los pueblos, menos se alegran por ellos incluso quienes los conocían. Pues cuando se goza con muchos, también en cada uno es más abundante el gozo, porque se encienden y se inflaman unos por otros. Además, quienes son conocidos de muchos son para muchos una autoridad que lleva a la salvación y van delante de muchos que los seguirán; y por eso se alegran mucho por ellos también los que los precedieron, porque no se alegran solo por ellos. Lejos de nosotros que en Tu tabernáculo se prefiera la persona de los ricos a la de los pobres, o la de los nobles a la de los de humilde cuna, cuando más bien elegiste lo débil del mundo para confundir a los fuertes, y elegiste lo humilde y lo despreciable de este mundo, y lo que no es como si fuera, para reducir a nada lo que es. Y sin embargo, ese mismo, el menor de Tus apóstoles, por cuya lengua pronunciaste esas palabras, cuando el procónsul Paulo, vencida su soberbia por el esfuerzo de aquel, fue puesto bajo el suave yugo de Tu Cristo, y se hizo súbdito del gran Rey, él también quiso ser llamado Paulo, de Saulo que antes era, en señal de tan gran victoria. Pues más se vence al enemigo en aquel a quien más domina y por medio del cual domina a más. Y domina más a los soberbios por el título de nobleza, y, por medio de ellos, a más por el título de autoridad. Cuanto más grata, pues, se consideraba la conquista del corazón de Victorino, que el diablo había poseído como un reducto inexpugnable, y de la lengua de Victorino, arma grande y aguda con la que había matado a muchos, más abundantemente debían alegrarse Tus hijos, porque nuestro Rey ató al fuerte, y veían que sus vasos, arrebatados, eran purificados y dispuestos para Tu honra, y se hacían útiles al Señor para toda obra buena.

V

Pero cuando ese hombre Tuyo, Simpliciano, me contó esto de Victori-

no, ardí en deseos de imitarlo: para eso, en efecto, lo había contado él. Y cuando añadió además que, en tiempos del emperador Juliano, se dio una ley por la cual se prohibía a los cristianos enseñar literatura y oratoria, y que aquel, abrazando esa ley, prefirió abandonar su escuela de charlatanes antes que Tu palabra, con la cual haces elocuentes las lenguas de los niños, me pareció no tanto más fuerte como más dichoso, porque halló ocasión de dedicarse a Ti, cosa que yo anhelaba, atado no con hierro ajeno sino con mi voluntad de hierro. Mi querer lo tenía el enemigo, y de él me había hecho una cadena y me había aprisionado. Pues de la voluntad perversa nació la pasión, y al servir a la pasión se hizo costumbre, y al no resistir a la costumbre se hizo necesidad. Con estos como eslabones enlazados entre sí (por eso la llamé cadena), me tenía sujeto una dura servidumbre. Pero la voluntad nueva que había comenzado a haber en mí, de rendirte culto gratuitamente y de querer gozar de Ti, Dios mío, única alegría segura, aún no era capaz de superar a la anterior, fortalecida por los años. Así, mis dos voluntades, una vieja, otra nueva, aquella carnal, esta espiritual, luchaban entre sí y, discordando, disipaban mi alma.

Así entendía, por experiencia propia, lo que había leído: cómo la carne tiene deseos contrarios al espíritu y el espíritu contrarios a la carne; yo, sin duda, estaba en ambos, pero más era yo en lo que en mí aprobaba que en lo que en mí desaprobaba. Pues en esto último ya no era yo, porque en gran parte lo padecía contra mi voluntad más que lo hacía queriendo; y sin embargo la costumbre se había hecho más combativa contra mí por obra mía, pues queriendo había llegado adonde no quería. ¿Y quién podría con derecho objetar nada, cuando al que peca lo sigue la justa pena? Y ya no tenía aquella excusa con que solía convencerme de que, si aún no Te servía despreciando el siglo, era porque la percepción de la verdad me resultaba incierta: pues ya también ella era cierta. Pero yo, todavía atado a la tierra, rehusaba militar para Ti, y temía verme libre de todos los impedimentos tanto como se debe temer el ser impedido.

Así, la carga del siglo me oprimía dulcemente, como suele hacerlo el sueño, y los pensamientos con que meditaba en Ti eran semejantes a los esfuerzos de los que quieren despertar y, vencidos por la hondura del sopor, vuelven a hundirse. Y así como no hay nadie que quiera dormir siempre, y a juicio de todo el que está sano es mejor velar, sin embargo el hombre suele aplazar el sacudirse el sueño cuando siente un pesado torpor en los miembros, y lo toma con gusto aun cuando ya le desagrada, aunque haya llegado la hora de levantarse: así yo tenía por cierto que era mejor entregarme a Tu caridad que ceder a mi codicia, pero lo primero me agradaba y vencía, lo segundo me apetecía y me ataba. No tenía, en efecto, qué responderte cuando me decías: «Levántate, tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y Cristo te iluminará», y cuando por todas partes me mostrabas que decías cosas verdaderas, no tenía absolutamente nada que responder, convencido por la verdad, sino solo palabras lentas y somnolientas: «Ahora», «ya, ahora mismo», «déjame un poquito». Pero «ahora y ahora» no tenía término, y el «déjame un poquito» se iba alargando. En vano me deleitaba en Tu ley según el hombre interior, cuando otra ley en mis miembros repugnaba a la ley de mi mente y me llevaba cautivo en la ley del pecado que estaba en mis miembros. Pues la ley del pecado es la violencia de la costumbre, por la cual el alma es arrastrada y retenida aun contra su voluntad, merecidamente, puesto que se deslizó en ella queriendo. Siendo yo un miserable, ¿quién me libraría de este cuerpo de muerte, sino Tu gracia por Jesucristo, nuestro Señor?

VI

Y de cómo me libraste del vínculo del deseo carnal, por el que estaba aprisionado muy estrechamente, y de la servidumbre de los negocios del siglo, lo contaré y lo confesaré a Tu nombre, Señor, ayuda mía y redentor mío. Hacía lo de siempre, creciendo mi angustia, y cada día suspiraba por Ti. Frecuentaba Tu Iglesia, cuanto me dejaban libre aque-

llos negocios bajo cuyo peso gemía. Conmigo estaba Alipio, libre del trabajo de los juristas tras su tercera asesoría, esperando a quiénes vender de nuevo sus consejos, como yo vendía la facultad de hablar, si es que ella puede transmitirse enseñando. Nebridio, por su parte, había cedido a nuestra amistad, para ser subpreceptor de Verecundo, ciudadano de Milán y gramático, amigo íntimo de todos nosotros, que lo deseaba vehementemente y lo reclamaba por derecho de confianza, pidiendo de entre los nuestros una ayuda leal, que le hacía mucha falta. No lo arrastró, pues, a Nebridio el afán de ganancias (podría, si quisiera, obtener más de las letras), sino que, por deber de benevolencia, no quiso desdeñar nuestra petición, amigo dulcísimo y muy afable. Lo hacía con gran prudencia, cuidando de no darse a conocer a personas importantes según este siglo, evitando con ellas toda inquietud del ánimo, que quería tener libre y desocupado durante tantas horas como pudiera para investigar, leer o escuchar algo sobre la sabiduría.

Un día, pues (no recuerdo por qué causa Nebridio estaba ausente), he aquí que vino a casa a vernos a Alipio y a mí un tal Ponticiano, compatriota nuestro por ser africano, que servía con gran distinción en el palacio: quería de nosotros no sé qué. Nos sentamos para conversar. Y por casualidad reparó en un códice sobre una mesa de juego que teníamos delante. Lo tomó, lo abrió y encontró al apóstol Pablo, cosa por cierto inesperada: había pensado, en efecto, que sería alguno de los libros cuya enseñanza me consumía. Entonces, sonriendo y mirándome, me manifestó su admiración con felicitaciones, porque había hallado de repente ante mis ojos esas letras y solo ellas. Era, en efecto, cristiano y fiel, y a menudo se postraba ante Ti, Dios nuestro, en la Iglesia, con frecuentes y prolongadas oraciones. Cuando le indiqué que dedicaba a esas Escrituras el mayor esmero, comenzó una conversación en la que él mismo narraba acerca de Antonio, monje egipcio, cuyo nombre resplandecía de modo excelente entre Tus siervos, pero que hasta aquella hora se nos ocultaba. Cuando lo advirtió, se detuvo en esa conversación, dando a conocer tan gran varón a quienes lo ignorá-

bamos y admirándose de esa nuestra ignorancia. Nosotros quedábamos pasmados al oír, con memoria tan reciente y casi en nuestros tiempos, Tus maravillas, atestiguadísimas, en la fe recta y en la Iglesia católica. Todos nos maravillábamos, nosotros, porque eran tan grandes, y él, porque nos eran desconocidas.

De ahí su conversación pasó a los rebaños de los monasterios y a las costumbres de suave fragancia para Ti y a los fecundos desiertos del yermo, de los cuales nosotros nada sabíamos. Y había un monasterio en Milán, lleno de buenos hermanos, fuera de los muros de la ciudad, bajo el cuidado de Ambrosio, y no lo sabíamos. Él seguía adelante y hablaba todavía, y nosotros callábamos atentos. De ahí que viniera a decir que una vez, no sabía cuándo, él y otros tres compañeros suyos, en Tréveris sin duda, mientras el emperador estaba retenido por el espectáculo del circo de la tarde, habían salido a pasear por los jardines contiguos a las murallas, y allí, según paseaban por casualidad de dos en dos, uno se había ido aparte con él y los otros dos, igualmente aparte, se habían alejado por su lado; pero estos, vagando, habían entrado en una cabaña donde vivían algunos siervos Tuyos pobres de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos, y habían encontrado allí un códice en el que estaba escrita la vida de Antonio. Uno de ellos comenzó a leerla, y a admirarse y a encenderse, y mientras leía a pensar en abrazar tal vida y, dejada la milicia del siglo, servirte a Ti. Eran de los que llaman agentes de los asuntos imperiales. Entonces, de pronto, lleno de santo amor y de un sobrio pudor, airado contra sí mismo, fijó los ojos en su amigo y le dijo: «Dime, te lo ruego, con todos estos trabajos nuestros, ¿adónde aspiramos a llegar? ¿Qué buscamos? ¿Por qué causa servimos en la milicia? ¿Podrá ser nuestra esperanza en palacio mayor que llegar a ser amigos del emperador? ¿Y allí qué hay que no sea frágil y lleno de peligros? ¿Y por cuántos peligros se llega a un peligro mayor? ¿Y cuándo será eso? En cambio, amigo de Dios, si quiero, ¡ahora mismo lo soy!». Dijo esto y, turbado por el parto de una vida nueva, volvió los ojos a las páginas. Y leía, y era cambiado inte-

riormente, donde Tú veías, y su mente se despojaba del mundo, como pronto se vio. Pues mientras leía y revolvía las olas de su corazón, se estremeció en un momento, discernió y decidió lo mejor, y ya, siendo Tuyo, dijo a su amigo: «Yo ya me he arrancado de aquella esperanza nuestra y he resuelto servir a Dios, y desde esta hora, en este lugar, lo emprendo. Si te pesa imitarme, no te opongas». Respondió el otro que se unía a él como compañero de tan gran recompensa y de tan gran milicia. Y ya ambos, Tuyos, edificaban la torre con el costo adecuado de dejar todo lo suyo y seguirte. Entonces Ponticiano y el que paseaba con él por otras partes del jardín, buscándolos, llegaron al mismo lugar y, al encontrarlos, les advirtieron que regresaran, porque ya había declinado el día. Pero ellos, contado su acuerdo y su propósito, y cómo había nacido y se había afirmado en ellos tal voluntad, les pidieron que no les molestaran si se negaban a unírseles. Estos, en cambio, no cambiados en nada respecto de lo que eran, lloraron sin embargo por sí mismos, como decía, y se congratularon con ellos piadosamente, y se encomendaron a sus oraciones y, arrastrando el corazón por la tierra, se fueron al palacio, mientras aquellos, clavando el corazón en el cielo, se quedaron en la cabaña. Y ambos tenían novias que, después de oír esto, consagraron también ellas su virginidad a Ti.

VII

Esto contaba Ponticiano. Pero Tú, Señor, entre sus palabras me volvías hacia mí mismo, sacándome de detrás de mi espalda, donde me había puesto por no querer mirarme, y me colocabas ante mi propia faz, para que viera cuán torpe era, cuán torcido y sucio, manchado y llagado. Y lo veía y me horrorizaba, y no había adónde huir de mí. Pero si trataba de apartar de mí la mirada, aquel seguía contando lo que contaba, y Tú me volvías a poner frente a mí y me clavabas en mis propios ojos, para que descubriera mi iniquidad y la aborreciera. La conocía, pero la disimulaba, la reprimía y la olvidaba.

Entonces sí que, cuanto más ardientemente amaba a aquellos cuyos afectos saludables oía contar, porque se habían entregado enteros a Ti para ser sanados, tanto más execrablemente me aborrecía al compararme con ellos, pues muchos de mis años (quizá doce años) habían transcurrido conmigo desde que, a los diecinueve años de mi edad, tras leer el *Hortensio* de Cicerón, me había despertado el afán de sabiduría, y aplazaba, despreciada la felicidad terrena, el dedicarme a investigarla, ella cuya sola búsqueda, y no ya su hallazgo, debía anteponerse incluso a tesoros ya encontrados y a reinos de naciones y a los placeres del cuerpo que afluyeran en torno a mí a un simple gesto. Pero yo, adolescente muy miserable, miserable en el comienzo mismo de la adolescencia, incluso Te había pedido castidad y había dicho: «dame castidad y continencia, pero todavía no». Temía, en efecto, que me escucharas pronto y pronto me sanaras de la enfermedad de la concupiscencia, que prefería ver saciada antes que extinguida. Y había ido por caminos torcidos, en una superstición sacrílega, no ciertamente seguro de ella, pero anteponiéndola a las demás, que yo no buscaba con piedad sino que combatía con enemistad.

Y había pensado que difería de día en día seguirte solo a Ti, despreciada la esperanza del siglo, porque no se me mostraba nada cierto hacia lo cual dirigir mi rumbo. Y había llegado el día en que fui puesto al desnudo ante mí mismo y mi conciencia me increpó: «¿Dónde está tu lengua? Tú decías, sin duda, que por lo incierto de la verdad no querías arrojar la carga de la vanidad. Mira, ya es cierto, y aquella todavía te oprime, mientras reciben alas sobre hombros más libres quienes ni se desgastaron tanto buscando ni meditaron esto durante diez años y más». Así me roía por dentro y me confundía con una vergüenza horrible y violenta, mientras Ponticiano decía tales cosas. Terminada la conversación y la causa por la que había venido, él se fue, y yo volví a mí mismo. ¿Qué no me dije? ¿Con qué azotes de sentencias no flagelé mi alma, para que me siguiera cuando intentaba ir tras de Ti? Y se resistía, se negaba, y no se excusaba. Se habían agotado y quedado refu-

tados todos los argumentos. Quedaba un temblor mudo, y temía como a la muerte verse apartada del flujo de la costumbre, en el que se consumía hasta la muerte.

VIII

Entonces, en aquella gran riña de mi casa interior, que yo había suscitado con tanto vigor con mi alma en nuestro aposento, mi corazón, turbado yo tanto en el rostro como en la mente, me lanzo sobre Alipio y exclamo: «¿Qué nos pasa? ¿Qué es esto? ¿Qué has oído? Se levantan los ignorantes y arrebatan el cielo, y nosotros, con nuestras doctrinas, faltos de corazón, ¡mira dónde nos revolcamos, en la carne y la sangre! ¿Acaso porque nos precedieron nos da vergüenza seguirlos, y no nos da vergüenza no seguirlos siquiera?». Dije no sé qué cosas semejantes, y mi agitación me arrancó de su lado, mientras él callaba, atónito, mirándome. Pues no sonaba yo como de costumbre. Expresaban mi ánimo la frente, las mejillas, los ojos, el color, el tono de la voz, más que las palabras que profería. Había un huertecillo en nuestra posada, que usábamos como toda la casa: pues nuestro anfitrión, el dueño de la casa, no vivía allí. Hacia allí me había llevado el tumulto del pecho, donde nadie estorbara la ardiente contienda que había emprendido conmigo mismo, hasta que terminara (Tú sabías cómo, yo no): solo que enloquecía para salud y moría para vida, consciente de qué mal era e ignorante de qué bien sería dentro de poco. Me retiré, pues, al huerto, y Alipio, paso tras paso. Pues no dejaba yo de estar a solas porque él estuviera presente. ¿O cuándo me dejaría estando yo así? Nos sentamos lo más lejos que pudimos de la casa. Yo me estremecía en el espíritu, indignado con una indignación turbulentísima porque no entraba en el convenio y el pacto contigo, Dios mío, al que todos mis huesos clamaban que había que entrar, y lo elevaban al cielo con alabanzas. Y allí no se iba en naves ni en cuadrigas ni a pie, ni siquiera cuanto yo había andado desde la casa hasta el lugar donde estábamos

sentados. Porque no solo ir, sino llegar allí, no era otra cosa que querer ir, pero querer con fuerza y por entero, no volver y revolver de aquí para allá una voluntad medio herida, luchando con una parte que se levantaba mientras otra caía.

En fin, hacía con el cuerpo tantas cosas, en las mismas oleadas de mi vacilación, como las que a veces los hombres quieren y no pueden, si no tienen los miembros, o los tienen atados con cadenas, o debilitados por la languidez, o impedidos de cualquier otro modo. Si me arranqué el cabello, si me golpeé la frente, si entrelazados los dedos abracé la rodilla, lo hice porque quise. Pero habría podido querer y no hacer, si la movilidad de los miembros no obedeciera. Hice, pues, tantas cosas, en las que querer no era lo mismo que poder: y no hacía lo que con un afecto incomparable me agradaba más, y que en cuanto lo quisiera podría, porque en cuanto lo quisiera, sin duda lo querría. En eso, en efecto, la facultad es la misma que la voluntad, y el querer mismo ya era hacer; y sin embargo no se hacía, y obedecía con más facilidad el cuerpo a la más tenue voluntad del alma, moviéndose los miembros a un simple gesto, que el alma misma a sí misma para cumplir su gran voluntad en la sola voluntad.

IX

¿De dónde este monstruo? ¿Y por qué esto? Que brille Tu misericordia, y pueda yo preguntar, por si acaso pueden responderme los escondrijos de las penas de los hombres y las tenebrosísimas contriciones de los hijos de Adán. ¿De dónde este monstruo? ¿Y por qué esto? Manda el alma al cuerpo, y se le obedece al instante; manda el alma a sí misma, y se le resiste. Manda el alma que se mueva la mano, y es tanta la facilidad que apenas se distingue el mandato del servicio: y el alma es alma, mientras que la mano es cuerpo. Manda el alma que el alma quiera, y no es otra, y sin embargo no lo hace. ¿De dónde este monstruo? ¿Y por qué esto?, digo: que mande querer la que no mandaría si

no quisiera, y no se haga lo que manda. Pero no quiere del todo: luego no manda del todo. Pues manda en tanto que quiere, y lo que manda no se hace en tanto que no quiere, porque la voluntad manda que haya voluntad, y no otra, sino ella misma. No manda, pues, plenamente; por eso no se da lo que manda. Pues si fuera plena, no mandaría que fuera, porque ya sería. No es, pues, un monstruo querer en parte, no querer en parte, sino una enfermedad del alma, porque, aunque la verdad la levanta, no se alza entera, agobiada por la costumbre. Y por eso son dos las voluntades, porque ninguna de ellas es entera, y lo que tiene la una le falta a la otra.

X

Perezcan ante Tu faz, Dios, como perecen, los charlatanes y seductores de la mente que, al advertir dos voluntades en el deliberar, afirman que hay dos naturalezas de dos mentes, una buena, otra mala. Ellos mismos son verdaderamente malos, cuando piensan estas cosas malas, y esos mismos serán buenos si piensan cosas verdaderas y consienten a las verdaderas, para que les diga Tu apóstol: «Ustedes fueron en otro tiempo tinieblas, pero ahora son luz en el Señor». Pues ellos, queriendo ser luz, no en el Señor sino en sí mismos, pensando que la naturaleza del alma es lo que es Dios, se hicieron tinieblas más densas, porque se alejaron más de Ti con horrenda arrogancia, de Ti, la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Atiendan a lo que dicen, y avergüéncense, y acérquense a Él y sean iluminados, y sus rostros no se avergonzarán. Yo, cuando deliberaba para servir ya al Señor mi Dios, como lo había dispuesto desde hacía tiempo, yo era el que quería, yo el que no quería: yo era. Ni quería plenamente ni plenamente no quería. Por eso contendía conmigo y me disipaba de mí mismo, y esa disipación se producía ciertamente contra mi voluntad, y sin embargo no mostraba la naturaleza de una mente ajena sino el castigo de la mía. Y por eso ya no era yo quien la obraba, sino el pecado que ha-

bitaba en mí, como suplicio de un pecado más libre, porque era hijo de Adán.

Pues si son tantas las naturalezas contrarias cuantas son las voluntades que se resisten entre sí, ya no serán dos sino más. Si alguien delibera si ir a su conventículo o al teatro, gritan estos: «He aquí dos naturalezas: una buena lleva por aquí, otra mala trae de vuelta por allá; pues ¿de dónde esta vacilación de voluntades que se oponen entre sí?». Yo, en cambio, digo que ambas son malas, tanto la que lleva a ellos como la que trae de vuelta al teatro. Pero ellos no creen sino que es buena aquella por la que se va a ellos. ¿Qué pasa, pues, si uno de los nuestros delibera y, disputando entre sí dos voluntades, fluctúa sobre si ir al teatro o a nuestra Iglesia? ¿No vacilarán también estos sobre qué responder? Porque o confesarán, cosa que no quieren, que a nuestra Iglesia se va por buena voluntad, como van a ella los que están iniciados en sus sacramentos y perseveran en ellos, o pensarán que dos naturalezas malas y dos mentes malas luchan en un solo hombre, y no será verdad lo que suelen decir, una buena, otra mala, o se convertirán a la verdad y no negarán que, cuando cada uno delibera, una sola alma se agita con voluntades diversas.

Que ya no digan, pues, cuando sienten que dos voluntades en un solo hombre se oponen entre sí, que dos mentes contrarias, de dos sustancias contrarias y de dos principios contrarios, contienden, una buena, otra mala. Porque Tú, Dios veraz, los repruebas y los refutas y los convences, como en el caso de ambas voluntades malas, cuando alguien delibera si matará a un hombre con veneno o con hierro, si invadirá este o aquel campo ajeno, cuando no puede ambas cosas, si comprará placer con el lujo o guardará dinero por avaricia, si irá al circo o al teatro, si en un mismo día se ofrecen ambos; añado incluso un tercero, si irá a robar a una casa ajena, si se presenta la ocasión; añado también un cuarto, si cometerá adulterio, si a la vez se abre también esa posibilidad; si todo concurre en un único instante de tiempo y se desea por igual todo lo que no puede hacerse a un tiempo, desgarran el alma

cuatro voluntades enfrentadas entre sí, o incluso más, en tanta abundancia de cosas que se apetecen, y sin embargo no suelen decir que haya tan gran multitud de sustancias diversas. Así también en las voluntades buenas. Pues les pregunto si es bueno deleitarse con la lectura del Apóstol, y si es bueno deleitarse con un salmo sobrio, y si es bueno disertar sobre el Evangelio. A cada cosa responderán: «Bueno». ¿Qué pasa, entonces, si todo deleita por igual y a la vez en un mismo tiempo? ¿No distienden el corazón del hombre voluntades diversas, mientras se delibera qué tomar con preferencia? Y todas son buenas y compiten entre sí, hasta que se elige una hacia la cual se lleve toda la voluntad, que estaba dividida en muchas. Así también, cuando la eternidad deleita por arriba y el placer del bien temporal retiene por abajo, es la misma alma que, no queriendo aquello o esto con toda la voluntad, es por eso desgarrada con grave molestia, mientras aquello lo antepone por la verdad, esto no lo deja por apego.

XI

Así enfermaba y me atormentaba, acusándome a mí mismo con un rigor más amargo que de costumbre, revolviéndome y dándome vueltas en mi cadena, hasta que se rompiera por completo, con la que ya muy poco me sujetaba, pero me sujetaba. Y Tú, Señor, me acosabas en lo oculto de mí, con misericordia severa, redoblando los azotes del temor y de la vergüenza, para que no volviera a aflojar y no se rompiera eso poco y tenue que quedaba, y, recobrando fuerzas, me atara de nuevo con más fuerza. Decía, en efecto, dentro de mí: «Ea, que sea ahora, que sea ahora», y con la palabra ya iba hacia lo resuelto. Casi lo hacía, y no lo hacía, y sin embargo no recaía en lo de antes, sino que me quedaba muy cerca y tomaba aliento. Y de nuevo lo intentaba, y faltaba poco para estar allí, y un poco menos, y ya, ya lo tocaba y lo tenía. Y no estaba allí, ni lo tocaba ni lo tenía, vacilando en morir a la muerte y vivir a la vida, y en mí podía más lo peor arraigado que lo mejor des-

acostumbrado, y el punto mismo del tiempo en que iba a ser otro, cuanto más se acercaba, tanto mayor horror me infundía. Pero no me hacía retroceder ni me apartaba, sino que me dejaba suspendido.

Me retenían las bagatelas de las bagatelas y las vanidades de los vanos, mis antiguas amigas, y sacudían mi vestidura de carne y murmuraban por lo bajo: «¿Nos dejas?», y «desde ese momento no estaremos contigo nunca jamás», y «desde ese momento no te será lícito esto y aquello nunca jamás». Y lo que sugerían en eso que dije «esto y aquello», lo que sugerían, Dios mío, ¡que lo aparte Tu misericordia del alma de Tu siervo! ¡Qué inmundicias sugerían, qué vergüenzas! Y yo las oía ya mucho menos que a medias, no como quien las contradice libremente saliéndoles al encuentro, sino como quien oye por la espalda su cuchicheo y, al irse, siente que lo pellizcan como a hurtadillas para que mire atrás. Me retardaban, sin embargo, a mí, que vacilaba en arrancarme y sacudirme de ellas y saltar hacia donde era llamado, cuando me decía la violenta costumbre: «¿Piensas que podrás sin estas cosas?».

Pero ya lo decía con mucha tibieza. Pues por aquella parte hacia la cual había vuelto el rostro y adonde temía pasar, se descubría la casta dignidad de la continencia, serena y alegre sin disolución, que con honesta ternura me invitaba a venir y a no dudar, y extendía hacia mí, para recibirme y abrazarme, sus manos piadosas, llenas de rebaños de buenos ejemplos. Allí, tantos niños y niñas, allí mucha juventud y toda edad, y viudas graves y vírgenes ancianas, y en todos ellos la continencia misma, de ningún modo estéril, sino madre fecunda de hijos, que son gozos, nacidos de Ti, Señor, su esposo. Y se burlaba de mí con una burla que exhortaba, como diciendo: «¿Tú no podrás lo que estos y estas? ¿O acaso estos y estas lo pueden en sí mismos y no en el Señor su Dios? El Señor su Dios me dio a ellos. ¿Por qué te sostienes en ti y no te sostienes? ¡Arrójate en Él! No temas. No se retirará para que caigas: ¡arrójate seguro! Te recibirá y te sanará». Y yo me avergonzaba mucho, porque todavía oía los murmullos de aquellas bagatelas y pendía

vacilante. Y de nuevo ella, como diciendo: «Hazte sordo a esos miembros tuyos inmundos sobre la tierra, para que sean mortificados. Te cuentan deleites, pero no como la ley del Señor tu Dios». Esa controversia en mi corazón no era sino de mí mismo contra mí mismo. Pero Alipio, pegado a mi costado, esperaba en silencio el desenlace de mi inusitada agitación.

XII

Pero cuando una profunda consideración arrancó desde el fondo secreto y amontonó toda mi miseria a la vista de mi corazón, se levantó una tormenta enorme que traía una enorme lluvia de lágrimas. Y para derramarlo todo con sus voces, me levanté de al lado de Alipio (la soledad se me sugería más adecuada para la tarea de llorar) y me retiré lo bastante lejos para que ni siquiera su presencia me fuera gravosa. Así estaba yo entonces, y él lo notó: algo, creo, había dicho, en que se advertía ya el sonido de mi voz cargado de llanto, y así me había levantado. Se quedó, pues, él donde estábamos sentados, muy estupefacto. Yo me tendí, no sé cómo, bajo una higuera, y solté las riendas a las lágrimas, y brotaron los ríos de mis ojos, sacrificio aceptable para Ti, y no ciertamente con estas palabras, pero con este sentido Te dije muchas cosas: «Y Tú, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, estarás airado hasta el fin? No Te acuerdes de nuestras iniquidades antiguas». Sentía, en efecto, que ellas me retenían. Lanzaba voces lastimeras: «¿Hasta cuándo, hasta cuándo, “mañana y mañana”? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no en esta hora el fin de mi torpeza?».

Decía esto y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón. Y he aquí que oigo desde la casa vecina una voz que decía cantando, y repetía con frecuencia, como de un niño o de una niña, no lo sé: «Toma y lee, toma y lee». Y al instante, mudado el semblante, comencé a pensar con la mayor atención si los niños solían cantar algo semejante en algún género de juego. Y no me venía a la memoria en absoluto ha-

berlo oído en parte alguna, y contenido el ímpetu de las lágrimas me levanté, no interpretando otra cosa sino que me era mandado por voluntad divina abrir el códice y leer lo primero que encontrara. Había oído, en efecto, de Antonio, que por una lectura evangélica a la que había llegado por casualidad fue amonestado, como si se le dijera a él lo que se leía: «Anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos; y ven, sígueme», y que con tal oráculo se había convertido a Ti al instante. Así que, agitado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio: allí, en efecto, había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio el capítulo en que primero se clavaron mis ojos: «No en comilonas y borracheras, no en lechos y deshonestidades, no en contiendas y envidias, sino revístanse del Señor Jesucristo y no se ocupen de la carne para satisfacer sus concupiscencias». No quise leer más, ni hacía falta. Pues al punto, con el final de esta sentencia, como infundida en mi corazón una luz de seguridad, todas las tinieblas de la duda se disiparon.

Entonces, metiendo el dedo o no sé qué otra señal, cerré el códice y, con rostro ya tranquilo, se lo comuniqué a Alipio. Y él, a su vez, me declaró lo que ocurría en él (yo lo ignoraba) de este modo. Pidió ver lo que yo había leído. Se lo mostré, y miró incluso más allá de lo que yo había leído. Y yo ignoraba lo que seguía. Seguía, en efecto: «Acojan al débil en la fe». Lo aplicó a sí mismo y me lo manifestó. Pero con tal amonestación fue fortalecido y, sin ninguna turbulenta vacilación, se unió a mi buena resolución y propósito, congruentísimo con sus costumbres, en las que desde hacía mucho me aventajaba con creces. Luego entramos donde mi madre, se lo contamos: se alegra. Le referimos cómo había sucedido: exulta, triunfa y Te bendecía a Ti, que eres poderoso para hacer más de lo que pedimos y entendemos, porque veía que se le había concedido por Ti, respecto de mí, mucho más de lo que solía pedir con miserables y lastimeros gemidos. Pues me convertiste a Ti, de modo que ya no buscara mujer ni esperanza alguna de este siglo, firme en aquella regla de fe en la que tantos años antes me habías

mostrado a ella, y cambiaste su luto en gozo, mucho más abundante de lo que había querido, y mucho más querido y más casto que el que reclamaba de los nietos de mi carne.

Libro noveno

I

¡Oh Señor!, yo soy Tu siervo, yo soy Tu siervo e hijo de Tu esclava: has roto mis cadenas, Te ofreceré un sacrificio de alabanza. Que Te alabe mi corazón y mi lengua, y que todos mis huesos digan: «Señor, ¿quién como Tú?». Que lo digan, y respóndeme y di a mi alma: «Yo soy tu salvación». ¿Quién soy yo y cómo soy? ¿Qué mal no hubo en mis obras, o, si no en mis obras, en mis palabras, o, si no en mis palabras, en mi voluntad? Pero Tú, Señor, eres bueno y misericordioso, y Tu diestra miró la hondura de mi muerte y vació del fondo de mi corazón el abismo de la corrupción. Y todo consistía en esto: en no querer lo que yo quería y en querer lo que Tú querías. Pero ¿dónde estuvo durante tan largo tiempo y de qué hondo y alto escondrijo fue llamado en un instante mi libre albedrío, para que sometiera el cuello a Tu yugo suave y los hombros a Tu carga ligera, Cristo Jesús, ayuda mía y redentor mío? ¡Qué dulce me resultó de pronto carecer de las dulzuras de las frivolidades! Y las que antes había temido perder, ahora era una alegría dejarlas. Porque Tú las arrojabas de mí, Tú, verdadera y suma dulzura; las arrojabas y entrabas en su lugar, más dulce que todo deleite, pero no para la carne y la sangre; más claro que toda luz, pero más íntimo que todo secreto; más elevado que todo honor, pero no para los que se elevan en sí mismos. Ya estaba libre mi alma de los afanes mordaces de ambicionar, de adquirir, de revolcarse y de rascar la sarna de las pasiones, y conversaba Contigo, claridad mía, riqueza mía y salvación mía, Señor Dios mío.

II

Y me pareció bien, en Tu presencia, no abandonar con estrépito, sino

retirar suavemente el servicio de mi lengua del mercado de la locuacidad, para que los muchachos, que no meditaban Tu ley ni Tu paz, sino locuras engañosas y guerras de foro, no siguieran comprando en mi boca armas para su furor. Y oportunamente ya quedaban muy pocos días para las vacaciones de la vendimia, y resolví soportarlos para retirarme solemnemente y, rescatado por Ti, no volver ya a ponerme en venta. Nuestro propósito, pues, estaba ante Ti, pero ante los hombres no lo estaba, salvo ante los nuestros. Y habíamos convenido entre nosotros no divulgarlo a cualquiera, aunque Tú, a nosotros que subíamos del valle del llanto y cantábamos el cántico de las subidas, nos habías dado saetas agudas y carbones devastadores contra la lengua engañosa, que, como aconsejando, contradice, y, como suele hacerse con el alimento, consume amando.

Habías herido Tú nuestro corazón con Tu caridad, y llevábamos Tus palabras clavadas en las entrañas. Y los ejemplos de Tus siervos, a quienes de negros habías hecho luminosos y de muertos vivos, reunidos en el seno de nuestro pensamiento, nos quemaban y consumían el pesado entorpecimiento, para que no nos inclináramos hacia lo más bajo, y nos encendían con tanta fuerza que todo soplo de contradicción venido de la lengua engañosa podía inflamarnos más ardientemente, no extinguirnos. Sin embargo, como por causa de Tu nombre, que has santificado por toda la tierra, nuestro voto y propósito tendría también sus alabadores, parecía cosa de jactancia no esperar un tiempo de vacaciones tan próximo, sino abandonar antes una profesión pública y puesta ante los ojos de todos, de modo que, vueltas las miradas de todos hacia mi acción, y viendo cuán cercano estaba el día de la vendimia, que yo había querido anticipar, dijeran muchas cosas, como si yo hubiera ambicionado parecer grande. ¿Y de qué me servía que se pensara y se discutiera sobre mi ánimo y que se hablara mal de nuestro bien?

Es más, aquel mismo verano mi pulmón había comenzado a ceder bajo el excesivo trabajo de las letras, y a respirar con dificultad, y a

dar testimonio con dolores de pecho de que estaba herido, y a negarse a una voz más clara o más prolongada. Al principio esto me había perturbado, porque casi me obligaba, por necesidad, a dejar la carga de aquel magisterio o, si podía curarme y recuperarme, al menos a interrumpirla. Pero cuando surgió en mí y se afirmó la plena voluntad de descansar y de ver que Tú eres el Señor (Tú lo sabes, Dios mío), comencé incluso a alegrarme de que también estuviera a mano esta excusa, nada mentirosa, que suavizaba el disgusto de los hombres, quienes, por sus hijos, nunca querían que yo fuese libre. Lleno, pues, de tal alegría, soportaba aquel intervalo de tiempo hasta que transcurriera (no sé si eran siquiera veinte días), pero se soportaban con ánimo firme porque había desaparecido la codicia que solía llevar conmigo aquella pesada tarea, y yo habría quedado aplastado si no hubiera venido en su lugar la paciencia. Alguno de Tus siervos, hermanos míos, dirá que pequé en esto, porque, estando ya mi corazón entero en Tu milicia, consentí en sentarme siquiera una hora en la cátedra de la mentira; yo no lo discuto. Pero Tú, Señor misericordiosísimo, ¿no me perdonaste y remitiste también este pecado, junto con los demás, horrendos y mortíferos, en el agua santa?

III

Verecundo se consumía de angustia por este bien nuestro, porque, a causa de sus ataduras, que lo retenían con tenacidad, se veía abandonado de nuestra compañía. Aún no era cristiano, aunque su esposa era fiel, y precisamente ella, con una cadena más estrecha que todas las demás, lo retrasaba en el camino que habíamos emprendido; decía que no quería ser cristiano de otro modo que de aquel en que no podía. Con gran bondad nos ofreció que, mientras estuviéramos allí, estuviéramos en su hacienda. Se lo retribuirás, Señor, en la resurrección de los justos, pues ya le has dado esa misma suerte de los justos. En efecto, estando nosotros ausentes, cuando ya nos hallábamos en Roma, fue

atacado de una enfermedad corporal y, en ella, hecho cristiano y fiel, emigró de esta vida. Así tuviste misericordia no solo de él, sino también de nosotros, para que, pensando en la egregia humanidad de nuestro amigo para con nosotros y no contándolo en Tu rebaño, no nos atormentáramos con un dolor intolerable. ¡Gracias a Ti, Dios nuestro! Somos Tuyos. Lo indican Tus exhortaciones y consuelos: fiel en Tus promesas, das a Verecundo, a cambio de aquella finca suya de Casiciaco, donde descansamos en Ti del ardor del siglo, la amenidad de Tu paraíso siempre verde, porque le perdonaste sus pecados sobre la tierra, en el monte cuajado, Tu monte, monte fértil.

Se angustiaba entonces, pues, Verecundo, pero Nebridio se alegraba con nosotros. Porque, aunque tampoco él era aún cristiano y había caído en el abismo del perniciosísimo error de creer que la carne de Tu Hijo era un fantasma, sin embargo, saliendo de allí, se encontraba en tal estado que, sin estar aún iniciado en ninguno de los sacramentos de Tu Iglesia, era un ardentísimo buscador de la verdad. No mucho después de nuestra conversión y de nuestra regeneración por Tu bautismo, siendo ya él mismo fiel y católico, y sirviéndote en África con perfecta castidad y continencia entre los suyos, cuando toda su casa se había hecho cristiana por él, lo liberaste de la carne. Y ahora vive en el seno de Abrahán. Sea lo que sea aquello que se significa con ese seno, allí vive mi Nebridio, mi dulce amigo, y Tuyo, Señor, de liberto hecho hijo adoptivo: allí vive. Pues ¿qué otro lugar hay para tal alma? Allí vive, en aquello de lo cual me preguntaba tantas cosas a mí, hombrecillo inexperto. Ya no pone su oído en mi boca, sino su boca espiritual en Tu fuente, y bebe cuanto puede de la sabiduría, según su avidez, feliz sin fin. Y no creo que se embriague de ella hasta el punto de olvidarse de mí, pues Tú, Señor, a quien él bebe, Te acuerdas de nosotros. Así estábamos, pues, consolando a Verecundo, entristecido, salva la amistad, por esta conversión nuestra, y exhortándolo a la fe propia de su estado, es decir, de la vida conyugal, y esperando a Nebridio, a ver cuándo nos seguiría, cosa que podía hacer estando tan cerca. Y estaba ya a

punto de hacerlo, cuando he aquí que por fin transcurrieron aquellos días. Pues largos y numerosos me parecían, por el amor a la libertad ociosa, para cantar desde lo más hondo de todo mi ser. A Ti Te dijo mi corazón: «He buscado Tu rostro; Tu rostro, Señor, buscaré».

IV

Y llegó el día en que también de hecho quedé libre de la profesión de retórica, de la cual ya estaba libre en el pensamiento, y así fue. Liberaste mi lengua de allí de donde ya habías liberado mi corazón, y Te bendecía alegre, habiéndome ido a la villa con todos los míos. Lo que allí hice en materia de letras, puestas ya a Tu servicio, pero todavía jadeantes, como en una pausa, de la escuela de la soberbia, lo testimonian los libros discutidos con los presentes y conmigo mismo a solas ante Ti; y lo que traté con Nebridio ausente, lo testimonian las cartas. ¿Y cuándo me bastará el tiempo para recordar todos los grandes beneficios que nos hiciste en aquella época, sobre todo a mí, que me apresuro hacia otros mayores? Pues me llama mi recuerdo, y me resulta dulce, Señor, confesarte con qué aguijones internos me domaste, y cómo me allanaste, rebajando los montes y colinas de mis pensamientos, y enderezaste lo torcido en mí y suavizaste lo áspero, y de qué manera sometiste también a Alipio, hermano de mi corazón, al nombre de Tu Unigénito, Señor y Salvador nuestro Jesucristo, nombre que al principio desdeñaba que se insertara en nuestros escritos. Quería, en efecto, que estos olieran más bien a los cedros de los gimnasios, que el Señor ya ha quebrado, que a las hierbas saludables de la Iglesia, contrarias a las serpientes.

¡Qué voces Te di, Dios mío, cuando leía los salmos de David, cánticos fieles, sonidos de piedad que excluyen el espíritu hinchado, yo, novato en Tu amor sincero, catecúmeno en la villa con Alipio, también catecúmeno, descansando de las tareas, con mi madre pegada a nosotros, de aspecto de mujer, de fe de varón, de seguridad de anciana, de

caridad de madre, de piedad cristiana! ¡Qué voces Te daba en aquellos salmos, y cómo me inflamaba en Ti con ellos y me encendía en deseos de recitarlos, si pudiera, a toda la redondez de la tierra, contra la hinchazón del linaje humano! Y sin embargo se cantan por toda la tierra, y no hay quien se esconda de Tu calor. ¡Con qué vehemente y agudo dolor me indignaba contra los maniqueos, y de nuevo me compadecía de ellos, porque desconocían aquellos sacramentos, aquellos medicamentos, y estaban enloquecidos contra el antídoto con el que habrían podido sanar! Quisiera que hubieran estado entonces en alguna parte cerca y que, sin yo saber que estaban allí, hubieran mirado mi rostro y oído mis voces cuando leí el salmo cuarto en aquel ocio de entonces. Lo que ese salmo hizo de mí («cuando Te invocaba, me escuchó el Dios de mi justicia; en la tribulación me ensanchaste. Ten piedad de mí, Señor, y escucha mi oración») lo habrían oído sin que yo supiera si lo oían, para que no creyeran que yo decía por causa de ellos lo que dije entre estas palabras, porque en verdad ni lo diría ni lo diría de ese modo si me diera cuenta de que ellos me oían y me veían, ni, aunque lo dijera, lo habrían recibido como lo dije conmigo y para mí, ante Ti, desde el afecto familiar de mi alma.

Me estremecí de temor y a la vez me enardecí de esperanza y de exultación en Tu misericordia, Padre. Y todo esto salía por mis ojos y por mi voz, cuando Tu Espíritu bueno, vuelto hacia nosotros, nos dijo: «Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo serán torpes de corazón? ¿Por qué aman la vanidad y buscan la mentira?». Pues yo había amado la vanidad y buscado la mentira, y Tú, Señor, ya habías glorificado a Tu Santo, resucitándolo de entre los muertos y colocándolo a Tu derecha, desde donde enviara desde lo alto Su promesa, el Paráclito, el Espíritu de la verdad. Y ya Lo había enviado, pero yo no lo sabía. Lo había enviado, porque ya había sido glorificado, resucitando de entre los muertos y ascendiendo al cielo. Pero antes el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado. Y clama la profecía: «¿Hasta cuándo serán torpes de corazón? ¿Por qué aman la vanidad y

buscan la mentira? Y sepan que el Señor ha glorificado a Su Santo». Clama «hasta cuándo», clama «sepan», y yo, tanto tiempo sin saberlo, amé la vanidad y busqué la mentira; y por eso oí y me estremecí, porque eso se dice a quienes son como yo recordaba haber sido. En los fantasmas que había tenido por verdad había, en efecto, vanidad y mentira. Y resoné con muchas cosas, graves y fuertes, en el dolor de mi recuerdo. ¡Ojalá las hubieran oído los que todavía hoy aman la vanidad y buscan la mentira! Quizá se habrían turbado y lo habrían vomitado, y Tú los escucharías cuando clamaran a Ti, porque con verdadera muerte de carne murió por nosotros el que intercede ante Ti por nosotros.

Leía: «Aírense y no pequen», ¡y cómo me conmovía, Dios mío, yo que ya había aprendido a airarme conmigo mismo por lo pasado, para no pecar en adelante, y con razón me airaba, porque no era otra naturaleza, la de la gente de las tinieblas, la que pecaba en mí, como dicen los que no se aíran contra sí mismos y atesoran para sí ira para el día de la ira y de la revelación de Tu justo juicio! Y ya mis bienes no estaban fuera ni se buscaban con ojos de carne bajo este sol. Pues los que quieren gozar por fuera se desvanecen fácilmente y se derraman en las cosas que se ven y son temporales, y lamen sus imágenes con un pensamiento hambriento. ¡Oh, si se fatigaran de inanición y dijeran: «¿Quién nos mostrará los bienes?», y nosotros dijéramos, y ellos oyeran: «Sellada está en nosotros la luz de Tu rostro, Señor»! Porque nosotros no somos la luz que ilumina a todo hombre, sino que somos iluminados por Ti, para que los que fuimos algún día tinieblas seamos luz en Ti. ¡Oh, si vieran lo eterno interior! Yo, que lo había gustado, rechinaba los dientes por no poder mostrárselo, si me traían su corazón en los ojos, fuera de Ti, y decían: «¿Quién nos mostrará los bienes?». Pues allí donde yo estaba airado conmigo, adentro, en el aposento donde me había compungido, donde había sacrificado inmolando mi vida vieja y, comenzada la meditación de mi renovación, esperaba en Ti, allí habías comenzado a hacerte dulce para mí y habías dado alegría a mi

corazón. Y exclamaba, leyendo estas cosas por fuera y reconociéndolas por dentro, y no quería multiplicarme en bienes terrenos, devorando los tiempos y devorado por los tiempos, cuando tenía en la eterna simplicidad otro trigo, otro vino y otro aceite.

Y clamaba en el versículo siguiente con el alto clamor de mi corazón: «¡Oh, en paz! ¡Oh, en el Mismo!». ¡Oh, qué dijo! «Me dormiré y tomaré el sueño». Pues ¿quién nos resistirá cuando se cumpla la palabra que está escrita: «La muerte ha sido absorbida en la victoria»? Y Tú eres en grado sumo el Mismo, Tú que no cambias, y en Ti hay un descanso que olvida todos los trabajos, porque ningún otro está Contigo, ni hay que alcanzar otras muchas cosas que no son lo que Tú eres, sino que Tú, Señor, singularmente, me has establecido en la esperanza. Leía y ardía, y no hallaba qué hacer con aquellos sordos muertos entre los cuales yo había estado, yo, peste, ladrador amargo y ciego contra las letras, melosas con miel del cielo y luminosas con Tu luz, y me consumía por los enemigos de esta Escritura.

¿Cuándo recordaré todas las cosas de aquellos días de descanso? Pero ni he olvidado ni callaré la aspereza de Tu azote y la admirable rapidez de Tu misericordia. Entonces me atormentabas con un dolor de muelas, y como llegó a agravarse tanto que no podía hablar, me vino al corazón advertir a todos los míos que estaban presentes que rogaran por mí a Ti, Dios de toda salud. Y lo escribí en una tablilla de cera y se la di para que se la leyeran. Apenas doblamos las rodillas con afecto suplicante, huyó aquel dolor. Pero ¿qué dolor? ¿O cómo huyó? Me espanté, lo confieso, Señor mío, Dios mío. Pues nada semejante había experimentado desde mi tierna edad, y en lo profundo se me insinuaron Tus señales. Y, gozoso en la fe, alabé Tu nombre, y esa fe no me dejaba estar seguro respecto de mis pecados pasados, que por Tu bautismo aún no me habían sido perdonados.

V

Terminadas las vacaciones de la vendimia, avisé a los milaneses que proveyeran a sus estudiantes de otro vendedor de palabras, porque yo había elegido servirte a Ti y, por la dificultad para respirar y el dolor de pecho, no era capaz de seguir en aquella profesión. Y comuniqué por carta a Tu obispo, el santo varón Ambrosio, mis antiguos errores y mi propósito presente, para que me aconsejara qué debía leer sobre todo de Tus libros, a fin de quedar más dispuesto y más apto para recibir tan gran gracia. Él me mandó leer al profeta Isaías, creo que porque, entre todos, es el que anuncia con más claridad el Evangelio y la vocación de los gentiles. Sin embargo, yo, al no entender la primera lectura de este libro y juzgando que todo él era semejante, lo dejé para retomarlo cuando estuviera más ejercitado en el lenguaje del Señor.

VI

Luego, cuando llegó el tiempo en que convenía que diera mi nombre, dejando el campo regresamos a Milán. Alipio quiso también renacer en Ti conmigo, revestido ya de una humildad conforme a Tus sacramentos y dominador tan fuerte de su cuerpo que, con una audacia insólita, pisó descalzo el suelo helado de Italia. Tomamos también con nosotros al muchacho Adeodato, nacido de mí según la carne, de mi pecado. Tú lo habías hecho bien. Tenía casi quince años y por su ingenio aventajaba a muchos hombres graves y doctos. Te confieso Tus dones, Señor Dios mío, creador de todas las cosas y muy poderoso para dar forma a lo que en nosotros es deforme, pues yo en aquel muchacho no tenía sino el delito. Pues que lo criáramos en Tu disciplina, Tú nos lo habías inspirado, ningún otro. Te confieso Tus dones. Hay un libro nuestro que se titula «Sobre el maestro»: él mismo habla allí conmigo. Tú sabes que son suyos todos los pensamientos que se ponen allí en boca de mi interlocutor, cuando tenía dieciséis años. De él he experimentado otras muchas cosas más admirables: aquel ingenio me causaba espanto. ¿Y quién, fuera de Ti, es el artífice de tales maravillas?

Pronto quitaste de la tierra su vida, y lo recuerdo con mayor seguridad, sin temer nada de su niñez ni de su juventud ni, en absoluto, de aquel hombre. Lo asociamos a nosotros, de nuestra misma edad en Tu gracia, para educarlo en Tu disciplina. Y fuimos bautizados, y se alejó de nosotros la inquietud de la vida pasada. Y en aquellos días no me saciaba de considerar, con una dulzura admirable, la altura de Tu designio sobre la salvación del género humano. ¡Cuánto lloré con Tus himnos y cánticos, conmovido vivamente por las voces de Tu Iglesia, que suavemente resonaban! Aquellas voces fluían en mis oídos, y la verdad se destilaba en mi corazón, y de allí hervía un afecto de piedad, y corrían las lágrimas, y me hallaba bien con ellas.

VII

No hacía mucho que la Iglesia de Milán había comenzado a practicar este género de consuelo y de exhortación, con gran fervor de los hermanos que cantaban a una con voces y corazones. Sin duda era el año, o no mucho más, en que Justina, madre del niño rey Valentiniano, perseguía a Ambrosio, hombre Tuyo, a causa de su herejía, en la que había sido seducida por los arrianos. El pueblo piadoso velaba en la iglesia, dispuesto a morir con su obispo, siervo Tuyo. Allí mi madre, sierva Tuya, tomando la primera parte en la solicitud y en las vigilias, vivía de oraciones. Nosotros, todavía fríos, sin el calor de Tu Espíritu, éramos sin embargo sacudidos por la ciudad atónita y turbada. Entonces se instituyó que se cantaran himnos y salmos según la costumbre de las regiones de Oriente, para que el pueblo no se consumiera en el tedio de la tristeza, costumbre que desde entonces se ha conservado hasta hoy, imitada ya por muchos, y casi por todos Tus rebaños, en el resto del orbe.

Entonces revelaste en una visión al mencionado obispo Tuyo en qué lugar se ocultaban los cuerpos de los mártires Protasio y Gervasio, que durante tantos años habías guardado incorruptos en el tesoro de

Tu secreto, de donde oportunamente los sacarías para frenar una rabia de mujer, pero de reina. En efecto, cuando fueron descubiertos y desenterrados, y trasladados con digno honor a la basílica ambrosiana, no solo eran sanados los atormentados por espíritus inmundos, confesándolo los mismos demonios, sino también un cierto ciudadano, ciego desde hacía muchos años y muy conocido en la ciudad, al preguntar la causa del tumulto de alegría del pueblo y oírla, saltó y rogó a su guía que lo condujera allá; y llevado allí, consiguió que se le permitiera tocar con su pañuelo el féretro de la muerte, preciosa a Tu vista, de Tus santos; y apenas lo hizo y lo acercó a los ojos, estos se le abrieron al instante. De allí se difundió la fama, de allí brotaron Tus alabanzas, ardientes y luminosas, de allí el ánimo de aquella enemiga, aunque no se inclinó a la salud de la fe, fue sin embargo reprimido en el furor de perseguir. ¡Gracias a Ti, Dios mío! ¿De dónde y hacia dónde condujiste mi recuerdo, para que confesara también estas cosas, que, siendo grandes, había olvidado y pasado por alto? Y sin embargo, entonces, cuando de tal modo se esparcía el olor de Tus ungüentos, no corríamos tras Ti. Por eso lloraba más entre los cánticos de Tus himnos, suspirando por Ti desde hacía tiempo y respirando por fin, cuanto cabe de aire en una casa de paja.

VIII

Tú, que haces habitar en la casa a los que tienen un mismo sentir, nos asociaste también a Evodio, joven de nuestro municipio. Mientras servía como agente imperial, se convirtió a Ti antes que nosotros, y fue bautizado, y, abandonada la milicia secular, se ciñó la Tuya. Estábamos juntos, y juntos íbamos a habitar, conforme a un santo propósito. Buscábamos cuál sería el lugar que más útilmente nos tuviera sirviéndote; juntos regresábamos a África. Y estando en Ostia del Tíber, murió mi madre. Paso por alto muchas cosas, porque tengo mucha prisa: recibe mis confesiones y acciones de gracias, Dios mío, por innumera-

bles cosas, aun en silencio. Pero no pasaré por alto cuanto mi alma da a luz acerca de aquella sierva Tuya, que me dio a luz a mí, con la carne para que naciera a esta luz temporal, y con el corazón para que naciera a la eterna. No hablaré de dones suyos, sino Tuyos en ella, pues ni se había hecho ella misma ni se había educado a sí misma. Tú la creaste (ni el padre ni la madre sabían qué saldría de ellos) y la instruyó en Tu temor la vara de Tu Cristo, el gobierno de Tu Unigénito, en una casa fiel, miembro bueno de Tu Iglesia. Y no ponderaba tanto el esmero de su madre en disciplinarla como el de cierta criada anciana y decrépita, que había llevado a cuestas a su padre cuando era niño, como suelen llevarse los pequeños a la espalda de las muchachas algo mayores. Por este motivo, y por su vejez y sus excelentes costumbres, era muy honrada por sus señores en aquella casa cristiana. Por eso también desempeñaba con diligencia el cuidado de las hijas de sus señores, que se le había encomendado, y era vehemente, con santa severidad, en corregirlas cuando era preciso y, en enseñarlas, de sobria prudencia. Pues, fuera de aquellas horas en que se alimentaban con gran moderación en la mesa de sus padres, no les permitía beber ni agua, aunque ardieran de sed, previniendo una mala costumbre y añadiendo una palabra sana: «Ahora beben agua porque no tienen vino a su alcance; pero cuando lleguen a casa de sus maridos, hechas señoras de despensas y bodegas, el agua les parecerá poca cosa, y prevalecerá la costumbre de beber». Con este modo de aconsejar y con la autoridad de mandar, frenaba el ansia de aquella edad tierna y daba a la sed misma de las muchachas una medida honesta, de modo que ya no les apeteciera lo que no convenía.

Y sin embargo, como me contaba a mí, su hijo, aquella sierva Tuya, se le había deslizado la afición al vino. Pues cuando, como a una muchacha sobria, sus padres le mandaban, según la costumbre, sacar vino de la cuba, sumergía la copa por donde la cuba está abierta por arriba y, antes de verter el vino puro en la jarrita, sorbía con la punta de los labios un poquito, porque no podía más, rechazándolo su gusto. No lo

hacía, en efecto, por ningún apetito de borracha, sino por ciertos excesos rebosantes de la edad, que hierven en movimientos juguetones y que en los ánimos infantiles suelen ser reprimidos por el peso de los mayores. Así, añadiendo cada día pequeñas porciones a aquella pequeña porción (pues quien desprecia lo pequeño, poco a poco cae), vino a caer en tal costumbre que bebía ya con avidez copitas casi llenas de vino puro. ¿Dónde estaban entonces la anciana sagaz y aquella vehemente prohibición? ¿Valía algo contra el mal oculto, si Tu medicina, Señor, no velaba sobre nosotros? Ausentes el padre, la madre y los que la criaban, estabas Tú presente, que creaste, que llamas, que incluso por medio de hombres puestos al frente haces algún bien para la salvación de las almas. ¿Qué hiciste entonces, Dios mío? ¿Con qué la curaste? ¿Con qué la sanaste? ¿No sacaste de otra alma una injuria dura y aguda, como un hierro medicinal de Tus reservas ocultas, y con un solo golpe cortaste aquella podredumbre? Pues la criada con la que solía acercarse a la cuba, riñendo con su señorita, como sucede, a solas las dos, le echó en cara esta falta con un insulto amarguísimo, llamándola «bebedora de vino puro». Herida por ese aguijón, ella vio su fealdad y al instante la condenó y se despojó de ella. Así como los amigos aduladores pervierten, así los enemigos que disputan muchas veces corrigen. Y Tú no les pagas por lo que haces por medio de ellos, sino por lo que ellos mismos quisieron. Pues aquella, irritada, deseó zaherir a su señorita menor, no sanarla, y por eso lo hizo a escondidas, o porque así las había hallado el lugar y el momento de la riña, o para no correr ella misma peligro por haberlo denunciado tan tarde. Pero Tú, Señor, rector de las cosas celestes y terrenas, que tuerces para Tus usos las profundidades del torrente y el flujo de los siglos, ordenadamente turbulento, sanaste un alma incluso con la locura de otra, para que nadie, al advertir esto, lo atribuya a su poder si por su palabra es corregido otro a quien quiere corregir.

Educada, pues, con pudor y sobriedad, y sujeta a sus padres por Ti más que a Ti por sus padres, cuando llegó a la edad plena de casarse, fue entregada a un marido, y le sirvió como a señor y procuró ganarlo para Ti, hablándole de Ti con sus costumbres, con las cuales la hacías hermosa y reverentemente amable y admirable a su marido. Y toleró de tal modo las ofensas del lecho que nunca tuvo por ello disputa alguna con su marido. Esperaba, en efecto, Tu misericordia sobre él, para que, creyendo en Ti, fuera hecho casto. Era además aquel hombre tan excepcional en benevolencia como fogoso en la ira. Pero ella sabía que no hay que resistir a un marido airado, no solo con hechos, sino ni siquiera con una palabra. Y cuando lo veía ya sosegado y tranquilo, y la ocasión era oportuna, le daba razón de su conducta, si acaso él se había alterado con poca reflexión. En fin, como muchas matronas, cuyos maridos eran más mansos, llevaban en el rostro, desfigurado, huellas de golpes, en las conversaciones entre amigas ellas criticaban la vida de sus maridos, y ella, la lengua de ellas, advirtiéndoles gravemente, como en broma, que desde que oyeron leer aquellas tablas que se llaman matrimoniales, debieron considerarlas como instrumentos por los cuales se habían hecho siervas; que, por tanto, acordándose de su condición, no convenía alzarse con soberbia contra sus señores. Y como ellas se admiraban, sabiendo qué esposo tan feroz soportaba, de que jamás se hubiera oído ni hubiera constado por indicio alguno que Patricio hubiera golpeado a su mujer o que hubieran discordado entre sí, siquiera un día, por una riña doméstica, y le preguntaban con confianza la causa, les exponía ella su proceder, que arriba he recordado. Las que seguían su ejemplo, tras probarlo, se lo agradecían; las que no lo seguían, sometidas, eran maltratadas.[1]

A su suegra, además, irritada al principio por los chismes de criadas malvadas contra ella, la venció de tal modo con su obsequiosidad, perseverando en la tolerancia y la mansedumbre, que la suegra mis-

ma, por propia iniciativa, denunció a su hijo las lenguas de las criadas, con las que se perturbaba la paz doméstica entre ella y su nuera, y pidió venganza. Así, después de que él, obedeciendo a su madre, cuidando de la disciplina de la familia y mirando por la concordia de los suyos, castigó con azotes, a juicio de la denunciante, a las denunciadas, ella prometió que tales premios debía esperar de ella cualquiera que, para agradarle, le dijera algo malo de su nuera, y, no atreviéndose ya nadie, vivieron entre sí con una dulzura de benevolencia memorable.

También a aquella buena esclava Tuya, en cuyo seno me creaste, Dios mío, misericordia mía, le habías hecho un gran don: que, entre almas desavenidas y discordes, cualesquiera que fueran, donde podía se mostraba tan pacífica que, aunque oyera de una y otra muchas cosas amarguísimas de la otra, como suele eructar la discordia hinchada e indigesta, cuando, ante la amiga presente, se exhala la crudeza de los odios contra la enemiga ausente en conversaciones agrias, nada, sin embargo, revelaba a una de la otra sino lo que valiera para reconciliarlas. Esto me parecería un bien pequeño, si no experimentara con tristeza multitudes innumerables (propagándose muy ampliamente no sé qué horrenda peste de pecados) que no solo revelan a enemigos airados las palabras de otros enemigos airados, sino que añaden incluso lo que no fue dicho, cuando, por el contrario, a un hombre humano debería parecerle poco no excitar ni aumentar las enemistades de los hombres hablando mal, si no procura además extinguirlas hablando bien: tal era ella, enseñándola Tú, maestro íntimo, en la escuela del corazón.

En fin, ganó para Ti también a su marido, ya al final de su vida temporal, y no tuvo ya que llorar en él, fiel, lo que había tolerado en él cuando aún no lo era: fue además sierva de Tus siervos. Cualquiera de ellos que la conociera Te alababa, Te honraba y Te amaba mucho en ella, porque sentía Tu presencia en su corazón, siendo testigos los frutos de su santa conducta. Había sido, en efecto, mujer de un solo marido, había devuelto a sus padres el recíproco cuidado, había gobernado

su casa con piedad, tenía testimonio en las buenas obras. Había criado hijos, pariéndolos tantas veces cuantas los veía apartarse de Ti. Por último, a todos nosotros, Señor, puesto que por don Tuyo permites hablar, a nosotros Tus siervos, que antes de su dormición vivíamos ya asociados en Ti, tras recibir la gracia de Tu bautismo, nos cuidó como si a todos nos hubiera engendrado, nos sirvió como si de todos hubiera sido engendrada.

X

Y cuando se acercaba el día en que había de salir de esta vida (día que Tú conocías y nosotros ignorábamos), ocurrió, como creo, disponiéndolo Tú por Tus ocultos caminos, que ella y yo estábamos a solas, apoyados en una ventana desde la cual se contemplaba el jardín interior de la casa que nos albergaba, allí en Ostia del Tíber, donde, apartados de la multitud, tras la fatiga de un largo viaje, nos reponíamos para la navegación. Conversábamos, pues, a solas muy dulcemente y, olvidando lo pasado y lanzándonos a lo que está delante, buscábamos entre nosotros, ante la Verdad presente, que eres Tú, cómo sería la vida eterna de los santos, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Pero abríamos la boca del corazón, jadeantes, a los arroyos de lo alto de Tu fuente, la fuente de la vida, que está en Ti, para que, rociados de allí según nuestra capacidad, pensáramos de algún modo en tan gran cosa.

Y cuando la conversación llegó a tal punto que el deleite de los sentidos carnales, por grande que fuera, en la luz corporal que fuera, no solo no parecía digno de comparación con la alegría de aquella vida, sino ni siquiera de mención, alzándonos con afecto más ardiente hacia el Mismo, recorrimos por grados todas las cosas corporales y el cielo mismo, desde donde brillan sobre la tierra el sol, la luna y las estrellas. Y subíamos aún más arriba interiormente, pensando, hablando y admirando Tus obras. Y llegamos a nuestras mentes y las trascendi-

mos, para alcanzar la región de la abundancia que no se agota, donde apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, y allí la vida es la sabiduría, por la cual son hechas todas estas cosas, las que fueron y las que serán, y ella no es hecha, sino que es como fue, y así será siempre. Más bien, haber sido y haber de ser no está en ella, sino solo ser, porque es eterna: pues haber sido y haber de ser no es eterno. Y mientras hablamos y suspiramos por ella, la tocamos un poco con un golpe total del corazón. Y suspiramos, y dejamos allí atadas las primicias del espíritu, y volvimos al ruido de nuestra boca, donde la palabra empieza y termina. ¿Y qué hay semejante a Tu Verbo, Señor nuestro, que permanece en sí mismo sin envejecer y lo renueva todo?

Decíamos, pues: «Si para alguien callara el tumulto de la carne, callaran las imágenes de la tierra, de las aguas y del aire, callaran también los cielos, y el alma misma callara para sí y se trascendiera a sí misma no pensándose, callaran los sueños y las revelaciones imaginarias, toda lengua y todo signo, y todo lo que existe pasando, si para alguien callara del todo (pues si alguien las escucha, todas estas cosas dicen: “No nos hicimos nosotras mismas, sino que nos hizo Aquel que permanece eternamente”), si, dicho esto, ya callaran, porque han inclinado el oído hacia Aquel que las hizo, y hablara Él solo, no por ellas, sino por Sí mismo, de modo que oyéramos Su Palabra, no por lengua de carne ni por voz de ángel ni por estruendo de nube ni por enigma de semejanza, sino a Aquel mismo a quien en ellas amamos, a Él mismo sin ellas Lo oyéramos (como ahora nos extendimos y, con un pensamiento rápido, alcanzamos la Sabiduría eterna que permanece sobre todas las cosas), si esto se prolongara y se retiraran otras visiones de género muy desigual, y esta sola arrebatara, absorbiera y sumergiera en gozos interiores a su espectador, de modo que tal fuera la vida eterna como fue este instante de inteligencia por el que suspiramos, ¿no es esto: “Entra en el gozo de tu Señor”? ¿Y eso cuándo? ¿Acaso cuando todos resucitemos, pero no todos seamos transformados?».

Yo decía tales cosas, aunque no de este modo y con estas palabras;

sin embargo, Señor, Tú sabes que aquel día, cuando hablábamos de esto y este mundo se nos envilecía entre las palabras con todos sus deleites, entonces dijo ella: «Hijo, en cuanto a mí, ya nada me deleita en esta vida. No sé qué hago aquí todavía ni por qué estoy aquí, consumida ya la esperanza de este siglo. Una sola cosa había por la cual deseaba detenerme algo en esta vida: verte cristiano católico antes de morir. Mi Dios me lo ha concedido con creces, pues te veo, además, siervo Suyo, despreciada la felicidad terrena. ¿Qué hago aquí?».

XI

Qué le respondí a esto no lo recuerdo bien, pues entretanto, apenas pasados cinco días o no mucho más, cayó en cama con fiebres. Y estando enferma, un día sufrió un desmayo y quedó un poco sustraída a los presentes. Corrimos, pero pronto volvió en sí y, mirándonos a mi hermano y a mí, que estábamos a su lado, nos dijo, como quien pregunta: «¿Dónde estaba?». Luego, viéndonos atónitos de tristeza: «Aquí enterrarán a su madre», dijo. Yo callaba y contenía el llanto; pero mi hermano dijo algo con lo cual deseaba, como cosa más feliz, que ella no muriera en tierra extraña, sino en la patria. Al oír esto, ella, con rostro angustiado, reprendiéndolo con los ojos por pensar tales cosas, y luego mirándome a mí: «Mira lo que dice», dijo; y enseguida a los dos: «Entierren este cuerpo en cualquier parte. Que no les preocupe en nada su cuidado. Solo les ruego esto, que se acuerden de mí ante el altar del Señor, dondequiera que estén». Y cuando hubo expresado este pensamiento con las palabras que pudo, enmudeció, y se debatía con la enfermedad que se agravaba.

Yo, en cambio, pensando en Tus dones, Dios invisible, que infundes en los corazones de Tus fieles, y de ellos brotan frutos admirables, me alegraba y Te daba gracias, recordando lo que sabía: con cuánto afán se había preocupado siempre por el sepulcro que se había provisto y preparado junto al cuerpo de su marido. Pues, como habían vivido en

gran concordia, quería también esto (¡tan poco capaz de lo divino es el ánimo humano!): que se le concediera, después de la peregrinación de ultramar, ser añadida a aquella felicidad y ser recordada por los hombres, de modo que la tierra de ambos cónyuges, unida, los cubriera. Cuándo había empezado esa vanidad a no estar en su corazón por la plenitud de Tu bondad, no lo sabía, y me alegraba, admirado de que así se me hubiera mostrado (aunque también en aquella conversación nuestra junto a la ventana, cuando dijo: «¿Qué hago ya aquí?», no pareció desear morir en la patria). Supe también después que, estando ya con nosotros en Ostia, conversaba un día con ciertos amigos míos, con confianza de madre, sobre el desprecio de esta vida y el bien de la muerte, cuando yo no estaba presente; y, estupefactos ellos ante la virtud de aquella mujer (porque Tú se la habías dado) y preguntándole si no temía dejar su cuerpo tan lejos de su ciudad, dijo: «Nada está lejos de Dios, y no hay que temer que Él no reconozca, al fin del siglo, de dónde ha de resucitarme». Así, pues, al noveno día de su enfermedad, en el año cincuenta y seis de su edad y el treinta y tres de la mía, aquella alma religiosa y piadosa fue liberada del cuerpo.

XII

Yo le cerraba los ojos, y confluía en mis entrañas una inmensa tristeza y desbordaba en lágrimas, y allí mismo mis ojos, con violento imperio del ánimo, reabsorbían su fuente hasta la sequedad, y en tal lucha me iba muy mal. Pero cuando exhaló el último aliento, el muchacho Adeodato prorrumpió en gritos de dolor, y, reprendido por todos nosotros, calló. De este modo también algo mío, infantil, que se deslizaba hacia el llanto, era reprimido por la voz juvenil del corazón y callaba. Pues no creíamos conveniente celebrar aquel funeral con quejas lacrimosas y gemidos, porque con ellos suele deplorarse cierta miseria de los que mueren o como una extinción total. Pero ella ni moría miserablemente ni moría del todo. Esto lo sosteníamos por los testimonios de sus cos-

tumbres, por una fe no fingida y por razones ciertas.

¿Qué era, pues, lo que me dolía gravemente por dentro, sino la herida reciente de una costumbre de vivir juntos, dulcísima y queridísima, bruscamente rota? Me congratulaba, sí, de su testimonio, pues en aquella última enfermedad, acariciándome entre mis cuidados, me llamaba piadoso y recordaba con gran afecto de cariño que nunca había oído salir de mi boca contra ella una palabra dura o injuriosa. Pero ¿qué había de semejante, Dios mío, que nos hiciste, qué comparable tenía el honor que yo le tributaba y el servicio que ella me prestaba? Así, al verme abandonado de tan gran consuelo suyo, se hería mi alma y se desgarraba, por así decir, la vida, que se había hecho una sola de la mía y de la de ella.

Contenido, pues, aquel muchacho en su llanto, Evodio tomó el salterio y comenzó a cantar el salmo, al cual respondíamos toda la casa: «Te cantaré, Señor, la misericordia y el juicio». Al saberse lo que ocurría, acudieron muchos hermanos y mujeres religiosas y, según la costumbre, mientras aquellos cuyo oficio era cuidar del funeral hacían lo suyo, yo, en un lugar donde podía hacerlo con decoro, con los que juzgaban que no debía dejárseme solo, disertaba sobre lo que convenía al momento, y con ese bálsamo de la verdad mitigaba un tormento que Tú conocías, y ellos ignoraban, y me oían atentos y pensaban que yo no sentía dolor. Pero yo, en Tus oídos, donde ninguno de ellos oía, reprendía la blandura de mi afecto y contenía el flujo de la tristeza, y cedía un poco. Y de nuevo era arrastrado por su impulso, no hasta el estallido de las lágrimas ni hasta el cambio del rostro, pero yo sabía qué reprimía en el corazón. Y como me desagradaba vivamente que pudieran tanto en mí estas cosas humanas, que por el orden debido y por la suerte de nuestra condición es necesario que ocurran, me dolía de mi dolor con otro dolor y me consumía en una doble tristeza.

Y he aquí que sacaron el cuerpo; fuimos y volvimos sin lágrimas. Pues ni en aquellas oraciones que Te derramamos cuando se ofrecía por ella el sacrificio de nuestro rescate, ya junto al sepulcro, colocado

el cadáver antes de ser depositado, como allí se suele hacer, ni en esas oraciones, pues, lloré; pero todo el día estuve gravemente triste en lo oculto y, con la mente turbada, Te rogaba como podía que sanaras mi dolor, y no lo hacías, creo que grabando en mi memoria, con este solo testimonio, la fuerza de todo vínculo de costumbre, incluso sobre una mente que ya no se alimenta de palabra engañosa. Me pareció también que debía ir a lavarme, porque había oído que los baños deben su nombre a que los griegos los llamaron balanion, porque expulsan la ansiedad del alma. Mira, también esto lo confieso a Tu misericordia, Padre de los huérfanos: me lavé y quedé como antes de lavarme, pues no se me fue del corazón la amargura de la tristeza. Después dormí y desperté, y hallé mi dolor no poco mitigado, y, estando solo en mi lecho, me acordé de los versos veraces de Tu Ambrosio. Pues Tú eres,

Dios, creador de todas las cosas, y rector del cielo, que vistes el día de hermosa luz, la noche de grato sueño, para que el descanso devuelva al uso del trabajo los miembros relajados, alivie las mentes cansadas y libre de luto a los angustiados.

Y desde ahí, poco a poco, volvía a mi sentir de antes acerca de Tu sierva y de su trato, piadoso para Contigo y santamente tierno y dócil con nosotros, del que de pronto me vi privado, y quise llorar en Tu presencia sobre ella y por ella, sobre mí y por mí. Y solté las lágrimas que contenía, para que corrieran cuanto quisieran, tendiéndolas como lecho bajo mi corazón. Y descansó en ellas, porque allí estaban Tus oídos, no los de algún hombre que interpretara con soberbia mi llanto. Y ahora, Señor, Te lo confieso por escrito: léalo quien quiera e interprételo como quiera; y si halla pecado en que yo haya llorado a mi madre una pequeña parte de una hora, a mi madre, muerta por un tiempo a mis ojos, que me había llorado durante muchos años para que yo viviera a Tus ojos, que no se ría, sino que más bien, si es de gran caridad, llore él mismo por mis pecados ante Ti, Padre de todos los hermanos de Tu Cristo.

XIII

Pero yo, sanado ya mi corazón de aquella herida en que podía reprochársele un afecto carnal, derramo ante Ti, Dios nuestro, por aquella sierva Tuya, un género de lágrimas muy distinto, que mana de un espíritu estremecido al considerar los peligros de toda alma que muere en Adán. Pues aunque ella, vivificada en Cristo aun antes de ser liberada de la carne, vivió de tal modo que Tu nombre es alabado en su fe y en sus costumbres, no me atrevo, sin embargo, a decir que, desde que la regeneraste por el bautismo, no salió de su boca ninguna palabra contra Tu precepto. Y la Verdad, Tu Hijo, ha dicho: «Si alguno dice a su hermano: "Necio", será reo del fuego de la gehena». ¡Y ay aun de la vida loable de los hombres, si la examinas dejando a un lado la misericordia! Pero como no indagas con rigor los pecados, esperamos con confianza algún lugar junto a Ti. Y cualquiera que Te enumera sus verdaderos méritos, ¿qué Te enumera sino Tus dones? ¡Oh, si los hombres se reconocieran hombres, y el que se gloría, se gloriara en el Señor!

Así pues, yo, alabanza mía y vida mía, Dios de mi corazón, dejando un momento a un lado sus buenas obras, por las que Te doy gracias con gozo, Te ruego ahora por los pecados de mi madre.[2] Escúchame por Aquel que es la medicina de nuestras heridas, que pendió del madero y que, sentado a Tu derecha, intercede ante Ti por nosotros. Sé que obró con misericordia y que de corazón perdonó las deudas a sus deudores; perdónale también Tú sus deudas, si alguna contrajo en tantos años después del agua de la salvación. Perdona, Señor, perdona, Te lo suplico; no entres en juicio con ella. Que la misericordia triunfe sobre el juicio, porque Tus palabras son verdaderas y prometiste misericordia a los misericordiosos. Y que lo fueran, Tú se lo diste, Tú, que Te apiadarás de quien Te hayas apiadado y harás misericordia a quien hayas sido misericordioso.

Y creo que ya has hecho lo que Te pido; pero acepta, Señor, las ofrendas voluntarias de mi boca. Porque ella, al acercarse el día de su

partida, no pensó en que su cuerpo fuera amortajado con lujo o embalsamado con aromas, ni deseó un monumento escogido, ni se preocupó por un sepulcro en su tierra. No nos encargó estas cosas, sino que solo deseó que se hiciera memoria de ella ante Tu altar, al que había servido sin faltar un solo día, pues sabía que desde allí se dispensa la víctima santa con la cual fue borrado el documento que nos era contrario, con la cual fue vencido el enemigo que lleva la cuenta de nuestros pecados y busca qué echarnos en cara, y nada halló en Aquel en quien vencemos. ¿Quién Le devolverá la sangre inocente? ¿Quién Le restituirá el precio con que nos compró, para arrebatarnos de Él? Al sacramento de este precio de nuestro rescate ató Tu sierva su alma con el vínculo de la fe. Que nadie la arranque de Tu protección; que no se interpongan, ni por la fuerza ni con engaños, el león y el dragón. Porque ella no responderá que nada debe, no sea que el astuto acusador la convenza y se apodere de ella, sino que responderá que sus deudas le han sido perdonadas por Aquel a quien nadie devolverá lo que, sin deber nada, pagó por nosotros.

Que esté, pues, en paz con su marido, antes del cual y después del cual no se casó con ningún otro, a quien sirvió dándote fruto con paciencia, para ganarlo también para Ti. E inspira, Señor mío, Dios mío, inspira a Tus siervos, mis hermanos, a Tus hijos, mis señores, a quienes sirvo con el corazón, con la voz y con la pluma, para que cuantos lean esto se acuerden ante Tu altar de Mónica, Tu sierva, junto con Patricio, que fue su esposo, por cuya carne me introdujiste en esta vida, no sé cómo. Que se acuerden con piadoso afecto de los que fueron mis padres en esta luz pasajera, mis hermanos bajo Ti, Padre, en la Madre católica, y mis conciudadanos en la Jerusalén eterna, por la que suspira la peregrinación de Tu pueblo desde la salida hasta el regreso; para que lo que ella me pidió al final se le conceda con más abundancia en las oraciones de muchos, por estas confesiones, que por mis oraciones.

1. N. del E.: las «tablas matrimoniales» eran el contrato de matrimonio romano, y el consejo de Mónica refleja el derecho y las costumbres de su época. Agustín no justifica los golpes: alaba la paciencia de su madre. La Iglesia enseña que el hombre y la mujer tienen la misma dignidad como personas (CEC 369), y san Pablo pide a los esposos someterse unos a otros (Ef 5, 21).

2. N. del E.: que Agustín pida perdón por los pecados de una madre que la Iglesia venera como santa no es duda sobre su salvación: él mismo añade «creo que ya has hecho lo que Te pido». Es uno de los testimonios más antiguos de la oración por los difuntos ante el altar; el Catecismo cita las palabras de Mónica del capítulo 11 de este libro (CEC 1371) y apoya en esta práctica la doctrina del purgatorio (CEC 1032).

Libro décimo

I

Que Te conozca, conocedor mío, que Te conozca como también yo soy conocido. Fuerza de mi alma, entra en ella y ajústala a Ti, para que la tengas y la poseas sin mancha ni arruga. Esta es mi esperanza: por eso hablo, y en esa esperanza me gozo, cuando mi gozo es sano. Las demás cosas de esta vida son tanto menos dignas de llanto cuanto más se las llora, y tanto más dignas de llanto cuanto menos se llora por ellas. Porque he aquí que amaste la verdad, pues quien la hace viene a la luz. Quiero hacerla en mi corazón delante de Ti en la confesión, y en mi pluma delante de muchos testigos.

II

Y ante Ti, Señor, a cuyos ojos está desnudo el abismo de la conciencia humana, ¿qué quedaría oculto en mí, aunque no quisiera confesarme a Ti? Pues Te escondería a Ti de mí, no a mí de Ti. Ahora bien, como mi gemido es testigo de que me desagrado a mí mismo, Tú resplandeces, agradas, eres amado y deseado, para que me avergüence de mí, me deseche y Te elija a Ti, y no me agrade ni a Ti ni a mí sino por Ti. Ante Ti, pues, Señor, estoy manifiesto, sea quien sea. Y con qué fruto me confieso a Ti, ya lo dije, y no lo hago con palabras y voces de carne, sino con palabras del alma y con el clamor del pensamiento, que Tu oído conoce. Porque cuando soy malo, confesarme a Ti no es otra cosa que desagradarme a mí; y cuando soy piadoso, confesarme a Ti no es otra cosa que no atribuírmelo a mí, porque Tú, Señor, bendices al justo, pero antes justificas al impío. Mi confesión, pues, Dios mío, se hace ante Ti, en Tu presencia, callada y no callada: calla en cuanto al ruido, clama en cuanto al afecto. Pues ni digo a los hombres algo recto que

Tú no hayas oído antes de mí, ni Tú oyes de mí algo semejante que antes no me hayas dicho Tú a mí.

III

¿Qué tengo yo, pues, que ver con los hombres, para que escuchen mis confesiones, como si ellos fueran a sanar todas mis dolencias? Raza curiosa para conocer la vida ajena, perezosa para corregir la suya. ¿Por qué quieren oír de mí quién soy, ellos que no quieren oír de Ti quiénes son? Y cuando me oyen hablar de mí mismo, ¿cómo saben si digo la verdad, puesto que ningún hombre sabe lo que sucede en el hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Pero si oyeran de Ti algo sobre sí mismos, no podrían decir: «Miente el Señor». Pues ¿qué es oír de Ti acerca de sí sino conocerse? ¿Y quién, conociéndose, dice «es falso», a no ser que él mismo mienta? Pero como la caridad todo lo cree, ciertamente entre aquellos a quienes, unidos entre sí, hace uno solo, también yo, Señor, me confieso a Ti de modo que me oigan los hombres, a quienes no puedo demostrar si confieso cosas verdaderas. Pero me creen aquellos cuyos oídos me abre la caridad.

Sin embargo, Tú, médico íntimo mío, aclárame con qué fruto hago esto. Pues las confesiones de mis males pasados, que perdonaste y cubriste para hacerme feliz en Ti, cambiando mi alma por la fe y por Tu sacramento, cuando se leen y se escuchan, despiertan el corazón para que no duerma en la desesperación y diga «no puedo», sino que se mantenga despierto en el amor de Tu misericordia y en la dulzura de Tu gracia, por la cual es poderoso todo débil que por ella cobra conciencia de su debilidad. Y deleita a los buenos oír los males pasados de quienes ya carecen de ellos, y no deleita porque sean males, sino porque fueron y ya no son. ¿Con qué fruto, pues, Señor mío, a quien mi conciencia se confiesa cada día, más segura por la esperanza de Tu misericordia que por su inocencia, con qué fruto, Te ruego, me confieso también ante los hombres, en Tu presencia, por medio de estas letras,

quién soy aún, no quién fui? Porque aquel fruto lo vi y lo mencioné. Pero quién soy todavía, he aquí, en este mismo tiempo de mis confesiones, muchos desean saberlo, los que me han conocido y los que no, los que oyeron algo de mí o acerca de mí, pero su oído no llega a mi corazón, donde estoy yo, sea quien sea. Quieren, pues, oír, al confesarme yo, lo que soy en mi interior, adonde no pueden dirigir ni el ojo ni el oído ni la mente; quieren oírlo dispuestos a creer; pero ¿acaso para conocer? Pues les dice la caridad, por la cual son buenos, que no miento de mí al confesarme, y ella misma en ellos me cree.

IV

Pero ¿con qué fruto lo quieren? ¿Acaso desean congratularse conmigo cuando oigan cuánto me acerco a Ti por Tu don, y orar por mí cuando oigan cuánto me retrasa mi peso? A tales me daré a conocer. Pues no es pequeño fruto, Señor Dios mío, que muchos Te den gracias por nosotros y que muchos Te rueguen por nosotros. Ame en mí el alma fraterna lo que enseñas que debe amarse, y duélase en mí de lo que enseñas que debe dolerse. Que haga esto aquella alma fraterna, no la extraña, no la de los hijos ajenos, cuya boca habló vanidad y cuya diestra es diestra de iniquidad, sino aquella alma fraterna que, cuando me aprueba, se alegra por mí, y cuando me desaprueba, se entristece por mí, porque, ya me apruebe ya me desapruebe, me ama. A tales me daré a conocer. Respiren con mis bienes, suspiren por mis males. Mis bienes son obra Tuya y dones Tuyos, mis males son mis delitos y Tus juicios. Respiren con aquellos y suspiren por estos, y himno y llanto suban a Tu presencia desde corazones fraternos, que son Tus incensarios. Y Tú, Señor, deleitado con el aroma de Tu santo templo, ten piedad de mí según Tu gran misericordia por amor de Tu nombre, y sin abandonar jamás lo que has comenzado, lleva a término lo imperfecto en mí.

Este es el fruto de mis confesiones, no cómo fui sino cómo soy, para confesarlo no solo ante Ti, con júbilo secreto y temblor, y con triste-

za secreta y esperanza, sino también a oídos de los hijos de los hombres que creen, compañeros de mi gozo y partícipes de mi mortalidad, conciudadanos míos y peregrinos conmigo, los que me preceden, los que me siguen y los que acompañan mi vida. Estos son Tus siervos, hermanos míos, a quienes quisiste que fueran Tus hijos, señores míos, a quienes mandaste que sirva, si quiero vivir contigo de Ti. Y esta palabra Tuya poco me habría valido si solo mandara hablando y no fuera delante obrando. Y yo lo hago con hechos y palabras, lo hago bajo Tus alas, con enorme peligro, si no fuera porque bajo Tus alas mi alma Te está sometida y mi flaqueza Te es conocida. Pequeñito soy, pero mi Padre vive siempre y es tutor idóneo para mí. Pues Él mismo es quien me engendró y me protege, y Tú mismo eres todos mis bienes, Tú el omnipotente, que estás conmigo aun antes de que yo esté contigo. Me daré a conocer, pues, a aquellos a quienes mandas que sirva, no quién fui, sino quién soy ya y quién soy todavía; pero ni a mí mismo me juzgo. Así, pues, quiero que se me escuche.

V

Pues Tú, Señor, me juzgas, porque aunque ningún hombre sabe lo que es del hombre sino el espíritu del hombre que está en él, hay con todo algo del hombre que ni siquiera el espíritu del hombre que está en él conoce. Pero Tú, Señor, sabes todo de él, porque lo hiciste. Yo, en cambio, aunque ante Tu presencia me desprecie y me estime tierra y ceniza, sé de Ti algo que de mí ignoro. Y ciertamente vemos ahora por espejo, en enigma, y aún no cara a cara. Y por eso, mientras peregrino lejos de Ti, estoy más presente a mí que a Ti, y sin embargo sé que de ningún modo puedes ser violado; yo, en cambio, ignoro a qué tentaciones puedo resistir y a cuáles no. Y hay esperanza, porque eres fiel, Tú que no permites que seamos tentados por encima de lo que podemos soportar, sino que con la tentación das también la salida, para que podamos sobrellevarla. Confiese, pues, lo que sé de mí, confiese también

lo que de mí ignoro, porque lo que de mí sé, lo sé porque Tú me alumbras, y lo que de mí ignoro, lo ignoraré hasta que mis tinieblas sean como el mediodía ante Tu rostro.

VI

No con conciencia dudosa, sino cierta, Señor, Te amo: hiriste mi corazón con Tu palabra, y Te amé. Pero también el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, he aquí que por todas partes me dicen que Te ame, y no cesan de decírselo a todos, para que sean inexcusables. Pero Tú, más profundamente, tendrás misericordia de quien tengas misericordia, y usarás de clemencia con quien seas clemente: de otro modo, el cielo y la tierra proclaman Tus alabanzas a sordos. Pero ¿qué amo cuando Te amo? No la belleza de un cuerpo ni el encanto del tiempo, no el resplandor de la luz, tan amiga de estos ojos, no las dulces melodías de cantos de todo género, no la fragancia de flores, ungüentos y aromas, no el maná ni la miel, no los miembros gratos a los abrazos de la carne: no amo esto cuando amo a mi Dios, y sin embargo amo cierta luz y cierta voz y cierto olor y cierto alimento y cierto abrazo cuando amo a mi Dios, luz, voz, olor, alimento, abrazo de mi hombre interior, donde resplandece para mi alma lo que no cabe en lugar alguno, y donde suena lo que el tiempo no arrebata, y donde huele lo que el soplo no esparce, y donde sabe lo que la voracidad no merma, y donde se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.

¿Y qué es esto? Pregunté a la tierra, y dijo: «No soy yo». Y todo lo que hay en ella confesó lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y respondieron: «No somos tu Dios; búscalo por encima de nosotros». Pregunté a las brisas que soplan, y el aire entero con sus habitantes dijo: «Se equivoca Anaxímenes; no soy Dios». Pregunté al cielo, al sol, a la luna, a las estrellas: «Tampoco nosotros somos el Dios que buscas», dicen. Y dije a todas estas cosas que rodean

las puertas de mi carne: «Díganme de mi Dios, ya que ustedes no lo son, díganme de Él algo», y exclamaron a gran voz: «Él nos hizo». Mi interrogación era mi atención, y su respuesta era su belleza. Y me dirigí a mí mismo y me dije: «Tú, ¿quién eres?». Y respondí: «Hombre». Y he aquí que cuerpo y alma están en mí a mi disposición, uno exterior y otro interior. ¿Cuál de ellos era aquel por el cual debí buscar a mi Dios, a quien ya había buscado por medio del cuerpo, desde la tierra hasta el cielo, hasta donde pude enviar como mensajeros los rayos de mis ojos? Pero lo interior es mejor. A él, en efecto, referían todos los mensajeros corporales, a él que preside y juzga las respuestas del cielo y de la tierra y de todo lo que hay en ellos, que dicen: «No somos Dios» y «Él nos hizo». El hombre interior conoció esto por el ministerio del exterior; yo, el interior, lo conocí, yo, yo, el alma, por el sentido de mi cuerpo, interrogué a la mole del mundo acerca de mi Dios, y me respondió: «Yo no soy, sino que Él me hizo».

¿No se muestra esta belleza a todos los que tienen sano el sentido? ¿Por qué no habla a todos lo mismo? Los animales pequeños y grandes la ven, pero no pueden interrogarla, pues sobre los sentidos que les informan no se ha puesto como juez la razón. Los hombres, en cambio, pueden interrogar, para contemplar lo invisible de Dios, entendido por medio de lo creado, pero por amor se someten a las cosas, y sometidos no pueden juzgar. Y estas no responden a los que preguntan sino a los que juzgan, ni cambian su voz, es decir, su belleza, si uno solo ve y otro, viendo, interroga, de modo que a aquel le aparezca de una manera y a este de otra, sino que, apareciendo del mismo modo a ambos, para aquel es muda, para este habla; más aún, a todos habla, pero la entienden quienes confrontan con la verdad, dentro, su voz recibida fuera. Pues la verdad me dice: «Tu Dios no es la tierra ni el cielo ni cuerpo alguno». Esto lo dice su naturaleza. ¿Lo ves? Es una mole, menor en la parte que en el todo. Ya tú eres mejor, a ti te digo, alma, pues tú vivificas la mole de tu cuerpo dándole vida, cosa que ningún cuerpo hace a otro cuerpo. Pero tu Dios es incluso para ti la vida de la

vida.

VII

¿Qué amo, pues, cuando amo a mi Dios? ¿Quién es aquel que está sobre la cabeza de mi alma? Por medio de mi misma alma subiré hasta Él. Pasaré más allá de mi fuerza, por la que estoy unido al cuerpo y colmo vitalmente su estructura. No hallo a mi Dios con esa fuerza, pues Lo hallarían también el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento, y es la misma fuerza con que viven también sus cuerpos. Hay otra fuerza, no solo aquella por la que vivifico, sino también aquella por la que doy sensibilidad a mi carne, que me fabricó el Señor, mandando al ojo que no oiga y al oído que no vea, sino que por el uno yo vea y por el otro oiga, y asignando uno por uno a los demás sentidos lo propio de cada cual, según sus sedes y sus oficios: cosas diversas que yo, un solo yo, el alma, realizo por medio de ellos. Pasaré también más allá de esta fuerza mía, pues también el caballo y el mulo la tienen: sienten, en efecto, también ellos por el cuerpo.

VIII

Pasaré, pues, más allá también de esta fuerza de mi naturaleza, ascendiendo por grados hacia Aquel que me hizo, y llego a los campos y amplios palacios de la memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes traídas de toda clase de cosas percibidas. Allí está guardado cuanto pensamos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de cualquier modo lo que el sentido ha alcanzado, y cualquier otra cosa que haya sido confiada y depositada y que el olvido aún no ha absorbido y sepultado. Cuando estoy allí, pido que se me presente lo que quiero, y unas cosas salen enseguida, otras se buscan más tiempo y se extraen como de ciertos receptáculos más recónditos, otras se precipitan en tropel y, mientras se pide y se busca otra cosa, saltan al medio como diciendo: «¿Acaso somos nosotras?», y las aparto con la mano del

corazón de delante de mi recuerdo, hasta que se despeja lo que quiero y sale a la vista desde lo oculto. Otras se presentan fácilmente y en serie ordenada tal como se piden, y las que van delante ceden a las que siguen y, cediendo, se guardan, para salir de nuevo cuando yo quiera. Todo esto ocurre cuando narro algo de memoria.

Allí están todas las cosas conservadas distinta y ordenadamente por géneros, cada una introducida por su propia entrada: la luz y todos los colores y formas de los cuerpos por los ojos, por los oídos todos los géneros de sonidos, y todos los olores por la entrada de las narices, todos los sabores por la entrada de la boca, y por el sentido de todo el cuerpo, qué es duro, qué blando, qué caliente o frío, suave o áspero, pesado o ligero, ya fuera, ya dentro del cuerpo. Todo esto lo recibe, para recordarlo cuando haga falta y volver a tratarlo, el vasto recinto de la memoria y no sé qué senos suyos, secretos e inefables: y todas estas cosas entran en ella cada una por sus puertas y en ella se depositan. Y sin embargo no entran ellas mismas, sino que las imágenes de las cosas percibidas están allí a disposición del pensamiento que las recuerda. Cómo hayan sido fabricadas, ¿quién lo dice?, aunque sea claro por qué sentidos fueron tomadas y guardadas dentro. Pues aun cuando estoy en tinieblas y en silencio, saco en mi memoria, si quiero, los colores, y distingo entre blanco y negro y entre los otros que quiero, y los sonidos no se lanzan encima ni perturban lo que contemplo, tomado por los ojos, pues ellos también están allí y, como depositados aparte, permanecen ocultos. Pues también a ellos los pido, si me place, y al punto están presentes, y con la lengua quieta y la garganta en silencio canto cuanto quiero, y aquellas imágenes de los colores, que no por eso dejan de estar allí, no se interponen ni interrumpen, cuando se recorre otro tesoro que fluyó de los oídos. Así recuerdo, según me place, las demás cosas que por los demás sentidos fueron introducidas y acumuladas, y distingo el aroma de los lirios del de las violetas sin oler nada, y prefiero la miel al arrope, lo suave a lo áspero, sin gustar ni tocar entonces nada, sino recordando.

Esto lo hago dentro, en la inmensa sala de mi memoria. Allí, en efecto, me están presentes el cielo, la tierra y el mar con todo lo que en ellos pude sentir, excepto lo que olvidé. Allí me encuentro también a mí mismo y me recuerdo: qué hice, cuándo y dónde, y de qué modo, cómo estaba afectado cuando lo hacía. Allí están todas las cosas que recuerdo, ya experimentadas por mí, ya creídas. De ese mismo caudal tomo también semejanzas de cosas, unas y otras, ya experimentadas, ya creídas a partir de las que experimenté, y yo mismo las entretejo con las pasadas, y a partir de ellas también acciones futuras, sucesos y esperanzas, y todo esto lo medito de nuevo como presente. «Haré esto y aquello», me digo en el mismo inmenso seno de mi alma, lleno de imágenes de tantas y tan grandes cosas, y sigue esto o aquello. «¡Oh, si ocurriera esto o aquello!». «¡Dios aparte esto o aquello!». Me digo estas cosas y, mientras las digo, están presentes las imágenes de todo lo que digo, procedentes del mismo tesoro de la memoria, y no diría absolutamente nada de ello si me faltaran.

Grande es esta fuerza de la memoria, grande en exceso, Dios mío, un santuario amplio e infinito. ¿Quién ha llegado a su fondo? Y es esta una fuerza de mi alma y pertenece a mi naturaleza, y yo mismo no abarco todo lo que soy. ¿Es, pues, el alma demasiado estrecha para poseerse a sí misma? ¿Y dónde está lo que de sí no abarca? ¿Acaso fuera de ella y no en ella? ¿Cómo, entonces, no lo abarca? Gran admiración me surge sobre esto, el estupor se apodera de mí. Y van los hombres a admirar las alturas de los montes y las enormes olas del mar y los larguísimos cursos de los ríos y el contorno del océano y las órbitas de los astros, y se dejan a sí mismos, y no se admiran de que, cuando yo decía todo esto, no lo veía con los ojos, y sin embargo no lo diría si los montes y las olas y los ríos y los astros que vi y el océano que creí no los viera dentro, en mi memoria, en espacios tan inmensos como si los viera fuera. Y sin embargo no los absorbí al verlos cuando los vi con los ojos, ni ellos mismos están en mí sino sus imágenes, y sé qué fue impreso en mí por qué sentido del cuerpo.

IX

Pero no solo estas cosas lleva esta inmensa capacidad de mi memoria. Aquí están también todas aquellas cosas aprendidas de las artes liberales que aún no se han desvanecido, como apartadas en un lugar interior que no es lugar; y de ellas no llevo las imágenes, sino las cosas mismas. Pues qué sean las letras, qué la pericia en disputar, cuántos géneros de cuestiones hay, todo lo que de esto sé, está en mi memoria de tal modo que no he dejado la cosa fuera reteniendo la imagen, ni sonó y pasó como una voz impresa por los oídos con una huella por la cual se la recordara, como si sonara cuando ya no suena, ni como un olor que, mientras pasa y se desvanece en los vientos, afecta al olfato, de donde traspasa a la memoria una imagen de sí que repetimos al recordar, ni como el alimento que ciertamente ya no sabe en el vientre y sin embargo en la memoria como que sabe, ni como algo que se siente tocándolo con el cuerpo, que la memoria imagina incluso separado de nosotros. Pues estas cosas no son introducidas en ella, sino que solo sus imágenes son captadas con admirable rapidez y se guardan como en celdas admirables y se sacan admirablemente al recordar.

X

Pero cuando oigo que hay tres géneros de cuestiones, si es, qué es, cómo es, retengo ciertamente las imágenes de los sonidos con que se forman estas palabras, y sé que pasaron por el aire con ruido y que ya no existen. Pero las cosas mismas que se significan con esos sonidos ni las alcancé con sentido alguno del cuerpo ni las vi en parte alguna fuera de mi alma, y en la memoria guardé no sus imágenes, sino ellas mismas: de dónde entraron en mí, que lo digan, si pueden. Pues recorro todas las puertas de mi carne y no encuentro por cuál de ellas entraron. En efecto, los ojos dicen: «Si son coloreadas, nosotros las anunciamos»; los oídos dicen: «Si sonaron, por nosotros fueron indicadas»; las narices dicen: «Si olieron, pasaron por nosotras»; dice también el senti-

do del gusto: «Si no es sabor, nada me preguntes»; el tacto dice: «Si no es corpóreo, no lo palpé; si no lo palpé, no lo indiqué». ¿De dónde y por dónde entraron estas en mi memoria? No sé cómo. Pues cuando las aprendí, no di crédito a corazón ajeno, sino que en el mío las reconocí y las aprobé como verdaderas y se las encomendé, como quien las deposita para sacarlas cuando quisiera. Allí estaban, pues, también antes de que las aprendiera, pero en la memoria no estaban. ¿Dónde estaban, entonces, o por qué, cuando se enunciaron, las reconocí y dije: «Así es, es verdad», sino porque ya estaban en la memoria, pero tan remotas y arrinconadas como en cavidades muy ocultas que, si alguien no me advirtiera para sacarlas, quizá no podría pensarlas?

XI

Por eso hallamos que aprender estas cosas, de las cuales no recibimos imágenes por los sentidos sino que las discernimos dentro, sin imágenes, tal como son, en sí mismas, no es otra cosa que reunir pensando, como quien recoge, y poner atención en lo que la memoria contenía de forma dispersa y desordenada, de modo que, como puestas a mano en la misma memoria, donde antes yacían esparcidas y descuidadas, ya se presenten fácilmente a la atención familiar. Y cuántas cosas de este género lleva mi memoria, que ya han sido halladas y, como dije, puestas como a mano, de las cuales decimos que las hemos aprendido y las conocemos. Si dejo de recordarlas durante intervalos de tiempo moderados, se hunden de nuevo y se deslizan como a santuarios más remotos, de modo que hay que pensarlas otra vez como nuevas desde el mismo lugar (pues no hay otra región para ellas) y reunirlas de nuevo, para que puedan saberse, es decir, hay que recogerlas como de una dispersión, de donde se dijo *cogitare*. Pues *cogo* y *cogito* son como *ago* y *agito*, *facio* y *factito*. Con todo, el alma se reivindicó para sí propiamente este verbo, de modo que no lo que se reúne en otra parte, sino lo que se recoge, es decir, *cogitur*, en el alma, se diga ya propiamente *cogi-*

tari.

XII

Igualmente contiene la memoria las razones y leyes innumerables de los números y de las dimensiones, ninguna de las cuales imprimió el sentido del cuerpo, porque ni son coloreadas, ni suenan, ni huelen, ni han sido gustadas ni palpadas. He oído los sonidos de las palabras con que se significan cuando se discurre sobre ellas, pero aquellos son una cosa y estas otra. Pues aquellos suenan de un modo en griego y de otro en latín, mientras que estas no son griegas ni latinas ni de otro género de lenguaje. Vi las líneas de los artífices, aun las más finas, como el hilo de la araña, pero aquellas son otras, no son imágenes de estas que me anunció el ojo de la carne. Las conoce todo el que, sin pensar en cuerpo alguno de cualquier clase, las ha reconocido dentro. Percibí también con todos los sentidos del cuerpo los números que contamos, pero aquellos con que contamos son otros, y no son imágenes de estos, y por eso existen de veras. Ríase de mí, que digo esto, quien no los ve, y yo me compadeceré de quien se ríe de mí.

XIII

Todo esto lo retengo en la memoria, y cómo lo aprendí lo retengo en la memoria. Muchas cosas también que se sostienen falsísimamente contra esto las he oído y las retengo en la memoria. Y aunque son falsas, no es falso, sin embargo, que me acuerde de ellas. Y también recuerdo haber discernido entre aquellas verdades y estas falsedades que se dicen en contra, y una cosa es que ahora vea que discierno esto, y otra que recuerde haberlo discernido muchas veces, cuando pensaba en ello con frecuencia. Recuerdo, pues, también haber entendido esto muchas veces, y lo que ahora discierno y entiendo lo guardo en la memoria, para recordar después que ahora lo he entendido. Así, pues, también recuerdo que recuerdo, como después, si recuerdo que ahora

pude rememorar esto, ciertamente lo recordaré por la fuerza de la memoria.

XIV

Las afecciones de mi alma las contiene también la misma memoria, no del modo en que las tiene el alma misma cuando las padece, sino de otro muy diverso, según es la fuerza de la memoria. Pues recuerdo haberme alegrado sin estar alegre, y evoco mi tristeza pasada sin estar triste, y recuerdo haber temido alguna vez sin temor, y de mi antiguo deseo me acuerdo sin deseo. A veces, al contrario, recuerdo alegre mi tristeza pasada y triste mi alegría. Lo cual no es de admirar respecto del cuerpo: pues una cosa es el alma, otra el cuerpo. Así, si recuerdo con gozo un dolor pasado del cuerpo, no es tan de admirar. Pero aquí, siendo el alma la memoria misma (pues también cuando encomendamos algo para que se tenga en la memoria, decimos: «Mira que lo tengas en el alma», y cuando olvidamos, decimos: «No estuvo en el alma» y «Se escapó del alma», llamando alma a la memoria misma), siendo así, ¿qué es esto, que cuando recuerdo alegre mi tristeza pasada, el alma tiene alegría y la memoria tristeza, y el alma está alegre por la alegría que hay en ella, y la memoria, en cambio, no está triste por la tristeza que hay en ella? ¿Acaso la memoria no pertenece al alma? ¿Quién lo diría? Sin duda, pues, la memoria es como el vientre del alma, y la alegría y la tristeza como alimento dulce y amargo: cuando se encomiendan a la memoria, como pasadas al vientre pueden guardarse allí, pero no pueden saborearse. Es ridículo pensar que estas cosas se parecen a aquellas, y sin embargo no son del todo desemejantes.

Pero he aquí que saco de la memoria, cuando digo que son cuatro las perturbaciones del alma, el deseo, la alegría, el miedo, la tristeza, y todo lo que pueda disertar acerca de ellas, dividiendo cada una en las especies de su género y definiéndolas, allí encuentro qué decir y de allí lo saco, y sin embargo no me perturba ninguna de esas perturba-

ciones cuando las evoco recordándolas. Y antes de que yo las recordara y volviera a tratarlas, estaban allí; por eso pudieron sacarse de allí por el recuerdo. Quizá, pues, así como el alimento se saca del vientre rumiando, así estas se sacan de la memoria recordando. ¿Por qué, entonces, en la boca del pensamiento no siente el que discurre, es decir, el que recuerda, la dulzura de la alegría o la amargura de la tristeza? ¿Acaso en esto es desemejante, porque no es semejante en todo? Pues ¿quién hablaría de tales cosas de buen grado, si cuantas veces nombramos la tristeza o el miedo, otras tantas se nos obligara a entristecernos o a temer? Y sin embargo no hablaríamos de ellas si no halláramos en nuestra memoria no solo los sonidos de los nombres según las imágenes impresas por los sentidos del cuerpo, sino también las nociones de las cosas mismas, que no recibimos por puerta alguna de la carne, sino que el alma misma, sintiéndolas por la experiencia de sus pasiones, las encomendó a la memoria, o la memoria misma las retuvo aun sin que se las encomendaran.

XV

Pero si es por imágenes o no, ¿quién lo dirá con facilidad? Nombro, en efecto, la piedra, nombro el sol, sin que las cosas mismas estén presentes a mis sentidos; en mi memoria, ciertamente, están a mi disposición sus imágenes. Nombro el dolor del cuerpo, y no está presente en mí mientras nada me duele; pero si su imagen no estuviera presente en mi memoria, no sabría qué decir ni lo distinguiría del placer al discurrir. Nombro la salud del cuerpo cuando estoy sano de cuerpo; está presente en mí, ciertamente, la cosa misma. Sin embargo, si su imagen no estuviera también en mi memoria, de ningún modo recordaría qué significaba el sonido de este nombre, ni los enfermos, al nombrarse la salud, reconocerían qué se ha dicho, si esa misma imagen no se retuviera por la fuerza de la memoria, aunque la cosa misma estuviera ausente del cuerpo. Nombro los números con que contamos; he aquí que

están en mi memoria no sus imágenes, sino ellos mismos. Nombro la imagen del sol, y esta está presente en mi memoria, pues no recuerdo la imagen de su imagen, sino la imagen misma; ella misma está a mi disposición cuando recuerdo. Nombro la memoria y reconozco lo que nombro. ¿Y dónde lo reconozco sino en la misma memoria? ¿Acaso ella misma está presente a sí misma por su imagen y no por sí misma?

XVI

¿Y cuando nombro el olvido y asimismo reconozco lo que nombro, de dónde lo reconocería si no lo recordara? No digo el sonido mismo del nombre, sino la cosa que significa. Si yo la hubiera olvidado, ciertamente no podría reconocer qué valía ese sonido. Luego, cuando recuerdo la memoria, la memoria misma está presente a sí misma por sí misma. Pero cuando recuerdo el olvido, están presentes la memoria y el olvido, la memoria por la cual recuerdo, el olvido que recuerdo. Pero ¿qué es el olvido sino privación de memoria? ¿Cómo, entonces, está presente para que yo lo recuerde, cuando, estando presente, no puedo recordar? Pero si lo que recordamos lo retenemos en la memoria, y si no recordáramos el olvido no podríamos de ningún modo, al oír este nombre, reconocer la cosa que con él se significa, el olvido es retenido por la memoria. Está presente, pues, para que no olvidemos, y estando presente, olvidamos. ¿O de aquí se entiende que no está en la memoria por sí mismo cuando lo recordamos, sino por su imagen, porque, si el olvido estuviera presente por sí mismo, haría no que recordáramos, sino que olvidáramos? Y esto, ¿quién lo indagará por fin? ¿Quién comprenderá cómo es?

Yo ciertamente, Señor, me afano aquí y me afano en mí mismo. Me he vuelto para mí tierra de dificultad y de sudor excesivo. Pues ahora no escudriñamos las regiones del cielo ni medimos las distancias de los astros ni buscamos el equilibrio de la tierra. Yo soy el que recuerda, yo el alma. No es tan de admirar que esté lejos de mí cuanto yo no

soy: pero ¿qué hay más cercano a mí que yo mismo? Y he aquí que la fuerza de mi memoria no es comprendida por mí, siendo así que ni siquiera a mí mismo me nombraría sin ella. Pues ¿qué voy a decir, cuando me es cierto que recuerdo el olvido? ¿Voy a decir que no está en mi memoria lo que recuerdo? ¿O voy a decir que el olvido está en mi memoria para que yo no olvide? Ambas cosas son absurdísimas. ¿Y aquel tercer caso? ¿De qué modo diré que mi memoria retiene la imagen del olvido, no el olvido mismo, cuando lo recuerdo? ¿De qué modo diré también esto, puesto que, cuando se imprime en la memoria la imagen de cada cosa, es necesario antes que esté presente la cosa misma, de la cual esa imagen pueda imprimirse? Así, en efecto, recuerdo Cartago, así todos los lugares en que estuve, así los rostros de los hombres que vi, y lo anunciado por los demás sentidos, así la salud o el dolor del propio cuerpo: estando presentes estas cosas, tomó de ellas la memoria imágenes, que yo contemplara presentes y volviera a tratar en el alma, cuando recordara aquellas cosas aun ausentes. Si, pues, por su imagen, no por sí mismo, se retiene el olvido en la memoria, él mismo estaba ciertamente presente, para que se captara su imagen. Pero estando presente, ¿cómo inscribía su imagen en la memoria, cuando el olvido, con su presencia, borra incluso lo que ya halla anotado? Y sin embargo, de cualquier modo, aunque este modo sea incomprensible e inexplicable, estoy cierto de que recuerdo el olvido mismo, por el cual se sepulta lo que recordamos.

XVII

Grande es la fuerza de la memoria, algo que sobrecoge, Dios mío, una multiplicidad profunda e infinita. Y esto es el alma, y esto soy yo mismo. ¿Qué soy, pues, Dios mío? ¿Qué naturaleza soy? Una vida variada, multiforme y inmensa en extremo. He aquí que en los campos y antros y cavernas innumerables de mi memoria, innumerablemente llenos de innumerables géneros de cosas, ya por imágenes, como todos

los cuerpos, ya por presencia, como las artes, ya por no sé qué nociones o marcas, como las afecciones del alma (que la memoria retiene aun cuando el alma no las padece, puesto que está en el alma todo lo que está en la memoria), por todo esto discurro y revoloteo de aquí para allá, penetro también cuanto puedo, y no hay fin en parte alguna. ¡Tanta es la fuerza de la memoria, tanta la fuerza de la vida en el hombre que vive mortalmente! ¿Qué haré, pues, Tú, verdadera vida mía, Dios mío? Pasaré también esta fuerza mía que se llama memoria, la pasaré para llegar hasta Ti, dulce luz. ¿Qué me dices? He aquí que, ascendiendo por mi alma hacia Ti, que permaneces sobre mí, pasaré también esta fuerza mía que se llama memoria, queriendo alcanzarte por donde puedes ser alcanzado, y unirme a Ti por donde es posible unirse a Ti. Pues también tienen memoria las bestias y las aves, de otro modo no volverían a sus lechos o nidos, ni a muchas otras cosas a las que se habitúan; pues ni podrían habituarse a cosa alguna sino por la memoria. Pasaré, pues, también la memoria, para alcanzar a Aquel que me separó de los cuadrúpedos y me hizo más sabio que las aves del cielo. Pasaré también la memoria, para hallarte, ¿dónde?, verdaderamente bueno, suavidad segura, ¿dónde Te hallaré? Si Te hallo fuera de mi memoria, no me acuerdo de Ti. ¿Y cómo Te hallaré ya, si no me acuerdo de Ti?

XVIII

Pues una mujer había perdido una dracma y la buscó con una lámpara, y si no se acordara de ella, no la encontraría. Porque, cuando fue hallada, ¿cómo sabría si era ella, si no se acordara de ella? Recuerdo haber buscado y hallado muchas cosas perdidas. De ahí sé esto, porque, cuando buscaba alguna de ellas y se me decía: «¿Acaso es esto?», «¿Acaso aquello?», seguía diciendo: «No es», hasta que se me ofrecía lo que buscaba. Y si no me acordara de ello, fuera lo que fuese, aunque se me ofreciera no lo hallaría, porque no lo reconocería. Y siempre

ocurre así, cuando buscamos y hallamos algo perdido. Sin embargo, si por casualidad algo desaparece de los ojos, no de la memoria, como un cuerpo visible cualquiera, se retiene dentro su imagen y se busca hasta que se restituya a la vista. Y cuando se ha encontrado, se reconoce por la imagen que está dentro. Y no decimos haber hallado lo que se había perdido, si no lo reconocemos, y no podemos reconocerlo, si no lo recordamos; pero esto se había perdido, en efecto, para los ojos, y la memoria lo retenía.

XIX

¿Y cuando la memoria misma pierde algo, como sucede cuando olvidamos y buscamos para recordar, dónde buscamos al fin sino en la misma memoria? Y allí, si por casualidad se ofrece una cosa en lugar de otra, la rechazamos hasta que se presente lo que buscamos. Y cuando se presenta, decimos: «Esto es»; lo cual no diríamos si no lo reconociéramos, ni lo reconoceríamos si no lo recordáramos. Ciertamente, pues, lo habíamos olvidado. ¿O no se nos había ido del todo, sino que por la parte que se retenía se buscaba la otra parte, porque la memoria sentía que no revolvía a la vez lo que solía a la vez, y, como coja por una costumbre mutilada, reclamaba que se le restituyera lo que faltaba? Es como cuando vemos con los ojos o pensamos en un hombre conocido y buscamos su nombre, que hemos olvidado: cualquier otra cosa que se presente no se une a él, porque no solía pensarse con él, y por eso se rechaza hasta que se presente aquello en que la noticia, acostumbrada a tenerlos juntos, descanse sin desequilibrio. ¿Y de dónde se presenta sino de la misma memoria? Pues también cuando, advertidos por otro, lo reconocemos, de allí se presenta. No lo creemos, en efecto, como algo nuevo, sino que, recordando, aprobamos que es eso lo que se dijo. Pero si se borrara por completo del alma, ni advertidos lo recordamos. Pues no hemos olvidado todavía del todo lo que recordamos al menos haber olvidado. Ni siquiera podremos, por tanto, buscar como

perdido aquello que hubiéramos olvidado por completo.

XX

¿Cómo, pues, Te busco, Señor? Pues cuando Te busco a Ti, mi Dios, busco la vida feliz. Te buscaré para que viva mi alma. Pues mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de Ti. ¿Cómo, entonces, busco la vida feliz? Porque no la tengo hasta que diga: «Basta, ya está ahí». Aquí conviene que diga cómo la busco, si por recuerdo, como si la hubiera olvidado y retuviera aún que la olvidé, o por deseo de aprenderla como algo desconocido, ya sea que nunca la haya sabido, ya que la haya olvidado de tal modo que ni recuerde haberla olvidado. ¿No es ella la vida feliz que todos quieren, y no hay absolutamente nadie que no la quiera? ¿Dónde la conocieron, para quererla así? ¿Dónde la vieron, para amarla? Sin duda la tenemos, no sé de qué modo. Y hay otro modo por el cual cada uno, cuando la tiene, entonces es feliz, y hay quienes son felices por la esperanza. Estos la tienen de un modo inferior a aquellos que ya son felices en la realidad, pero con todo mejores que quienes no son felices ni en la realidad ni en la esperanza. Estos, sin embargo, también ellos, si de algún modo no la tuvieran, no querrían tanto ser felices: lo cual es certísimo que quieren. No sé cómo la conocieron y por eso la tienen en no sé qué noción, de la cual me afano por saber si está en la memoria, porque, si allí está, ya fuimos felices alguna vez, si cada uno por separado o en aquel hombre que primero pecó, en quien también todos morimos y de quien todos nacimos con miseria, no lo pregunto ahora,[1] sino que pregunto si la vida feliz está en la memoria. Pues no la amaríamos si no la hubiéramos conocido. Oímos este nombre y todos confesamos que apetecemos la cosa misma; pues no nos deleita el sonido. Porque cuando un griego oye esto en latín, no se deleita, pues ignora lo que se ha dicho; nosotros, en cambio, nos deleitamos, como también él si lo oyera en griego, porque la cosa misma no es griega ni latina, y por alcanzarla suspiran griegos y latinos y

hombres de las demás lenguas. Es, pues, conocida de todos, los cuales, si se les pudiera preguntar a una sola voz si quieren ser felices, responderían sin duda alguna que quieren. Lo cual no ocurriría si la cosa misma, cuyo nombre es este, no se retuviera en su memoria.

XXI

¿Acaso como recuerda Cartago quien la vio? No. Pues la vida feliz no se ve con los ojos, porque no es cuerpo. ¿Acaso como recordamos los números? No. Pues quien los tiene en el conocimiento no busca aún alcanzarlos, mientras que la vida feliz la tenemos en el conocimiento y por eso la amamos, y sin embargo todavía queremos alcanzarla, para ser felices. ¿Acaso como recordamos la elocuencia? No. Pues aunque al oír este nombre también recuerden la cosa misma quienes aún no son elocuentes y muchos desean serlo (por donde se ve que está en su conocimiento), sin embargo, por los sentidos del cuerpo observaron a otros elocuentes y se deleitaron y desean ser así, aunque no se deleitarían si no fuera por un conocimiento interior, ni querrían serlo si no se deleitaran. Pero la vida feliz no la experimentamos en otros por sentido alguno del cuerpo. ¿Acaso como recordamos el gozo? Quizá así. Pues recuerdo mi gozo aun estando triste, como la vida feliz aun siendo desdichado, y nunca por sentido del cuerpo vi u oí u olí o gusté o toqué mi gozo, sino que lo experimenté en mi alma cuando me alegré, y su conocimiento se adhirió a mi memoria, de modo que pueda recordarlo, a veces con desprecio, a veces con deseo, según la diversidad de las cosas de las que recuerdo haberme gozado. Pues también de cosas torpes me inundó cierto gozo, que ahora, recordando, detesto y execro, y a veces de cosas buenas y honestas, gozo que recuerdo con deseo, aunque quizá ya no estén presentes, y por eso triste recuerdo el gozo pasado.

¿Dónde, pues, y cuándo experimenté mi vida feliz, para recordarla y amarla y desearla? Y no solo yo o con unos pocos, sino que todos sin

excepción queremos ser felices. Lo cual, si no lo hubiéramos conocido con noticia cierta, no lo querríamos con voluntad tan cierta. Pero ¿qué es esto? Si se preguntara a dos si quieren ir a la milicia, puede suceder que uno responda que quiere y otro que no. Pero si se les preguntara si quieren ser felices, ambos dirían enseguida, sin duda alguna, que lo desean, y aquel querría la milicia y este no la querría por ninguna otra razón sino para ser felices. ¿Acaso porque uno se goza de esto y otro de aquello? Así todos concuerdan en que quieren ser felices, como concordarían si se les preguntara si quieren gozar, y a ese mismo gozo llaman vida feliz. Y aunque uno lo alcance por aquí y otro por allá, uno solo es el término al que todos se esfuerzan por llegar, a saber, gozar. Y como esta es una cosa que nadie puede decir que no ha experimentado, por eso, hallada en la memoria, se reconoce cuando se oye el nombre de la vida feliz.

XXII

Lejos, Señor, lejos del corazón de Tu siervo que se confiesa a Ti, lejos esté que, por cualquier gozo con que me goce, me tenga por feliz. Pues hay un gozo que no se da a los impíos, sino a quienes Te sirven gratuitamente, cuyo gozo eres Tú mismo. Y esta es la vida feliz, gozar hacia Ti, de Ti, por Ti: esta es, y no hay otra. Pero quienes piensan que es otra, persiguen otro gozo, y este no verdadero. Sin embargo, de alguna imagen del gozo no se aparta su voluntad.

XXIII

No es, pues, cierto que todos quieren ser felices, porque quienes no quieren gozar de Ti, que es lo único que constituye la vida feliz, ciertamente no quieren la vida feliz. ¿O todos quieren esto, pero porque la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne, de modo que no hacen lo que quieren, caen en lo que pueden y con eso se contentan, porque lo que no pueden no lo quieren tanto cuanto basta para

poder? Pues pregunto a todos si prefieren gozar de la verdad o de la falsedad. Tan poco dudan en decir que prefieren la verdad, como en decir que quieren ser felices. La vida feliz es, en efecto, gozo de la verdad. Pues esto es gozo de Ti, que eres la verdad, Dios, iluminación mía, salud de mi rostro, Dios mío. Esta vida feliz todos la quieren, esta vida, que es la única feliz, todos la quieren, el gozo de la verdad todos lo quieren. He conocido a muchos que querían engañar, pero que querían ser engañados, a ninguno. ¿Dónde, pues, conocieron esta vida feliz, sino donde conocieron también la verdad? Pues aman también a esta, porque no quieren ser engañados, y cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad, ciertamente aman también la verdad, y no la amarían si no hubiera alguna noticia de ella en su memoria. ¿Por qué, pues, no se gozan de ella? ¿Por qué no son felices? Porque están más fuertemente ocupados en otras cosas, que los hacen desdichados más de lo que los hace felices aquello que apenas recuerdan. Pues todavía hay poca luz en los hombres. Caminen, caminen, no sea que las tinieblas los alcancen.

Pero ¿por qué la verdad engendra odio y se les ha hecho enemigo Tu hombre que predica lo verdadero, siendo así que se ama la vida feliz, que no es sino gozo de la verdad, sino porque se ama la verdad de tal modo que, quienes aman otra cosa, quieren que esto que aman sea la verdad, y como no querrían ser engañados, no quieren ser convencidos de que están en el error? Y así, por esa razón odian la verdad, por lo que aman en lugar de la verdad. La aman cuando ilumina, la odian cuando reprende. Pues como no quieren ser engañados y quieren engañar, la aman cuando se muestra a sí misma, y la odian cuando los muestra a ellos. De ahí les retribuirá, de modo que a quienes no quieren ser manifestados por ella, los manifestará aun contra su voluntad, y para ellos ella misma no será manifiesta. Así, así, también así el alma humana, también así ciega y lánguida, torpe e indecente, quiere permanecer oculta, pero no quiere que algo permanezca oculto para ella. Se le paga lo contrario: que ella no se oculte a la verdad, pero a

ella la verdad se le oculte. Y sin embargo, aun así, mientras es desdichada, prefiere gozar de lo verdadero antes que de lo falso. Será feliz, pues, si, sin molestia alguna que la interrumpa, goza únicamente de la verdad, por la cual son verdaderas todas las cosas.

XXIV

He aquí cuánto he recorrido en mi memoria buscándote, Señor, y no Te hallé fuera de ella. Pues nada de Ti hallé que no recordara, desde que Te conocí, pues desde que Te conocí no me he olvidado de Ti. Pues donde hallé la verdad, allí hallé a mi Dios, la verdad misma, de la cual, desde que la conocí, no me he olvidado. Y así, desde que Te conocí, permaneces en mi memoria, y allí Te encuentro cuando me acuerdo de Ti, y me deleito en Ti. Estas son mis santas delicias, que me donaste por Tu misericordia, mirando mi pobreza.

XXV

Pero ¿dónde permaneces en mi memoria, Señor, dónde permaneces allí? ¿Qué lecho Te fabricaste? ¿Qué santuario Te edificaste? Tú concediste a mi memoria esta dignidad, la de que permanezcas en ella; pero en qué parte suya permaneces, eso es lo que considero. Pues al recordarte sobrepasé las partes de ella que tienen también los animales, porque no Te encontraba allí entre las imágenes de las cosas corporales, y llegué a las partes donde deposité las afecciones de mi alma, y tampoco allí Te encontré. Y entré en la sede misma de mi alma, que ella tiene en mi memoria, pues el alma también se acuerda de sí misma, y tampoco allí estabas Tú, porque, así como no eres imagen corporal ni afección de un ser viviente, como la que hay cuando nos alegramos, nos entristecemos, deseamos, tememos, recordamos, olvidamos y todo lo que es de este género, así tampoco eres Tú el alma misma, porque eres el Señor Dios del alma. Y todas estas cosas cambian, mas Tú permaneces inmutable sobre todas ellas y Te has dignado habitar en mi

memoria desde que Te conocí. ¿Y por qué busco en qué lugar de ella habitas, como si realmente hubiera allí lugares? Habitas ciertamente en ella, puesto que me acuerdo de Ti desde que Te conocí, y en ella Te encuentro cuando Te recuerdo.

XXVI

Entonces, ¿dónde Te encontré para conocerte? Pues no estabas ya en mi memoria antes de que Te conociera. ¿Dónde, pues, Te encontré para conocerte, sino en Ti, por encima de mí? Y no hay lugar alguno, nos alejamos y nos acercamos, y no hay lugar alguno. Verdad, Tú presides en todas partes a todos los que Te consultan, y a la vez respondes a todos, incluso a los que Te consultan cosas distintas. Respondes con claridad, pero no todos oyen con claridad. Todos consultan lo que quieren, pero no siempre oyen lo que quieren. Tu mejor siervo es el que no pone la mira tanto en oír de Ti lo que él mismo quiso, sino más bien en querer lo que de Ti oyó.

XXVII

¡Tarde Te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde Te amé! Y he aquí que Tú estabas dentro y yo fuera, y allí Te buscaba, y me arrojaba, deforme, sobre las hermosuras que Tú hiciste. Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo. Me mantenían lejos de Ti aquellas cosas que, si no existieran en Ti, no existirían. Llamaste, y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste, resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste Tu fragancia, y yo aspiré y suspiro por Ti; probé, y tengo hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en Tu paz.

XXVIII

Cuando me una a Ti con todo mi ser, no habrá jamás para mí dolor ni fatiga, y mi vida estará viva, toda llena de Ti. Ahora, en cambio, como

Tú alivias a quien llenas, y como yo no estoy lleno de Ti, soy una carga para mí mismo. Mis alegrías dignas de llanto luchan con mis tristezas dignas de alegría, y no sé de qué lado está la victoria. Mis tristezas malas luchan con mis gozos buenos, y no sé de qué lado está la victoria. ¡Ay de mí! ¡Señor, ten piedad de mí! ¡Ay de mí! He aquí que no escondo mis heridas. Tú eres médico, yo estoy enfermo; Tú eres misericordioso, yo soy miserable. ¿Acaso no es tentación la vida humana sobre la tierra? ¿Quién querría molestias y dificultades? Tú mandas que se las soporte, no que se las ame. Nadie ama lo que soporta, aunque ame el soportar. Pues, aunque se alegre de soportarlo, prefiere sin embargo que no haya nada que soportar. En la adversidad deseo la prosperidad, en la prosperidad temo la adversidad. ¿Qué lugar intermedio hay entre estas cosas, donde la vida humana no sea tentación? ¡Ay de las prosperidades del siglo, una y dos veces, por el temor de la adversidad y por la corrupción de la alegría! ¡Ay de las adversidades del siglo, una, dos y tres veces, por el deseo de la prosperidad, y porque la adversidad misma es dura, y por temor de que quiebre la paciencia! ¿Acaso no es tentación la vida humana sobre la tierra, sin ninguna interrupción?

XXIX

Y toda mi esperanza no está sino en Tu misericordia, grande en extremo. Da lo que mandas y manda lo que quieras: nos impones la continencia. «Y como yo sabía», dice uno, «que nadie puede ser continente si Dios no se lo concede, y esto mismo era ya sabiduría: saber de quién era este don». Por la continencia, en efecto, somos recogidos y reducidos a la unidad, de la cual nos habíamos derramado en lo múltiple. Pues Te ama menos quien ama contigo algo que no ama por Ti. ¡Oh amor, que siempre ardes y nunca Te extingues, caridad, Dios mío, enciéndeme! Mandas la continencia: da lo que mandas y manda lo que quieras.

XXX

Ciertamente mandas que me abstenga de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la ambición del siglo. Mandaste abstenerme del trato carnal, y del matrimonio mismo me aconsejaste algo mejor que lo que habías permitido. Y como lo concediste, se hizo, aun antes de que yo fuera dispensador de Tu sacramento. Pero viven aún en mi memoria, de la cual he hablado mucho, las imágenes de tales cosas, que allí fijó mi costumbre, y se me presentan estando despierto, sin fuerzas, es verdad, pero en los sueños no solo hasta el deleite, sino hasta el consentimiento y algo muy semejante al acto. Y tanto puede la ilusión de la imagen en mi alma, en mi carne, que visiones falsas persuaden al que duerme lo que las verdaderas no pueden al que vela. ¿Acaso entonces no soy yo, Señor Dios mío? Y sin embargo, ¡cuánta diferencia hay entre yo mismo y yo mismo en el momento en que paso de la vigilia al sueño o vuelvo del sueño a la vigilia! ¿Dónde está entonces la razón con la que, despierto, resiste tales sugestiones y, aunque las cosas mismas se le presenten, permanece inconmovible? ¿Acaso se cierra con los ojos? ¿Acaso se adormece con los sentidos del cuerpo? ¿Y por qué, entonces, a menudo resistimos incluso en sueños y, acordándonos de nuestro propósito y permaneciendo en él con total castidad, no damos asentimiento alguno a tales halagos? Y sin embargo hay tanta diferencia que, cuando ocurre de otro modo, al despertar volvemos al reposo de la conciencia, y por esa misma distancia comprobamos que no hicimos lo que, sin embargo, lamentamos que de algún modo se haya hecho en nosotros.

¿Acaso no es poderosa Tu mano, Dios omnipotente, para sanar todos los males de mi alma y para extinguir, con Tu gracia más abundante, incluso los movimientos lascivos de mi sueño? Aumentarás, Señor, más y más en mí Tus dones, para que mi alma me siga hacia Ti, liberada del visco de la concupiscencia, para que no sea rebelde contra sí misma, y para que, aun en sueños, no solo no cometa, por imágenes

sensibles, esas torpezas corruptoras hasta el flujo de la carne, sino que ni siquiera consienta en ellas. Pues que nada semejante agrade, ni tan poco como pueda reprimirse con un simple gesto, incluso en el casto afecto del que duerme, no solo en esta vida sino incluso a esta edad, no es gran cosa para Ti, Omnipotente, que puedes hacer más de lo que pedimos y entendemos. Ahora, sin embargo, cuál sea todavía mi estado en este género de mi mal, se lo he dicho a mi buen Señor, exultando con temblor por lo que me has dado, y lamentándome por lo que aún estoy incompleto, esperando que Tú perfeccionarás en mí Tus misericordias hasta la paz plena, que tendrán contigo mi interior y mi exterior, cuando la muerte haya sido absorbida en la victoria.

XXXI

Hay otra malicia del día, que ojalá le baste. Reparamos, en efecto, las ruinas cotidianas del cuerpo comiendo y bebiendo, hasta que destruyas los alimentos y el vientre, cuando hayas matado la indigencia con una saciedad maravillosa y hayas revestido este cuerpo corruptible de incorrupción sempiterna. Ahora, en cambio, la necesidad me es dulce, y contra esa dulzura combato, para no ser capturado, y hago cada día la guerra con ayunos, reduciendo con frecuencia mi cuerpo a servidumbre, y mis dolores son expulsados por el placer. Pues el hambre y la sed son ciertos dolores: queman y, como una fiebre, matan, si no acude la medicina de los alimentos. Y como esta está a mano por el consuelo de Tus dones, en los cuales la tierra, el agua y el cielo sirven a nuestra flaqueza, a la calamidad se la llama delicia.

Esto me enseñaste, que me acerque a tomar los alimentos como quien va a tomar medicamentos. Pero mientras paso de la molestia de la indigencia a la quietud de la saciedad, en el tránsito mismo me acecha el lazo de la concupiscencia. Pues el tránsito mismo es placer, y no hay otro camino por el cual pasar adonde la necesidad obliga a pasar. Y siendo la salud la causa de comer y beber, se añade, como una

criada peligrosa, el deleite, y la mayoría de las veces trata de adelantarse, para que por causa suya se haga lo que digo o quiero hacer por causa de la salud. Y la medida de ambos no es la misma: pues lo que basta a la salud es poco para el deleite, y a menudo resulta incierto si es todavía el cuidado necesario del cuerpo el que pide sustento, o el engaño de una apetencia voluptuosa el que ofrece su servicio. Con esta incertidumbre se regocija el alma desdichada, y en ella prepara el amparo de una excusa, gozando de que no aparezca qué basta para la moderación de la salud, para encubrir con pretexto de salud el negocio del placer. A estas tentaciones procuro resistir cada día, e invoco Tu diestra, y a Ti refiero mis ardores, porque mi parecer sobre este asunto no está todavía firme.

Oigo la voz de mi Dios que manda: «No se carguen sus corazones con la crápula y la embriaguez». La embriaguez está lejos de mí: tendrás misericordia, para que no se me acerque. La crápula, en cambio, se desliza a veces hacia Tu siervo: tendrás misericordia, para que se aleje de mí. Pues nadie puede ser continente si Tú no lo concedes. Muchas cosas nos otorgas cuando oramos, y todo lo bueno que recibimos antes de orar, de Ti lo recibimos; y que lo supiéramos después, de Ti lo recibimos. Yo nunca fui bebedor, pero he conocido bebedores hechos sobrios por Ti. Luego de Ti vino que no lo fueran quienes nunca lo fueron, de Ti vino que no lo siguieran siendo quienes lo fueron, y de Ti vino también que unos y otros supieran de quién vino. Oí otra voz Tuya: «No vayas tras tus concupiscencias y apártate de tu placer». Oí también aquella, por don Tuyo, que tanto amé: «Ni si comemos abundaremos, ni si no comemos nos faltará»; es decir: «ni esto me hará rico ni aquello me hará miserable». Y oí otra: «Pues yo he aprendido a bastarme en las circunstancias en que me hallo, y sé abundar y sé padecer penuria. Todo lo puedo en aquel que me conforta». He aquí un soldado de los campamentos celestiales, no el polvo que somos. Pero acuérdate, Señor, de que somos polvo, y del polvo hiciste al hombre, y se había perdido y fue hallado. Tampoco aquel pudo por sí mis-

mo, porque era el mismo polvo que, al decir tales cosas, amé por el soplo de Tu inspiración: «Todo lo puedo», dice, «en aquel que me conforta». Confórtame para que pueda. Da lo que mandas y manda lo que quieras. Este confiesa haberlo recibido, y que cuando se gloría, se gloría en el Señor. Oí a otro que pedía para recibir: «Quita de mí», dice, «las concupiscencias del vientre». De donde aparece, Dios mío santo, que Tú das, cuando se hace lo que mandas que se haga.

Me enseñaste, Padre bueno, que todo es limpio para los limpios, pero que es malo para el hombre que come con escándalo; que toda Tu criatura es buena y nada ha de desecharse de lo que se recibe con acción de gracias; que el alimento no nos recomienda ante Dios, y que nadie nos juzgue por la comida o la bebida; y que el que come no desprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come. Esto lo aprendí: gracias a Ti, alabanzas a Ti, Dios mío, maestro mío, que llamas a la puerta de mis oídos, que iluminas mi corazón. Líbrame de toda tentación. Yo no temo la inmundicia del manjar, sino la inmundicia de la codicia. Sé que a Noé se le permitió comer todo género de carne que servía de alimento; que Elías, reconfortado con alimento de carne, y Juan, dotado de admirable abstinencia, que tenía por comida animales, es decir, langostas, no quedaron contaminados. Y sé que Esaú fue engañado por la concupiscencia de un plato de lentejas, que David se reprendió a sí mismo por el deseo de agua, y que a nuestro Rey se lo tentó no con carne, sino con pan. Y por eso también el pueblo en el desierto mereció ser reprobado no porque deseó carnes, sino porque por el deseo de comida murmuró contra el Señor.

Puesto, pues, en medio de estas tentaciones, lucho cada día contra la concupiscencia de comer y beber. Pues no es cosa que pueda decidir cortar de una vez y no volver a tocar, como pude hacerlo con el trato carnal. Por eso, el freno de la garganta ha de sujetarse con una templada alternancia de soltar y apretar. ¿Y quién hay, Señor, que no se deje arrastrar un poco más allá de los límites de la necesidad? Quienquiera que sea, es grande; que engrandezca Tu nombre. Yo, en cambio, no lo

soy, porque soy un hombre pecador, pero también yo engrandezco Tu nombre, y intercede ante Ti por mis pecados Aquel que venció al mundo, contándome entre los miembros débiles de Su cuerpo, porque también lo imperfecto de ese cuerpo vieron Tus ojos, y en Tu libro serán escritos todos.

XXXII

De la seducción de los olores no me preocupo demasiado. Cuando faltan, no los echo de menos; cuando están, no los rechazo, dispuesto a carecer de ellos siempre. Así me parece; quizá me engañe. Pues también estas son tinieblas dignas de llanto, en las que se me oculta la capacidad que hay en mí, de modo que mi alma, interrogándose a sí misma sobre sus fuerzas, estima que no debe darse crédito fácilmente a sí misma, porque también lo que hay en ella las más veces está oculto, mientras la experiencia no lo manifieste, y nadie debe estar seguro en esta vida, que toda ella se llama tentación, de si quien pudo hacerse mejor de peor no se hará también peor de mejor. Una sola esperanza, una sola confianza, una sola promesa firme: Tu misericordia.

XXXIII

Los placeres de los oídos me habían enredado y sometido con más tenacidad, pero me desataste y me liberaste. Ahora, en los sonidos que animan Tus palabras, cuando se cantan con voz suave y bien educada, confieso que descanso un poco, no ciertamente para quedar atado a ellos, sino para levantarme cuando quiero. Con todo, para ser admitidos en mí junto con las sentencias mismas que les dan vida, buscan en mi corazón un lugar de cierta dignidad, y apenas les ofrezco el adecuado. A veces, en efecto, me parece que les concedo más honor del que conviene, cuando siento que, con esos mismos dichos santos, nuestras almas se mueven en llama de piedad con más religiosidad y ardor al ser así cantados que si no se cantaran así, y que todos los afectos de

nuestro espíritu, según su diversidad, tienen sus propios modos en la voz y en el canto, con los que, por no sé qué oculta afinidad, se despiertan. Pero el deleite de mi carne, a la cual no conviene entregar la mente para que se enerve, me engaña a menudo, cuando el sentido no acompaña a la razón de modo que pacientemente vaya detrás, sino que, solo porque por ella mereció ser admitido, trata también de correr delante y de guiar. Así peco en estas cosas sin darme cuenta, y después me doy cuenta.

Otras veces, en cambio, queriendo evitar este mismo engaño con demasiada cautela, yerro por excesiva severidad, y a veces tanto que quisiera que se alejara de mis oídos, y de la Iglesia misma, toda la melodía de los suaves cantos con que se acompaña el salterio de David, y me parece más seguro lo que recuerdo que se me ha dicho a menudo acerca de Atanasio, obispo de Alejandría, que hacía que el lector pronunciara el salmo con tan leve inflexión de la voz que se parecía más al que recita que al que canta. Sin embargo, cuando recuerdo las lágrimas que derramé con los cantos de la Iglesia en los comienzos de mi fe recobrada, y ahora mismo cuando me conmuevo no por el canto sino por las cosas que se cantan, cuando se cantan con voz clara y la modulación más conveniente, reconozco de nuevo la gran utilidad de esta institución. Así fluctúo entre el peligro del placer y la experiencia de lo saludable, y me inclino más, sin pronunciar una sentencia irrevocable, a aprobar la costumbre de cantar en la Iglesia, para que por el deleite de los oídos el alma más débil se eleve al afecto de piedad. Sin embargo, cuando me ocurre que me mueve más el canto que lo que se canta, confieso que peco y merezco castigo, y entonces preferiría no oír al que canta. ¡Mira dónde estoy! Lloren conmigo y lloren por mí ustedes, los que tratan dentro de sí algún bien, del cual proceden las obras. Pues a ustedes, los que no lo hacen, estas cosas no los conmueven. Pero Tú, Señor Dios mío, escucha: mira, ve, ten piedad y sáname, Tú, a cuyos ojos me he vuelto una cuestión para mí mismo, y ese es mi mal.

XXXIV

Resta el placer de los ojos de esta mi carne, del cual hablaré en confesiones que oigan los oídos de Tu templo, oídos fraternos y piadosos, para concluir las tentaciones de la concupiscencia de la carne que todavía me golpean, mientras gimo y deseo sobrevestirme de mi habitación, que es del cielo. Los ojos aman las formas hermosas y variadas, los colores brillantes y amenos. Que estas cosas no retengan mi alma; que la retenga Dios, que las hizo muy buenas, pero Él es mi bien, no ellas. Y me tocan despierto todo el día, y no se me da reposo de ellas, como se da de las voces canoras, a veces de todas, en el silencio. Pues la reina misma de los colores, esta luz que baña todo lo que vemos, dondequiera que esté yo durante el día, con múltiple deslizarse me halaga cuando hago otra cosa y no reparo en ella. Y se insinúa con tal fuerza que, si de repente se la quita, se la echa de menos con deseo; y si falta por mucho tiempo, entristece el alma.

¡Oh luz que veía Tobías, cuando, con estos ojos cerrados, enseñaba a su hijo el camino de la vida y le precedía con el pie de la caridad sin errar jamás; o la que veía Isaac, cuando, con los ojos de la carne agravados y cubiertos por la vejez, mereció, no reconociendo, bendecir a sus hijos, sino bendiciéndolos, reconocerlos; o la que veía Jacob, cuando también él, privado de la vista por su gran edad, con el corazón luminoso irradió sobre sus hijos los linajes prefigurados del pueblo futuro, y puso sobre sus nietos, hijos de José, las manos cruzadas místicamente, no como su padre las corregía por fuera, sino como él mismo discernía por dentro! Esa es la luz, una sola, y uno solo son todos los que la ven y la aman. En cambio, esta corporal de la que hablaba sazona la vida del siglo, con una dulzura seductora y peligrosa, para sus ciegos amadores. Pero los que saben alabarte también por ella, Dios creador de todas las cosas, la toman en Tu himno y no son absorbidos por ella en su sueño: así deseo ser yo. Resisto a las seducciones de los ojos, para que no se enreden mis pies, con los que avanzo por Tu cami-

no, y levanto hacia Ti mis ojos invisibles, para que Tú arranques del lazo mis pies. Tú los arrancarás una y otra vez, pues quedan enlazados. Tú no cesas de arrancarlos (y yo con frecuencia me quedo prendido en las asechanzas sembradas por doquier), porque no dormirás ni dormitarás, Tú que guardas a Israel.

¡Cuántas cosas innumerables, con variadas artes y oficios, en vestidos, calzados, vasos y toda clase de fabricaciones, y también en pinturas y diversas figuraciones, han añadido los hombres para seducción de los ojos, rebasando con mucho el uso necesario y moderado y el significado piadoso, siguiendo por fuera lo que hacen, dejando por dentro a Aquel por quien fueron hechos y destruyendo lo que fueron hechos! Pero yo, Dios mío y gloria mía, también por esto Te digo un himno y sacrifico alabanza a Aquel que me ofrece en sacrificio, porque las cosas hermosas que pasan por las almas a las manos artesanas vienen de aquella Hermosura que está sobre las almas, por la cual suspira mi alma día y noche. Pero los artífices y seguidores de las hermosuras exteriores sacan de allí la norma para aprobar, mas no sacan de allí la norma para usar. Y también esa norma está allí, y no la ven, para que no se alejen más y guarden para Ti su fortaleza y no la derramen en fatigas deleitosas. Yo, en cambio, aun hablando y discerniendo estas cosas, enredo también mi paso en estas cosas hermosas, pero Tú me desprendes, Señor, Tú me desprendes, porque Tu misericordia está ante mis ojos. Pues yo soy capturado miserablemente, y Tú me desprendes misericordiosamente, a veces sin que lo sienta, porque había caído con más ligereza, a veces con dolor, porque ya me había pegado.

XXXV

A esto se añade otra forma de tentación, peligrosa de modos más variados. Pues además de la concupiscencia de la carne, que consiste en el deleite de todos los sentidos y placeres, y sirviéndola perecen los que se alejan de Ti, hay en el alma, por esos mismos sentidos del cuerpo,

cierta vana y curiosa codicia, no de deleitarse en la carne, sino de experimentar por la carne, encubierta con el nombre de conocimiento y ciencia. Como esta consiste en el apetito de conocer, y entre los sentidos los ojos son los principales para conocer, fue llamada en el lenguaje divino concupiscencia de los ojos. A los ojos, en efecto, pertenece propiamente el ver, pero usamos esta palabra también con los demás sentidos, cuando los aplicamos a conocer. Pues no decimos: «oye cómo reluce», o «huele cómo brilla», o «prueba cómo resplandece», o «palpa cómo fulgura»: de todas estas cosas se dice que se ven. Y decimos no solo «mira qué luce», que solo los ojos pueden percibir, sino también «mira qué suena», «mira qué huele», «mira qué sabe», «mira qué duro es». Y por eso la experiencia general de los sentidos se llama, como se ha dicho, concupiscencia de los ojos, porque el oficio de ver, en el cual los ojos tienen la primacía, también los demás sentidos se lo apropian por semejanza, cuando exploran algo para conocerlo.

De aquí se discierne con más evidencia qué se hace por los sentidos de placer y qué de curiosidad: el placer busca lo hermoso, lo sonoro, lo suave, lo sabroso, lo blando; la curiosidad, en cambio, también lo contrario de estas cosas, con el fin de experimentar, no para soportar una molestia, sino por el afán de experimentar y conocer. Pues ¿qué placer hay en ver en un cadáver despedazado lo que te causa horror? Y sin embargo, dondequiera que yazca, acuden, para entristecerse, para palidecer. Temen incluso verlo en sueños, como si alguien los hubiera obligado a verlo despiertos o alguna fama de belleza los hubiera persuadido. Así también en los demás sentidos, que sería largo recorrer. Por esta enfermedad de la codicia se exhiben en los espectáculos toda suerte de prodigios. De aquí se procede a escudriñar los secretos de la naturaleza que está fuera de nosotros, cosa que de nada sirve saber y que los hombres no desean sino por saber. De aquí también, si algo se busca por las artes mágicas con el mismo fin de una ciencia perversa. De aquí también, en la religión misma, se tienta a Dios, cuando se exigen señales y prodigios, deseados no para alguna salvación, sino solo

por la experiencia.

En esta selva tan inmensa, llena de asechanzas y peligros, he aquí que he cortado muchas cosas y las he apartado de mi corazón, como me concediste hacerlo, Dios de mi salvación. Sin embargo, ¿cuándo me atrevo a decir, rodeando por todas partes nuestra vida cotidiana tantas cosas de este género con su estrépito, cuándo me atrevo a decir que ninguna de tales cosas me hace atento a mirarla y a ser cautivado por una vana curiosidad? Es cierto que ya no me arrebatan los teatros, ni me preocupo de conocer el curso de los astros, ni mi alma ha buscado jamás respuestas de las sombras; detesto todos los misterios sacrílegos. ¡Con cuántas maquinaciones de sugestiones actúa conmigo el enemigo para que Te pida alguna señal a Ti, Señor Dios mío, a quien debo un servicio humilde y sencillo! Pero Te suplico por nuestro Rey y por la patria Jerusalén, sencilla y casta, que así como está lejos de mí el consentimiento a estas cosas, esté siempre cada vez más lejos. Y cuando Te ruego por la salvación de alguien, es muy distinto el fin de mi intención, y Tú, que haces lo que quieres, me das y me darás seguirte de buen grado.

Pero ¿quién enumera en cuántas cosas pequeñísimas y despreciables es tentada cada día nuestra curiosidad, y cuán a menudo caemos? ¡Cuántas veces, al principio, soportamos a los que cuentan cosas vanas, por no ofender a los débiles, y luego poco a poco les prestamos atención con gusto! Ya no miro a un perro que corre tras una liebre cuando sucede en el circo; pero en el campo, si por casualidad paso, esa cacería quizá me distrae incluso de algún pensamiento importante y me atrae hacia sí, no forzándome a desviar mi cabalgadura, sino la inclinación del corazón; y si Tú, mostrándome ya mi flaqueza, no me adviertes pronto que me eleve hacia Ti a partir de la visión misma mediante alguna consideración, o que lo desprecie todo y pase de largo, me quedo embobado en mi vanidad. ¿Qué decir de cuando, sentado en casa, a menudo me hace estar atento una lagartija que atrapa moscas, o una araña que enreda en sus redes a las que se lanzan sobre ellas?

¿Acaso, porque son animales pequeños, no ocurre la misma cosa? Paso de ahí a alabarte, creador admirable y ordenador de todas las cosas, pero no es de ahí de donde empiezo a estar atento. Una cosa es levantarse pronto, otra es no caer. Y mi vida está llena de tales cosas, y mi única esperanza es Tu misericordia, grande en extremo. Pues cuando nuestro corazón se hace receptáculo de cosas de esta clase y carga con multitudes de copiosa vanidad, de ahí también nuestras oraciones son a menudo interrumpidas y perturbadas, y ante Tu mirada, mientras dirigimos a Tus oídos la voz del corazón, no sé de dónde irrumpen pensamientos frívolos y se corta una cosa tan grande.

XXXVI

¿Acaso pondremos también esto entre las cosas despreciables, o algo nos devolverá a la esperanza sino Tu misericordia ya conocida, puesto que has comenzado a cambiarnos? Y Tú sabes en cuánto has cambiado, Tú que primero me sanas del afán de vengarme, para que Te vuelvas propicio también con todas mis demás iniquidades, y sanes todas mis dolencias, y redimas de la corrupción mi vida, y me corones de compasión y misericordia, y sacies de bienes mi deseo; Tú que reprimiste mi soberbia con Tu temor y amansaste mi cerviz con Tu yugo. Y ahora lo llevo, y me es ligero, porque así lo prometiste y lo hiciste; y verdaderamente así era, y yo no lo sabía, cuando temía someterme a él.

Pero, Señor, Tú, el único que domina sin altivez, porque eres el único Señor verdadero, que no tienes señor, ¿acaso este tercer género de tentación ha cesado en mí, o puede cesar en toda esta vida, el querer ser temido y amado por los hombres, no por otra cosa sino para que de ahí resulte un gozo que no es gozo? Es una vida miserable y una jactancia fea; de ahí viene, sobre todo, el no amarte ni temerte castamente, y por eso Tú resistes a los soberbios, y a los humildes das la gracia, y truenas sobre las ambiciones del siglo, y tiemblan los fundamentos

de los montes. Así, puesto que por ciertos deberes de la sociedad humana es necesario ser amado y temido por los hombres, nos acosa el adversario de nuestra verdadera bienaventuranza, esparciendo por doquier en los lazos su «¡bien, bien!», para que, mientras recogemos con avidez, seamos capturados incautamente y separemos de Tu verdad nuestro gozo y lo pongamos en el engaño de los hombres, y nos agrade ser amados y temidos no por causa Tuya sino en lugar Tuyo, y de ese modo, hechos semejantes a él, nos tenga consigo, no para la concordia de la caridad sino para la compañía del suplicio, él que resolvió poner su trono en el aquilón, para que los tenebrosos y fríos le sirvieran a él, que Te imita por un camino perverso y torcido. Pero nosotros, Señor, he aquí que somos Tu pequeño rebaño, poséenos Tú. Extiende Tus alas y huyamos bajo ellas. Sé Tú nuestra gloria; que seamos amados por causa Tuya y que Tu palabra sea temida en nosotros. Quien quiere ser alabado por los hombres mientras Tú lo vituperas, no será defendido por los hombres cuando Tú juzgues ni será librado cuando Tú condenes. Pero cuando no es el pecador el que es alabado en los deseos de su alma, ni el que obra la iniquidad el que es bendecido, sino que se alaba a un hombre por algún don que Tú le diste, y él se goza más de que lo alaben a él que de tener el don mismo por el cual es alabado, también este es alabado mientras Tú lo vituperas, y es ya mejor el que alabó que el que fue alabado. A aquel, en efecto, le agradó en el hombre el don de Dios; a este le agradó más el don del hombre que el de Dios.

XXXVII

Somos tentados con estas tentaciones cada día, Señor, sin cesar somos tentados. Nuestro horno cotidiano es la lengua humana. También en este género nos impones la continencia: da lo que mandas y manda lo que quieras. Tú conoces sobre este asunto el gemido de mi corazón y los ríos de mis ojos. Pues no logro discernir con facilidad cuán purifica-

do estoy de esta peste, y temo mucho mis cosas ocultas, que conocen Tus ojos, mas no los míos. Pues en los demás géneros de tentaciones tengo alguna facultad de examinarme; en este no tengo casi ninguna. Porque, tanto respecto de los placeres de la carne como de la curiosidad superflua de conocer, veo cuánto he logrado en poder refrenar mi alma, cuando carezco de esas cosas, ya por voluntad, ya cuando faltan. Entonces, en efecto, me pregunto cuánto más o menos me es molesto no tenerlas. En cuanto a las riquezas, que se buscan para que sirvan a alguna de estas tres codicias, a dos de ellas o a todas, si el alma no puede percibir si, teniéndolas, las desprecia, pueden también dejarse, para que se ponga a prueba. Pero para carecer de alabanza y experimentar en ello lo que podemos, ¿acaso hay que vivir mal, y tan perdida y monstruosamente, que nadie que nos conozca deje de detestarnos? ¿Qué mayor demencia puede decirse o pensarse? Y si la alabanza suele y debe ser compañera de la buena vida y de las buenas obras, no conviene abandonar su compañía como no conviene abandonar la buena vida misma. Pero no percibo si puedo prescindir de algo con ánimo sereno o con pesar sino cuando me falta.

¿Qué Te confieso, pues, Señor, en este género de tentación? ¿Qué, sino que me deleito con las alabanzas? Pero más con la verdad misma que con las alabanzas. Pues si se me propusiera elegir entre ser alabado por todos los hombres estando loco o errando en todas las cosas, o ser vituperado por todos siendo constante y certísimo en la verdad, veo lo que elegiría. Sin embargo, no querría que el aplauso de una boca ajena aumentara el gozo de cualquier bien mío. Pero lo aumenta, lo confieso, y no solo eso, sino que la vituperación lo disminuye. Y cuando me perturba esta miseria mía, se me insinúa una excusa; Tú sabes, Dios, cuál es, pues a mí me deja inseguro. Porque nos mandaste no solo la continencia (es decir, de qué cosas contener el amor), sino también la justicia (es decir, adónde dirigirlo), y quisiste que amáramos no solo a Ti sino también al prójimo, a menudo me parece que me deleito en el progreso o en la esperanza del prójimo cuando me deleito

en la alabanza de quien entiende bien, y que, a la inversa, me entristezco por su mal cuando lo oigo vituperar lo que ignora o lo que es bueno. Pues también me entristezco a veces de mis alabanzas, cuando se alaban en mí cosas por las que yo mismo me desagrado, o cuando se estiman en más de lo debido bienes menores y livianos. Pero, de nuevo, ¿cómo sé si me siento así porque no quiero que quien me alaba discrepe de mí acerca de mí mismo, no porque me mueva su provecho, sino porque los mismos bienes que me agradan en mí me son más gratos cuando agradan también a otro? De cierto modo, en efecto, no soy yo el alabado, cuando mi juicio sobre mí no es alabado, ya que o se alaban cosas que me desagradan, o se alaban más las que me agradan menos. ¿Estoy, pues, inseguro de mí en esto?

He aquí que en Ti, Verdad, veo que no debo conmoverme por mis alabanzas a causa de mí, sino por el provecho del prójimo. Y si soy así, no lo sé. En este punto me conozco menos a mí mismo que a Ti. Te suplico, Dios mío, que me muestres a mí mismo, para que confiese a mis hermanos, que han de orar por mí, lo que descubra herido en mí. Voy a interrogarme de nuevo con más diligencia. Si me muevo por el provecho del prójimo en mis alabanzas, ¿por qué me muevo menos si otro cualquiera es vituperado injustamente que si lo soy yo? ¿Por qué me muerde más la afrenta que se arroja contra mí que la que, con la misma iniquidad, se arroja contra otro en mi presencia? ¿Acaso ignoro también esto? ¿Queda aún que yo mismo me seduzca y no obre la verdad ante Ti en mi corazón y en mi lengua? Aleja de mí, Señor, esa locura, no sea que mi boca sea para mí el óleo del pecador para ungir mi cabeza.

XXXVIII

Soy menesteroso y pobre, y mejor en el gemido oculto, desagradándome a mí mismo y buscando Tu misericordia, hasta que se repare mi defecto y se perfeccione hasta la paz que ignora el ojo del arrogante. Pe-

ro la palabra que sale de la boca y las obras que se hacen conocidas de los hombres tienen una tentación peligrosísima, por el amor de la alabanza, que, para una cierta excelencia privada, recoge sufragios mendigados. Tienta incluso cuando yo mismo lo repruebo en mí, por el hecho mismo de reprobarlo, y a menudo se gloría, con mayor vanidad aún, de su mismo desprecio de la vanagloria; y por eso ya no se gloría del desprecio de la gloria, pues no la desprecia mientras se gloría.

XXXIX

Dentro, también dentro, hay otro mal del mismo género de tentación, con el cual se envanecen los que se complacen en sí mismos, aunque a otros no agraden o desagraden ni pretendan agradar a los demás. Pero los que se complacen en sí mismos Te desagradan mucho, no solo cuando se complacen en lo que no es bueno como si fuera bueno, sino también en Tus bienes como si fueran suyos, o aun reconociéndolos como Tuyos, pero como debidos a sus méritos, o aun como venidos de Tu gracia, pero sin alegrarse de ella con los demás, sino envidiándosela a otros. En todos estos peligros y trabajos, y en otros de esta clase, ves el temblor de mi corazón, y siento que mis heridas, más que dejar de abrírseme, me son curadas por Ti una y otra vez.

XL

¿Dónde no caminaste conmigo, Verdad, enseñándome qué debo evitar y qué desear, cuando Te refería lo que pude de mis visiones inferiores y Te consultaba? Recorrí el mundo exterior con el sentido que pude, y atendí a la vida que mi cuerpo recibe de mí y a mis mismos sentidos. Desde allí entré en los recesos de mi memoria, vastedades múltiples, llenas de modo admirable de riquezas innumerables, y las consideré y me espanté, y nada de ellas pude discernir sin Ti y encontré que ninguna de ellas eras Tú. Tampoco eras Tú yo mismo, el descubridor, que lo recorrí todo y traté de distinguir y de estimar cada cosa según su digni-

dad, recibiendo unas cosas que anunciaban los sentidos y interrogándolas, sintiendo otras mezcladas conmigo y discerniendo y contando a los mismos mensajeros, y ya en las amplias riquezas de la memoria manejando unas, guardando otras, sacando otras a la luz. Ni eras Tú yo mismo cuando hacía esto, es decir, la fuerza con que lo hacía; ni siquiera ella eras Tú, porque Tú eres la luz permanente a quien consultaba sobre todas las cosas, si eran, qué eran, cuánto debían estimarse, y Te oía enseñar y mandar. Y a menudo hago esto. Esto me deleita, y cada vez que puedo liberarme de las ocupaciones necesarias, me refugio en este placer. Y en todas estas cosas que recorro, consultándote, no hallo lugar seguro para mi alma sino en Ti, donde se recojan mis cosas dispersas y nada de mí se aparte de Ti. Y a veces me introduces en un afecto muy inusitado en mi interior, hacia no sé qué dulzura, que si llegara a perfeccionarse en mí, no sé qué será lo que esta vida no será. Pero recaigo en estas cosas bajo pesos penosos y soy reabsorbido por las costumbres de siempre y soy retenido y lloro mucho, pero soy retenido mucho. ¡Tanto pesa la carga de la costumbre! Aquí puedo estar y no quiero, allí quiero y no puedo, miserable en ambos lados.

XLI

Por eso consideré las dolencias de mis pecados en la triple codicia, y invoqué Tu diestra para mi salvación. Vi, en efecto, Tu esplendor con el corazón herido y, rechazado, dije: «¿Quién puede llegar allí?». Fui arrojado de la faz de Tus ojos. Tú eres la verdad que preside sobre todas las cosas, mas yo, por mi avaricia, no quise perderte, sino que quise poseer contigo la mentira, así como nadie quiere mentir de tal modo que él mismo ignore qué es lo verdadero. Así Te perdí, porque no Te dignas ser poseído con la mentira.

XLII

¿A quién encontraría que me reconciliara contigo? ¿Debía yo recurrir

a los ángeles? ¿Con qué oración? ¿Con qué sacramentos? Muchos que intentaban volver a Ti y no podían por sí mismos, según oigo, probaron estas cosas, y cayeron en el deseo de visiones curiosas, y fueron tenidos por dignos de ilusiones. Pues, engreídos, Te buscaban, hinchando el pecho con el fasto de su doctrina en lugar de golpeárselo, y atrajeron hacia sí, por la semejanza de su corazón, a las potestades de este aire, conspiradoras y cómplices de su soberbia, que los engañaran con poderes mágicos, buscando un mediador por quien ser purificados, y no lo había. Pues era el diablo, que se transfiguraba en ángel de luz, y atrajo mucho a la carne soberbia el no tener él cuerpo de carne. Aquellos eran, en efecto, mortales y pecadores, mientras que Tú, Señor, con quien soberbiamente buscaban reconciliarse, eres inmortal y sin pecado. Pero convenía que el mediador entre Dios y los hombres tuviera algo semejante a Dios y algo semejante a los hombres, no fuera que, semejante a los hombres en ambos aspectos, estuviera lejos de Dios, o, semejante a Dios en ambos, estuviera lejos de los hombres, y así no fuera mediador. Por eso aquel mediador engañoso, por quien, por Tus juicios secretos, la soberbia merece ser burlada, tiene una cosa en común con los hombres, es decir, el pecado, y quiere aparentar que tiene otra en común con Dios: como no está cubierto con la mortalidad de la carne, se hace pasar por inmortal. Pero como la paga del pecado es la muerte, tiene esto en común con los hombres, por lo cual sea condenado junto con ellos a la muerte.

XLIII

Pero el Mediador verdadero, a quien por Tu secreta misericordia mostraste a los hombres y enviaste, para que por Su ejemplo aprendieran también la humildad misma, aquel Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, apareció entre los pecadores mortales y el Justo inmortal, mortal con los hombres, justo con Dios, para que, puesto que la paga de la justicia es la vida y la paz, por la justicia uni-

da a Dios aboliera la muerte de los impíos justificados, que quiso tener en común con ellos. Este fue mostrado a los antiguos santos, para que así ellos, por la fe en Su pasión futura, como nosotros por la fe en la pasada, se salvaran. En cuanto es hombre, en tanto es mediador; en cuanto es Verbo, no está en medio, porque es igual a Dios y Dios junto a Dios y a la vez un solo Dios.

¡Cómo nos amaste, Padre bueno, que a Tu Hijo único no perdonaste, sino que por nosotros, impíos, Lo entregaste! ¡Cómo nos amaste, por quienes Él, sin considerar como rapiña el ser igual a Ti, se sometió hasta la muerte de cruz, único libre entre los muertos, teniendo poder para dar Su vida y poder para volver a tomarla, por nosotros ante Ti vencedor y víctima, y vencedor por ser víctima, por nosotros ante Ti sacerdote y sacrificio, y sacerdote por ser sacrificio, haciendo de nosotros, de siervos, hijos para Ti, al nacer de Ti y servirnos a nosotros! Con razón tengo en Él una esperanza firme, de que sanarás todas mis dolencias por medio de Aquel que está sentado a Tu diestra e intercede ante Ti por nosotros; de otro modo, desesperaría. Pues muchas y grandes son esas mismas dolencias, son muchas y grandes, pero más abundante es Tu medicina. Habríamos podido pensar que Tu Verbo estaba lejos de la unión con el hombre y desesperar de nosotros, si no se hubiera hecho carne y habitado entre nosotros.

Aterrado por mis pecados y por el peso de mi miseria, había agitado en mi corazón y meditado la huida a la soledad, pero me lo prohibiste y me fortaleciste diciendo: «Por eso Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió por ellos». He aquí, Señor, que echo en Ti mi cuidado, para vivir, y consideraré las maravillas de Tu ley. Tú conoces mi impericia y mi flaqueza: enséñame y sáname. Aquel Hijo Tuyo único, en quien están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con Su sangre. Que no me calumnien los soberbios, porque pienso en mi precio, y como, y bebo, y lo reparto, y pobre deseo saciarme de Él entre aquellos que comen y se sacian. Y alaban al Señor los que Lo buscan.

1. N. del E.: Agustín deja abierto si esa felicidad se vivió «cada uno por separado» o «en aquel hombre que primero pecó». Lo primero supondría que el alma existió antes que el cuerpo, lo que la Iglesia no enseña: cada alma espiritual es creada directamente por Dios (CEC 366). Lo segundo coincide con la unidad del género humano en Adán (CEC 404).

Libro undécimo

I

¿Acaso, Señor, siendo Tuya la eternidad, ignoras lo que Te digo, o ves en el tiempo lo que sucede en el tiempo? ¿Por qué, entonces, Te expongo tantos relatos? No, ciertamente, para que por mí los conozcas, sino para excitar hacia Ti mi afecto y el de quienes esto lean, a fin de que todos digamos: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza». Ya lo he dicho y lo diré: «por amor de Tu amor hago esto». Pues también oramos, y sin embargo la Verdad dice: «el Padre de ustedes sabe lo que les hace falta antes de que se lo pidan». Así, pues, Te manifestamos nuestro afecto confesándote nuestras miserias y Tus misericordias sobre nosotros, para que nos libres del todo, ya que has comenzado, y dejemos de ser miserables en nosotros mismos y seamos bienaventurados en Ti, puesto que nos llamaste para que fuéramos pobres de espíritu, y mansos, y los que lloran, y los que tienen hambre y sed de justicia, y misericordiosos, y limpios de corazón, y pacíficos. He aquí que Te he narrado muchas cosas, las que pude y las que quise, porque Tú quisiste primero que yo Te confesara, Señor Dios mío, porque eres bueno, porque es eterna Tu misericordia.

II

Pero ¿cuándo me bastará la lengua de mi pluma para enunciar todas Tus exhortaciones y todos Tus terrores, y los consuelos y las guías con que me condujiste a predicar Tu palabra y a dispensar Tu sacramento a Tu pueblo? Y aunque alcance a enunciarlo por orden, me son preciosas las gotas del tiempo. Hace ya mucho que me abraso en deseos de meditar en Tu ley y de confesarte en ella mi ciencia y mi ignorancia, los comienzos de Tu iluminación y los restos de mis tinieblas, hasta

que la fortaleza devore la debilidad. Y no quiero que en otra cosa se me escurran las horas que encuentro libres de las necesidades de reponer el cuerpo, de la tensión del ánimo y del servicio que debemos a los hombres, y también del que no debemos y sin embargo prestamos.

Señor Dios mío, atiende a mi oración, y que Tu misericordia escuche mi deseo, pues no arde solo para mí, sino que quiere servir a la caridad fraterna. Y Tú ves en mi corazón que es así. Que Te ofrezca en sacrificio el servicio de mi pensamiento y de mi lengua, y dame lo que Te ofrezca. Pues soy menesteroso y pobre, y Tú eres rico para todos los que Te invocan, Tú que, libre de angustia, cuidas de nosotros. Circuncida de toda temeridad y de toda mentira mis labios, interiores y exteriores. Sean castas mis delicias en Tus Escrituras, y que yo no me engañe en ellas ni engañe a otros desde ellas. Señor, atiende y ten piedad, Señor Dios mío, luz de los ciegos y fuerza de los débiles, y al punto luz de los que ven y fuerza de los fuertes; atiende a mi alma y óyela clamar desde lo profundo. Porque si Tus oídos no estuvieran también en lo profundo, ¿adónde iremos? ¿A dónde clamaremos? Tuyo es el día y Tuya es la noche; a Tu señal los instantes vuelan. Concede, pues, espacio a nuestras meditaciones sobre lo escondido de Tu ley, y no la cierres a los que llaman. Porque no en vano quisiste que se escribieran en tantas páginas los oscuros secretos, ni carecen esos bosques de sus ciervos, que se retiran a ellos y se reponen, caminan y pastan, se echan y rumian. ¡Oh Señor, perfecciónname y revélamelos! He aquí que Tu voz es mi gozo, Tu voz supera la abundancia de los deleites. Da lo que amo, pues amo, y esto también lo diste Tú. No abandones Tus dones ni desprecies Tu hierba sedienta. Que yo Te confiese cuanto encuentre en Tus libros y oiga la voz de alabanza, y Te beba, y contemple las maravillas de Tu ley desde el principio mismo en que hiciste el cielo y la tierra hasta el reino perpetuo, Contigo, de Tu santa ciudad.

Señor, ten piedad de mí y escucha mi deseo. Pues pienso que no es de la tierra, ni del oro y la plata y las piedras, ni de vestidos hermosos, ni de honores y poderes, ni de los placeres de la carne, ni de las cosas

necesarias al cuerpo y a esta vida de nuestro destierro, todo lo cual se nos da por añadidura a los que buscamos Tu reino y Tu justicia. Mira, Dios mío, de dónde viene mi deseo. Los injustos me contaron deleites, pero no como Tu ley, Señor: he aquí de dónde viene mi deseo. Mira, Padre, observa y ve y aprueba, y que sea grato a la vista de Tu misericordia que yo halle gracia ante Ti, para que se me abra, a mí que llamo, lo más íntimo de Tus palabras. Te lo ruego por nuestro Señor Jesucristo, Tu Hijo, el varón de Tu diestra, el hijo del hombre, a quien estableciste para Ti como mediador Tuyo y nuestro, por quien nos buscaste cuando no Te buscábamos, y nos buscaste para que Te buscáramos; Tu Verbo, por quien hiciste todas las cosas (entre ellas también a mí), Tu Unigénito, por quien llamaste a la adopción al pueblo de los creyentes (entre ellos también a mí): por Él Te ruego, el que está sentado a Tu derecha e intercede por nosotros ante Ti, en quien están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia; a ellos los busco en Tus libros. Moisés escribió de Él; lo dice Él mismo, lo dice la Verdad.

III

Oiré y entenderé cómo en el principio hiciste el cielo y la tierra. Esto lo escribió Moisés; lo escribió y se fue, pasó de aquí, de Ti a Ti, y ya no está delante de mí. Pues si estuviera, lo retendría y le rogaría y, por Ti, le suplicaría que me explicara estas cosas, y prestaría los oídos de mi cuerpo a los sonidos que brotaran de su boca; y si hablara en lengua hebrea, en vano golpearía mi sentido y nada de ello tocaría mi mente; pero si hablara en latín, sabría lo que decía. Mas ¿de dónde sabría si decía verdad? Y si también esto lo supiera, ¿acaso lo sabría por él? Dentro de mí, sin duda, dentro, en la morada del pensamiento, la Verdad, que no es hebrea ni griega ni latina ni bárbara, sin órganos de boca ni de lengua, sin estrépito de sílabas, me diría: «dice verdad», y yo, al punto seguro, diría confiado a ese hombre Tuyo: «dices verdad». Como, pues, no puedo interrogarlo a él, Te ruego a Ti, Verdad, de

quien lleno dijo cosas verdaderas; Te ruego, Dios mío, Te ruego, perdona mis pecados, y Tú, que a aquel siervo Tuyo le concediste decir estas cosas, concédeme también a mí entenderlas.

IV

¡He aquí que existen el cielo y la tierra! Claman que han sido hechos, pues cambian y varían. En cambio, lo que no ha sido hecho y sin embargo es, no tiene en sí nada que antes no tuviera, mientras que tener lo que antes no se tenía es cambiar y variar. Claman también que ellos no se hicieron a sí mismos: «somos, porque fuimos hechos. No éramos, pues, antes de ser, de modo que pudiéramos hacernos a nosotros mismos». Y la voz de los que así dicen es la evidencia misma. Tú, pues, Señor, los hiciste, Tú que eres hermoso (pues hermosos son), que eres bueno (pues buenos son), que eres (pues son). Y no son tan hermosos, ni tan buenos, ni son del modo en que eres Tú, su Creador, en comparación con el cual ni son hermosos, ni son buenos, ni son. Esto lo sabemos, y Te damos gracias; y nuestra ciencia, comparada con la Tuya, es ignorancia.

V

Pero ¿cómo hiciste el cielo y la tierra? ¿Y cuál fue la máquina de tan grande obra Tuya? Pues no obraste como el hombre artífice, que forma un cuerpo a partir de otro cuerpo, según el arbitrio de un alma capaz de imponerle como sea la figura que ve en sí misma con el ojo interior (¿y de dónde tendría esa capacidad, si no porque Tú la hiciste?), e impone la figura a algo que ya existe y tiene ser, como la tierra, o la piedra, o la madera, o el oro, o cualquier cosa de este género. Y ¿de dónde existirían estas cosas, si Tú no las hubieras establecido? Tú hiciste para el artesano el cuerpo; Tú, el alma que manda sobre los miembros; Tú, la materia con que hace algo; Tú, el ingenio con que capta el arte y ve dentro lo que hará fuera; Tú, el sentido del cuerpo, por me-

dio del cual, como de un intérprete, traslada del alma a la materia lo que hace y comunica al alma lo que se ha hecho, para que ella consulte dentro a la Verdad que la preside, si está bien hecho. Todas estas cosas Te alaban como Creador de todo. Pero Tú, ¿cómo las haces? ¿Cómo hiciste, Dios, el cielo y la tierra? No los hiciste, por cierto, en el cielo ni en la tierra, ni en el aire ni en las aguas, pues también estos pertenecen al cielo y a la tierra; ni en el universo mundo hiciste el universo mundo, porque no había dónde se hiciera antes de ser hecho, para que fuese. Ni tenías en la mano materia alguna de donde hicieras el cielo y la tierra: pues ¿de dónde Te habría venido lo que Tú no habías hecho, para hacer de ello alguna cosa? Porque ¿qué cosa existe, sino porque Tú existes? Dijiste, pues, y fueron hechos, y en Tu Verbo los hiciste.

VI

Pero ¿cómo dijiste? ¿Acaso de aquel modo en que se hizo la voz desde la nube, que decía: «Este es mi Hijo amado»? Aquella voz, en efecto, fue emitida y pasó, comenzó y acabó. Sonaron las sílabas y pasaron, la segunda tras la primera, la tercera tras la segunda y así por orden, hasta la última tras las demás, y el silencio tras la última. De donde resulta claro y manifiesto que la expresó el movimiento de una criatura, que, temporal él mismo, servía a Tu voluntad eterna. Y estas palabras Tuyas, hechas para el tiempo, las anunció el oído exterior a la mente prudente, cuyo oído interior está puesto en Tu Verbo eterno. Y esta comparó estas palabras que suenan en el tiempo con Tu Verbo eterno en silencio, y dijo: «es otra cosa, muy otra cosa. Estas están muy por debajo de mí y no son, porque huyen y pasan; pero la Palabra de mi Dios permanece sobre mí para siempre». Si, pues, dijiste con palabras que suenan y pasan para que se hiciera el cielo y la tierra, y así hiciste el cielo y la tierra, existía ya una criatura corporal antes del cielo y la tierra, por cuyos movimientos temporales aquella voz discurriría temporalmente. Pero no había cuerpo alguno antes del cielo y la tierra, o

si lo había, ciertamente lo habías hecho sin voz transitoria, para hacer de él la voz transitoria con que dijeras que se hiciera el cielo y la tierra. Pues fuera lo que fuese aquello de que tal voz se hiciera, si no hubiera sido hecho por Ti, no existiría en absoluto. Para que se hiciera, pues, el cuerpo del cual se formaran esas palabras, ¿con qué palabra fue dicho por Ti?

VII

Nos llamas, pues, a entender el Verbo, Dios junto a Ti, Dios, que se dice sempiternamente, y en Él se dicen sempiternamente todas las cosas. Pues no termina lo que se decía para que se diga otra cosa, de modo que puedan decirse todas, sino que todas se dicen a la vez y sempiternamente; de otro modo ya habría tiempo y mutación, y no verdadera eternidad ni verdadera inmortalidad. Esto lo sé, Dios mío, y doy gracias. Lo sé, Te lo confieso, Señor, y conmigo lo sabe y Te bendice cualquiera que no es ingrato a la verdad cierta. Lo sabemos, Señor, lo sabemos, que en cuanto una cosa deja de ser lo que era y empieza a ser lo que no era, en esa medida muere y nace. Nada, pues, en Tu Verbo cede el lugar ni sucede a otra cosa, porque es verdaderamente inmortal y eterno. Y por eso, con el Verbo coeterno a Ti, dices a la vez y sempiternamente todo cuanto dices, y se hace todo lo que dices que se haga. Y no obras de otro modo que diciendo, y sin embargo no se hacen a la vez ni sempiternamente todas las cosas que haces diciendo.

VIII

¿Por qué, Te lo ruego, Señor Dios mío? De algún modo lo veo, pero cómo lo expresaré no lo sé, a no ser así: todo lo que empieza a ser y deja de ser, entonces empieza a ser y entonces deja de ser, cuando se conoce, en la razón eterna, que debía empezar o dejar de ser, razón en la que nada empieza ni deja de ser. Esa razón es Tu Verbo, que también es el Principio, porque también nos habla. Así dice en el Evangelio por

medio de la carne, y esto resonó fuera en los oídos de los hombres para que se creyera, y se buscara dentro, y se hallara en la verdad eterna, donde el único y buen Maestro enseña a todos los discípulos. Allí oigo Tu voz, Señor, que me habla, puesto que habla a nosotros el que nos enseña, y el que no nos enseña, aunque hable, no nos habla a nosotros. Ahora bien, ¿qué nos enseña sino la verdad estable? Porque también cuando por una criatura mudable somos amonestados, somos conducidos a la verdad estable, donde de veras aprendemos, cuando estamos en pie y Lo escuchamos y nos alegramos con gozo por la voz del esposo, devolviéndonos a Aquel de quien somos. Y por eso es el Principio, porque, si no permaneciera mientras nosotros erramos, no habría adónde volver. Y cuando volvemos del error, volvemos conociendo, sin duda; y para que conozcamos, nos enseña, porque es el Principio y nos habla.

IX

En este Principio, Dios, hiciste el cielo y la tierra, en Tu Verbo, en Tu Hijo, en Tu poder, en Tu sabiduría, en Tu verdad, diciendo de modo admirable y obrando de modo admirable. ¿Quién lo comprenderá? ¿Quién lo explicará? ¿Qué es aquello que me ilumina a ratos y golpea mi corazón sin herirlo? Y me estremezco y me abraso: me estremezco, en cuanto soy desemejante a ella; me abraso, en cuanto soy semejante a ella. La Sabiduría, la Sabiduría misma es la que me ilumina a ratos, rasgando mi nube, que de nuevo me cubre cuando desfallezco lejos de ella, por la oscuridad y el cúmulo de mis castigos, porque de tal modo se ha debilitado en la indigencia mi vigor que no soporto mi propio bien, hasta que Tú, Señor, que Te has hecho propicio a todas mis iniquidades, sanes también todas mis dolencias, porque rescatarás de la corrupción mi vida, y me coronarás de compasión y misericordia, y saciarás de bienes mi deseo, porque se renovará mi juventud como la del águila. Pues en esperanza hemos sido salvados y esperamos con pa-

ciencia Tus promesas. Quien pueda, que Te oiga hablar en su interior: yo, confiado en Tu oráculo, clamaré: «¡Cuán magníficas son Tus obras, Señor, todo lo hiciste con sabiduría!». Y esa Sabiduría es el Principio, y en ese Principio hiciste el cielo y la tierra.

X

¿No están acaso llenos de su vejez los que nos dicen: «¿qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra? Pues si estaba ocioso», dicen, «y no obraba cosa alguna, ¿por qué no sigue así siempre y en adelante, como siempre en el pasado cesó de obrar? Si, en efecto, hubo en Dios algún movimiento nuevo y una voluntad nueva de fundar una criatura que jamás antes había fundado, ¿cómo hay ya verdadera eternidad, si surge una voluntad que no existía? Porque la voluntad de Dios no es criatura, sino anterior a la criatura, ya que no se crearía cosa alguna si no precediera la voluntad del Creador. Por tanto, Su voluntad pertenece a la sustancia misma de Dios. Y si en la sustancia de Dios surgió algo que antes no era, esa sustancia no se dice con verdad eterna. Pero si la voluntad de Dios era sempiterna para que existiera la criatura, ¿por qué no es sempiterna también la criatura?».

XI

Los que esto dicen todavía no Te entienden, oh Sabiduría de Dios, luz de las mentes, todavía no entienden cómo se hacen las cosas que por Ti y en Ti se hacen, y se esfuerzan por saborear lo eterno, pero su corazón aún revolotea por los movimientos pasados y futuros de las cosas, y aún es vano. ¿Quién lo retendrá y lo fijará, para que se detenga un poco y capte un poco el esplendor de la eternidad que siempre permanece, y la compare con los tiempos que nunca permanecen, y vea que es incomparable, y vea que un tiempo largo no se hace largo sino por muchos movimientos que pasan y que no pueden extenderse a la vez; que en lo eterno, en cambio, nada pasa, sino que todo es presente; que

ningún tiempo, en cambio, es todo presente; y vea que todo pasado es impelido por el futuro y todo futuro sigue al pasado, y que todo pasado y futuro es creado y discurre a partir de lo que es siempre presente? ¿Quién retendrá el corazón del hombre, para que se detenga y vea cómo la eternidad, que permanece, dicta los tiempos futuros y pasados sin ser ella futura ni pasada? ¿Acaso mi mano vale para esto, o la mano de mi boca logra con discursos tan grande empresa?

XII

He aquí que respondo al que dice: «¿qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra?». No respondo lo que se cuenta que respondió cierto individuo, esquivando con burla la violencia de la pregunta: «Preparaba», dijo, «infiernos para los que escudriñan cosas altas». Una cosa es ver, otra reír: esto no lo respondo. Pues más gustosamente respondería: «no sé lo que no sé», que aquello con lo cual se hace burla del que preguntó cosas altas y se alaba al que respondió falsedades. Pero digo que Tú, Dios nuestro, eres el Creador de toda criatura y, si bajo el nombre de cielo y tierra se entiende toda criatura, digo con audacia: «antes de que Dios hiciera el cielo y la tierra, no hacía cosa alguna». Pues si hacía algo, ¿qué hacía sino una criatura? Ojalá supiera yo todo lo que deseo saber con provecho, tan bien como sé que ninguna criatura se hacía antes de que se hiciera criatura alguna.

XIII

Pero si el sentido volandero de alguien divaga por las imágenes de los tiempos pasados y se asombra de que Tú, Dios omnipotente, que todo lo creas y todo lo sostienes, artífice del cielo y de la tierra, hayas cesado, antes de hacerlo, de una obra tan grande durante innumerables siglos, despierte y repare en que se asombra de cosas falsas. Pues ¿de dónde podían pasar innumerables siglos que Tú mismo no habías hecho, siendo Tú autor y fundador de todos los siglos? ¿O qué tiempos

habrían existido que no hubieran sido fundados por Ti? ¿O cómo pasarían, si nunca hubieran sido? Siendo, pues, Tú el hacedor de todos los tiempos, si hubo algún tiempo antes de que hicieras el cielo y la tierra, ¿por qué se dice que cesabas de obrar? Porque ese mismo tiempo lo habías hecho Tú, y no pudieron pasar tiempos antes de que hicieras los tiempos. Y si antes del cielo y la tierra no había tiempo alguno, ¿por qué se pregunta qué hacías entonces? Pues no había «entonces» donde no había tiempo.

Ni Tú precedes a los tiempos en el tiempo, de lo contrario no precederías a todos los tiempos. Pero precedes a todo lo pasado por la altura de la eternidad siempre presente, y superas todo lo futuro, porque ello es futuro, y cuando llegue, será pasado. Tú, en cambio, eres el mismo, y Tus años no tendrán fin: Tus años ni van ni vienen, mientras que estos nuestros van y vienen, para que todos vengan; Tus años todos están a la vez, porque están en pie, y los que se van no son excluidos por los que vienen, porque no pasan. Pero estos nuestros serán todos cuando ya ninguno sea. Tus años son un día, y Tu día no es cada día, sino hoy, porque Tu hoy no cede ante el mañana, pues tampoco sucede al ayer. Tu hoy es la eternidad; por eso engendraste coeterno a Aquel a quien dijiste: «Yo hoy Te he engendrado». Todos los tiempos los hiciste Tú, y antes de todos los tiempos eres Tú, y no hubo tiempo alguno en que no existiera el tiempo.

XIV

En ningún tiempo, pues, dejaste de hacer algo, porque el tiempo mismo lo habías hecho Tú. Y ningún tiempo Te es coeterno, porque Tú permaneces; si ellos permanecieran, no serían tiempos. Pues ¿qué es el tiempo? ¿Quién podría explicarlo con facilidad y brevedad? ¿Quién podría, ni siquiera con el pensamiento, abarcarlo para proferir una palabra sobre él? Y sin embargo, ¿qué cosa mencionamos al hablar más familiar y conocida que el tiempo? Y ciertamente lo entendemos cuando

hablamos de él, lo entendemos también cuando lo oímos mencionar a otro. ¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Digo, con todo, con confianza, que sé que, si nada pasara, no habría tiempo pasado, y si nada sobreviniera, no habría tiempo futuro, y si nada existiera, no habría tiempo presente. Aquellos dos tiempos, pues, el pasado y el futuro, ¿cómo son, si el pasado ya no es y el futuro todavía no es? En cuanto al presente, si fuera siempre presente y no pasara al pasado, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si, pues, el presente, para ser tiempo, se hace tal porque pasa al pasado, ¿cómo decimos que también este es, cuando la causa de que sea es que no será, de modo que no decimos con verdad que el tiempo es, sino porque tiende a no ser?

XV

Y sin embargo decimos «tiempo largo» y «tiempo breve», y esto no lo decimos sino del pasado o del futuro. Llamamos, por ejemplo, tiempo pasado largo a «hace cien años», y del mismo modo futuro largo a «dentro de cien años»; breve pasado, digamos, a «hace diez días», y breve futuro a «dentro de diez días». Pero ¿de qué manera es largo o breve lo que no es? Porque el pasado ya no es y el futuro todavía no es. No digamos, pues, «es largo», sino digamos del pasado «fue largo», y del futuro «será largo». Señor mío, luz mía, ¿no se reirá también aquí Tu verdad del hombre? Porque ese tiempo pasado, que fue largo, ¿fue largo cuando ya era pasado, o cuando todavía era presente? Pues entonces podía ser largo, cuando existía lo que pudiera ser largo; pero lo pasado ya no existía, de donde tampoco podía ser largo lo que no era en absoluto. No digamos, entonces, «fue largo el tiempo pasado»; pues no hallaremos qué fue largo, ya que, desde que es pasado, no es; sino digamos «fue largo aquel tiempo presente», porque cuando era presente, era largo. Pues todavía no había pasado hasta no ser, y por eso existía lo que podía ser largo; pero después que pasó, dejó a la vez

de ser largo lo que dejó de ser.

Veamos, pues, alma humana, si el tiempo presente puede ser largo, pues se te ha dado sentir las demoras y medirlas. ¿Qué me responderás? ¿Son un tiempo largo cien años presentes? Mira primero si pueden ser presentes cien años. Pues si transcurre el primero de ellos, ese es presente, pero los noventa y nueve son futuros y por eso todavía no son. Si transcurre el segundo año, ya uno es pasado, otro presente, y los demás futuros. Y así, cualquiera de los años intermedios de esta centena que pongamos como presente, antes de él habrá pasados, después de él futuros. Por tanto, cien años no podrán ser presentes. Mira, al menos, si el único año que transcurre es él mismo presente. Pues si de este corre el primer mes, los demás son futuros; si el segundo, ya el primero pasó y los restantes todavía no son. Así que ni siquiera el año que transcurre es todo presente, y si no es todo presente, no es el año el presente. Pues el año son doce meses, de los cuales el único que transcurre, cualquiera que sea, es presente, y los demás o pasados o futuros. Aunque tampoco el mes que transcurre es presente, sino un solo día. Si es el primero, los demás son futuros; si el último, los demás son pasados; si uno de los intermedios, está entre pasados y futuros.

He aquí que el tiempo presente, el único que hallábamos digno de llamarse largo, se ha contraído apenas al espacio de un solo día. Pero examinemos también este, porque ni un solo día es todo presente. Pues se completa con todas las horas nocturnas y diurnas, veinticuatro, de las cuales la primera tiene a las demás como futuras, la última como pasadas, y alguna de las intermedias tiene pasadas las anteriores a sí y futuras las posteriores. Y esa misma hora única transcurre en fugitivas partículas. Lo que de ella voló, es pasado; lo que le resta, futuro. Si se concibe algún punto del tiempo que ya no pueda dividirse ni en las más minúsculas partes de instantes, ese solo es el que puede llamarse presente; el cual, sin embargo, vuela tan rápidamente del futuro al pasado que no se extiende por ninguna dilación. Pues si se extiende, se divide en pasado y futuro; pero el presente no tiene espacio alguno.

¿Dónde está, pues, el tiempo al que podamos llamar largo? ¿Acaso el futuro? No decimos ciertamente «es largo», porque todavía no existe lo que sea largo, sino que decimos «será largo». ¿Cuándo, entonces, lo será? Pues si aun entonces será futuro, no será largo, porque todavía no existirá lo que pueda ser largo. Y si será largo entonces, cuando de futuro, que todavía no es, haya comenzado a ser ya y se haya hecho presente, de modo que pueda existir lo que sea largo, ya el tiempo presente clama, con las voces anteriores, que él no puede ser largo.

XVI

Y sin embargo, Señor, sentimos los intervalos de los tiempos y los comparamos entre sí, y decimos que unos son más largos y otros más breves. Medimos también cuánto es más largo o más breve este tiempo que aquel, y respondemos que este es doble o triple, y aquel sencillo, o que este es tanto cuanto aquel. Pero medimos los tiempos que pasan cuando los medimos sintiéndolos. En cambio, los pasados, que ya no son, o los futuros, que todavía no son, ¿quién puede medirlos, a no ser que alguien se atreva a decir que se puede medir lo que no es? Cuando, pues, el tiempo pasa, puede sentirse y medirse; pero cuando ha pasado, como no es, no puede.

XVII

Pregunto, Padre, no afirmo. Dios mío, presídeme y gobiérname. ¿Quién es el que me dirá que no hay tres tiempos, como aprendimos de niños y enseñamos a los niños, pasado, presente y futuro, sino solo el presente, porque aquellos dos no son? ¿O acaso también ellos son, pero el tiempo procede de algún lugar oculto cuando de futuro se hace presente, y se retira a algún lugar oculto cuando de presente se hace pasado? Pues ¿dónde vieron las cosas futuras los que vaticinaron lo futuro, si todavía no son? Porque no puede verse lo que no es. Y los que narran lo pasado, ciertamente no narrarían cosas verdaderas si no las

discernieran con el alma. Si ellas no fueran nada, no podrían discernirse en absoluto. Existen, pues, tanto las futuras como las pasadas.

XVIII

Déjame, Señor, buscar más, esperanza mía; no se perturbe mi atención. Pues si existen cosas futuras y pasadas, quiero saber dónde están. Y si aún no soy capaz, sé sin embargo que, dondequiera que estén, allí no son futuras ni pasadas, sino presentes. Porque si allí también son futuras, todavía no están allí; si allí también son pasadas, ya no están allí. Dondequiera, pues, que estén, cualesquiera que sean, no son sino presentes. Aunque, cuando se narran cosas pasadas verdaderas, se extraen de la memoria no las cosas mismas que pasaron, sino palabras concebidas a partir de las imágenes de ellas, que al pasar dejaron fijadas en el alma, como huellas, por medio de los sentidos. Pues mi niñez, que ya no es, está en el tiempo pasado, que ya no es; pero su imagen, cuando la recuerdo y la narro, la contemplo en el tiempo presente, porque está todavía en mi memoria. Si es semejante la causa también de la predicción de las cosas futuras, de modo que se perciban de antemano imágenes ya existentes de cosas que todavía no son, lo confieso, Dios mío, no lo sé. Esto sí lo sé, que a menudo premeditamos nuestras acciones futuras y que esa premeditación es presente, mientras que la acción que premeditamos todavía no es, porque es futura. Y cuando la hayamos emprendido y hayamos comenzado a hacer lo que premeditábamos, entonces existirá esa acción, porque entonces no será futura, sino presente.

De cualquier modo, pues, que se dé el secreto presentimiento de las cosas futuras, no puede verse sino lo que es. Y lo que ya es, no es futuro sino presente. Cuando, por tanto, se dice que se ven las cosas futuras, no se ven ellas mismas, que todavía no son, es decir, que son futuras, sino acaso sus causas o señales, que ya son. Por eso no son futuras sino presentes para los que ya las ven, y a partir de ellas, concebidas

por el alma, se predicen las futuras. Estas concepciones, a su vez, ya son, y quienes las predicen las contemplan presentes en sí mismos. Que tan gran multitud de cosas me ofrezca algún ejemplo. Contemplo la aurora, anuncio que va a salir el sol. Lo que contemplo es presente, lo que anuncio, futuro. No es futuro el sol, que ya es, sino su salida, que todavía no es; sin embargo, si no imaginara en el alma la salida misma, como ahora que lo estoy diciendo, no podría predecirla. Pero ni esa aurora que veo en el cielo es la salida del sol, aunque la precede, ni lo es esa imaginación en mi alma. Ambas cosas se perciben presentes, para que se prediga aquella salida futura. Las futuras, por tanto, todavía no son, y si todavía no son, no son, y si no son, no pueden verse en absoluto; pero pueden predecirse a partir de las presentes, que ya son y se ven.

XIX

Tú, pues, que gobiernas Tu criatura, ¿cuál es el modo con que enseñas a las almas las cosas que han de ser? Pues enseñaste a Tus profetas. ¿Cuál es ese modo con que enseñas las cosas futuras, Tú, para quien nada hay futuro? ¿O más bien enseñas lo presente acerca de lo futuro? Pues lo que no es, ciertamente tampoco puede enseñarse. Ese modo está demasiado lejos de la agudeza de mi vista: me sobrepasa. Por mí no podré alcanzarlo, pero podré por Ti, cuando Tú me lo concedas, dulce luz de mis ojos ocultos.

XX

Lo que ahora, en cambio, es evidente y claro es que ni las cosas futuras ni las pasadas son, y no se dice con propiedad: «hay tres tiempos, pasado, presente y futuro», sino que quizá se diría con propiedad: «hay tres tiempos, el presente de las cosas pasadas, el presente de las cosas presentes, el presente de las cosas futuras». Pues estas tres cosas existen en el alma y en otra parte no las veo: el presente de las cosas

pasadas, la memoria; el presente de las cosas presentes, la visión; el presente de las cosas futuras, la espera. Si se nos permite decirlo así, veo tres tiempos y confieso que son tres. Dígase también: «hay tres tiempos, pasado, presente y futuro», como abusa la costumbre; dígase. Mira, no me preocupo ni me opongo ni reprendo, con tal que se entienda lo que se dice: que ni lo que es futuro existe ya, ni lo que es pasado. Pues son pocas las cosas que decimos con propiedad, más las que decimos sin ella, pero se reconoce lo que queremos decir.

XXI

Dije, pues, poco antes que medimos los tiempos que pasan, para poder decir que este tiempo es el doble de aquel sencillo, o que este es tanto cuanto aquel, y cualquier otra cosa que podamos comunicar, midiendo, sobre las partes de los tiempos. Por lo cual, como decía, medimos los tiempos que pasan; y si alguien me dice: «¿cómo lo sabes?», respondo: lo sé porque medimos, y no podemos medir lo que no es, y no son los pasados ni los futuros. Pero el tiempo presente, ¿cómo lo medimos, si no tiene espacio? Se mide, pues, cuando pasa; cuando ha pasado, no se mide; pues no habrá qué medir. Pero ¿de dónde, por dónde y hacia dónde pasa, cuando se mide? ¿De dónde sino del futuro? ¿Por dónde sino por el presente? ¿Hacia dónde sino hacia el pasado? Desde aquello, pues, que todavía no es, a través de lo que carece de espacio, hacia lo que ya no es. Pero ¿qué medimos sino el tiempo en algún espacio? Pues no decimos sencillos y dobles y triples e iguales, ni cosa alguna que de este modo decimos en el tiempo, sino espacios de tiempo. ¿En qué espacio, pues, medimos el tiempo que pasa? ¿Acaso en el futuro, de donde pasa? Pero lo que todavía no es, no lo medimos. ¿O en el presente, por donde pasa? Pero lo que no tiene espacio, no lo medimos. ¿O en el pasado, hacia donde pasa? Pero lo que ya no es, no lo medimos.

XXII

Se ha encendido mi alma por conocer ese enigma enmarañadísimo. No cierres, Señor Dios mío, buen Padre, por Cristo Te lo ruego, no cierres a mi deseo estas cosas, tan usuales y tan ocultas, para que penetre en ellas y se aclaren, alumbrando Tu misericordia, Señor. ¿A quién preguntaré sobre ellas? ¿Y a quién confesaré con más fruto mi ignorancia sino a Ti, a quien no son molestos mis estudios, que arden con vehemencia en Tus Escrituras? Da lo que amo; pues amo, y esto lo diste Tú. Da, Padre, que sabes en verdad dar cosas buenas a Tus hijos, da, porque he emprendido conocer y tengo fatiga por delante hasta que Tú me abras. Por Cristo Te lo ruego, en Su nombre, Santo de los santos, que nadie me estorbe. También yo creí, por lo cual hablo. Esta es mi esperanza, para esto vivo, para contemplar la delicia del Señor. He aquí que hiciste viejos mis días, y pasan, y cómo, no lo sé. Y decimos «tiempo» y «tiempo», «tiempos» y «tiempos»: «cuánto tardó aquel en decir esto», «cuánto tardó aquel en hacer esto», y: «cuánto tiempo hace que no vi aquello», y: «esta sílaba tiene el doble de tiempo que aquella otra breve y sencilla». Decimos esto y lo oímos, y nos entienden y entendemos. Son cosas clarísimas y usualísimas, y las mismas, a su vez, están muy ocultas, y es nuevo el descubrirlas.

XXIII

Oí a cierto hombre docto decir que los movimientos del sol y de la luna y de los astros son ellos mismos los tiempos, y no asentí. Pues ¿por qué no más bien los movimientos de todos los cuerpos serían los tiempos? ¿O acaso, si cesaran las luces del cielo y se moviera la rueda de un alfarero, no habría tiempo con que midiéramos esas vueltas y dijéramos que se hacen en intervalos iguales, o, si unas veces se moviera más lenta y otras más velozmente, que unas son más duraderas, otras menos? ¿O cuando dijéramos esto, no hablaríamos también nosotros en el tiempo, o habría en nuestras palabras unas sílabas largas y otras

breves, sino porque aquellas sonaron en más largo tiempo y estas en más breve? Dios, da a los hombres ver en lo pequeño las nociones comunes de las cosas pequeñas y grandes. Hay astros y luminarias en el cielo para señales y para tiempos y para días y para años. Es verdad, pero yo no diría que la vuelta de aquella ruedecilla de madera es un día, ni por eso diría aquel que no hay tiempo.

Yo deseo conocer la fuerza y la naturaleza del tiempo, con el que medimos los movimientos de los cuerpos y decimos, por ejemplo, que tal movimiento dura el doble que este otro. Pues pregunto, ya que «día» se dice no solo de la permanencia del sol sobre la tierra, según lo cual una cosa es el día, otra la noche, sino también de todo su recorrido de oriente a oriente, según lo cual decimos: «han pasado tantos días» (pues con sus noches se dice «tantos días», y no se cuentan aparte los espacios de las noches), ya que, pues, el día se cumple con el movimiento y recorrido del sol de oriente a oriente, pregunto si el movimiento mismo es el día, o la duración misma en que se realiza, o ambas cosas. Pues si fuera lo primero, sería día, aun cuando el sol hubiera cumplido aquel curso en un espacio de tiempo igual al de una hora. Si lo segundo, no sería día si desde una salida del sol hasta la siguiente hubiera una duración tan breve como la de una hora, sino que el sol tendría que girar veinticuatro veces para completar un día. Si ambas cosas, ni aquel se llamaría día, si el sol recorriera todo su giro en el espacio de una hora, ni este, si, detenido el sol, pasara tanto tiempo cuanto suele emplear el sol en cumplir todo su recorrido de mañana a mañana. No preguntaré, pues, ahora qué es lo que se llama día, sino qué es el tiempo, con el cual, al medir el recorrido del sol, diríamos que se cumplió en la mitad del tiempo que suele, si se cumpliera en un espacio de tiempo como aquel en que se cumplen doce horas, y, comparando ambos tiempos, diríamos que aquel es sencillo, este doble, aun cuando a veces el sol diera su vuelta de oriente a oriente en aquel tiempo sencillo, a veces en este doble. Que nadie me diga, pues, que los movimientos de los cuerpos celestes son los tiempos, porque tam-

bién cuando, por el ruego de cierto hombre, se detuvo el sol para que consumara una batalla victoriosa, el sol estaba quieto, pero el tiempo avanzaba. Pues en su propio espacio de tiempo, el que le bastaba, aquella pelea se libró y terminó. Veo, pues, que el tiempo es una cierta distensión. Pero ¿veo? ¿O me parece que veo? Tú lo mostrarás, luz, verdad.

XXIV

¿Me mandas que apruebe a quien diga que el tiempo es el movimiento de un cuerpo? No lo mandas. Pues que ningún cuerpo se mueve sino en el tiempo, lo oigo: Tú lo dices. Pero que el movimiento mismo del cuerpo sea el tiempo, no lo oigo: Tú no lo dices. Pues cuando un cuerpo se mueve, mido con el tiempo cuánto tiempo se mueve, desde que empieza a moverse hasta que cesa. Y si no vi desde cuándo empezó y sigue moviéndose, de modo que no vea cuándo cesa, no puedo medir, a no ser acaso desde que empiezo a ver hasta que dejo de ver. Y si lo veo por largo rato, solo declaro que es un tiempo largo, pero no cuánto es, porque también el «cuánto», cuando lo decimos, lo decimos por comparación, como: «tanto esto cuanto aquello» o «el doble esto que aquello» y cualquier otra cosa de este modo. Pero si pudiéramos señalar los espacios de los lugares, de dónde y hacia dónde viene el cuerpo que se mueve, o sus partes, si se mueve como en un torno, podemos decir cuánto tiempo hay desde que el movimiento del cuerpo o de su parte se efectuó desde aquel lugar hasta aquel lugar. Siendo, pues, una cosa el movimiento del cuerpo y otra aquello con que medimos cuánto dura, ¿quién no sentirá cuál de los dos ha de llamarse más bien tiempo? Pues si un cuerpo se mueve de manera variable, a veces se mueve, a veces está quieto, no solo su movimiento sino también su quietud medimos por el tiempo y decimos: «estuvo quieto tanto cuanto se movió», o «estuvo quieto el doble o el triple de lo que se movió», y cualquier otra cosa que nuestra medida haya abarcado o estimado, como

suele decirse, poco más o menos. No es, pues, el tiempo el movimiento de un cuerpo.

XXV

Y Te confieso, Señor, que todavía ignoro qué es el tiempo, y Te confieso de nuevo, Señor, que sé que digo estas cosas en el tiempo, y que hace ya mucho que hablo del tiempo, y que ese «mucho» no es mucho sino por la duración del tiempo. ¿Cómo, entonces, sé esto, si no sé qué es el tiempo? ¿O acaso no sé cómo decir lo que sé? ¡Ay de mí, que ni siquiera sé qué es lo que no sé! ¡Mira, Dios mío, que delante de Ti no miento! Como hablo, así es mi corazón. Tú encenderás mi lámpara, Señor, Dios mío, iluminarás mis tinieblas.

XXVI

¿No Te confiesa mi alma con confesión veraz que mido los tiempos? ¿Es así, Dios mío, que mido y no sé qué mido? Mido el movimiento de un cuerpo con el tiempo: y al tiempo mismo, ¿no lo mido? ¿O acaso mediría el movimiento del cuerpo, cuánto dura y cuánto tarda en llegar de aquí allá, si no midiera el tiempo en que se mueve? Pues el tiempo mismo, ¿con qué lo mido? ¿O medimos con un tiempo más breve uno más largo, como con el espacio de un codo el espacio de un travesaño? Así parece, en efecto, que con el espacio de una sílaba breve medimos el espacio de una larga y decimos que es el doble. Así medimos los espacios de los poemas por los espacios de los versos, y los espacios de los versos por los espacios de los pies, y los espacios de los pies por los espacios de las sílabas, y los espacios de las largas por los espacios de las breves; no en las páginas (pues de ese modo medimos lugares, no tiempos), sino cuando las voces pasan al pronunciarse y decimos: «es largo el poema, pues se compone de tantos versos; largos los versos, pues constan de tantos pies; largos los pies, pues se extienden en tantas sílabas; larga la sílaba, pues es el doble de la breve». Pe-

ro tampoco así se alcanza una medida cierta del tiempo, ya que puede suceder que un verso más breve suene en un espacio de tiempo más amplio, si se pronuncia más alargado, que uno más largo, si se pronuncia más rápido. Así el poema, así el pie, así la sílaba. De ahí me pareció que el tiempo no es otra cosa que una distensión; pero de qué cosa, no lo sé, y sería de admirar que no fuera del alma misma. Pues ¿qué mido, Te lo ruego, Dios mío? Y digo o indefinidamente: «este tiempo es más largo que aquel», o también definidamente: «este es el doble de aquel». Mido el tiempo, lo sé; pero no mido el futuro, porque todavía no es; no mido el presente, porque no se extiende en espacio alguno; no mido el pasado, porque ya no es. ¿Qué mido, entonces? ¿Acaso los tiempos que pasan, no los pasados? Pues así lo había dicho.

XXVII

Insiste, alma mía, y atiende con fuerza. Dios es nuestro auxilio: Él nos hizo, y no nosotros. Atiende donde alborea la verdad. Supón que una voz corporal empieza a sonar, y suena, y sigue sonando, y he aquí que cesa, y ya hay silencio, y esa voz es pasada y ya no es voz. Era futura antes de sonar, y no podía medirse porque todavía no era, y ahora no puede porque ya no es. Entonces, pues, podía, cuando sonaba, porque entonces había algo que podía medirse. Pero ni siquiera entonces estaba quieta; pues iba y pasaba. ¿O acaso por eso podía más? Porque al pasar se extendía por algún espacio de tiempo en que podía medirse, pues el presente no tiene espacio alguno. Si, pues, entonces podía, supón que otra empieza a sonar y sigue sonando con tenor continuado y sin interrupción alguna. Midámosla mientras suena. Pues cuando haya cesado de sonar, ya será pasada y no habrá algo que se pueda medir. Midámosla ahora y digamos cuánta es. Pero todavía suena y no puede medirse sino desde su comienzo, en que empezó a sonar, hasta su fin, en que cesa. Pues el intervalo mismo lo medimos desde algún comienzo hasta algún fin. Por eso una voz que todavía no ha terminado no

puede medirse, de modo que se diga cuán larga o breve es, ni puede decirse que sea igual a otra, o respecto de alguna sencilla o doble o cualquier otra cosa. Pero cuando haya terminado, ya no será. ¿De qué manera, pues, podrá medirse? Y sin embargo medimos los tiempos, y no los que todavía no son, ni los que ya no son, ni los que no se extienden por duración alguna, ni los que no tienen límites. Ni los futuros, pues, ni los pasados, ni los presentes, ni los que pasan medimos, y sin embargo medimos los tiempos.

«Deus creator omnium»: este verso de ocho sílabas alterna sílabas breves y largas. Así, las cuatro breves (la primera, tercera, quinta y séptima) son sencillas respecto de las cuatro largas (la segunda, cuarta, sexta y octava). Cada una de estas tiene, respecto de cada una de aquellas, el doble de tiempo. Lo pronuncio y lo declaro, y es así en cuanto se percibe con sentido manifiesto. Hasta donde el sentido es manifiesto, con la sílaba breve mido la larga y siento que tiene el doble. Pero cuando suena una después de otra, si primero la breve, después la larga, ¿cómo retendré la breve y cómo, al medir, la aplicaré a la larga, para hallar que tiene el doble, ya que la larga no empieza a sonar sino cuando la breve ha dejado de sonar? Y la larga misma, ¿acaso la mido presente, cuando no la mido sino acabada? Pero su acabarse es su pasar: ¿qué es, pues, lo que mido? ¿Dónde está la breve con que mido? ¿Dónde está la larga que mido? Ambas sonaron, volaron, pasaron, ya no son. Y yo mido y respondo con confianza, cuanto se puede confiar en un sentido ejercitado, que aquella es sencilla, esta doble, en el espacio de tiempo, se entiende. Y no puedo esto sino porque pasaron y terminaron. No mido, entonces, ellas mismas, que ya no son, sino algo en mi memoria, que permanece grabado.

En ti, alma mía, mido los tiempos. No me estorbes, es decir, no te estorbes a ti misma con los tumultos de tus afecciones. En ti, digo, mido los tiempos. La afección que las cosas que pasan producen en ti y que, cuando ellas han pasado, permanece, esa misma mido presente, no las cosas que pasaron para producirla; esa misma mido cuando mi-

do los tiempos. Por tanto, o eso mismo son los tiempos, o no mido tiempos. ¿Y qué, cuando medimos silencios y decimos que aquel silencio ocupó tanto tiempo cuanto ocupó aquella voz? ¿No tendemos el pensamiento a la medida de la voz, como si sonara, para poder declarar algo sobre los intervalos de los silencios en el espacio de tiempo? Pues también, cesando la voz y la boca, recorremos con el pensamiento poemas y versos y cualquier discurso y toda clase de dimensiones de movimientos, y declaramos acerca de los espacios de tiempo cuánto es aquello respecto de aquello, no de otro modo que si lo dijéramos sonando. Si alguien quisiera emitir una voz algo prolongada, y hubiera determinado de antemano, premeditando, cuán larga había de ser, ciertamente este recorrió en silencio un espacio de tiempo y, encomendándolo a la memoria, empezó a emitir esa voz que suena, hasta que se la lleva al término propuesto. Más bien sonó y sonará; pues lo que de ella ya se cumplió, ciertamente sonó, y lo que resta, sonará, y así se cumple, mientras la atención presente traslada el futuro al pasado, disminuyendo el futuro y creciendo el pasado, hasta que, consumido el futuro, todo sea pasado.

XXVIII

Pero ¿cómo disminuye o se consume el futuro, que todavía no es, o cómo crece el pasado, que ya no es, sino porque en el alma que lo hace hay tres cosas? Pues espera, y atiende, y recuerda, de modo que lo que espera pase por lo que atiende a lo que recordará. ¿Quién niega, pues, que las cosas futuras todavía no son? Y sin embargo ya está en el alma la espera de las futuras. ¿Y quién niega que las pasadas ya no son? Y sin embargo todavía está en el alma la memoria de las pasadas. ¿Y quién niega que el tiempo presente carece de espacio, porque pasa en un punto? Y sin embargo perdura la atención, por la cual continúa yéndose lo que llegará. No es, pues, largo el tiempo futuro, que no es, sino que un futuro largo es una larga espera del futuro, ni es largo el tiem-

po pasado, que no es, sino que un pasado largo es una larga memoria del pasado.

Voy a decir un cántico que conozco. Antes de comenzar, mi espera se tiende hacia el todo; pero cuando haya comenzado, a medida que de ella vaya arrancando para el pasado, se tiende también mi memoria, y se distiende la vida de esta acción mía hacia la memoria por lo que ya dije y hacia la espera por lo que voy a decir. Presente, sin embargo, está mi atención, por la cual pasa lo que era futuro para hacerse pasado. Cuanto más se avanza y se avanza en ello, tanto más, abreviándose la espera, se alarga la memoria, hasta que se consume toda la espera, cuando toda aquella acción, terminada, ha pasado a la memoria. Y lo que sucede en todo el cántico, sucede en cada una de sus partículas y en cada una de sus sílabas; sucede en una acción más larga, de la cual quizá es parte aquel cántico; sucede en toda la vida del hombre, cuyas partes son todas las acciones del hombre; sucede en todo el siglo de los hijos de los hombres, cuyas partes son todas las vidas de los hombres.

XXIX

Pero porque mejor es Tu misericordia que las vidas, he aquí que mi vida es distensión, y me recogió Tu diestra en mi Señor, el mediador, Hijo del hombre, entre Ti, que eres uno, y nosotros, que somos muchos, en muchos y por muchas cosas, para que por Él alcance a Aquel en quien también fui alcanzado, y desde los días antiguos sea recogido, siguiendo al Uno; y, olvidando lo pasado, no distendido hacia las cosas que han de venir y pasar, sino extendido hacia las que están delante, no según la distensión sino según la intención, sigo hacia el premio de la vocación de lo alto, donde oiga la voz de alabanza y contemple Tu delicia, que ni viene ni pasa. Pero ahora mis años transcurren entre gemidos, y Tú eres mi consuelo, Señor, mi Padre eterno. Yo, en cambio, me he disipado en tiempos cuyo orden ignoro, y mis pensamientos, las

entrañas íntimas de mi alma, son despedazados por tumultuosas variedades, hasta que en Ti confluya, purificado y fundido por el fuego de Tu amor.

XXX

Y estaré firme y me consolidaré en Ti, en mi forma, que es Tu verdad, y no soportaré las cuestiones de los hombres que, por un mal que es castigo, tienen más sed que capacidad y dicen: «¿qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra?», o: «¿qué se Le ocurrió para hacer algo, cuando antes nunca hizo cosa alguna?». Dales, Señor, pensar bien lo que dicen, y descubrir que no se dice «nunca» donde no hay tiempo. Cuando se dice, pues, que nunca hizo, ¿qué otra cosa se dice sino que en ningún tiempo hizo? Vean, pues, que no puede haber tiempo alguno sin criatura, y dejen de decir esa vanidad. Extiéndanse también hacia las cosas que están delante, y entiendan que Tú, antes de todos los tiempos, eres el Creador eterno de todos los tiempos, y que ningún tiempo Te es coeterno, ni criatura alguna, aun si existe alguna por encima de los tiempos.

XXXI

Señor Dios mío, ¿cuál es ese seno de Tu alto secreto, y cuán lejos de él me arrojaron las consecuencias de mis delitos? Sana mis ojos, y que me regocije con Tu luz. Ciertamente, si existe un alma tan poderosa en ciencia y presciencia, a la que todo lo pasado y futuro sea tan conocido como me es a mí un cántico muy sabido, esa alma es sobremanera admirable y asombrosa hasta el espanto, pues no se le oculta nada de lo cumplido y nada de lo que resta de los siglos, así como no se me oculta a mí, que canto aquel cántico, qué y cuánto de él ha pasado desde el comienzo, qué y cuánto resta hasta el fin. Pero ¡lejos de Ti, fundador del universo, fundador de las almas y de los cuerpos, lejos de Ti que conozcas así todas las cosas futuras y pasadas! Tú, muy lejos de

eso: de modo mucho más admirable y mucho más secreto. Porque no como al que canta, o al que escucha un cántico conocido, se le varía el afecto y se le distiende el sentido por la espera de las voces futuras y la memoria de las pasadas, así Te sucede algo a Ti, inconmutablemente eterno, es decir, verdaderamente eterno Creador de las mentes. Así como, pues, conociste en el principio el cielo y la tierra sin variedad de Tu conocimiento, así hiciste en el principio el cielo y la tierra sin distensión de Tu acción. Quien entiende, que Te confiese; y quien no entiende, que Te confiese. ¡Oh cuán excelso eres, y los humildes de corazón son Tu casa! Pues Tú levantas a los abatidos, y no caen aquellos cuya altura eres Tú.

Libro duodécimo

I

Mucho se afana mi corazón, Señor, en esta pobreza de mi vida, golpeado por las palabras de Tu santa Escritura, y por eso, la mayoría de las veces, la pobreza de la inteligencia humana es pródiga en palabras, porque la búsqueda habla más que el hallazgo, la petición dura más que la obtención, y la mano que llama trabaja más que la que recibe. Tenemos una promesa: ¿quién la anulará? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? «Pidan y recibirán, busquen y hallarán, llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca hallará, y al que llama se le abrirá.» Son promesas Tuyas, ¿y quién temería ser engañado cuando promete la Verdad?

II

A Tu altura confiesa la humildad de mi lengua que Tú hiciste el cielo y la tierra: este cielo que veo y la tierra que piso, de la cual procede esta tierra que llevo conmigo, Tú los hiciste. Pero ¿dónde está el cielo del cielo, Señor, del cual oímos en la voz del salmo: «El cielo del cielo es para el Señor, pero la tierra la dio a los hijos de los hombres»? ¿Dónde está el cielo que no vemos, para el cual es tierra todo esto que vemos? Pues todo este conjunto corpóreo, que no está entero en todas partes, recibió así una hermosa forma en sus partes últimas, cuyo fondo es nuestra tierra; pero respecto de aquel cielo del cielo, aun el cielo de nuestra tierra es tierra. Y no es absurdo decir que uno y otro gran cuerpo son tierra respecto de aquel cielo, no sé cuál, que es del Señor y no de los hijos de los hombres.

III

Y sin duda esta tierra era invisible y desordenada, y una profundidad no sé cuál de abismo, sobre la cual no había luz, porque ninguna forma había en ella; por eso mandaste que se escribiera que «las tinieblas estaban sobre el abismo». ¿Qué otra cosa son sino la ausencia de luz? Pues ¿dónde estaría la luz, si existiera, sino encima, descollando e iluminando? Así pues, donde la luz aún no estaba, ¿qué era estar presentes las tinieblas sino estar ausente la luz? Estaban, pues, las tinieblas encima porque encima faltaba la luz, como donde no hay sonido, hay silencio. Y ¿qué es estar allí el silencio sino no estar allí el sonido? ¿No fuiste Tú, Señor, quien enseñaste a esta alma que Te confiesa? ¿No fuiste Tú, Señor, quien me enseñaste que, antes de que formaras y distinguieras esa materia informe, no había cosa alguna: ni color, ni figura, ni cuerpo, ni espíritu? Y sin embargo no era absolutamente nada: había cierta carencia de forma, sin apariencia alguna.

IV

¿Cómo, pues, habría de llamarse, y cómo habría de insinuarse de algún modo a los más lentos de entendimiento, sino con alguna palabra usual? Y ¿qué puede encontrarse en todas las partes del mundo más próximo a la carencia total de forma que la tierra y el abismo? Pues, por su grado ínfimo, son menos hermosos que las demás cosas superiores, todas ellas diáfanas y resplandecientes. ¿Por qué, entonces, no he de aceptar que la carencia de forma de la materia, que habías hecho sin apariencia para hacer de ella el mundo hermoso, fue dada a entender a los hombres con tanto acierto que se la llamara tierra invisible y desordenada?

V

Busca el pensamiento qué es lo que el sentido alcanza en ella, y se dice a sí mismo: «No es forma inteligible, como la vida, como la justicia, porque es materia de los cuerpos; ni sensible, porque en lo invisible y

desordenado no hay qué se vea ni qué se sienta». Mientras el pensamiento humano se dice esto, ¿no intenta conocerla ignorándola, o ignorarla conociéndola?

VI

Yo ciertamente, Señor, si Te confesara con mi boca y con mi pluma todo lo que sobre esa materia me enseñaste (cuyo nombre antes oía sin entenderlo, pues me hablaban de ella quienes tampoco la entendían), yo la imaginaba con innumerables y variadas formas, y por eso no la imaginaba. Mi alma revolvía formas feas y horribles, en órdenes trastornados, pero formas al fin, y llamaba informe no a lo que carecía de forma, sino a lo que tenía una tal que, si apareciera, mi sentido la rechazaría por insólita e incongruente y la flaqueza del hombre se turbaría. Pero aquello que yo pensaba era informe no por privación de toda forma, sino por comparación con cosas más hermosas, y la recta razón me persuadía de que debía despojarla de todo resto de forma, cualquiera que fuese, si quería pensar lo absolutamente informe, y no podía. Pues más pronto juzgaba que no existía lo privado de toda forma, que imaginaba algo entre la forma y la nada, ni formado ni nada, un informe casi nada. Y mi mente dejó de interrogar por ese lado a mi espíritu, lleno de imágenes de cuerpos formados y que las cambia y varía a su arbitrio, y me volví a los cuerpos mismos y examiné más hondamente su mutabilidad, por la cual dejan de ser lo que habían sido y comienzan a ser lo que no eran, y sospeché que ese mismo tránsito de forma en forma se hace por algo informe, no por la nada absoluta. Pero yo deseaba saber, no sospechar. Y si mi voz y mi estilo Te confesaran todo lo que me aclaraste sobre esta cuestión, ¿qué lector tendrá paciencia para comprenderlo? Mas no por eso cesará mi corazón de darte honor y cántico de alabanza por lo que no basta a dictar. Pues la mutabilidad misma de las cosas mudables es capaz de todas las formas en que se transforman las cosas mudables. ¿Y esto qué es? ¿Acaso al-

ma? ¿Acaso cuerpo? ¿Acaso una forma del alma o del cuerpo? Si pudiera decirse «nada algo» y «es no es», eso diría yo de ella; y sin embargo ya de algún modo era, para recibir estas formas visibles y ordenadas.

VII

¿Y de dónde existía de algún modo, si no fuera de Ti, de quien son todas las cosas, en cuanto son de algún modo? Pero tanto más lejos de Ti cuanto más desemejante, pues no se trata de lugares. Así Tú, Señor, que no eres ora una cosa y ora otra, ni ora de un modo y ora de otro, sino lo mismo, y lo mismo, y lo mismo, santo, santo, santo, Señor Dios omnipotente, en el principio, que procede de Ti, en Tu Sabiduría, nacida de Tu sustancia, hiciste algo, y de la nada. Pues hiciste el cielo y la tierra no de Ti. Porque sería igual a Tu Unigénito y por eso también a Ti, y de ningún modo sería justo que fuera igual a Ti lo que no procediera de Ti. Y fuera de Ti no había otra cosa de la cual hicieras esas cosas, Dios, Trinidad una y Unidad trina, y por eso de la nada hiciste el cielo y la tierra, algo grande y algo pequeño, porque eres omnipotente y bueno para hacer todas las cosas buenas, el gran cielo y la pequeña tierra, dos cosas, una cerca de Ti, otra cerca de la nada, una por encima de la cual solo estuvieras Tú, otra por debajo de la cual no hubiera nada.

VIII

Pero aquel cielo del cielo es para Ti, Señor; en cambio, la tierra que diste a los hijos de los hombres para ser vista y tocada no era tal como ahora la vemos y tocamos. Pues era invisible y desordenada, y era un abismo sobre el cual no había luz, o las tinieblas estaban sobre el abismo, es decir, más que en el abismo. Porque este abismo de aguas, ya visibles, tiene aun en sus profundidades cierta luz propia de su forma, de algún modo perceptible a los peces y a los animales que se arras-

tran en su fondo. Aquello, en cambio, era todo casi nada, puesto que era todavía absolutamente informe; sin embargo, ya era lo que podía ser formado. Pues Tú, Señor, hiciste el mundo de una materia informe, que de ninguna cosa hiciste casi ninguna cosa, para hacer de ella las grandes obras que admiramos los hijos de los hombres. Pues es muy admirable este cielo corpóreo, el firmamento entre agua y agua, del cual el segundo día, después de la creación de la luz, dijiste: «Hágase», y así se hizo. Ese firmamento lo llamaste cielo, pero cielo de esta tierra y de este mar, que hiciste el tercer día dando forma visible a la materia informe, que habías hecho antes de todo día. Pues ya habías hecho también un cielo antes de todo día, pero el cielo de este cielo, porque en el principio habías hecho el cielo y la tierra. Y la tierra misma que habías hecho era materia informe, porque era invisible y desordenada, y tinieblas sobre el abismo. De esa tierra invisible y desordenada, de esa carencia de forma, de ese casi nada, harías todas estas cosas de que consta y no consta este mundo mudable, en el cual aparece la misma mutabilidad, en la cual se pueden sentir y numerar los tiempos, porque los tiempos nacen de los cambios de las cosas, mientras varían y se vuelven las formas, cuya materia es la ya dicha tierra invisible.

IX

Y por eso el Espíritu, maestro de Tu siervo, cuando recuerda que Tú hiciste en el principio el cielo y la tierra, calla acerca de los tiempos, guarda silencio acerca de los días. Pues sin duda el cielo del cielo, que hiciste en el principio, es alguna criatura intelectual. Aunque de ningún modo coeterna a Ti, Trinidad, participa sin embargo de Tu eternidad, y por la dulzura de Tu felicísima contemplación refrena enteramente su mutabilidad y, sin ninguna caída desde que fue hecha, adhiriéndose a Ti, excede toda la voluble vicisitud de los tiempos. Pero aquella carencia de forma, la tierra invisible y desordenada, tampoco ella fue contada entre los días. Pues donde no hay ninguna forma, nin-

gún orden, ni viene nada ni pasa, y donde esto no sucede, no hay ciertamente días ni vicisitud de espacios temporales.

X

¡Oh Verdad, luz de mi corazón, que no me hablen mis tinieblas! Me deslicé hacia estas cosas y me oscurecí, pero desde aquí, desde aquí también Te amé. Erré y me acordé de Ti. Oí Tu voz detrás de mí, para que volviera, y apenas la oí por el tumulto de los que no tienen paz. Y ahora, mira, vuelvo ardiendo y jadeante a Tu fuente. Que nadie me lo impida: de ella beberé y de ella viviré. No sea yo mi vida: mal viví por mí. Fui para mí muerte: en Ti revivo. Háblame Tú, conversa Tú conmigo: creí en Tus libros, y sus palabras son muy arcanas.

XI

Ya me dijiste, Señor, con voz fuerte, al oído interior, que Tú eres eterno, el único que posee la inmortalidad, porque por ninguna forma ni movimiento cambias, ni Tu voluntad varía con los tiempos, pues no es inmortal una voluntad que es ahora una y ahora otra. Esto está claro para mí en Tu presencia, y que se aclare más y más, Te lo ruego, y que en esa manifestación persevere yo sobrio bajo Tus alas. Asimismo me dijiste, Señor, con voz fuerte al oído interior, que a todas las naturalezas y sustancias que no son lo que Tú eres y sin embargo son, Tú las hiciste (y solo no viene de Ti lo que no es, y el movimiento de la voluntad desde Ti, que eres, hacia lo que es menos, porque tal movimiento es delito y pecado), y que el pecado de nadie ni Te daña ni perturba el orden de Tu imperio, ni en lo primero ni en lo último. Esto está claro para mí en Tu presencia, y que se aclare más y más, Te lo ruego, y que en esa manifestación persevere yo sobrio bajo Tus alas.

Asimismo me dijiste con voz fuerte al oído interior que tampoco aquella criatura Te es coeterna, cuyo deleite eres Tú solo, y que, bebiendo de Ti con castidad perseverantísima, jamás y en ninguna parte

deja aflorar su mutabilidad, y estando Tú siempre presente a ella, a quien se aferra con todo su afecto, sin tener futuro que esperar ni trasladar al pasado algo que haya de recordar, no varía por vicisitud alguna ni se distiende en ningún tiempo. ¡Oh dichosa, si es que existe, por adherirse a Tu bienaventuranza, dichosa por tenerte como eterno habitante e iluminador suyo! Y no encuentro qué cosa juzgue más conveniente llamar «cielo del cielo para el Señor» que Tu casa, que contempla Tu deleite sin desfallecer jamás saliendo hacia otra cosa, mente pura, concordísimamente una por la estabilidad de la paz de los espíritus santos, ciudadanos de Tu ciudad en los cielos, por encima de estos cielos que vemos.

Entienda el alma, cuya peregrinación se ha hecho lejana, si ya tiene sed de Ti, si ya sus lágrimas se le han hecho pan, mientras se le dice cada día: «¿Dónde está tu Dios?», si ya Te pide una cosa y esta busca: habitar en Tu casa todos los días de su vida. ¿Y cuál es su vida sino Tú? ¿Y cuáles son Tus días sino Tu eternidad, como Tus años, que no se acaban, porque Tú eres siempre el mismo? Desde aquí, pues, entienda el alma que pueda cuán lejos por encima de todos los tiempos eres eterno, cuando Tu casa, que no peregrinó, aunque no Te sea coeterna, sin embargo, adhiriéndose a Ti sin cesar y sin desfallecer, no sufre ninguna vicisitud de los tiempos. Esto está claro para mí en Tu presencia, y que se aclare más y más, Te lo ruego, y que en esta manifestación persevere yo sobrio bajo Tus alas.

Mira, hay algo informe en estas mudanzas de las cosas últimas e ínfimas, y ¿quién me dirá, salvo quien vaga y se revuelve por los vacíos de su corazón con sus fantasmas, quién sino alguien así me dirá que, disminuida y consumida toda forma, si quedara sola la carencia de forma por la cual la cosa se mudaba y se transformaba de una forma en otra, podría mostrar las vicisitudes de los tiempos? De ningún modo, en efecto, puede, porque sin variedad de movimientos no hay tiempos, y no hay variedad alguna donde no hay forma alguna.

XII

Considerado esto, en cuanto me das, Dios mío, en cuanto me estimulas a llamar y en cuanto abres al que llama, hallo dos cosas que hiciste carentes de tiempos, sin que ninguna Te sea coeterna: una, tan formada que, sin ningún defecto de contemplación, sin ningún intervalo de mutación, aunque mudable, sin embargo no mudada, goza plenamente de Tu eternidad e inmutabilidad; otra, tan informe que no tenía de qué forma a qué forma, ya de movimiento ya de reposo, mudarse, de modo que quedara sujeta al tiempo. Pero no la dejaste informe, porque hiciste antes de todo día, en el principio, el cielo y la tierra, estas dos cosas de que hablaba. «La tierra, empero, era invisible y desordenada, y tinieblas sobre el abismo»: con estas palabras se insinúa la carencia de forma, para que sean acogidos gradualmente los que no pueden pensar una privación total de forma que, sin embargo, no llegue a la nada, de la cual se haría el otro cielo y la tierra visible y ordenada y el agua hermosa y todo lo que luego se recuerda hecho, no sin días, en la constitución de este mundo, porque son tales que en ellas se verifican las vicisitudes de los tiempos por las ordenadas mudanzas de movimientos y de formas.

XIII

Esto, entre tanto, entiendo, Dios mío, cuando oigo hablar a Tu Escritura: «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra. La tierra, empero, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo», sin que mencione en qué día hiciste esto. Así lo entiendo por ahora a causa de aquel cielo del cielo, el cielo intelectual, donde el entender es conocer a la vez, no en parte, no en enigma, no por espejo, sino por entero, en manifestación, cara a cara; no ahora esto, ahora aquello, sino, como se dijo, conocer a la vez sin ninguna vicisitud de tiempos, y a causa de la tierra invisible y desordenada, sin vicisitud alguna de tiempos, que suele tener ora esto ora aquello, porque donde no hay forma

alguna no hay en ninguna parte esto y aquello. A causa de estas dos cosas, lo formado primeramente y lo totalmente informe, aquel cielo, pero cielo del cielo, esta, en cambio, la tierra, pero tierra invisible y desordenada, por estas dos cosas entiendo por ahora que Tu Escritura dice sin mención de días: «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra». Pues enseguida añadió de qué tierra hablaba, y al mencionar que el segundo día fue hecho el firmamento y llamado cielo, insinúa de qué cielo había hablado antes el discurso sin días.

XIV

¡Admirable profundidad la de Tus palabras, cuya superficie está ahí ante nosotros, halagando a los pequeños, pero admirable profundidad, Dios mío, admirable profundidad! Da horror asomarse a ella, horror de reverencia y temblor de amor. Odio con vehemencia a sus enemigos: ¡oh, si los mataras con la espada de dos filos, y dejaran de ser sus enemigos! Pues así amo que sean muertos para sí, para que vivan para Ti. Pero he aquí que otros, no censores sino alabadores del libro del Génesis, dicen: «No quiso el Espíritu de Dios, que por medio de Moisés, Su siervo, escribió estas cosas, que se entendiera esto con estas palabras; no quiso que se entendiera lo que tú dices, sino otra cosa, la que nosotros decimos». A ellos, siendo Tú el árbitro, Dios de todos nosotros, respondo así.

XV

¿Acaso dirán que es falso lo que la Verdad me dice con voz fuerte al oído interior sobre la verdadera eternidad del Creador, que de ningún modo Su sustancia varía con el tiempo ni Su voluntad es ajena a Su sustancia? De donde se sigue que Él no quiere ahora esto, ahora aquello, sino que quiere de una vez, a la vez y siempre todo lo que quiere, no una y otra vez, ni ahora estas cosas, ahora aquellas, ni quiere después lo que no quería, o no quiere lo que antes quería, porque tal vo-

luntad es mutable y nada mutable es eterno, y nuestro Dios es eterno. Asimismo, lo que me dice al oído interior: la espera de las cosas venideras se hace visión cuando llegan, y esa misma visión se hace memoria cuando pasan. Ahora bien, toda atención que así varía es mutable, y nada mutable es eterno, y nuestro Dios es eterno. Reúno y enlazo esto, y hallo que mi Dios, Dios eterno, no fundó la criatura por una voluntad nueva, ni Su ciencia padece algo transitorio.

¿Qué dirán, pues, contradictores? ¿Acaso es falso esto? «No», dicen. ¿Y aquello? ¿Acaso es falso que toda naturaleza formada o materia formable no existe sino por Aquel que es sumamente bueno porque es sumamente? «Tampoco esto lo negamos», dicen. ¿Qué, pues? ¿Acaso niegan aquello, que hay una criatura sublime unida por un amor tan casto al Dios verdadero y verdaderamente eterno que, aunque no Le sea coeterna, sin embargo no se desprende ni se desliza de Él hacia variedad ni vicisitud alguna de los tiempos, sino que descansa solo en Su contemplación verdaderísima, porque Tú, Dios, Te muestras a ella, que Te ama cuanto mandas, y le bastas, y por eso no se aparta de Ti ni hacia sí misma? Esta es la casa de Dios, no terrena ni de ninguna mole corpórea celeste, sino espiritual y partícipe de Tu eternidad, porque está sin mancha para siempre. Pues la estableciste por los siglos y por los siglos de los siglos; pusiste un precepto, y no pasará. Y sin embargo no Te es coeterna, porque no es sin comienzo, pues fue hecha.

Pues aunque no encontramos tiempo antes de ella (pues la primera de todas fue creada la sabiduría, y no, por cierto, aquella Sabiduría coeterna e igual a Ti, Dios nuestro, Su Padre, por quien fueron creadas todas las cosas y en quien, como principio, hiciste el cielo y la tierra, sino ciertamente la sabiduría que fue creada, es decir, la naturaleza intelectual, que por la contemplación de la luz es luz; pues también ella, aunque creada, se llama sabiduría, pero cuanta diferencia hay entre la luz que ilumina y la iluminada, tanta hay entre la Sabiduría que crea y esta que fue creada, como entre la justicia que justifica y la justicia que se hizo por la justificación, pues también nosotros fuimos llama-

dos Tu justicia; dice, en efecto, un siervo Tuyo: «para que nosotros seamos justicia de Dios en Él»). Así pues, porque fue creada primero de todas una sabiduría que fue creada, la mente racional e intelectual de Tu casta ciudad, madre nuestra, que está arriba y es libre y eterna en los cielos (¿en qué cielos, sino en los que Te alaban, cielos de los cielos, pues esto es también el cielo del cielo para el Señor?), aunque no encontramos tiempo antes de ella, porque precede también a la criatura del tiempo, la que fue creada primera de todas, antes de ella, sin embargo, está la eternidad del Creador mismo, de quien, hecha, tomó el comienzo, no del tiempo, porque aún no había tiempo, sino de su misma constitución.

De ahí que sea de Ti, Dios nuestro, de modo que es plenamente otra cosa que Tú y no lo mismo. Aunque no solo antes de ella, sino ni en ella encontramos tiempo, porque es capaz de ver siempre Tu rostro y nunca se desvía de él (por lo cual no varía por ninguna mudanza). Sin embargo, le es inherente la mutabilidad misma, de donde se oscurecería y enfriaría si, unida a Ti por un gran amor, no luciera y ardiera por Ti como un mediodía perpetuo. ¡Oh casa luminosa y hermosa, amé tu belleza y el lugar de la habitación de la gloria de mi Señor, tu artífice y poseedor! Por ti suspire mi peregrinación, y digo a Aquel que te hizo que me posea también a mí en ti, porque me hizo también a mí. Erré como oveja perdida, pero sobre los hombros de mi pastor, tu constructor, espero ser llevado de nuevo a ti.

¿Qué me dicen ustedes, a quienes me dirigía como contradictores, que sin embargo creen que Moisés, piadoso siervo de Dios, y sus libros son oráculos del Espíritu Santo? ¿Es esta la casa de Dios, no ciertamente coeterna con Dios, pero sin embargo eterna a su modo en los cielos, donde buscan en vano vicisitudes de tiempos, porque no las encuentran? Pues sobrepasa toda distensión y todo espacio voluble de la edad, y le es bueno estar siempre unida a Dios. «Lo es», dicen. ¿Qué, entonces, de lo que clamó mi corazón a mi Dios, cuando oía interiormente la voz de Su alabanza, qué, en fin, sostienen que es falso?

¿Acaso que había una materia informe, donde por no haber ninguna forma no había ningún orden? Y donde no había ningún orden no podía haber vicisitud alguna de tiempos; y sin embargo este casi nada, en cuanto no era absolutamente nada, era ciertamente de Aquel de quien es todo lo que es, lo que de algún modo es algo. «Tampoco esto», dicen, «lo negamos».

XVI

Pues con estos quiero conversar algo delante de Ti, Dios mío, con los que conceden que son verdaderas todas estas cosas que dentro de mi mente Tu verdad no calla. Porque los que lo niegan, que ladren cuanto quieran y se aturdan con su propio ruido: intentaré persuadirlos de que se aquieten y abran a Tu palabra el camino hacia ellos. Pero si no quisieran y me rechazaran, Te ruego, Dios mío, que no guardes silencio conmigo. Habla Tú en mi corazón con verdad; pues solo así hablas. Y los dejaré fuera soplando en el polvo y levantando tierra contra sus ojos, y entraré en mi aposento y Te cantaré cantos de amor, gimiendo gemidos inenarrables en mi peregrinación y acordándome de Jerusalén, con el corazón tendido hacia ella, hacia arriba, Jerusalén patria mía, Jerusalén madre mía, y a Ti sobre ella como rey, iluminador, padre, protector, esposo, castas y fuertes delicias y gozo sólido y todos los bienes inefables, todos a la vez, porque son un solo sumo y verdadero bien. Y no me apartaré hasta que en la paz de ella, madre queridísima, donde están las primicias de mi espíritu, de donde me vienen ciertas estas cosas, recojas todo lo que soy de esta dispersión y deformidad y lo conformes y lo confirmes para siempre, Dios mío, misericordia mía. Pero con los que no dicen que todas aquellas cosas verdaderas son falsas, que honran y colocan con nosotros, en la cumbre de la autoridad que se debe seguir, aquella Tu santa Escritura publicada por medio del santo Moisés, y sin embargo nos contradicen en algo, hablo así. Sé Tú, Dios nuestro, árbitro entre mis confesiones y las contra-

dicciones de ellos.

XVII

Dicen, en efecto: «Aunque esto sea verdad, no eran sin embargo estas dos cosas las que Moisés tenía a la vista cuando, por revelación del Espíritu, decía "en el principio hizo Dios el cielo y la tierra". No significó con el nombre de cielo aquella criatura espiritual o intelectual que contempla siempre el rostro de Dios, ni con el nombre de tierra la materia informe». ¿Qué, entonces? «Lo que nosotros decimos», dicen, «eso pensó aquel varón, eso expresó con estas palabras». ¿Qué es eso? «Con el nombre de cielo y tierra», dicen, «quiso significar primero, de modo universal y breve, todo este mundo visible, para luego desglosar, con la enumeración de los días, como por partes, todo lo que plugo al Espíritu Santo enunciar así. Pues aquel pueblo rudo y carnal al que hablaba era tal, que Moisés juzgó que solo debían presentársele las obras visibles de Dios». Convienen, sí, en que la tierra invisible y desordenada y el abismo tenebroso, de donde se muestra luego que por aquellos días fueron hechas y dispuestas todas estas cosas visibles que son conocidas de todos, no sin congruencia debe entenderse como esta materia informe.

¿Y si otro dijera que esa misma carencia de forma y confusión de la materia fue insinuada primero con el nombre de cielo y tierra, porque de ella fue constituido y perfeccionado este mundo visible con todas las naturalezas que en él aparecen con toda claridad, al que suele llamarse con frecuencia con el nombre de cielo y tierra? ¿Y si dijera otro que cielo y tierra fue llamada, no sin conveniencia, la naturaleza invisible y visible, y que por eso toda la criatura que Dios hizo en la Sabiduría, es decir, en el principio, quedó comprendida en dos vocablos de este tipo; pero que, sin embargo, porque todas las cosas fueron hechas no de la sustancia misma de Dios sino de la nada, porque no son lo mismo que Dios, y hay cierta mutabilidad en todas, ya permanezcan,

como la casa eterna de Dios, ya se muden, como el alma del hombre y el cuerpo, la materia común de todas las cosas invisibles y visibles, todavía informe pero ciertamente formable, de la cual se haría el cielo y la tierra, es decir, la criatura invisible y visible, ya formada una y otra, fue enunciada con aquellos nombres con que se la llamó tierra invisible y desordenada, y tinieblas sobre el abismo, con esta distinción: que por tierra invisible y desordenada se entienda la materia corporal antes de la cualidad de la forma, y por tinieblas sobre el abismo la materia espiritual antes de que se refrenara su desmesura, por así decir, fluyente, y antes de la iluminación de la Sabiduría?

Aún puede decir otro, si quiere, que no se significan con el nombre de cielo y tierra naturalezas invisibles y visibles ya perfectas y formadas, cuando se lee «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra», sino que la misma incoación todavía informe de las cosas, materia formable y creable, fue llamada con esos nombres, porque en ella estaban ya confusas aquellas cosas, aún no distinguidas por cualidades y formas, que ahora, ya dispuestas en sus órdenes, se llaman cielo y tierra, aquella criatura espiritual, esta corporal.

XVIII

Oído y considerado todo esto, no quiero disputar con palabras; pues para nada es útil sino para la ruina de los oyentes. Mas para edificación es buena la ley, si alguien la usa legítimamente, porque su fin es la caridad nacida de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe no fingida; y sé de qué dos preceptos nuestro Maestro hizo depender toda la ley y los profetas. A mí, que con ardor confieso esto, Dios mío, luz de mis ojos en lo oculto, ¿qué me daña que en estas palabras puedan entenderse cosas diversas que sin embargo sean verdaderas? ¿Qué me daña, digo, si yo entiendo una cosa distinta de lo que otro entiende que entendió el que escribió? Todos los que leemos nos esforzamos por rastrear y comprender lo que quiso aquel a quien lee-

mos, y cuando lo creemos veraz, no nos atrevemos a pensar que dijo nada que sepamos o creamos falso. Mientras, pues, cada uno procura entender en las Escrituras santas lo que en ellas entendió el que escribió, ¿qué mal hay si entiende lo que Tú, luz de todas las mentes veraces, muestras ser verdadero, aun cuando no lo entendiera así aquel a quien lee, puesto que también él entendió algo verdadero, aunque no esto?

XIX

Es verdad, en efecto, Señor, que Tú hiciste el cielo y la tierra. Y es verdad que el principio es Tu Sabiduría, en la cual hiciste todo. Asimismo es verdad que este mundo visible tiene como sus grandes partes el cielo y la tierra, en breve compendio de todas las naturalezas hechas y creadas. Y es verdad que todo lo mudable insinúa a nuestro conocimiento cierta carencia de forma, por la cual recibe forma o por la cual se muda y se transforma. Es verdad que no está sujeto a los tiempos lo que está tan unido a la forma inmutable que, aunque sea mudable, no se muda. Es verdad que la carencia de forma, que es casi nada, no puede tener vicisitudes de tiempos. Es verdad que aquello de lo que se hace algo puede, por cierto modo de hablar, llevar ya el nombre de la cosa que de ello se hace: por eso pudo llamarse cielo y tierra cualquier carencia de forma de la cual fue hecho el cielo y la tierra. Es verdad que de todas las cosas formadas ninguna es más vecina de lo informe que la tierra y el abismo. Es verdad que no solo lo creado y formado, sino también todo lo creable y formable, lo hiciste Tú, de quien son todas las cosas. Es verdad que todo lo que se forma de lo informe es primero informe, después formado.

XX

De todas estas verdades, de las que no dudan aquellos a cuyo ojo interior diste ver tales cosas y que creen inquebrantablemente que Moisés,

Tu siervo, habló en espíritu de verdad, de todas estas, pues, toma para sí una cosa quien dice «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra», es decir, en Su Verbo coeterno consigo hizo Dios la criatura inteligible y sensible, o espiritual y corporal; otra, quien dice «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra», es decir, en Su Verbo coeterno consigo hizo Dios toda esta mole del mundo corpóreo con todas las naturalezas manifiestas y conocidas que contiene; otra, quien dice «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra», es decir, en Su Verbo coeterno consigo hizo Dios la materia informe de la criatura espiritual y corporal; otra, quien dice «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra», es decir, en Su Verbo coeterno consigo hizo Dios la materia informe de la criatura corporal, donde estaban aún confusos el cielo y la tierra, que ahora, ya distintos y formados, percibimos en la mole de este mundo; otra, quien dice «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra», es decir, en el mismo comienzo de hacer y obrar hizo Dios la materia informe que contenía confusamente el cielo y la tierra, de donde ahora, formados, sobresalen y aparecen con todo lo que hay en ellos.

XXI

Asimismo, en cuanto a la inteligencia de las palabras siguientes, de todas aquellas verdades toma para sí una quien dice «La tierra, empero, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo», es decir, aquello corporal que hizo Dios era todavía materia informe de las cosas corpóreas, sin orden, sin luz; otra, quien dice «La tierra, empero, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo», es decir, todo esto que se llamó cielo y tierra era todavía una materia informe y tenebrosa, de la cual se haría el cielo corpóreo y la tierra corpórea con todo lo corpóreo que hay en ellos, conocido por los sentidos corpóreos; otra, quien dice «La tierra, empero, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo», es decir, todo esto que se llamó cielo y tierra era todavía una materia informe y

tenebrosa, de la cual se haría el cielo inteligible (que en otro lugar se llama cielo del cielo) y la tierra, esto es, toda la naturaleza corpórea, bajo cuyo nombre se entienda también este cielo corpóreo, es decir, de la cual se haría toda criatura invisible y visible; otra, quien dice «La tierra, empero, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo», la Escritura no llamó con el nombre de cielo y tierra a aquella carencia de forma, sino que ya existía, dice, esa misma carencia de forma que llamó tierra invisible y desordenada y abismo tenebroso, de la cual había dicho antes que Dios hizo el cielo y la tierra, esto es, la criatura espiritual y corporal; otra, quien dice «La tierra, empero, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo», es decir, una carencia de forma era ya materia de la cual la Escritura dijo antes que Dios hizo el cielo y la tierra, esto es, toda la mole corpórea del mundo distribuida en dos grandísimas partes, superior e inferior, con todas las criaturas habituales y conocidas que hay en ellas.

XXII

Pues si alguien intenta resistir a estas dos opiniones extremas así: «Si no quieren que se vea que esta carencia de forma de la materia fue llamada con el nombre de cielo y tierra, había entonces algo que Dios no había hecho, de lo cual hiciera el cielo y la tierra; pues la Escritura no narró que Dios haya hecho esta materia, a menos que entendamos que fue significada con el vocablo de cielo y tierra, o solo de tierra, cuando se decía “En el principio hizo Dios el cielo y la tierra”, de modo que lo que sigue, “la tierra, empero, era invisible y desordenada”, aunque haya placido llamar así a la materia informe, no lo entendamos sin embargo sino como la que hizo Dios en lo que está escrito antes: “hizo el cielo y la tierra”», responderán los sostenedores de estas dos opiniones que pusimos como extremas, de la una o de la otra, cuando hayan oído esto, y dirán: «Que esta materia informe fue hecha por

Dios no lo negamos, por Dios, de quien son todas las cosas muy buenas, porque, así como decimos que es mejor lo creado y formado, así confesamos que es menos bueno lo que fue hecho creable y formable, pero bueno al fin; mas la Escritura no mencionó que Dios hizo esta carencia de forma, como no mencionó otras muchas cosas, como los querubines y serafines, y las que el Apóstol enumera distintamente: "tronos, dominaciones, principados, potestades", de las cuales sin embargo es manifiesto que Dios las hizo todas. O si con lo que se dijo, "hizo el cielo y la tierra", están comprendidas todas las cosas, ¿qué decimos de las aguas sobre las cuales se movía el Espíritu de Dios? Pues si al nombrarse la tierra se entienden juntas, ¿cómo se toma ya por nombre de tierra la materia informe, cuando vemos aguas tan hermosas? O si así se toma, ¿por qué se escribió que de la misma carencia de forma fue hecho el firmamento y llamado cielo, y no se escribió que fueran hechas las aguas? Pues no son todavía informes e invisibles las que vemos fluir con forma tan bella. O si recibieron entonces esa forma cuando Dios dijo "Reúnanse las aguas que están bajo el firmamento", de modo que la reunión sea la formación misma, ¿qué se responderá acerca de las aguas que están sobre el firmamento, pues ni informes habrían merecido recibir tan honorable sede ni está escrito con qué palabra fueron formadas? Por lo cual, si el Génesis calló que Dios hizo algo que, sin embargo, ni la fe sana ni el entendimiento cierto duda que Dios lo hizo, y por eso ninguna doctrina sobria se atreverá a decir que estas aguas son coeternas con Dios, porque en el libro del Génesis las oímos mencionadas, pero no hallamos dónde fueron hechas, ¿por qué no hemos de entender, enseñándolo la verdad, que también aquella materia informe, a la que esta Escritura llama tierra invisible y desordenada y abismo tenebroso, fue hecha por Dios de la nada y por eso no Le es coeterna, aunque esta narración haya omitido enunciar dónde fue hecha?»

XXIII

Oído, pues, y examinado esto según la capacidad de mi flaqueza, que confieso a Ti, mi Dios que lo sabes, veo que pueden surgir dos géneros de disensiones cuando algo es enunciado mediante signos por mensajeros veraces: uno, si la disensión es sobre la verdad de las cosas; otro, si es sobre la voluntad del que enuncia. Pues una cosa buscamos acerca de la condición de la criatura, qué es verdadero, y otra distinta qué quiso Moisés, insigne miembro de la casa de Tu fe, que entendiera en estas palabras el lector y oyente. En aquel primer género, aléjense de mí todos los que creen saber lo que es falso; en este otro, aléjense igualmente de mí todos los que creen que Moisés dijo lo que es falso. Que yo me una, en cambio, a ellos, Señor, en Ti, y me deleite con ellos en Ti, los que se apacientan con Tu verdad en la anchura de la caridad, y acerquémonos juntos a las palabras de Tu libro y busquemos en ellas Tu voluntad por medio de la voluntad de Tu siervo, por cuya pluma las dispensaste.

XXIV

Pero ¿quién de nosotros la halla entre tantas verdades como se presentan a quienes buscan en esas palabras entendidas de uno y otro modo, de tal manera que diga con tanta seguridad que Moisés pensó esto y quiso que esto se entendiera en aquella narración, como dice con seguridad que esto es verdadero, ya lo haya pensado él, ya otra cosa? Pues he aquí, Dios mío, yo, siervo Tuyo, que Te prometí en estas páginas un sacrificio de confesión y Te ruego que por Tu misericordia Te cumpla mis votos, he aquí con cuánta seguridad digo que en Tu Verbo inmutable hiciste todas las cosas, invisibles y visibles. ¿Acaso digo con tanta seguridad que Moisés no atendió a otra cosa que a esto cuando escribía «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra», porque, aunque veo esto como cierto en Tu verdad, no veo así en su mente que pensara eso al escribir estas cosas? Pudo, en efecto, pensar «en el mismo co-

mienzo de hacer», cuando decía «en el principio»; pudo querer que se entendiera por cielo y tierra, en este lugar, no una naturaleza ya formada y perfecta, espiritual o corporal, sino una y otra incoada y todavía informe. Veo ciertamente que pudo decirse con verdad cualquiera de estas cosas, pero cuál de ellas pensó él en estas palabras, no lo veo así, aunque, sea que un varón tan grande haya divisado con la mente alguna de estas cosas o alguna otra que yo no he mencionado, al proferir estas palabras, no dudo de que vio la verdad y la enunció con propiedad.

XXV

Que nadie me moleste ya diciéndome: «Moisés no pensó lo que tú dices, sino que pensó lo que yo digo». Pues si me dijera: «¿Cómo sabes que Moisés pensó eso que declaras sobre sus palabras?», debería soportarlo con ánimo sereno y respondería quizá lo que antes respondí, o algo más ampliamente, si fuera más duro. Pero cuando dice: «No pensó él lo que tú dices, sino lo que yo digo», y sin embargo no niega que sea verdadero lo que cada uno de nosotros dice, oh vida de los pobres, Dios mío, en cuyo seno no hay contradicción, haz llover mansedumbre sobre mi corazón, para que soporte con paciencia a tales. No me dicen esto porque sean divinos y hayan visto en el corazón de Tu siervo lo que dicen, sino porque son soberbios y no conocen la sentencia de Moisés, sino que aman la suya, no porque sea verdadera, sino porque es suya. De otro modo amarían igualmente otra verdadera, como yo amo lo que dicen cuando dicen verdad, no porque sea de ellos sino porque es verdadero: y por eso ya ni siquiera es de ellos, porque es verdadero. Pero si lo aman porque es verdadero, ya es también de ellos y mío, pues es común a todos los amadores de la verdad. En cambio, lo que sostienen, que Moisés no pensó lo que yo digo sino lo que ellos dicen, no lo quiero, no lo amo, porque aunque así sea, esa temeridad no es de ciencia sino de audacia, y no la engendró la visión sino el orgullo.

Y por eso, Señor, son de temer Tus juicios, porque Tu verdad no es mía ni de aquel ni de aquel otro, sino de todos nosotros, a quienes llamas públicamente a su comunión, advirtiéndonos terriblemente que no queramos tenerla como privada, para no ser privados de ella. Pues quien reivindica como propio lo que Tú propones a todos para que lo disfruten, y quiere que sea suyo lo que es de todos, es arrojado de lo común a lo propio, es decir, de la verdad a la mentira. Pues el que dice mentira, habla de lo suyo.

Atiende, juez óptimo, Dios, la Verdad misma, atiende a lo que digo a este contradictor, atiende. Pues lo digo delante de Ti y delante de mis hermanos, que usan legítimamente la ley hasta el fin de la caridad. Atiende y ve lo que le digo, si Te place. Le devuelvo, en efecto, esta voz fraterna y pacífica: «Si ambos vemos que es verdadero lo que tú dices, y ambos vemos que es verdadero lo que yo digo, ¿dónde, te pregunto, lo vemos? Ni yo ciertamente en ti, ni tú en mí, sino ambos en la misma Verdad inmutable que está por encima de nuestras mentes. Si, pues, no disputamos sobre la misma luz del Señor Dios nuestro, ¿por qué disputamos sobre el pensamiento del prójimo, que no podemos ver como se ve la Verdad inmutable, cuando, si el mismo Moisés se nos hubiera aparecido y dicho: “Esto pensé”, tampoco así lo veríamos, sino que lo creeríamos? Así pues, que nadie, por favorecer a uno, se hinche contra otro, más allá de lo que está escrito. Amemos al Señor Dios nuestro con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Si no creemos que Moisés, en todo lo que entendió en aquellos libros, lo entendió en vista de estos dos preceptos de la caridad, haremos mentiroso al Señor, cuando opinamos del ánimo de un consiervo de modo distinto de como él enseñó. Ve ya cuán necio es, en tanta abundancia de sentencias verdaderísimas que pueden extraerse de aquellas palabras, afirmar temerariamente cuál de ellas entendió Moisés con preferencia, y con perniciosas contiendas ofender la caridad misma, por la cual dijo todas las cosas, cuyas palabras intentamos exponer».

XXVI

Y sin embargo, Dios mío, altura de mi humildad y descanso de mi trabajo, que oyes mis confesiones y perdonas mis pecados, porque Tú me mandas amar a mi prójimo como a mí mismo, no puedo creer menos de Moisés, fidelísimo siervo Tuyo, que lo que yo querría y desearía que me fuera dado por Ti, si hubiera nacido en aquel tiempo en que él nació y me hubieras puesto en su lugar, para que por el servicio de mi corazón y de mi lengua fueran dispensadas aquellas letras que tanto después aprovecharían a todas las gentes y, por todo el orbe, con tan alta cumbre de autoridad superarían las palabras de todas las doctrinas falsas y soberbias. Querría ciertamente, si yo fuera entonces Moisés (pues de una misma masa venimos todos; y ¿qué es el hombre, sino que Te acuerdas de él?), querría, pues, si yo fuera entonces lo que él fue y se me encomendara por Ti escribir el libro del Génesis, que se me diera tal facultad de hablar y tal modo de tejer el discurso, que ni los que aún no pueden entender cómo crea Dios rechazaran lo dicho, como excediendo sus fuerzas, y los que ya pueden, en cualquier sentencia verdadera a que hubieran llegado pensando, la hallaran no omitida en las pocas palabras de Tu siervo, y si otro hubiera visto otra en la luz de la verdad, tampoco esa faltara para ser entendida en las mismas palabras.

XXVII

Pues así como una fuente, en un lugar pequeño, es más abundante y suministra el caudal a espacios más amplios con más arroyos que cualquiera de los arroyos que de la misma fuente se derivan por muchos lugares, así la narración de Tu dispensador, destinada a aprovechar a muchos que hablarán de ella, brota, en la pequeña medida de su lenguaje, corrientes de verdad cristalina, de donde cada uno saque para sí la verdad que pueda sobre estas cosas, este una, aquel otra, por más largos rodeos de discursos. Pues unos, cuando leen u oyen estas pala-

bras, piensan a Dios como a un hombre o como a alguna mole dotada de inmenso poder que, por una resolución nueva y repentina, fuera de sí misma, como en lugares distantes, hizo el cielo y la tierra, dos grandes cuerpos, arriba y abajo, en los que todo estuviera contenido, y cuando oyen «Dijo Dios: Hágase aquello, y fue hecho aquello», piensan en palabras que empiezan y acaban, que suenan en el tiempo y pasan, tras cuyo paso existe enseguida lo que fue mandado que existiera, y cualquier otra cosa que quizá opinen de este modo por la familiaridad con la carne. En estos, que son todavía como criaturas pequeñuelas y carnales, mientras su flaqueza es llevada por este humildísimo género de palabras como en seno materno, se edifica saludablemente la fe, por la cual tengan por cierto y mantengan que Dios hizo todas las naturalezas que sus sentidos contemplan en admirable variedad. Si alguno de ellos, despreciando lo dicho como si fuera vil, se extendiera fuera de las cunas nutricias con soberbia debilidad, ¡ay!, caerá el miserable, y, Señor Dios, ten piedad, para que los que pasan por el camino no pisoteen al polluelo sin plumas, y envía a Tu ángel, que lo vuelva a poner en el nido, para que viva hasta que pueda volar.

XXVIII

Otros, en cambio, para quienes estas palabras ya no son un nido sino un matorral sombrío, ven en ellas los frutos escondidos y revolotean alegres y gorjean escudriñando y los cogen. Ven, en efecto, cuando leen u oyen estas palabras Tuyas, Dios eterno, que con Tu estable permanencia son superados todos los tiempos pasados y futuros, y que sin embargo no hay nada de la criatura temporal que Tú no hayas hecho, y que Tú, cuya voluntad es lo que Tú eres, sin que Tu voluntad se mudara de modo alguno ni surgiera una voluntad que antes no hubiera existido, hiciste todo, no sacándolo de Ti a semejanza Tuya, que es la forma de todas las cosas, sino de la nada, como una desemejanza informe que sería formada por Tu semejanza recurriendo a Ti, el Uno, se-

gún la capacidad ordenada, cuanto a cada cosa en su género le fue dado, y todas fueran muy buenas, ya permanezcan en torno a Ti, ya, a distancia más remota por grados, hagan o sufran hermosas mutaciones a través de tiempos y lugares. Ven esto y se alegran en la luz de Tu verdad, cuanto aquí pueden.

Y uno de ellos atiende a lo que se dijo, «En el principio hizo Dios», y mira a la Sabiduría, el principio, porque Ella misma también nos habla. Otro atiende igualmente a las mismas palabras y entiende por principio el comienzo de las cosas creadas, y así toma «en el principio hizo» como si se dijera «primero hizo». Y entre los que entienden «en el principio», que en la Sabiduría hiciste el cielo y la tierra, uno cree que con el nombre de cielo y tierra se designó la materia creable del cielo y de la tierra; otro, las naturalezas ya formadas y distintas; otro, una naturaleza formada y espiritual con el nombre de cielo, otra informe, de materia corporal, con el nombre de tierra. Y los que entienden que en los nombres de cielo y tierra se significa todavía materia informe, de la cual se formaría el cielo y la tierra, tampoco ellos lo entienden de un solo modo, sino que uno entiende la materia de la cual se consumaría la criatura inteligible y sensible; otro, solo aquella de la cual saldría esta mole corpórea sensible, que contiene en su gran seno naturalezas claras y manifiestas. Ni tampoco aquellos que creen que se llama aquí cielo y tierra a las criaturas ya dispuestas y ordenadas lo entienden de un solo modo, sino que uno entiende la invisible y la visible; otro, solo la visible, en la cual alzamos la vista al cielo luminoso y la tierra nebulosa y lo que hay en ellos.

XXIX

Pero aquel que no entiende «en el principio hizo» de otro modo que como si se dijera «primero hizo» no tiene cómo entender con verdad el cielo y la tierra, sino entendiendo la materia del cielo y de la tierra, a saber, de toda la criatura, esto es, inteligible y corporal. Pues si quiere

que sea la totalidad ya formada, se le podrá preguntar con razón, si esto hizo Dios primero, qué hizo después, y después de la totalidad no hallará nada, y así oirá a su pesar: «¿Cómo aquello primero, si después nada?». Pero si dice que primero la hizo informe y luego formada, no es absurdo, con tal que sea capaz de discernir qué precede en eternidad, qué en tiempo, qué en elección, qué en origen: en eternidad, como Dios a todas las cosas; en tiempo, como la flor al fruto; en elección, como el fruto a la flor; en origen, como el sonido al canto. De estos cuatro, el primero y el último, que mencioné, se entienden con suma dificultad; los dos intermedios, con suma facilidad. Pues es rara visión y demasiado ardua contemplar, Señor, Tu eternidad, que hace inmutablemente las cosas mudables y que por eso es anterior a ellas. ¿Quién, después, ve con el ánimo tan agudamente que pueda sin gran trabajo discernir cómo es anterior el sonido al canto, precisamente porque el canto es sonido formado, y puede ciertamente existir algo no formado, pero lo que no existe no puede ser formado? Así es anterior la materia a lo que de ella se hace, no anterior porque ella lo produzca, pues más bien es hecha, ni anterior por intervalo de tiempo. Pues no emitimos en un tiempo anterior sonidos informes sin canto y en un tiempo posterior los acomodamos o moldeamos en forma de canto, como la madera, con que se fabrica el arca, o la plata, con que se hace una vasija pequeña. Tales materias, en efecto, preceden también en tiempo a las formas de las cosas que se hacen de ellas, pero en el canto no es así. Pues cuando se canta, se oye su sonido, no suena primero informemente y luego se forma en canto. Pues lo que primero haya sonado de algún modo, pasa, y de ello no hallarás nada que, retomado, compongas con arte. Y por eso el canto consiste en su sonido, y ese sonido es su materia. Pues el mismo sonido se forma para que sea canto. Y por eso, como decía, es anterior la materia del sonar a la forma del cantar. No es anterior por potencia de hacer: pues el sonido no es artífice del canto, sino que, procedente del cuerpo, está sometido al alma que canta, para que de él haga el canto; ni anterior en tiempo: pues se

emite a la vez con el canto; ni anterior en elección: pues no es preferible el sonido al canto, ya que el canto no es solo sonido, sino sonido hermoso. Pero es anterior en origen, porque no se forma el canto para que haya sonido, sino que se forma el sonido para que haya canto. Con este ejemplo, el que pueda entienda que la materia de las cosas fue hecha primero y llamada cielo y tierra, porque de ella fueron hechos el cielo y la tierra, y que no fue hecha primero en el tiempo, porque las formas de las cosas dan origen a los tiempos, y aquella era informe, y solo se la advierte ya junto con los tiempos; y sin embargo de ella no puede narrarse nada sino como si fuera anterior en el tiempo, aunque se la estime la última en valor, porque ciertamente son mejores las cosas formadas que las informes, y es precedida por la eternidad del Creador, para que fuera de la nada aquello de lo que se hiciera algo.

XXX

En esta diversidad de sentencias verdaderas engendre concordia la Verdad misma, y nuestro Dios tenga misericordia de nosotros, para que usemos legítimamente la ley, por el fin del precepto, la caridad pura. Y por eso, si alguien me pregunta cuál de estas cosas entendió Moisés, aquel siervo Tuyo, estas palabras no son confesiones mías si no Te confieso: «No lo sé». Y sé sin embargo que aquellas sentencias son verdaderas (exceptuadas las de los carnales, de las cuales hablé cuanto me pareció; a ellos, sin embargo, pequeñuelos de buena esperanza, no los atemorizan estas palabras de Tu libro, altas con humildad y pocas con abundancia), pero todos cuantos, según reconozco, ven y dicen en esas palabras cosas verdaderas, amémonos unos a otros y que igualmente Te amemos a Ti, Dios nuestro, fuente de la verdad, si tenemos sed no de vanidades sino de ella misma, y honremos a ese mismo siervo Tuyo, dispensador de esta Escritura, lleno de Tu Espíritu, de modo que creamos que, por Tu revelación, al escribir estas palabras atendió a

aquello que en ellas más sobresale por la luz de la verdad y el fruto de la utilidad.

XXXI

Así, cuando uno diga: «Pensó lo mismo que yo», y otro: «No, sino lo que pienso yo», pienso decir con mayor religiosidad: «¿Por qué no más bien ambas cosas, si ambas son verdaderas, y si alguien ve en estas palabras una tercera, y una cuarta, y alguna otra cosa verdadera, por qué no creer que todas esas las vio aquel por quien el Dios uno dispuso las sagradas letras para los sentidos de muchos que habían de ver cosas verdaderas y diversas?». Yo ciertamente, y lo pronuncio sin temor desde mi corazón, si escribiera algo destinado a la cumbre de la autoridad, preferiría escribir de modo que mis palabras resonaran con lo que cada uno pudiera captar de verdadero sobre estas cosas, antes que poner una sola sentencia verdadera con tal claridad que excluyera las demás, que, no siendo falsas, no podrían ofenderme. No quiero, pues, Dios mío, ser tan precipitado que no crea que aquel varón mereció esto de Ti. Él entendió plenamente en estas palabras y pensó, al escribirlas, todo lo verdadero que aquí hemos podido hallar y todo lo que no hemos podido o aún no hemos podido y sin embargo puede hallarse en ellas.

XXXII

Por último, Señor, que eres Dios y no carne y sangre, si algo vio menos el hombre, ¿acaso pudo ocultarse también a Tu Espíritu bueno, que me conducirá a tierra recta, todo lo que Tú mismo habías de revelar en esas palabras a los lectores venideros, aunque aquel por quien fueron dichas haya pensado quizá una sola de las muchas sentencias verdaderas? Y si así es, sea la que él pensó más excelsa que las otras. A nosotros, en cambio, Señor, muéstranos o esa misma o cualquier otra verdadera que Te plazca, para que, ya sea que nos descubras esto que

descubriste también a aquel hombre Tuyo, ya otra cosa con ocasión de las mismas palabras, Tú sin embargo nos apacientes y no nos burle el error. He aquí, Señor Dios mío, ¡cuánto hemos escrito sobre pocas palabras, cuánto, Te ruego! ¿Qué fuerzas nuestras, qué tiempos bastarán para todos Tus libros de este modo? Déjame, pues, confesarte en ellos más brevemente y elegir una sola cosa que Tú hayas inspirado verdadera, cierta y buena, aunque muchas se me presenten, donde muchas puedan presentarse, con esta fe de mi confesión: que si digo lo que entendió Tu ministro, lo diré recta y óptimamente (pues eso debo procurar), y si no lo alcanzo, diré sin embargo lo que Tu Verdad haya querido decirme por sus palabras, la cual a él también le dijo lo que quiso.

Libro decimotercero

I

Te invoco, Dios mío, misericordia mía, que me hiciste y no Te olvidaste de mí cuando yo me olvidé de Ti. Te invoco dentro de mi alma, a la que preparas para acogerte con el deseo que le inspiraste. Ahora que Te invoco, no me abandones, Tú que antes de que Te invocara me saliste al encuentro e insististe, multiplicando de muchos modos Tus voces, para que oyera desde lejos, me convirtiera y, llamándome Tú, Te invocara yo. Porque Tú, Señor, borraste todos mis malos merecimientos, para no retribuir a mis manos, con las que me aparté de Ti, y Te adelantaste a todos mis buenos merecimientos, para retribuir a Tus manos, con las que me hiciste, porque antes de que yo existiera Tú eras, y yo no era alguien a quien concedieras el ser, y sin embargo heme aquí: existo por Tu bondad, que se adelantó a todo esto que me hiciste y de lo que me hiciste. Pues no tuviste necesidad de mí, ni soy yo un bien tal que Te sirva de ayuda, Señor mío y Dios mío, no para servirte yo así, como si Te cansaras de obrar o como si Tu poder fuera menor por carecer de mi obsequio, ni para cultivarte como se cultiva una tierra, de modo que quedaras sin cultivo si yo no Te cultivara, sino para servirte y cultivarte, a fin de que me vaya bien por Ti, de quien me viene el ser alguien a quien le va bien.

II

Pues de la plenitud de Tu bondad subsistió Tu criatura, para que no faltara un bien que en nada Te aprovechaba ni, nacido de Ti, era igual a Ti, pero que, ya que podía ser hecho por Ti, no debía faltar. ¿Qué merecieron de Ti, en efecto, el cielo y la tierra, que hiciste en el principio? Que digan qué merecieron de Ti la naturaleza espiritual y la cor-

poral, que hiciste en Tu sabiduría, para depender de Ti también en sus comienzos informes, cada una en su género, espiritual o corporal, que tienden a la desmesura y a una lejana desemejanza con Tu ser (lo espiritual informe, más excelente que si fuera un cuerpo formado; lo corporal informe, más excelente que si no fuera absolutamente nada), y así dependerían informes de Tu Verbo, si por ese mismo Verbo no fueran llamadas de vuelta a Tu unidad, y formadas, y llegaran a ser, por Ti, único sumo bien, todas muy buenas. ¿Qué merecieron de Ti para ser siquiera informes, ellas que ni eso serían si no fuera por Ti?

¿Qué mereció de Ti la materia corporal, para ser siquiera invisible e inconexa, si ni eso sería sino porque la hiciste? Y por eso, al no existir, no podía merecer de Ti el existir. ¿O qué mereció de Ti el comienzo de la criatura espiritual, para flotar siquiera tenebrosa, semejante al abismo y desemejante a Ti, si por ese mismo Verbo no se hubiera vuelto hacia Aquel de quien fue hecha, y por Él iluminada no se hubiera hecho luz, aunque no de modo igual, sí conforme a la Forma que es igual a Ti? Pues así como para un cuerpo no es lo mismo ser que ser hermoso (de otro modo no podría ser deforme), así también para el espíritu creado no es lo mismo vivir que vivir sabiamente: de otro modo sabría de manera inmutable. Su bien, en cambio, es adherirse siempre a Ti, para que la luz que alcanzó por la conversión no la pierda por la aversión y recaiga en una vida semejante al abismo tenebroso. Pues también nosotros, que según el alma somos criatura espiritual, apartados de Ti, nuestra luz, fuimos en otro tiempo tinieblas en aquella vida, y todavía nos afanamos entre los restos de nuestra oscuridad, hasta que seamos Tu justicia en Tu Hijo único, como los montes de Dios. Porque fuimos Tus juicios, semejantes al abismo inmenso.

III

Y lo que dijiste en las primeras creaciones, «hágase la luz, y la luz fue hecha», no sin congruencia lo entiendo de la criatura espiritual, por-

que ya era una vida, cualquiera que fuese, que Tú pudieras iluminar. Pero así como no había merecido de Ti ser una vida tal que pudiera ser iluminada, tampoco, cuando ya existía, mereció de Ti ser iluminada. Pues su informidad no Te agradaría si no se hiciera luz, no por existir, sino por mirar a la luz que ilumina y adherirse a ella, de modo que tanto el vivir de algún modo como el vivir felizmente no lo debiera sino a Tu gracia, una vez vuelta ella, por un cambio a mejor, hacia Aquel que no puede cambiar ni a mejor ni a peor. Y eso lo eres Tú solo, porque solo Tú eres simplemente, para quien no es una cosa vivir y otra vivir felizmente, porque Tú eres Tu propia bienaventuranza.

IV

¿Qué Te faltaría, entonces, para el bien, que Tú eres para Ti, aunque esas cosas no existieran en absoluto o permanecieran informes, ellas que no hiciste por indigencia sino por la plenitud de Tu bondad, refrenándolas y convirtiéndolas a la forma, no para que Tu gozo se complete con ellas? Pues a Ti, que eres perfecto, Te desagrada su imperfección, para que por Ti sean perfeccionadas y Te agraden, y no como si, siendo imperfecto, hubieras de perfeccionarte Tú con la perfección de ellas. Porque Tu Espíritu bueno se cernía sobre las aguas, no era llevado por ellas como para descansar en ellas. Pues a aquellos en quienes se dice que descansa Tu Espíritu, los hace descansar en Sí. Pero Tu voluntad incorruptible e inmutable, ella misma suficiente en sí para sí, se cernía sobre la vida que habías creado, para la cual no es lo mismo vivir que vivir felizmente, porque vive también cuando flota en su oscuridad; a la cual le resta convertirse a Aquel por quien fue hecha, y vivir más y más junto a la fuente de la vida, y en Su luz ver la luz, y ser perfeccionada, iluminada y hecha bienaventurada.

V

He aquí que se me aparece en enigma la Trinidad que eres, Dios mío,

pues Tú, Padre, en el principio de nuestra sabiduría, que es Tu sabiduría nacida de Ti, igual a Ti y coeterna, es decir, en Tu Hijo, hiciste el cielo y la tierra. Y mucho hemos dicho sobre el cielo del cielo, sobre la tierra invisible e inconexa y sobre el abismo tenebroso, según los vagabundos desfallecimientos de la informidad espiritual, si no se convirtiera a Aquel por quien tenía una vida cualquiera y, por la iluminación, la vida se hiciera hermosa y fuera el cielo de ese cielo, el que más tarde fue hecho entre agua y agua. Y yo tenía ya al Padre en el nombre de Dios, que hizo estas cosas, y al Hijo en el nombre de Principio, en quien las hizo, y creyendo que mi Dios es Trinidad, como creía, buscaba en Sus santos oráculos, y he aquí que Tu Espíritu se cernía sobre las aguas. He aquí la Trinidad, Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador de toda criatura.

VI

Pero ¿cuál había sido la causa (oh luz veraz, a Ti acerco mi corazón, para que no me enseñe vanidades; disipa sus tinieblas y dime, Te lo ruego por nuestra madre la caridad, Te lo ruego, dime cuál había sido la causa) de que, tras nombrar el cielo y la tierra invisible e inconexa y las tinieblas sobre el abismo, solo entonces Tu Escritura nombrara a Tu Espíritu? ¿Acaso porque convenía que así se Le diera a conocer, diciendo que se cernía? Eso no podría decirse si antes no se mencionara aquello sobre lo cual pudiera entenderse que se cernía Tu Espíritu. Pues ni sobre el Padre ni sobre el Hijo se cernía, ni con razón se diría que se cernía si no se cerniera sobre cosa alguna. Había, pues, que decir primero sobre qué se cernía, y después Aquel a quien no convenía mencionar de otro modo que diciendo que se cernía. ¿Por qué, entonces, no convenía darlo a conocer de otro modo sino diciendo que se cernía?

VII

Siga desde aquí el que pueda, con el entendimiento, a Tu apóstol, cuando dice que Tu caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado, y enseña acerca de los dones espirituales y muestra el camino sobreeminente de la caridad, y dobla las rodillas por nosotros ante Ti, para que conozcamos la sobreeminente ciencia de la caridad de Cristo. Y por eso, desde el comienzo, el Sobreeminente se cernía sobre las aguas. ¿A quién se lo diré, cómo lo diré: el peso de la codicia que arrastra al abismo escarpado y la elevación de la caridad por Tu Espíritu, que se cernía sobre las aguas? ¿A quién lo diré? ¿Cómo lo diré? Pues no son lugares aquellos en los que nos hundimos y emergemos. ¿Qué hay más semejante y qué más desemejante? Son afectos, son amores: la inmundicia de nuestro espíritu, que desciende hacia abajo por el amor de las preocupaciones, y la santidad de Tu Espíritu, que nos eleva hacia arriba por el amor de la seguridad, para que tengamos el corazón arriba, hacia Ti, donde Tu Espíritu se cierne sobre las aguas, y lleguemos al descanso sobreeminente, cuando nuestra alma haya atravesado las aguas que no tienen consistencia.

VIII

Cayó el ángel, cayó el alma del hombre, y mostraron el abismo de toda la criatura espiritual en la profundidad tenebrosa, si no hubieras dicho Tú desde el principio «hágase la luz», y la luz hubiera sido hecha, y toda inteligencia obediente de Tu ciudad celeste se hubiera adherido a Ti y descansado en Tu Espíritu, que se cierne inmutablemente sobre todo lo mutable. De otro modo, también el mismo cielo del cielo sería en sí un abismo tenebroso; pero ahora es luz en el Señor. Pues incluso en la misma miserable inquietud de los espíritus que caen y que muestran sus tinieblas desnudas del vestido de Tu luz, muestras bastante cuán grande hiciste a la criatura racional, a la que de ningún modo basta para el descanso bienaventurado cuanto sea menos que Tú, y

por eso ni ella misma se basta. Pues Tú, Dios nuestro, iluminarás nuestras tinieblas: de Ti nacen nuestros vestidos, y nuestras tinieblas serán como el mediodía. Date a mí, Dios mío, devuélvete a mí. He aquí que amo, y si es poco, ame yo con más fuerza. No puedo medir para saber cuánto amor me falta para lo que basta, para que mi vida corra a Tus brazos y no se aparte hasta ocultarse en lo oculto de Tu rostro. Esto solo sé: que me va mal fuera de Ti, no solo fuera de mí sino también en mí mismo, y que toda abundancia que no es mi Dios es indigencia para mí.

IX

¿Acaso el Padre o el Hijo no se cernían sobre las aguas? Si se entiende como en un lugar, como un cuerpo, tampoco el Espíritu Santo; pero si se entiende como la eminencia de la divinidad inmutable sobre todo lo mutable, se cernían sobre las aguas el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Por qué, entonces, se dijo esto solo de Tu Espíritu? ¿Por qué se dijo solo de Él, como si hubiera un lugar donde estuviera, Él que no es lugar, el único de quien se dice que es Tu don? En Tu don descansamos: allí gozamos de Ti. Nuestro descanso es nuestro lugar. Allá nos eleva el amor, y Tu Espíritu bueno levanta nuestra humildad de las puertas de la muerte. En la buena voluntad está nuestra paz. El cuerpo tiende con su peso a su lugar. El peso no es solo hacia lo bajo, sino hacia su lugar. El fuego tiende hacia arriba, la piedra hacia abajo; por sus pesos son movidos, buscan sus lugares. El aceite derramado debajo del agua se eleva sobre el agua, el agua derramada sobre el aceite se hunde bajo el aceite; por sus pesos son movidos, buscan sus lugares. Lo que está menos ordenado está inquieto; se ordena y descansa. Mi peso es mi amor; por él soy llevado adondequiera que soy llevado. Por Tu don somos encendidos y llevados hacia arriba; nos abrasamos y vamos. Subimos las subidas en el corazón y cantamos el cántico de los grados. Con Tu fuego, con Tu fuego bueno nos abrasamos y vamos,

porque subimos hacia la paz de Jerusalén, pues me alegré con los que me dijeron: «a la casa del Señor iremos». Allí nos colocará la buena voluntad, para que no queramos otra cosa que permanecer allí eternamente.

X

Bienaventurada la criatura que, siendo ella distinta de Ti, no conoció otra condición que la de ser elevada, por Tu don, que se cierne sobre todo lo mutable, apenas fue hecha, sin intervalo alguno de tiempo, en aquel llamado con que dijiste «hágase la luz», y la luz fue hecha. En nosotros, en cambio, se distingue por el tiempo que fuimos tinieblas y nos hacemos luz; de aquella, en cambio, se dijo lo que habría sido de no ser iluminada, y así se dijo como si antes hubiera sido fluctuante y tenebrosa, para que apareciera la causa por la que ocurrió que fuera de otro modo, es decir, que, vuelta hacia la luz que no desfallece, fuera luz. El que pueda, que lo entienda; que se lo pida a Ti. ¿Por qué me molesta a mí, como si yo iluminara a algún hombre que viene a este mundo?

XI

La Trinidad omnipotente, ¿quién la entenderá? ¿Y quién no habla de ella, si es que de ella habla? Rara es el alma que, cuando habla de ella, sabe lo que dice. Y discuten y pelean, y nadie sin paz ve esta visión. Quisiera que los hombres consideraran en sí mismos estas tres cosas: están muy lejos de ser aquella Trinidad, pero digo dónde pueden ejercitarse, probar y sentir cuán lejos están. Digo estas tres: ser, conocer, querer. Pues soy, y sé, y quiero. Soy sabiendo y queriendo, y sé que soy y que quiero, y quiero ser y saber. En estas tres cosas, entonces, vea el que pueda cuán inseparable es la vida, y una sola vida, y una sola mente y una sola esencia, y en fin cuán inseparable es la distinción, y sin embargo distinción. Ciertamente la tiene delante; atienda a sí

mismo, y vea, y dígame. Pero cuando haya hallado algo en ellas y lo haya dicho, no piense ya haber hallado aquello que está por encima de ellas, inmutable, que es inmutablemente y sabe inmutablemente y quiere inmutablemente. Y si por estas tres cosas hay también allí una trinidad, o si estas tres están en cada una, de modo que cada una tenga las tres, o ambas cosas de modos admirables, simple y múltiplemente, con un fin infinito en Sí y para Sí, por el cual es, y Se conoce, y Se basta inmutablemente, siendo lo mismo, por la copiosa grandeza de la unidad, ¿quién lo pensará con facilidad? ¿Quién lo dirá de algún modo? ¿Quién lo pronunciará temerariamente de cualquier manera?

XII

Avanza en la confesión, fe mía; di al Señor Dios tuyo: «Santo, santo, santo, Señor Dios mío, en Tu nombre fuimos bautizados, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en Tu nombre bautizamos, Padre, Hijo y Espíritu Santo», porque también entre nosotros, en Su Cristo, hizo Dios el cielo y la tierra, a los espirituales y a los carnales de Su Iglesia. Y nuestra tierra, antes de recibir la forma de la doctrina, era invisible e inconexa, y estábamos cubiertos por las tinieblas de la ignorancia, porque por la iniquidad corregiste al hombre, y Tus juicios son como el abismo inmenso. Pero porque Tu Espíritu se cernía sobre el agua, Tu misericordia no abandonó nuestra miseria, y dijiste: «hágase la luz»; «hagan penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos». «Hagan penitencia»; «hágase la luz». Y como nuestra alma estaba turbada dentro de nosotros mismos, nos acordamos de Ti, Señor, desde la tierra del Jordán y desde el monte igual a Ti pero pequeño por nosotros, y nos desagradaron nuestras tinieblas, y nos convertimos a Ti, y se hizo la luz. Y he aquí que fuimos en otro tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor.

XIII

Y sin embargo, todavía por la fe, aún no por la visión: pues en esperanza hemos sido salvados. Y la esperanza que se ve no es esperanza. Todavía un abismo llama a otro abismo, pero ya en la voz de Tus cataratas. Todavía aquel que dice: «no pude hablarles como a espirituales, sino como a carnales», ni siquiera él cree haberlo alcanzado ya, y, olvidando lo que queda atrás, se extiende hacia lo que está delante y gime agobiado, y su alma tiene sed del Dios vivo, como los ciervos de las fuentes de las aguas, y dice: «¿cuándo llegaré?», deseando sobrevestirse de su habitación, que es del cielo, y llama al abismo inferior diciendo: «no se conformen a este siglo, sino transfórmense por la renovación de su mente», y: «no se hagan niños en las mentes, sino sean pequeños en la malicia, para ser perfectos en las mentes», y: «oh insensatos gálatas, ¿quién los fascinó?». Pero ya no en su voz; en la Tuya, pues Tú enviaste Tu Espíritu desde lo alto, por medio de Aquel que subió a lo alto y abrió las cataratas de Sus dones, para que el ímpetu del río alegrara Tu ciudad. Por Él suspira el amigo del esposo, teniendo ya junto a Él las primicias del Espíritu, pero gimiendo aún en sí mismo, esperando la adopción, la redención de su cuerpo. Por Él suspira (pues es miembro de la esposa) y por Él siente celos (pues es amigo del esposo); siente celos por Él, no por sí, porque en la voz de Tus cataratas, no en su propia voz, invoca al otro abismo, por quien, celoso, teme que, así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también sus mentes se corrompan apartándose de la castidad que está en nuestro esposo, Tu Hijo único. ¿Cuál es aquella luz de la visión? Cuando Le veamos tal como es, y hayan pasado las lágrimas, que se me hicieron pan día y noche, mientras se me dice cada día: «¿dónde está tu Dios?».

XIV

Y yo digo: «Dios mío, ¿dónde estás?». He aquí dónde estás. Respiro un poco en Ti, cuando derramo sobre mí mi alma en voz de júbilo y de

confesión, sonido de quien celebra una fiesta. Y aun así está triste, porque recae y se vuelve abismo, o más bien siente que todavía es abismo. Le dice mi fe, que encendiste en la noche ante mis pies: «¿por qué estás triste, alma, y por qué me turbas? Espera en el Señor». Lámpara para tus pies es Su palabra. Espera y persevera, hasta que pase la noche, madre de los inicuos, hasta que pase la ira del Señor, de la cual también nosotros fuimos hijos, en otro tiempo tinieblas, de las cuales arrastramos los residuos en el cuerpo, muerto a causa del pecado, hasta que alboree el día y se retiren las sombras. Espera en el Señor; por la mañana estaré presente y contemplaré; siempre Le confesaré. Por la mañana estaré presente y veré la salvación de mi rostro, mi Dios, que dará vida también a nuestros cuerpos mortales por causa del Espíritu que habita en nosotros, porque sobre nuestro interior tenebroso y fluctuante se cernió misericordiosamente. De Él recibimos en esta peregrinación una prenda, para que ya seamos luz, mientras aún somos salvos en esperanza e hijos de la luz e hijos del día, no hijos de la noche ni de las tinieblas, lo que sin embargo fuimos. Entre ellos y nosotros, en esta aún incierta noticia humana, Tú solo divides, Tú que pruebas nuestros corazones, y llamas a la luz día y a las tinieblas noche. Pues ¿quién nos discierne sino Tú? ¿Y qué tenemos que no hayamos recibido de Ti, nosotros, vasos para honra sacados de la misma masa de la que se hicieron también otros para ignominia?[1]

XV

¿O quién, sino Tú, Dios nuestro, nos hiciste sobre nosotros un firmamento de autoridad en Tu divina Escritura? Porque el cielo será plegado como un libro y ahora se extiende sobre nosotros como una piel. Pues Tu divina Escritura es de autoridad más sublime desde que murieron aquella muerte los mortales por medio de los cuales nos la dispensaste. Y Tú sabes, Señor, Tú sabes, cómo vestiste de pieles a los hombres cuando por el pecado se hicieron mortales. De ahí que, como una

piel, extendiste el firmamento de Tu libro, Tus palabras concordes, por supuesto, que por el ministerio de mortales pusiste sobre nosotros. Pues por la muerte misma de ellos se extiende sublimemente sobre todo lo que está debajo la solidez de la autoridad en Tus oráculos publicados por ellos, lo cual, cuando vivían aquí, no estaba extendido tan sublimemente. Aún no habías extendido el cielo como una piel, aún no habías dilatado por todas partes la fama de su muerte.

Veamos, Señor, los cielos, obra de Tus dedos; despeja ante nuestros ojos la nube con que los cubriste. Allí está Tu testimonio, que da sabiduría a los pequeños. Perfecciona, Dios mío, Tu alabanza con la boca de los niños y de los que maman. Pues no conocemos otros libros que así destruyan la soberbia, que así destruyan al enemigo y defensor que resiste a Tu reconciliación defendiendo sus pecados. No conozco, Señor, no conozco otras palabras tan castas, que así me persuadan a la confesión, y ablanden mi cerviz bajo Tu yugo y me inviten a darte culto gratuitamente. Que las entienda, Padre bueno; concédeme esto, a mí que estoy puesto debajo, porque para los que están debajo las afirmaste.

Hay otras aguas sobre este firmamento, creo, inmortales y apartadas de la corrupción terrena. Alaben Tu nombre, Te alaben los pueblos supracelestes de Tus ángeles, que no necesitan mirar hacia este firmamento y conocer leyendo Tu Verbo. Pues ven siempre Tu rostro, y allí leen, sin sílabas de tiempo, lo que quiere Tu voluntad eterna. Leen, eligen y aman; siempre leen y nunca pasa lo que leen. Pues eligiendo y amando leen la misma inmutabilidad de Tu designio. No se cierra su códice ni se enrolla su libro, porque Tú mismo eres esto para ellos y lo eres eternamente, porque los ordenaste sobre este firmamento, que afirmaste sobre la debilidad de los pueblos inferiores, donde miraran hacia arriba y conocieran Tu misericordia, que Te anuncia en el tiempo, a Ti que hiciste los tiempos. Pues en el cielo, Señor, está Tu misericordia, y Tu verdad hasta las nubes. Pasan las nubes, pero el cielo permanece. Pasan los predicadores de Tu palabra de esta vida a otra vida,

pero Tu Escritura se extiende sobre los pueblos hasta el fin del siglo. Pero también el cielo y la tierra pasarán, mas Tus palabras no pasarán, porque también la piel será plegada, y el heno sobre el cual se extendía pasará con su esplendor, pero Tu Verbo permanece eternamente. El cual ahora nos aparece en enigma de nubes y por espejo del cielo, no tal como es, porque también nosotros, aunque somos amados por Tu Hijo, todavía no se ha manifestado lo que seremos. Se asomó por las redes de la carne, y nos halagó y nos inflamó, y corremos tras Su perfume. Pero cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque Le veremos tal como es. Tal como es, Señor: ese es nuestro ver, que todavía no tenemos.

XVI

Pues cómo eres del todo, Tú solo lo sabes, que eres inmutablemente y sabes inmutablemente y quieres inmutablemente, y Tu esencia sabe y quiere inmutablemente, y Tu ciencia es y quiere inmutablemente, y Tu voluntad es y sabe inmutablemente, ni parece justo ante Ti que, así como la luz inmutable se conoce a sí misma, así sea conocida por el iluminado mutable. Y por eso mi alma es para Ti como tierra sin agua, porque así como no puede iluminarse a sí misma por sí misma, así no puede saciarse a sí misma por sí misma. Pues así está junto a Ti la fuente de la vida, como en Tu luz veremos la luz.

XVII

¿Quién congregó en una sola sociedad a los que se amargan? Pues el fin de ellos es uno, el de la felicidad temporal y terrena, por la cual hacen todo, aunque fluctúen con innumerable variedad de afanes. ¿Quién, Señor, sino Tú, que dijiste que se congregaran las aguas en una congregación y apareciera la tierra seca, sedienta de Ti, pues Tuyo es el mar y Tú lo hiciste, y Tus manos formaron la tierra seca? Pues no a la amargura de las voluntades, sino a la congregación de las aguas se

llama mar. Porque Tú refrenas también los malos deseos de las almas y fijas límites hasta donde se permita avanzar a las aguas, para que sus olas se quiebren en sí mismas, y así haces mar, por el orden de Tu imperio, sobre todas las cosas.

Pero a las almas sedientas de Ti y que aparecen ante Ti, separadas de la sociedad del mar por otro fin, las riegas con una fuente oculta y dulce, para que también la tierra dé su fruto. Y da su fruto y, mandándolo Tú, Señor su Dios, germina nuestra alma obras de misericordia según su especie, amando al prójimo en los socorros de las necesidades carnales, teniendo en sí la semilla según la semejanza, porque desde nuestra propia flaqueza nos compadecemos para acudir a los necesitados, ayudándolos de igual modo que querríamos que se nos ayudara si estuviéramos en la misma necesidad, no solo en lo fácil, como en la hierba de semilla, sino también en la protección del auxilio con fuerte vigor, como el árbol frutal, es decir, benéfico para arrancar al que sufre injuria de la mano del poderoso y para ofrecerle el amparo de la protección con el vigor firme del justo juicio.

XVIII

Así, Señor, así, Te lo ruego, brote, como lo haces, como das el gozo y la capacidad, brote de la tierra la verdad, y la justicia mire desde el cielo, y háganse lumbreras en el firmamento. Partamos nuestro pan al hambriento y llevemos a nuestra casa al pobre sin techo, vistamos al desnudo y no despreciemos a los de nuestro linaje. Nacidos estos frutos en la tierra, mira que es bueno, y brote nuestra luz temporal, y, desde este fruto inferior de la acción hacia las delicias de la contemplación, alcanzando arriba el Verbo de vida, aparezcamos como lumbreras en el mundo, adheridos al firmamento de Tu Escritura. Pues allí razonas con nosotros, para que distingamos entre lo inteligible y lo sensible como entre el día y la noche, o entre las almas, unas dedicadas a lo inteligible, otras a lo sensible, de modo que ya no Tú solo, en lo es-

condido del discernimiento, como antes de que se hiciera el firmamento, distingas entre la luz y las tinieblas, sino que también Tus espirituales, puestos y distinguidos en el mismo firmamento, manifestada Tu gracia por el orbe, alumbren sobre la tierra y distingan entre el día y la noche y señalen los tiempos, porque lo viejo pasó, he aquí que todo se ha hecho nuevo, y porque nuestra salvación está más cerca que cuando creímos, y porque la noche ha avanzado y el día se ha acercado, y porque bendices la corona de Tu año, enviando obreros a Tu mies, en cuya siembra otros trabajaron, enviándolos también a otra siembra, cuya mies está en el fin. Así concedes los deseos al que pide y bendices los años del justo, mas Tú eres el mismo y en Tus años, que no se acaban, preparas un granero para nuestros años que pasan. Pues con eterno designio concedes, en sus propios tiempos, los bienes celestiales sobre de sabiduría, como lumbrera mayor, por causa de los que se deleitan en la luz de la verdad nítida como en el comienzo del día; a otros, en cambio, la palabra de ciencia según el mismo Espíritu, como lumbrera menor; a otros la fe, a otros el don de curaciones, a otros operaciones de milagros, a otros profecía, a otros discernimiento de espíritus, a otros géneros de lenguas, y todas estas cosas como estrellas. Pues todas ellas las obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno lo propio como quiere y haciendo aparecer los astros, manifestados para utilidad. Pero la palabra de ciencia, en la que se contienen todos los sacramentos que varían con los tiempos, como la luna, y las demás noticias de los dones, que a continuación se mencionan como estrellas, cuanto difieren de aquel candor de la sabiduría con que se goza el día antedicho, tanto están en el comienzo de la noche. Pues son necesarias a aquellos a quienes aquel prudentísimo siervo Tuyo no pudo hablar como a espirituales, sino como a carnales, él que habla sabiduría entre los perfectos. Pero el hombre animal, como niño en Cristo y bebedor de leche, hasta que se robustezca para el alimento sólido y afirme la vista para mirar al sol, no tenga desierta su noche, sino conténtese con la luz de la luna y las estrellas. Esto razonas con nosotros

con suma sabiduría, Dios nuestro, en Tu libro, Tu firmamento, para que discernamos todas las cosas con admirable contemplación, aunque todavía en señales y en tiempos y en días y en años.

XIX

«Pero primero lávense, sean limpios, quiten la maldad de sus almas y de la vista de Mis ojos, para que aparezca la tierra seca. Aprendan a hacer el bien, hagan justicia al huérfano y justifiquen a la viuda, para que la tierra germine hierba de pasto y árbol frutal. Y vengan, razonemos», dice el Señor, «para que se hagan lumbreras en el firmamento del cielo y alumbren sobre la tierra». Aquel rico preguntaba al Maestro bueno qué haría para conseguir la vida eterna; dígale el Maestro bueno, a quien creía hombre y nada más (pero es bueno, porque es Dios), dígale que, si quiere venir a la vida, guarde los mandamientos, aparte de sí la amargura de la malicia y de la maldad, no mate, no cometa adulterio, no robe, no diga falso testimonio, para que aparezca la tierra seca y germine el honor a la madre y al padre y el amor al prójimo. «Todo esto lo hice», dice. ¿De dónde, entonces, tantas espinas, si la tierra es fructífera? Anda, arranca los espesos zarzales de la avaricia, vende lo que posees y llénate de frutos dándolo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y sigue al Señor si quieres ser perfecto, asociado a aquellos entre los cuales habla sabiduría Aquel que sabe qué repartir al día y a la noche, para que sepas también tú, para que se hagan también para ti lumbreras en el firmamento del cielo. Lo cual no sucederá si no está allí tu corazón; y tampoco sucederá si no está allí tu tesoro, como oíste del Maestro bueno. Pero la tierra estéril se entristeció, y las espinas ahogaron la palabra.

Pero ustedes, linaje elegido, débiles del mundo, que dejaron todo para seguir al Señor: vayan tras Él y confundan a los fuertes, vayan tras Él, pies hermosos, y brillen en el firmamento, para que los cielos narren Su gloria, distinguiendo entre la luz de los perfectos, pero toda-

vía no como la de los ángeles, y las tinieblas de los pequeños, pero no desesperados. Brillen sobre toda la tierra, y el día, resplandeciente de sol, derrame al día la palabra de sabiduría, y la noche, luciendo con la luna, anuncie a la noche la palabra de ciencia. La luna y las estrellas lucen a la noche, pero la noche no las oscurece, porque ellas la iluminan según su medida. Pues he aquí que, como diciendo Dios: «háganse lumbreras en el firmamento del cielo», se produjo de repente desde el cielo un sonido, como de un viento impetuoso que soplara, y se vieron lenguas repartidas como de fuego, que se posó sobre cada uno de ellos, y se hicieron lumbreras en el firmamento del cielo, que tenían la palabra de vida. Corran por todas partes, fuegos santos, fuegos hermosos. Pues ustedes son la luz del mundo y no están bajo el celemín. Fue exaltado Aquel a quien se adhirieron, y los exaltó a ustedes. Corran y háganse conocer a todas las naciones.

XX

Conciba también el mar y dé a luz las obras de ustedes, y produzcan las aguas reptiles de almas vivientes. Pues, separando lo precioso de lo vil, fueron hechos boca de Dios, por la cual dijera: «produzcan las aguas», no alma viviente, que producirá la tierra, sino «reptiles de almas vivientes y aves que vuelan sobre la tierra». Pues se arrastraron Tus sacramentos, Dios, por las obras de Tus santos entre las olas de las tentaciones del siglo para empapar a las naciones en Tu nombre, en Tu bautismo. Y entre estas cosas se hicieron maravillas admirables como grandes cetáceos, y las voces de Tus mensajeros volando sobre la tierra junto al firmamento de Tu libro, puesto este delante de ellas como autoridad, bajo el cual revolotearan adonde fueran. Pues no hay lenguajes ni palabras cuyas voces no se oigan, cuando por toda la tierra salió su sonido y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras, porque Tú, Señor, bendiciendo las multiplicaste.

¿Acaso miento, o mezclo en confusión y no distingo los conocimien-

tos luminosos de estas cosas en el firmamento del cielo y las obras corporales en el mar ondulante y bajo el firmamento del cielo? Pues de las mismas cosas cuyos conocimientos son sólidos y definidos, sin incrementos de generaciones, como luces de sabiduría y de ciencia, hay obras corporales muchas y variadas, y de una cosa nace otra y se multiplican en Tu bendición, Dios, que consolaste los hastíos de los sentidos mortales, para que en el conocimiento del alma una sola cosa se figure y se diga de muchos modos por movimientos del cuerpo. Las aguas produjeron estas cosas, pero en Tu Verbo. Las necesidades de pueblos alejados de la eternidad de Tu verdad produjeron estas cosas, pero en Tu evangelio, porque las mismas aguas las arrojaron, y su amargo desfallecimiento fue la causa de que ellas procedieran en Tu Verbo.

Y hermosas son todas las cosas porque Tú las haces, y he aquí que Tú eres inefablemente más hermoso, Tú que hiciste todas las cosas. Si Adán no hubiera caído de Ti, no se habría derramado desde su seno la salobridad del mar, el género humano, profundamente curioso y tempestuosamente hinchado e inestablemente fluctuante, y así no habría sido necesario que Tus dispensadores obraran, en muchas aguas, de modo corporal y sensible, hechos y dichos místicos (pues así se me presentaron ahora los reptiles y las aves), con los cuales los hombres, empapados e iniciados, sometidos a sacramentos corporales, no progresarían más allá a menos que el alma recobrara vida espiritualmente en otro grado y, después de la palabra del comienzo, mirara hacia la consumación.

XXI

Y por eso, en Tu Verbo, no la profundidad del mar, sino la tierra separada de la amargura de las aguas produce no reptiles de almas vivientes y aves, sino alma viviente. Pues ya no necesita el bautismo, que es necesario a las naciones, como lo necesitaba cuando estaba cubierta por las aguas. Pues, desde que instituiste que así se entrara, no se en-

tra de otro modo en el reino de los cielos, ni busca las maravillas de los prodigios para que se haga la fe. Pues ya no ocurre que, si no ha visto señales y prodigios, no crea, estando ya la tierra fiel distinguida de las aguas del mar, amargas por la infidelidad, y las lenguas son por señal no para los fieles, sino para los infieles. Ni siquiera de este género volátil, que produjeron las aguas por Tu Verbo, necesita la tierra que fundaste sobre las aguas. Envía a ella Tu palabra por medio de Tus mensajeros, pues narramos sus obras. Pero eres Tú quien obras en ellos, y que obren alma viviente. La tierra la produce, porque la tierra es la causa de que estos obren en ella, como el mar fue la causa de que obraran los reptiles de almas vivientes y las aves bajo el firmamento del cielo, de los cuales la tierra ya no tiene necesidad, aunque come el pez sacado del abismo, en la mesa que preparaste en presencia de los creyentes; pues por eso fue sacado del abismo, para alimentar a la tierra seca. Y las aves son progenie del mar, pero sin embargo se multiplican sobre la tierra. Pues la causa de las primeras voces de los evangelizadores fue la infidelidad de los hombres, pero también los fieles son exhortados y bendecidos por ellas de muchas maneras, de día en día. En cambio, el alma viviente toma su origen de la tierra, porque no aprovecha sino a los que ya son fieles contenerse del amor de este siglo, para que su alma viva para Ti, la cual estaba muerta viviendo en delicias, delicias, Señor, mortíferas, pues Tú eres las delicias vitales del corazón puro.

Obren, pues, ya en la tierra Tus ministros, no como en las aguas de la infidelidad, anunciando y hablando por milagros y sacramentos y voces místicas, donde la ignorancia, madre de la admiración, se vuelve atenta en el temor de las señales ocultas (pues tal es la entrada a la fe para los hijos de Adán olvidados de Ti, mientras se esconden de Tu faz y se hacen abismo), sino obren también como en la tierra seca separada de los torrentes del abismo, y sean forma para los fieles viviendo ante ellos y excitándolos a la imitación. Pues así escuchan no solo para oír sino también para hacer: «busquen a Dios y vivirá su alma, para

que la tierra produzca alma viviente; no se conformen a este siglo, absténganse de él». Evitando vive el alma, que deseando muere. Absténganse de la fiereza inhumana de la soberbia, de la voluptuosidad inerte de la lujuria y del nombre engañoso de la ciencia, para que sean bestias mansas y ganados domados y serpientes inofensivas. Pues estos son movimientos del alma, en alegoría; pero el fasto de la altivez y el deleite de la libido y el veneno de la curiosidad son movimientos del alma muerta, porque no muere de modo que carezca de todo movimiento, ya que muere alejándose de la fuente de la vida y así es acogida por el siglo que pasa y se conforma a él.

Pero Tu Verbo, Dios, es fuente de vida eterna y no pasa. Y por eso en Tu Verbo se frena aquel alejamiento, cuando se nos dice: «no se conformen a este siglo», para que la tierra produzca, en la fuente de la vida, alma viviente, en Tu Verbo, por Tus evangelistas, alma que se contiene imitando a los imitadores de Tu Cristo. Pues esto es «según su especie», porque la emulación del hombre viene del amigo: «sean», dice, «como yo, porque también yo soy como ustedes». Así habrá en el alma viva bestias buenas en la mansedumbre de la acción. Pues mandaste diciendo: «en la mansedumbre realiza tus obras y serás amado por todo hombre». Y ganados buenos, que ni abundan si comen ni carecen si no comen, y serpientes buenas, no perniciosas para dañar, sino astutas para precaverse y que exploran la naturaleza temporal tanto cuanto basta para que, por las cosas hechas, que se entienden, se contemple la eternidad. Pues estos animales sirven a la razón cuando, contenidos en su avance mortífero, viven y son buenos.

XXII

Pues he aquí, Señor Dios nuestro, Creador nuestro, que cuando los afectos hayan sido apartados del amor del siglo, por los cuales moríamos viviendo mal, y el alma haya comenzado a ser viviente viviendo bien, y se haya cumplido Tu palabra con la que dijiste por Tu apóstol:

«no se conformen a este siglo», seguirá también aquello que enseguida añadiste y dijiste: «sino transfórmense por la renovación de su mente», no ya según su especie, como imitando al prójimo que va delante ni viviendo por la autoridad de un hombre mejor. Pues no dijiste: «hágase el hombre según su especie», sino: «hagamos al hombre a Nuestra imagen y semejanza», para que nosotros comprobemos cuál es Tu voluntad. Pues para esto aquel dispensador Tuyo, engendrando hijos por el evangelio, para no tener siempre pequeños a quienes nutrir con leche y cuidar como nodriza: «transfórmense», dice, «por la renovación de su mente, para comprobar cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, agradable y perfecto». Y por eso no dices: «hágase el hombre», sino: «hagamos»; ni dices: «según su especie», sino: «a Nuestra imagen y semejanza». Pues renovado en la mente y contemplando Tu verdad entendida, no necesita que un hombre le sirva de guía para imitar a los de su especie, sino que, mostrándoselo Tú, comprueba él mismo cuál es Tu voluntad, lo bueno, agradable y perfecto, y le enseñas, ya capaz, a ver la Trinidad de la unidad o la unidad de la Trinidad. Y por eso, dicho en plural «hagamos al hombre», se añade sin embargo en singular: «y Dios hizo al hombre», y dicho en plural «a Nuestra imagen», se añade en singular: «a imagen de Dios». Así el hombre es renovado en el conocimiento de Dios según la imagen de Aquel que lo creó, y el hombre hecho espiritual juzga todas las cosas, las que ciertamente deben ser juzgadas, pero él no es juzgado por nadie.

XXIII

Y que juzgue todas las cosas significa que tiene potestad sobre los peces del mar y las aves del cielo y todos los ganados y fieras y toda la tierra y todos los reptiles que reptan sobre la tierra. Pues esto lo hace por el entendimiento de la mente, por el cual percibe las cosas que son del Espíritu de Dios. De otro modo, el hombre puesto en honor no entendió; fue comparado a los jumentos insensatos y se hizo semejante a

ellos. Así, pues, en Tu Iglesia, Dios nuestro, según Tu gracia, que le diste, pues somos Tu hechura, creados en buenas obras, no solo los que presiden espiritualmente sino también estos que espiritualmente se someten a los que presiden (pues hiciste al hombre varón y mujer de este modo, en Tu gracia espiritual, donde según el sexo del cuerpo no hay varón ni mujer, porque no hay judío ni griego, ni siervo ni libre), los espirituales, pues, sea que presidan o que obedezcan, juzgan espiritualmente, no acerca de los conocimientos espirituales, que lucen en el firmamento (pues no conviene juzgar de tan sublime autoridad); ni acerca de Tu mismo libro, aunque algo allí no luzca, porque sometemos a él nuestro entendimiento y tenemos por cierto que incluso lo que está cerrado a nuestras miradas fue dicho recta y verazmente (pues así el hombre, aunque ya espiritual y renovado en el conocimiento de Dios según la imagen de Aquel que lo creó, debe ser sin embargo hacedor de la ley, no juez); ni juzga de aquella distinción, la de los hombres espirituales y carnales, que son conocidos a Tus ojos, Dios nuestro, y a nosotros todavía no se han mostrado por ninguna obra para que por sus frutos los conozcamos, pero Tú, Señor, ya los conoces y los dividiste y los llamaste en lo oculto, antes de que se hiciera el firmamento; ni juzga, aunque sea hombre espiritual, de los turbios pueblos de este siglo (pues ¿qué le toca juzgar de los que están fuera, ignorando quién de ellos vendrá a la dulzura de Tu gracia y quién permanecerá en la perpetua amargura de la impiedad?).

Y por eso el hombre, a quien hiciste a Tu imagen, no recibió potestad sobre las lumbreras del cielo ni sobre el mismo cielo oculto ni sobre el día y la noche, que llamaste antes de la constitución del cielo, ni sobre la congregación de las aguas, que es el mar, sino que recibió potestad sobre los peces del mar y las aves del cielo y todos los ganados y toda la tierra y todos los reptiles que reptan sobre la tierra. Pues juzga y aprueba lo que halla recto, y desaprueba lo que halla torcido, sea en aquella solemnidad de sacramentos con que son iniciados los que Tu misericordia escudriña en muchas aguas, sea en aquella en que se

exhibe el pez que, sacado del abismo, come la tierra piadosa, sea en los signos de las palabras y en las voces sometidas a la autoridad de Tu libro, como volando bajo el firmamento, interpretando, exponiendo, disertando, razonando, bendiciendo e invocándote, con signos que brotan y suenan por la boca, para que el pueblo responda: «amén». La causa de que todas estas voces deban enunciarse corporalmente es el abismo del siglo y la ceguera de la carne, por la que no se pueden ver los pensamientos, de modo que es necesario resonar en los oídos. Así, aunque se multipliquen las aves sobre la tierra, tienen sin embargo su origen en las aguas. Juzga también el espiritual aprobando lo recto y desaprobando lo que halla torcido en las obras y costumbres de los fieles, en las limosnas, como en tierra fructífera, y en los afectos amansados del alma viva, en la castidad, en los ayunos, en los pensamientos piadosos sobre lo que se percibe por el sentido del cuerpo. Pues se dice que ahora juzga sobre aquellas cosas en las que tiene también potestad de corregir.

XXIV

Pero ¿qué es esto y qué misterio es? He aquí que bendices a los hombres, oh Señor, para que crezcan y se multipliquen y llenen la tierra. ¿No nos insinúas nada con esto, para que entendamos algo? ¿Por qué no bendijiste así a la luz, que llamaste día, ni al firmamento del cielo ni a las lumbreras ni a los astros ni a la tierra ni al mar? Diría, Dios nuestro, Tú que nos creaste a Tu imagen, diría que quisiste conceder este don de bendición propiamente al hombre, si no hubieras bendecido de este modo a los peces y los cetáceos, para que crecieran y se multiplicaran y llenaran las aguas del mar, y a las aves, para que se multiplicaran sobre la tierra. Del mismo modo diría que esta bendición pertenece a aquellos géneros de cosas que se propagan engendrando de sí mismas, si la encontrara en los arbustos y matorrales y en los ganados de la tierra. Pero ahora ni a las hierbas y árboles se dijo ni a

las bestias y serpientes: «crezcan y multiplíquense», aunque también todas estas cosas, como los peces y las aves y los hombres, aumentan engendrando y conservan su género.

¿Qué diré, entonces, luz mía, verdad? ¿Que esto es vano, que se dijo así en vano? De ningún modo, Padre de piedad; lejos esté que lo diga el siervo de Tu palabra. Y si yo no entiendo qué significas con este oráculo, úsenlo mejor los mejores, es decir, los más inteligentes que yo, cada uno según lo que le diste de saber. Pero agrade también mi confesión ante Tus ojos, con la que Te confieso que creo, Señor, que no hablaste así en vano, y no callaré lo que la ocasión de esta lectura me sugiere. Pues es verdad, y no veo qué impida que yo entienda así las figuras de Tus libros. Pues sé que se significa de muchos modos por el cuerpo lo que de un solo modo se entiende con la mente, y que se entiende de muchos modos con la mente lo que de un solo modo se significa por el cuerpo. He aquí el amor simple de Dios y del prójimo: ¡con cuántos sacramentos múltiples y con innumerables lenguas, y en cada lengua con innumerables modos de expresión, se enuncia corporalmente! Así crecen y se multiplican las crías de las aguas. Atiende de nuevo, quienquiera que seas tú que lees esto: he aquí lo que la Escritura ofrece de un modo y la voz hace resonar: «en el principio hizo Dios el cielo y la tierra», ¿no se entiende de muchos modos, no por engaño de errores, sino por géneros de verdaderas inteligencias? Así crecen y se multiplican las crías de los hombres.

Así, si consideramos las naturalezas mismas de las cosas no alegóricamente sino en sentido propio, a todo lo que se engendra de semillas conviene la palabra «crezcan y multiplíquense». Pero si tratamos esto como puesto en sentido figurado (lo cual creo más bien que pretendió la Escritura, que ciertamente no atribuye sin motivo esta bendición solo a las crías de los acuáticos y de los hombres), encontramos ciertamente multitudes tanto en las criaturas espirituales y corporales, como en el cielo y la tierra, y en las almas justas e inicuas, como en la luz y las tinieblas, y en los santos autores por quienes se administró la ley,

como en el firmamento que se afirmó entre agua y agua, y en la sociedad de los pueblos amargados, como en el mar, y en el empeño de las almas piadosas, como en la tierra seca, y en las obras de misericordia según la vida presente, como en las hierbas de semilla y los árboles frutales, y en los dones espirituales manifestados para utilidad, como en las lumbreras del cielo, y en los afectos formados para la templanza, como en el alma viva: en todas estas cosas hallamos multitudes y abundancias e incrementos. Pero que crezca y se multiplique de manera que una cosa se enuncie de muchos modos y un enunciado se entienda de muchos modos, no lo encontramos sino en los signos emitidos corporalmente y en las cosas pensadas inteligiblemente. Entendimos que los signos emitidos corporalmente son las generaciones de las aguas, por las necesarias causas de la profundidad carnal, y las cosas pensadas inteligiblemente, las generaciones humanas, por la fecundidad de la razón. Y por eso creímos que a cada uno de estos dos géneros fue dicho por Ti, Señor: «crezcan y multiplíquense». Pues en esta bendición reconozco que nos fue concedida por Ti la facultad y potestad tanto de enunciar de muchos modos lo que hayamos tenido entendido de un solo modo, como de entender de muchos modos lo que leamos enunciado oscuramente de un solo modo. Así se llenan las aguas del mar, que no se mueven sino por variadas significaciones; así se llena también con crías humanas la tierra, cuya aridez aparece en el empeño, y la razón la domina.

XXV

Quiero también decir, Señor Dios mío, lo que Tu Escritura, siguiéndome, me recuerda, y lo diré sin temor. Pues diré cosas verdaderas, inspirándome Tú, lo que de esas palabras quisiste que yo dijera. Pues no creo decir la verdad por la inspiración de otro que Tú, siendo Tú la verdad y todo hombre mentiroso, y por eso el que dice mentira habla de lo suyo. Por tanto, para decir la verdad, hablo de lo Tuyo. He aquí

que nos diste en alimento toda hierba sementera que da semilla sobre toda la tierra, y todo árbol que tiene en sí fruto de semilla sembrada. Y no a nosotros solos sino también a todas las aves del cielo y bestias de la tierra y serpientes; pero a los peces y a los grandes cetáceos no les diste estas cosas. Decíamos, pues, que por estos frutos de la tierra se significan y se figuran en alegoría las obras de misericordia, que se prestan para las necesidades de esta vida desde la tierra fructífera. Tal tierra era el piadoso Onesíforo, a cuya casa diste misericordia, porque con frecuencia refrescó a Tu Pablo y no se avergonzó de su cadena. Esto hicieron también los hermanos y con tal fruto fructificaron los que suplieron desde Macedonia lo que a él le faltaba. Pero ¡cómo se duele de ciertos árboles que no le dieron el fruto debido, donde dice: «en mi primera defensa nadie me asistió, sino que todos me abandonaron: no se les impute»! Pues el alimento se debe a quienes administran la doctrina racional por medio de las inteligencias de los misterios divinos, y así se les debe como a hombres. Y se les debe (como a alma viva) a quienes se ofrecen para ser imitados en toda continencia. Asimismo se les debe como a aves por sus bendiciones, que se multiplican sobre la tierra, porque por toda la tierra salió su sonido.

XXVI

Pero se alimentan con estos alimentos los que se alegran de ellos, y no se alegran de ellos aquellos cuyo dios es el vientre. Pues tampoco en quienes los ofrecen es fruto lo que dan, sino con qué ánimo lo dan. Y así aquel que servía a Dios, no a su vientre, veo claramente de qué se alegra, y lo veo y me congratulo mucho con él. Había recibido de los filipenses lo que habían enviado por medio de Epafrodito; pero con todo, veo de qué se alegra. Y de lo que se alegra, de eso se alimenta, porque, hablando en verdad, dice: «me alegré grandemente en el Señor, porque finalmente han rebrotado para pensar en mí, en lo cual ya pensaban; pero tenían hastío». Estos, pues, por un largo hastío se habían

marchitado y como secado de este fruto de buena obra, y se alegra por ellos, porque rebrotaron, y no por sí mismo, porque hubieran socorrido su indigencia. Por eso dice a continuación: «no lo digo porque me falte algo; pues yo he aprendido a bastarme en lo que estoy. Sé estar con poco y sé abundar; en todo y por todo estoy instruido, tanto en saciarme como en pasar hambre, tanto en abundar como en padecer penuria: todo lo puedo en Aquel que me conforta».

¿De qué te alegras, entonces, oh gran Pablo? ¿De qué te alegras, de qué te alimentas, hombre renovado en el conocimiento de Dios según la imagen de Aquel que te creó, y alma viva de tanta continencia, y lengua volátil que habla misterios? A tales seres vivientes, en efecto, se debe ese alimento. ¿Qué es lo que te alimenta? La alegría. Oigamos lo que sigue: «sin embargo», dice, «hicieron bien al participar en mi tribulación». De esto se alegra, de esto se alimenta, porque ellos hicieron bien, no porque se haya aliviado su angustia, él que Te dice: «en la tribulación me ensanchaste», porque sabe tanto abundar como padecer penuria en Ti, que lo confortas. «Pues saben también ustedes, filipenses», dice, «que al principio del evangelio, cuando salí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en cuenta de dar y recibir sino ustedes solos, pues también a Tesalónica me enviaron una y otra vez para mis necesidades». Ahora se alegra de que hayan vuelto a estas obras buenas y se regocija de que hayan rebrotado, como cuando revive la fertilidad de un campo.

¿Acaso por sus necesidades, porque dijo «para mis necesidades enviaron», acaso por eso se alegra? No por eso. ¿Y esto de dónde lo sabemos? Porque él mismo sigue diciendo: «no porque busque la dádiva, sino que busco el fruto». Aprendí de Ti, Dios mío, a discernir entre dádiva y fruto. Dádiva es la cosa misma que da quien reparte estas cosas necesarias, como es el dinero, la comida, la bebida, el vestido, el techo, la ayuda. Fruto, en cambio, es la buena y recta voluntad del dador. Pues el Maestro bueno no dijo solo «el que reciba a un profeta», sino que añadió «en nombre de profeta»; ni dijo solo «el que reciba a un

justo», sino que añadió «en nombre de justo»; pues así aquel recibirá la recompensa del profeta, este la recompensa del justo. Ni dijo solo «el que dé a beber un vaso de agua fría a uno de Mis pequeños», sino que añadió «solo en nombre de discípulo», y así concluyó: «en verdad les digo, no perderá su recompensa». Dádiva es recibir al profeta, recibir al justo, ofrecer un vaso de agua fría al discípulo; fruto, en cambio, es hacer esto en nombre de profeta, en nombre de justo, en nombre de discípulo. Con fruto es alimentado Elías por la viuda que sabía que alimentaba a un hombre de Dios y por eso lo alimentaba; mediante el cuervo, en cambio, se alimentaba con una dádiva. Y no era alimentado el Elías interior sino el exterior, que podía incluso corromperse por la falta de tal alimento.

XXVII

Y por eso diré lo que es verdadero ante Ti, Señor: cuando hombres ignorantes e infieles, para cuya iniciación y conquista son necesarios los sacramentos de iniciación y las maravillas de los milagros, que creímos significados por el nombre de peces y cetáceos, reciben para reconfortarlos corporalmente o para ayudarlos en algún uso de la vida presente a Tus siervos, sin saber por qué ha de hacerse eso ni adónde se refiere, ni aquellos alimentan a estos ni estos son alimentados por aquellos, porque ni aquellos hacen estas cosas con santa y recta voluntad ni estos se alegran con sus dádivas, donde aún no ven fruto. Pues el alma se alimenta de aquello de lo que se alegra. Y por eso los peces y los cetáceos no comen los alimentos que no germina sino la tierra ya distinguida y separada de la amargura de las olas marinas.

XXVIII

Y viste, Dios, todas las cosas que hiciste, y he aquí que eran muy buenas, porque también nosotros las vemos, y he aquí que todas son muy buenas. En cada uno de los géneros de Tus obras, cuando dijiste que

se hicieran, y fueron hechas, viste esto y aquello, que es bueno. Siete veces conté que está escrito que viste que es bueno lo que hiciste; y este es el octavo, porque viste todas las cosas que hiciste, y he aquí que no solo buenas sino también muy buenas, como todas a la vez. Pues cada una era solo buena, pero todas juntas, buenas y además muy buenas. Esto dicen también los cuerpos hermosos, porque mucho más hermoso es el cuerpo que consta de todos sus miembros hermosos que los miembros mismos uno por uno, con cuya ordenadísima reunión se completa el todo, aunque también aquellos son hermosos por separado.

XXIX

Y estuve atento para hallar si siete veces u ocho viste que son buenas Tus obras, cuando Te agradaron, y en Tu visión no hallé tiempos por los cuales entendiera que tantas veces viste lo que hiciste, y dije: «oh Señor, ¿no es verdadera esta Escritura Tuya, pues Tú, veraz y verdad, la diste? ¿Por qué, entonces, me dices que en Tu visión no hay tiempos, y esta Escritura Tuya me dice que por cada día viste que eran buenas las cosas que hiciste, y al contarlas hallé cuántas veces?». A esto me dices Tú, porque eres mi Dios, y dices con voz fuerte en el oído interior a Tu siervo, rompiendo mi sordera y clamando: «oh hombre, sin duda lo que dice Mi Escritura, Yo lo digo. Y sin embargo ella lo dice temporalmente, pero a Mi Verbo no le llega el tiempo, porque subsiste en eternidad igual a la Mía. Así, las cosas que ustedes ven por Mi Espíritu, Yo las veo, como las cosas que ustedes dicen por Mi Espíritu, Yo las digo. Y así, aunque ustedes las vean temporalmente, Yo no las veo temporalmente, como, aunque ustedes las digan temporalmente, Yo no las digo temporalmente».

XXX

Y oí, Señor Dios mío, y lamí una gota de dulzura de Tu verdad, y en-

tendí que hay algunos a quienes desagradan Tus obras, y dicen que muchas de ellas las hiciste obligado por la necesidad, como las fábricas de los cielos y las composiciones de los astros, y esto no de lo Tuyo, sino que ya habían sido creadas en otra parte y de otro origen, y que Tú las reunías y ensamblabas y entretejías, cuando de los enemigos vencidos levantabas las murallas del mundo, para que, sujetos por esa construcción, no pudieran rebelarse de nuevo contra Ti; otras, en cambio, ni las hiciste ni las ensamblaste en absoluto, como todas las carnes y cualquier animalillo diminuto y cuanto se aferra a la tierra con raíces, sino que una mente hostil y otra naturaleza no creada por Ti y contraria a Ti engendra y forma estas cosas en las regiones inferiores del mundo. Dicen locuras estos, porque no ven Tus obras por Tu Espíritu ni Te conocen en ellas.

XXXI

Pero los que ven esas cosas por Tu Espíritu, Tú las ves en ellos. Por tanto, cuando ven que son buenas, Tú ves que son buenas, y cuantas cosas agradan por Ti, Tú agradas en ellas, y las que por Tu Espíritu nos agradan, a Ti Te agradan en nosotros. Pues ¿quién de los hombres sabe lo que es del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también lo que es de Dios nadie lo sabe sino el Espíritu de Dios. «Nosotros», dice, «no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha donado». Y se me advierte que diga: «ciertamente nadie sabe lo que es de Dios sino el Espíritu de Dios. ¿Cómo, pues, sabemos también nosotros lo que Dios nos ha donado?». Se me responde que lo que sabemos por Su Espíritu, aun así nadie lo sabe sino el Espíritu de Dios. Pues así como se dijo con razón: «no son ustedes los que hablan», a los que hablaran en el Espíritu de Dios, así se dice con razón: «no son ustedes los que saben», a los que saben en el Espíritu de Dios. No menos, pues, se dice con razón: «no son ustedes los que ven», a los que ven en el Espíri-

tu de Dios. Así, todo lo que ven en el Espíritu de Dios que es bueno, no ellos sino Dios ve que es bueno. Una cosa es, pues, que uno piense que es malo lo que es bueno, como los antes dichos; otra, que el hombre vea que lo bueno es bueno, como a muchos les agrada Tu criatura porque es buena, y sin embargo no les agradas Tú en ella, por lo cual quieren gozar más de ella que de Ti; y otra, que cuando un hombre ve que algo es bueno, Dios vea en él que es bueno, es decir, que Él sea amado en lo que hizo, Él que no sería amado sino por el Espíritu que dio, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado, por quien vemos que es bueno cuanto de algún modo es: pues viene de Aquel que no es de algún modo, sino que es lo que es.

XXXII

¡Gracias Te sean dadas, Señor! Vemos el cielo y la tierra, ya sea la parte corporal superior e inferior, ya sea la criatura espiritual y corporal, y en el ornato de estas partes, por las que consta o toda la mole del mundo o toda la criatura en absoluto, vemos la luz hecha y separada de las tinieblas. Vemos el firmamento del cielo, ya sea entre las aguas superiores espirituales y las inferiores corporales, el cuerpo primario del mundo, ya sea este espacio del aire, porque también esto se llama cielo, por el cual vagan las aves del cielo entre las aguas, que en forma de vapor se ciernen sobre él y en las noches serenas incluso rocían, y estas otras que, pesadas, fluyen sobre las tierras. Vemos la forma de las aguas congregadas por los campos del mar y la tierra seca, ya desnuda, ya formada para ser visible y ordenada, y la materia de las hierbas y de los árboles. Vemos las lumbreras brillar desde arriba, el sol bastar para el día, la luna y las estrellas consolar la noche, y por todas ellas ser anotados y significados los tiempos. Vemos la naturaleza húmeda por doquier fecundada con peces y fieras marinas y aves, porque la corpulencia del aire, que sostiene el vuelo de las aves, se condensa

por la exhalación de las aguas. Vemos que la faz de la tierra se adorna con animales terrestres y que el hombre, a Tu imagen y semejanza, es antepuesto a todos los animales irracionales por esa misma imagen y semejanza Tuya, es decir, por la virtud de la razón y de la inteligencia, y que, así como en su alma hay una parte que domina aconsejando y otra que se somete para obedecer, así para el varón fue hecha también corporalmente la mujer, la cual tendría en la mente, ciertamente, una naturaleza igual de inteligencia racional, pero por el sexo del cuerpo estaría sometida al sexo masculino, como se somete el apetito de acción para concebir de la razón de la mente la destreza de obrar rectamente.[2] Vemos estas cosas y cada una es buena y todas muy buenas.

XXXIII

Te alaban Tus obras para que Te amemos, y Te amamos para que Te alaben Tus obras. Tienen principio y fin en el tiempo, nacimiento y ocaso, progreso y decadencia, forma y privación. Tienen, pues, en sucesión mañana y tarde, en parte ocultamente, en parte de manera evidente. Pues de la nada fueron hechas por Ti, no de Ti, ni de alguna materia no Tuya o que existiera antes, sino de una materia concreada, es decir, creada a la vez por Ti, porque su informidad la formaste sin interposición alguna de tiempo. Pues siendo una cosa la materia del cielo y de la tierra y otra la forma del cielo y de la tierra, la materia ciertamente de la nada absoluta, pero la forma del mundo de la materia informe, hiciste sin embargo ambas a la vez, para que la forma siguiera a la materia sin intervalo alguno de demora.

XXXIV

Consideramos también qué quisiste figurar al disponer que estas cosas se hicieran en tal orden o se escribieran en tal orden, y vimos que cada una es buena y todas muy buenas en Tu Verbo, en Tu Hijo único: el cielo y la tierra, la cabeza y el cuerpo de la Iglesia, en la predestina-

ción antes de todos los tiempos, sin mañana y tarde. Pero cuando comenzaste a ejecutar temporalmente lo predestinado, para manifestar lo oculto y ordenar nuestras cosas desordenadas (porque sobre nosotros estaban nuestros pecados y nos habíamos hundido, lejos de Ti, en la profundidad tenebrosa, y Tu Espíritu bueno se cernía para socorrernos en el tiempo oportuno), entonces justificaste a los impíos y los distinguiste de los inicuos, y afirmaste la autoridad de Tu libro entre los superiores, que Te fueran dóciles, y los inferiores, que le estuvieran sometidos, y congregaste la sociedad de los infieles en una sola conspiración, para que aparecieran los empeños de los fieles, para que produjeran para Ti obras de misericordia, distribuyendo incluso a los pobres los bienes terrenos para adquirir los celestiales. Y entonces encendiste ciertas lumbreras en el firmamento, Tus santos, que tienen la palabra de vida y, puestos en alto por los dones espirituales, resplandecen con sublime autoridad; y entonces, para empapar a las naciones infieles, produjiste de materia corporal los sacramentos y milagros visibles y las voces de las palabras según el firmamento de Tu libro, con los cuales fueran bendecidos también los fieles; y después formaste el alma viva de los fieles por afectos ordenados con el vigor de la continencia, y luego renovaste a Tu imagen y semejanza la mente sometida a Ti solo y que no necesita autoridad humana alguna para imitar, y al entendimiento excelente le sometiste la acción racional como a un varón la mujer, y quisiste que, para todos Tus ministerios necesarios para perfeccionar a los fieles en esta vida, esos mismos fieles dieran, para usos temporales, obras fructuosas para el futuro. Todo esto lo vemos, y es muy bueno, porque Tú lo ves en nosotros, Tú que nos diste el Espíritu con el que lo viéramos y en ello Te amáramos.

XXXV

Señor Dios, danos la paz (pues todo nos lo has dado), la paz del descanso, la paz del sábado, la paz sin tarde. Pues todo este hermosísimo

orden de cosas muy buenas, cumplidas sus medidas, ha de pasar, pues en ellas hubo mañana y tarde.

XXXVI

Pero el día séptimo no tiene tarde ni conoce ocaso, porque lo santificaste para una permanencia sempiterna, de modo que lo que Tú, tras Tus obras muy buenas, aunque las hiciste sin dejar de estar en reposo, descansaste el séptimo día, eso nos lo anuncie de antemano la voz de Tu libro: que también nosotros, tras nuestras obras, muy buenas por eso, porque Tú nos las donaste, en el sábado de la vida eterna descansemos en Ti.

XXXVII

Pues también entonces descansarás así en nosotros, como ahora obras en nosotros, y así será aquel descanso Tuyo por nosotros, como son estas obras Tuyas por nosotros. Pero Tú, Señor, siempre obras y siempre descansas, y no ves por un tiempo, ni Te mueves por un tiempo, ni reposas por un tiempo, y sin embargo haces tanto las visiones temporales como los tiempos mismos y el reposo que viene del tiempo.

XXXVIII

Nosotros, pues, vemos estas cosas que hiciste porque existen, pero Tú, porque las ves, existen. Y nosotros vemos por fuera que existen, y por dentro que son buenas; Tú, en cambio, las viste hechas allí donde las viste por hacer. Y nosotros, en un tiempo posterior, fuimos movidos a obrar bien, después de que nuestro corazón concibió de Tu Espíritu; pero en el tiempo anterior éramos movidos a obrar mal, abandonándote: Tú, en cambio, oh Dios uno y bueno, nunca cesaste de obrar bien. Y hay algunas obras buenas nuestras, por don Tuyo ciertamente, pero no sempiternas: después de ellas esperamos descansar en Tu gran santi-

ficación. Pero Tú, el Bien que de ningún bien necesita, siempre estás en reposo, porque Tu reposo eres Tú mismo. Y entender esto, ¿qué hombre se lo dará a un hombre? ¿Qué ángel a un ángel? ¿Qué ángel a un hombre? A Ti se pida, en Ti se busque, a Tu puerta se llame: así, así se recibirá, así se hallará, así se abrirá.

---

1. N. del E.: Agustín cita a san Pablo (Rm 9, 21) para decir que todo lo bueno lo hemos recibido de Dios. La Iglesia enseña que Dios no predestina a nadie al infierno (CEC 1037) y que Su designio eterno incluye la respuesta libre de cada hombre a Su gracia (CEC 600).

2. N. del E.: la sujeción de la mujer es aquí una alegoría de Agustín (la razón que dirige y la acción que obedece), con la antropología de su época; el mismo texto le reconoce «una naturaleza igual de inteligencia racional». La Iglesia enseña que el hombre y la mujer son, con la misma dignidad, imagen de Dios, iguales en cuanto personas y complementarios (CEC 369, 372).